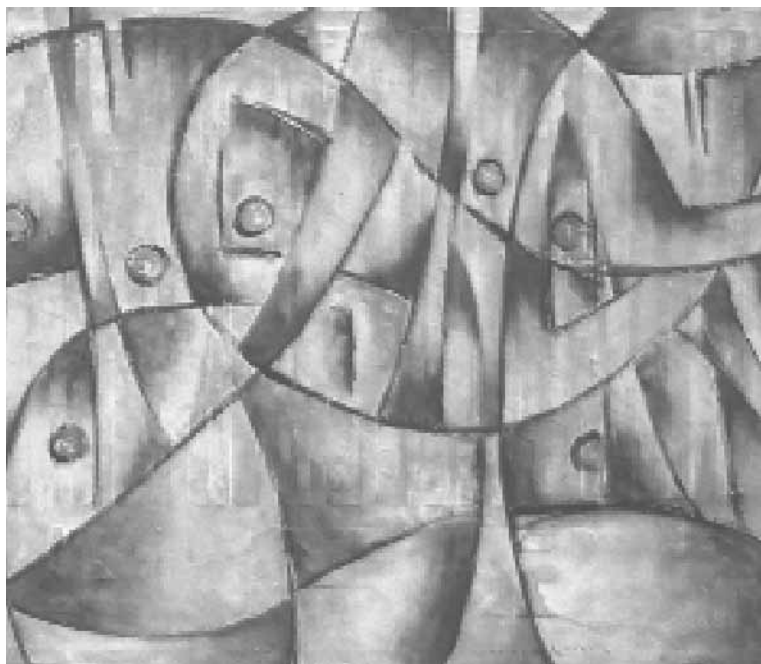


POBLACIÓN AFRODESCENDIENTE Y DESIGUALDADES ÉTNICO-RACIALES EN URUGUAY



Lucía Scuro Somma
(coordinadora)

Marisa Bucheli
Wanda Cabella
Karla Chagas
Amanda Díaz
Javier Díaz
Ana Frega
Óscar Montaña
Rafael Porzecanski
Óscar Rorra
Carolina Ricarte
Susana Rudolf
Natalia Stalla

Este documento fue preparado por consultores y consultoras contratados, en el marco del Proyecto Población Afrodescendiente y Desigualdades Étnico-Raciales en Uruguay, que lleva adelante el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo en Uruguay (PNUD).

El análisis y las recomendaciones contenidas en esta publicación no reflejan necesariamente las opiniones del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo en Uruguay, de su Junta Ejecutiva ni de sus Estados Miembros.

© PNUD Uruguay, 2008

Edición y corrección: Susana Aliano Casales y Maqui Dutto

Diseño y armado: Micaela da Silveira

Impresión: Mastergraf

Imagen de tapa:

Obra de Santiago García, *Barrios del tambor I*, 300 x 78 cm, acrílico sobre tela arenada, Montevideo, 2003

ISBN: 978-92-990052-2-4



Contenido

Prólogo.....	1
Breve historia de los afrodescendientes en el Uruguay	5
<i>Introducción</i>	5
1. <i>De la esclavitud a la abolición*</i>	7
Tráfico y venta de esclavos	7
Amos y esclavos	9
Trabajo esclavo.....	11
El proceso de abolición de la esclavitud	12
Los afrodescendientes tras la abolición	15
El ingreso al ejército.....	18
La educación y el disciplinamiento de los sectores populares	19
A modo de conclusión.....	25
2. <i>Expresiones culturales: resistencia, adaptación, discriminación</i>	25
Las salas de nación desde sus orígenes hasta mediados del siglo XIX	26
Organización	26
La religiosidad africana.....	28
Vínculos entre naciones africanas en Montevideo.....	29
Alentar la vida	30
El candombe en sus orígenes	30
Los instrumentos musicales.....	31
«Cuando danzan se olvidan de sí mismos».....	33
Chica y bámbula	34
Las cofradías	35
Las primeras comparsas «modernas» de negros	37
«Solo para blancos»	38
Un baile que hizo historia.....	39
Integración: Negros Lubolos, los blancos pintados de negros	42
Años de cambio	43

6 de enero. Fiesta de los Reyes a través del siglo XIX	43
Festividades populares	45
Los «últimos» africanos	47
Las salas de nación en el Uruguay del Novecientos	47
3. Condiciones de vida, trabajo y educación	
<i>de los afrodescendientes a lo largo del siglo XX</i>	51
La población negra e indígena vista por el Uruguay de los años veinte	52
Trabajo	53
Vivienda	61
Educación	67
4. Expresión del pensamiento afrouruguayo	75
La Conservación	77
¡A votar por la resurrección de la raza!	78
«Soldados a la fuerza»	80
La intelectualidad afrouruguaya en la primera mitad del siglo XX	81
Nuestra Raza	85
Partido Autóctono Negro (pan)	87
Escritores, artistas y profesionales	90
5. Un debate abierto. Los afrodescendientes y el relato de la nación	93
Panorama de la infancia y la adolescencia en la población afrouruguaya	103
1. <i>Introducción</i>	103
2. <i>Definiciones conceptuales y fuentes de datos</i>	105
Definición de ascendencia	105
Fuente de datos	106
3. <i>Algunas características demográficas</i>	107
El acceso al sistema de salud	110
Las características familiares de los hogares	111
4. <i>Indicadores de bienestar económico</i>	114
5. <i>La participación y el desempeño en el sistema educativo</i>	117
6. <i>Indicadores de actividad</i>	123
7. <i>Conclusiones</i>	124
<i>Bibliografía</i>	126
Desigualdad salarial y discriminación	127
por raza en el mercado de trabajo uruguayo*	127
1. <i>Introducción</i>	127

2. Datos.....	129
3. Método	133
3.1. Aspectos generales del método.....	134
3.2. Primera estrategia: estimación de una ecuación salarial	135
3.3. Segunda estrategia: descomposición de la brecha salarial promedio.....	136
4. Resultados.....	137
4.1. Ecuación salarial.....	137
4.2. Descomposición de la diferencia salarial	139
5. Conclusiones	140
Bibliografía	143

Las vivencias de la discriminación

en la población afrodescendiente uruguaya	144
1. Introducción	144
2. Aspectos conceptuales. Aproximación al tema.....	145
Breve reseña histórica de los aportes de los afrodescendientes en la frontera con Brasil.....	148
3. Comentarios sobre cuestiones derivadas de la ejecución del trabajo de campo.....	149
4. Análisis del material obtenido en las técnicas	149
4.1. Grupos focales	150
Sentimientos, reacciones y defensas	151
«La potencialidad está siempre en el negro»	151
Sobre los ámbitos.....	152
La institución educativa	152
El ámbito laboral.....	153
Espacios de socialización	155
Policía.....	155
Entorno barrial	156
Otros.....	157
Modelos	157
El candombe.....	158
Género	159
Relaciones de pareja	159
El color	160
Propuestas	160
4.2. Entrevistas en profundidad.....	161

<i>¿Existe la discriminación?</i>	161
<i>Sentimientos, reacciones y mecanismos de defensa</i>	161
<i>Ámbitos en los que se ubican las experiencias de discriminación</i>	163
<i>La educación</i>	163
<i>El ámbito laboral</i>	164
<i>Los espacios de socialización</i>	165
<i>Los bailes</i>	165
<i>Tiendas, bares, peluquerías</i>	165
<i>Religión</i>	166
<i>La salud</i>	166
<i>Modelos</i>	166
<i>El candombe</i>	166
<i>Las relaciones interpersonales</i>	167
<i>Las relaciones de pareja</i>	167
<i>La familia</i>	168
<i>Propuestas</i>	168
5. Conclusiones, propuestas y sugerencias	169
Bibliografía	171
Anexo	172
Tabla 1: Resumen de datos de participantes (Montevideo).....	172
Tabla 2: Resumen de datos de participantes del interior	173

Anexo: El perfil demográfico y socioeconómico de la población uruguaya según su ascendencia racial	174
---	-----

Prólogo

Las sociedades de principios de siglo XXI afrontan importantes desafíos, oportunidades y amenazas. Su suerte dependerá de nuestra capacidad para construir comunidades inclusivas, equitativas y abiertas, sobre bases solidarias y racionales que garanticen un bienestar básico, el acceso democrático a las oportunidades y los derechos para todas y todos, reconociendo en la diversidad una condición necesaria para la construcción de un destino común.

Las notorias desigualdades que separan a unos seres humanos de otros, los dilemas demográficos, las incertidumbres ambientales, los presagios de enfrentamientos entre civilizaciones, las pretensiones hegemónicas de una *cultura única*, los brotes de intolerancia y los impulsos belicistas, entre otras amenazas, reclaman un nuevo pacto de convivencia entre los pueblos, basado en el respeto de las identidades culturales, los derechos humanos, la convivencia pacífica en el reconocimiento de lo que nos diferencia y la valoración fundamental de todo aquello que nos une.

Nuestro país no es ajeno a estos desafíos.

La cuestión racial ha estado prácticamente ausente en los diversos diagnósticos sobre la situación socioeconómica de la población uruguaya y sobre los procesos de exclusión. En particular, es escasa la información disponible sobre la población afrodescendiente, la minoría racial más numerosa del país.

Este trabajo constituye un aporte a la tarea de pensar y proyectar la sociedad uruguaya con equidad en la diversidad, desde la actividad académica, la gestión institucional o la praxis social, en la medida en que incorpora conocimiento sobre una temática poco trabajada, pero relevante en la construcción de cualquier mirada democrática sobre nuestro pasado y presente, así como nuestro futuro.

La publicación ofrece un cuerpo de información actualizado y riguroso sobre las condiciones de vida de la población afrouruguaya, los mecanismos y determinantes de su posición desfavorable en el conjunto de la sociedad, y el contexto histórico en el que esta realidad se ha configurado a lo largo del tiempo. Todo ello a través del análisis de la información cuantitativa existente, de la generación de datos cualitativos, del relevamiento de la producción historiográfica y del análisis de archivo documental, realizado por destacados investigadores e investigadoras en el marco de un proyecto de cooperación interinstitucional, y de un abordaje multidisciplinario que reunió a profesionales de las áreas de historia, sociología, demografía, economía y psicología, lo que constituye una experiencia inédita de

trabajo en el ámbito académico sobre el tema, con un provechoso resultado focalizado en las áreas de la infancia, la educación, el mercado de trabajo y el racismo. Cumple así con su objetivo de aportar a la elaboración de una base empírica y conceptual para el desarrollo de políticas públicas específicas en el ámbito ejecutivo y legislativo del Estado, orientadas a la superación de las inequidades que afectan a la población afrouruguaya.

La población de afrodescendientes en Uruguay es aproximadamente un 10% de la población total. Esta minoría enfrenta grandes desigualdades: la proporción de pobres en los afrodescendientes es el doble que en los blancos, relación que se agrava al considerar la indigencia, cuya proporción en la población afrodescendiente triplica la registrada en el conjunto de la población, de acuerdo con los datos recabados por la Encuesta Nacional de Hogares Ampliada del Instituto Nacional de Estadística en 2006. Asimismo, se constatan fuertes diferencias en educación, remuneración y acceso al empleo, entre otras inequidades.

La escasa producción de datos estadísticos oficiales y de estudios académicos ha generado una «invisibilidad» de los problemas de raza y de racismo en Uruguay, y una falta de políticas para abordar el tema. Históricamente, ha existido escasa información y producción de conocimiento sobre la diversidad étnico-racial en el país, sobre la existencia de inequidades raciales y los mecanismos sociales que generan y reproducen el fenómeno en el plano material y subjetivo.

Esta realidad, caracterizada tanto por los niveles generales de retroceso social de la población afrouruguaya como por los escasos trabajos disponibles sobre ello, es producto de la sedimentación de los siguientes fenómenos que, entre otros, determinan su configuración: a) las condicionantes históricas del pasado esclavista del país, que supusieron la inserción de la población negra en las áreas peor remuneradas del mercado laboral y la asignación general de un rol subordinado en la sociedad; b) el desarrollo del racismo como ideología, sustento teórico y práctico de la desigualdad por razones de raza y etnia que impregnó el imaginario colectivo respecto a la sensibilidad, la cultura, los valores admitidos y reproducidos consciente o inconscientemente en la sociedad, en detrimento de la población negra afrodescendiente; c) la construcción de un modelo de nación, relato oficial y autopercepción colectiva que identificó al Uruguay como un país de inmigrantes europeos, con una sociedad homogénea e integrada, y ausencia de componentes de origen indígena o africano, concebidos como valor distintivo del resto de las sociedades de América; todo lo cual provocó la invisibilidad o la subvaloración del estatus, el rol y la presencia de los afrouruguayos en la sociedad y las inequidades resultantes de ello; d) lo ocurrido en el sistema educativo (escenario fundamental para el desarrollo de aspectos identitarios, valorativos y el modelo de convivencia social), donde la presencia de afrodescendientes en el proceso de conformación nacional estuvo prácticamente ausente, reducida a aspectos vinculados a la esclavitud, considerados en forma desactualizada y prejuiciosa, o basada en estereotipos sobre su rol subordinado en la sociedad, de lo cual la construcción y reproducción de la figura de «Ansina: cebador de mate de José Artigas» es un cabal ejemplo.

El material que tenemos el gusto de prologar puede contribuir de manera significativa a la superación de todo ello.

El libro es uno de los productos de un proyecto de cooperación Población Afrodescendiente y Desigualdades Étnico-Raciales en Uruguay, presentado y aprobado en el marco del Fondo Fiduciario España-PNUD *Hacia un Desarrollo Integrado e Incluyente*, el cual promueve el apoyo a propuestas que contribuyan de modo efectivo a la reducción de la pobreza en sus diversas manifestaciones, con especial atención a las poblaciones afrodescendientes, y a la disminución de las desigualdades. El proyecto reunió aportes técnicos, políticos y financieros de los siguientes organismos: Cámara de Representantes del Parlamento del Uruguay, a partir de la iniciativa planteada en su Comisión de Población y Desarrollo Social; Instituto Nacional de Estadística (INE), Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA) y Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM).

El proyecto tuvo el objetivo general de contribuir a la generación de conocimientos y a la visibilidad de la población afrodescendiente, de cara a la formulación de políticas públicas sociales de combate a la pobreza y la desigualdad. Los objetivos específicos han sido: 1) elaborar un diagnóstico de la situación de la colectividad afrouruguaya en Uruguay; 2) analizar el papel de la discriminación racial en los peores desempeños socioeconómicos que registra la población negra en Uruguay; 3) promover la acumulación de conocimiento en las ciencias sociales sobre la situación de la población negra en Uruguay; y 4) proporcionar una base empírica para la inclusión de la dimensión racial en el diseño, la ejecución y el monitoreo de las políticas públicas.

Este material incluye trabajos sobre el pasado y el presente de esta comunidad. En el primer capítulo se presenta una breve historia de la población afrouruguaya, estudio a cargo de los historiadores Ana Frega y Óscar Montaña, y el equipo integrado por Karla Chagas y Natalia Stalla. El segundo capítulo consiste en un panorama de la infancia y adolescencia afrodescendiente; su elaboración estuvo a cargo de la antropóloga Wanda Cabella. El tercer capítulo consiste en un informe sobre la discriminación de la población negra en el mercado de trabajo y la desigualdad salarial en Uruguay, elaborado por la economista Marisa Bucheli y el sociólogo Rafael Porzecanski. Finalmente, el cuarto trabajo consiste en un estudio cualitativo respecto a la percepción de discriminación racial de la población afrodescendiente y sus consecuencias en el desempeño social y económico. Este trabajo fue elaborado por la psicóloga Susana Rudolf y el equipo integrado por Amanda Díaz, Javier Díaz, Carolina Ricarte y Óscar Rorra.

En el entendido de que la población afrodescendiente no padece homogéneamente la discriminación y la desigualdad racial, se incluyó la categoría analítica de género para hacer visibles los cuadros agravados de discriminación que padecen las mujeres afrodescendientes en materia socioeconómica, educativa, de salud y de acceso a otros bienes y servicios.

Corresponde agradecer a quienes con su apoyo y comprometida labor hicieron posible el trabajo de investigación que contiene este libro.

Todo ello ha sido inspirado en sólidos compromisos al servicio de objetivos y anhelos que seguramente entre todos contribuiremos a concretar: la superación de las condiciones de vida de la población negra del país; el combate a la discriminación racial que está en la base de las inequidades que padece; el fomento de una sensibilidad con pautas de relación entre las personas, sustentada en valores solidarios de integración social de todas y todos por sobre las diferencias naturales que enriquecen la sociedad, asumiendo que en el reconocimiento generoso, respetuoso e inclusivo de todos sus componentes descansa la fortaleza de una comunidad.

Prof. Edgardo Ortuño
Representante Nacional
Montevideo, 3 de diciembre de 2008.

Breve historia de los afrodescendientes en el Uruguay

Ana Frega, Karla Chagas, Óscar Montaña, Natalia Stalla

Introducción

A mediados de la década de 1950, el modelo de una identidad uruguaya basada en el mito de una sociedad igualitaria y homogénea comenzó su prolongada crisis. La visión complaciente, sintetizada en la frase «como el Uruguay no hay», contrastaba con la denuncia de situaciones de pobreza, marginación y exclusión. En 1956, a raíz de la publicación de un artículo sobre la discriminación a los negros en el Uruguay en las páginas del semanario *Marcha*, se desató una virulenta polémica en la que no faltaron quienes salieran a cuestionar la veracidad de las denuncias realizadas.¹ Si bien medio siglo más tarde se han dado una serie de pasos tendientes a luchar contra el racismo, la xenofobia y la discriminación, el problema está lejos de ser resuelto.²

En el campo que nos compete, la participación en el proyecto Población Afrodescendiente y Desigualdades Étnico-Raciales en Uruguay apunta a contribuir al conocimiento y la difusión de la historia de los afrodescendientes en los territorios que actualmente conforman la República Oriental del Uruguay, con miras a una revisión general de los orígenes sociales, étnicos, políticos y culturales de la población uruguaya.

La elaboración de esta «Breve historia...» supuso varios desafíos vinculados al planteamiento del objeto de estudio, el hallazgo de las fuentes documentales necesarias y la exposición, de forma clara y concisa, de los resultados. Los integrantes del equipo poseen diversos niveles de formación, variadas experiencias de trabajo y distintas modalidades de relación con el colectivo afro, y tienen como denominador común una reconocida trayectoria en el abordaje historiográfico de distintas facetas de este complejo tema.³

El marco cronológico de la obra se abre con la llegada forzada de afrodescendientes esclavizados al territorio que luego sería el Uruguay y se cierra en la década

1 La polémica es tratada desde distintos ángulos en los apartados 3 y 4.

2 Entre otros, pueden mencionarse la creación de una Comisión Honoraria encargada de planificar acciones contra el racismo, la xenofobia y la discriminación (ley n.º 17817, del 6/9/2004), la declaración del 3 de diciembre como Día Nacional del Candombe, la Cultura Afrouguaya y la Equidad Racial (ley n.º 18059, del 20/11/2006) o el establecimiento de la Unidad Temática por los Derechos de los Afrodescendientes (UTA) en la Intendencia Municipal de Montevideo (resolución n.º 3895/03, del 26/9/2003).

3 A título de ejemplo pueden mencionarse, entre las obras de Óscar Montaña, *Umkhonto* (1996), *Yeninyanya* (2001) y el tomo I de *Historia afrouguaya* (2008), y entre las de Karla Chagas y Natalia Stalla, *Esclavitud y trabajo. Un estudio sobre los afrodescendientes en la frontera uruguaya, 1835-1855* (2004), en coautoría con Alex Borucki.

de 1970, tras el golpe de Estado, cuando la dictadura civil-militar dispuso el desalojo de los conventillos Medio Mundo, Ansina y Gaboto.

El primer apartado, «De la esclavitud a la abolición», elaborado por Karla Chagas y Natalia Stalla, se concentra en el tráfico esclavista, las condiciones de la esclavitud, los avances y retrocesos del abolicionismo y la situación de los afrodescendientes después de la obtención de la libertad. Los conflictos hispano-lusitanos por el control del comercio colonial y la explotación de los territorios americanos —de los que no estuvieron ajenos sus respectivos aliados, Francia y Gran Bretaña—, la revolución de independencia y los enfrentamientos armados en el marco de los procesos de construcción estatal en la región platense constituyen el marco que contribuye a explicar las grandes líneas de esta etapa.

El segundo apartado, «Expresiones culturales: resistencia, adaptación, discriminación», elaborado por Óscar Montaña, se detiene en las diversas formas en que las comunidades de africanos y sus descendientes procuraron preservar sus tradiciones culturales, explorando sus ritos y festividades, así como los complejos y conflictivos caminos de inserción en la sociedad uruguaya y, más concretamente, montevideana.

El tercer apartado, «Condiciones de vida, trabajo y educación de los afrodescendientes a lo largo del siglo xx», con la autoría de Karla Chagas y Natalia Stalla, presenta los contrastes entre un proyecto de fuerte tono igualitarista e inclusivo y una realidad signada por el acceso desigual y la discriminación. Haciendo un uso intensivo de las escasas fuentes disponibles, se estudian las distintas oportunidades de empleo, que evidencian las rémoras de la época esclavista; la vivienda, con especial atención a los denominados *conventillos*; y las alternativas de acceso de los afrodescendientes a los distintos niveles de la enseñanza pública.

El cuarto apartado, «La expresión del pensamiento afrouruguayo», realizado por Óscar Montaña, repasa las distintas iniciativas de organización y expresión de las comunidades de afrodescendientes hasta el golpe de Estado de 1973. Publicaciones periódicas, asociaciones culturales, centros de recreación, movimientos reivindicativos y hasta la constitución de agrupaciones políticas del colectivo negro conforman una rica tradición de lucha y defensa de sus intereses a lo largo del siglo.

A modo de final, Ana Frega plantea algunas ideas para «Un debate abierto. Los afrodescendientes y el relato de la Nación». Luego de un breve repaso del tratamiento del tema en el primer centenario de la República, se presentan las distintas facetas de la movilización de los afrodescendientes en la revolución de independencia.

Al final del libro se incluye la bibliografía y las fuentes editadas consultadas. Excede a los objetivos de este trabajo la realización de un estado de la cuestión, pero tanto el repaso de los títulos como de las fechas de publicación de los materiales incluidos en la bibliografía específica permiten una aproximación a los temas en debate y muestran el viraje operado en los últimos años.

Es esta una obra en construcción. Procura acercar a los más amplios sectores de la población un panorama sintético de algunos aspectos de la historia de las comunidades negras en este territorio, desde tiempos coloniales hasta mediados del siglo

xx. Asimismo, espera contribuir al desarrollo de nuevas y más profundas investigaciones que permitan avanzar en la elaboración de una Historia del Uruguay que dé cuenta de los procesos y problemáticas aquí esbozados. Ambos propósitos se basan en el convencimiento de que es sobre la ampliación y la difusión del conocimiento que puede edificarse una sociedad más solidaria y más justa. Creemos que es este uno de los deberes ineludibles de la historia.

1. De la esclavitud a la abolición⁴

Tráfico y venta de esclavos

La esclavitud africana en América Latina y el Caribe constituyó una etapa tardía de la evolución de esta «institución» conocida desde la antigüedad y le dio una singular característica económica. El tráfico de esclavos fue heterogéneo y dependió del desarrollo económico del lugar de destino, variando tanto el lugar de procedencia como el volumen de esclavos transportados. La migración forzada de africanos a la América española comenzó con las primeras conquistas, y se dirigió principalmente a las minas de oro y plata de México y Perú. Desde mediados del siglo xvii la mayor demanda de esclavos provino de las plantaciones de azúcar de la América portuguesa y del Caribe. Hacia finales del siglo xviii la esclavitud estaba firmemente arraigada; los esclavos africanos eran considerados por quienes explotaban las riquezas americanas como la fuerza de trabajo más conveniente para las diversas actividades económicas desarrolladas a lo largo del continente.⁵

Las carencias y omisiones en los registros aduaneros, sumadas al tráfico clandestino, impiden establecer una cifra exacta de los esclavos arribados a América Latina y el Caribe.⁶ Sin embargo, se ha establecido que entre 1500 y 1867 algo más de 12.000.000 de africanos cruzaron el Atlántico forzosamente, casi la mitad de ellos entre 1750 y 1825. Para el caso del Río de la Plata, recientes investigaciones han establecido cifras que constituyen el mínimo de una estimación. En todo el siglo xvii, se estima que arribaron, por vía marítima, unos 14.000 esclavos a Buenos Aires, y en la primera mitad del siglo xviii lo hicieron algo más de 20.000.⁷ Entre 1786 y 1812, al menos 60.000 esclavos fueron traídos al Río de la Plata desde África (y Brasil, más aquellos que llegaron a través de la frontera entre la Banda Oriental y Río Grande; lo que muestra hasta qué punto el crecimiento de la región en el último tramo del período colonial se sustentó en un mayor comercio de esclavos, al que a la vez contribuyó.⁸

4 Parte de este capítulo ha sido elaborado a partir de Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla, *Esclavitud y trabajo. Un estudio sobre los afrodescendientes en la frontera uruguaya, 1835-185*, Montevideo: Pulmón, 2004.

5 Hebert S. Klein: *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*, Madrid: Alianza, 1986, pp. 13-14, 19-20, 25, 28-29, 37 y 62.

6 Juan M. de la Serna: «Periodos, cifras y debates del comercio de esclavos novohispanos, 1540-1820», en *Revista América Latina en la Historia Económica*, n.º 21, México, enero-junio 2004, pp. 49-57, <http://www.institutomora.edu.mx/revistas/Numero%2021/21-3-JuanM_delaSerna.pdf>, consulta 9/7/2006.

7 Alex Borucki: «El tráfico de esclavos en el Virreinato del Río de la Plata, 1777-1812», ponencia presentada en el simposio *A 200 años de la Junta de Gobierno de Montevideo*, Montevideo, Cabildo Municipal, 1 y 2 de octubre de 2008.

8 Ibidem. William Acree y Alex Borucki: *Jacinto Ventura de Molina y los caminos de la escritura en el Río de la Plata*, Montevideo: Linardi y Risso, 2008, p. 23.

**Origen declarado de los esclavos arribados vía marítima desde
África y Brasil al Río de la Plata. Período 1777-1812**

Origen	Esclavos arribados
Angola y Congo	5.687
Costa de Oro	1.055
Guinea Occidental	1.740
Mozambique	11.425
Otros puertos	4.207
África s/especificar	2.291
África subtotal	26.405
Río de Janeiro	15.155
Salvador de Bahía	7.955
Otros puertos	2.185
Brasil s/especificar	6.792
Brasil subtotal	32.087
Total	58.492

Fuente: Alex Borucki: «El tráfico de esclavos en el Virreinato del Río de la Plata, 1777-1812», ponencia presentada en el simposio *A 200 años de la Junta de Gobierno de Montevideo*, Montevideo, Cabildo Municipal, 1 y 2 de octubre de 2008.

Además de las ganancias reportadas a los comerciantes involucrados en el tráfico de esclavos, la actividad también fue beneficiosa para el erario público, que imponía el pago de derechos de introducción.⁹ Entre 1787 y 1809, la trata esclavista dinamizó la economía colonial, enriqueciendo a los comerciantes locales, quienes mayormente participaron como intermediarios. Desde 1787 se extendió permiso a la Real Compañía de Filipinas para traficar esclavos, cuyos primeros arribos se verificaron en 1788.¹⁰ En 1791 se designó a Montevideo único puerto de introducción de esclavos para el Río de la Plata, Chile y Perú.

En ese contexto, y a partir de los reclamos de los vecinos, se entendió necesaria la erección de un espacio que «resguardara» a los esclavos, pero sobre todo a los pobladores del lugar, de posibles enfermedades traídas en el viaje. El lugar fue construido por la Compañía de Filipinas para depositar a los esclavos en cuarentena antes de reembarcarlos a Buenos Aires y otros puertos, y sería conocido como *Caserío de los Negros*.¹¹ Los esclavos traídos por la Compañía tuvieron una alta mortalidad: de 2.830 sobrevivió cerca del 77%.¹²

Luego del alojamiento temporario, la primera venta de los esclavos arribados a Montevideo que no eran llevados a otros destinos se realizaba en el propio Caserío o mediante subasta.¹³ El valor de los esclavos estaba ligado a su edad, condiciones

9 Paulo de Carvalho Netto: *El negro uruguayo*, Quito: Ed. Universitaria, 1965, pp. 58-60.

10 Homero Martínez Montero: «La esclavitud en el Uruguay (II)», en *Revista Nacional*, n.º 41, mayo 1941, p. 233.

11 Elizabeth Onega y Carmen Curbelo: «El Caserío de los Negros: investigación arqueológica del contacto afro-americano», en Arturo Bentancur, Alex Borucki y Ana Frega: *Estudios sobre la cultura afro-rioplatense. Historia y presente*, Montevideo: FHCE, Actas II, 2005, pp. 13-27.

12 Alex Borucki: «El tráfico...», o. cit.

13 Arturo Bentancur: *El puerto colonial de Montevideo (I). Guerra y apertura comercial: tres lustros de crecimiento económico (1791-1806)*, Montevideo: FHCE, 1997, pp. 254-255

físicas, sexo y oficio. En la mayoría de los casos, a medida que pasaba el tiempo de trabajo, el precio de los cautivos descendía a causa de los «vicios» que se le podían adjudicar: problemas de salud o «mala conducta». En otros casos, la especialización en alguna labor podía aumentar el valor del esclavo.

Las guerras de independencia y las disposiciones abolicionistas británicas afectaron el tráfico de esclavos. Sin embargo, la esclavitud se mantuvo como institución. Con el progreso de los medios de comunicación, ya hacia mediados de la década de 1830, se ofertaba este tráfico en los periódicos.

Diferentes estimaciones sitúan a la población afrodescendiente en Montevideo en cifras que rondan el 25% —incluso el 30%— en las primeras décadas del siglo XIX. Luego del período revolucionario, el porcentaje de habitantes esclavos y de origen africano continuaba siendo importante.

En 1819 representaban entre un 20% y un 25% de la población de Montevideo.¹⁴ Hacia la década de 1830, la población negra se concentraba en la capital, así como en la frontera norte y este del territorio. El desarrollo económico de la ciudad, favorecido por la coyuntura regional, incentivó una mayor demanda de mano de obra, promoviendo de esta forma la introducción de hombres y mujeres desde África bajo la modalidad de contratos de colonos. Asimismo, la introducción ilegal de africanos desde Brasil a través del tráfico en pequeña escala y el establecimiento en la frontera de estancias de brasileños que empleaban esclavos contribuyeron a mantener un índice de población africana y descendiente cercano al 30%, tanto en la capital como la frontera.¹⁵

Amos y esclavos

Hombres y mujeres de origen africano fueron traídos forzosamente para servir como trabajadores durante la época colonial y tras la independencia. La justificación moral de la esclavitud radicó en factores de diferenciación racial. Africanía, esclavitud y racismo se vincularon estrechamente. El racismo permitió incorporar masivamente el trabajo esclavo sin mayores cuestionamientos morales.¹⁶ Hasta 1789 el empleo del trabajo esclavo, así como la relación amo-esclavo en los dominios españoles, estuvo regulada por las leyes de partidas, la recopilación de las leyes de Indias, reales cédulas y ordenanzas particulares. Posteriormente, la esclavitud contó con una recopilación genérica que regulaba su funcionamiento, aunque su aplicación no se extendió más de cuatro o cinco años en algunas regiones y en otras no tuvo efecto. Dado su carácter abstracto y confuso, en buena medida la costumbre local estableció

14 Ana Frega: «Caminos de libertad en tiempos de revolución. Los esclavos en la Provincia Oriental Artiguista 1815-1820», en Arturo Bentancur, Alex Borucki y Ana Frega: *Estudios sobre la cultura afro-rioplatense. Historia y presente*, Montevideo: FHCE, Actas I, 2004, p. 57.

15 En 1830, el periódico *El Caduceo* publicó un padrón de las cuatro primeras secciones de Montevideo, en el que los esclavos representaban el 25%. Seguramente la dimensión de la población afrodescendiente era algo superior, pues no se detalló el «color» de los sujetos anotados como libres. Óscar Villa y Gerardo Mendive: *La prensa y los constituyentes en el Uruguay de 1830*, Montevideo: Biblioteca Nacional, 1980, pp. 85 y 146. Según los padrones existentes de las antiguas jurisdicciones de Cerro Largo, Tacuarembó y Rocha, en la década de 1830 la población esclava oscilaba entre el 25% y el 30% de los habitantes en cada lugar. Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla: o. cit., pp. 163-173.

16 Ana Frega, Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla: *Memorias del simposio La ruta del Esclavo en el Río de la Plata: su historia y sus consecuencias*, Montevideo: UNESCO, 2005.

una reglamentación con fuerte impronta práctica.¹⁷ A pesar de los cambios políticos operados en el territorio oriental, que implicaron la sucesión de gobiernos de distinto origen —españolista, afín al Directorio de las Provincias Unidas, artiguista, lusitano, brasileño u oriental—, la normativa continuó vigente, con ciertas salvedades, tras la jura de la Constitución y el establecimiento del Estado Oriental en 1830.

Los amos eran propietarios tanto del sujeto esclavizado como de su trabajo. La estructura de interacción esclavista consideraba a los esclavos «objetos» con ciertos derechos (a la vida, a cambiar de amo en caso de malos tratos comprobados, a comprar su libertad, a formar matrimonio, a establecer patrimonio y a contraer deudas). Los amos estaban obligados a brindarles vivienda, alimento y vestimenta, así como a hacerse cargo de los gastos de bautismo, enfermedad y entierro. En Montevideo, el lugar destinado a los «dormitorios» de los esclavos generalmente se ubicaba en el segundo patio de las antiguas casas, donde estaban, además, la cocina, el gallinero y las letrinas. En el medio rural fue frecuente que se destinara a ese fin alguna construcción separada de la casa principal; en los pueblos o villas del interior en general se destinó algún lugar dentro de la casa-habitación familiar.¹⁸

La comida que mayoritariamente consumieron fue la sopa o el guiso, que mezclaban verduras, hortalizas y en ocasiones carne. También ocasionalmente consumían alguna fruta, como durazno o membrillo. La yerba y el tabaco fueron los «vicios» que, junto con el vino de menor costo o alguna bebida destilada como la caña, complementaban la dieta de los esclavos y formaban parte de la dieta de la población. La vestimenta de los esclavos varones consistía mayormente en un poncho y calzoncillo —más tarde el chiripá—, y las mujeres llevaban vestido, rebozo y algún pañuelo, como los sectores pobres en general.¹⁹

Los amos tenían derecho a recurrir al uso de la fuerza para reglar el trabajo de sus esclavos, pero en caso de que les produjeran lesiones de entidad, estos podían denunciarlos al Defensor de Menores y Esclavos. Aunque probablemente muchos esclavos no conocieran las leyes, supieron reclamar cuando los amos incumplieron los deberes o excedieron sus derechos. En caso de corroborarse los abusos, el Defensor les otorgaba la posibilidad de cambiar de propietario.

Aunque las relaciones amo-esclavo estaban reguladas por un marco legal, las prácticas cotidianas no necesariamente se asentaron sobre esa base; es decir, más allá de las relaciones de esclavatura, algunos amos consideraron a sus esclavos más como «personas» que como «cosas». La posición de poder del amo no impidió que se entablaran lazos más estrechos que los estrictamente laborales. La existencia de estos vínculos suponía una relativa mejora en la calidad de vida de esos esclavos, que en algunos casos llegaba a posibilitar su libertad.

17 Arturo Bentancur y Fernando Aparicio: *Amos y esclavos en el Río de la Plata*, Montevideo, Editorial Planeta, 2006.

18 Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla: o. cit., pp. 244-245; Daniel Schávelzon ha demostrado la variedad de aposentos brindados a los esclavos en Buenos Aires, sobre la base del estudio de los planos de viviendas. Daniel Schávelzon: «Arquitectura para la esclavitud en Buenos Aires: Una historia silenciada», en *Crítica*, Instituto de Arte Americano-UBA, 2002, <<http://www.fadu.uba.ar/iaa/critica/0130.pdf>, consulta 9/07/2007>.

19 Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla: o. cit., pp. 253-254; Alba Mariani: *Vida material y vestimenta en el Río de la Plata (1850-1890)*, Montevideo: FHCE, 2007, pp. 143-151.

El tema de las «piadosas» o «cruelles» relaciones entre amos y esclavos debe superar el análisis meramente centrado en cuestionar la «bondad» o «brutalidad» del amo. La esclavitud como institución, al privar al individuo de su libertad y disponer sobre su persona, implica dominación y violencia. Las relaciones entre amos y esclavos deben ser consideradas a la luz de la capacidad de adaptación de estos últimos para sobrellevar una situación determinadamente negativa. Probablemente desarrollaron estrategias cotidianas para adaptar su comportamiento a las expectativas de los propietarios. No obstante, la «buena» conducta del esclavo no impedía los excesos de violencia física, en virtud de que cada amo evaluó en qué casos aplicar correctivos y dosificó con sus propios parámetros la violencia.²⁰

Trabajo esclavo

No es posible comprender las cuestiones étnicas y raciales sin integrar el análisis de clase. Los grupos dominantes durante el coloniaje se imaginaron el orden social a través de un «sistema de castas», en el cual los africanos eran relegados al último peldaño. Tras la fundación republicana, el lugar ocupado por los esclavos en el orden social continuó vigente, aunque con ciertas salvedades. Los esclavos fueron la mayor parte de la fuerza laboral de la economía rural y urbana del territorio oriental; su trabajo se utilizó en casi todos los rubros desde la época colonial, durante el período revolucionario y tras el establecimiento del Estado Oriental.

El servicio doméstico, fundamental para los pobladores, era solo parte de la actividad que desarrollaban los esclavos. Trabajaron como vendedores ambulantes, lavanderas, planchadoras, costureras y en las operaciones portuarias. También desempeñaron algunos oficios, tales como zapatería, sastrería, carpintería, albañilería o herrería, y fueron empleados en establecimientos de producción y de comercio, como saladeros, panaderías, velerías.²¹

Los saladeros poseían altos niveles de participación esclava en varios oficios: tropero, carneador, chirimango o deshuesador, salador, entre otros. Su operativa imponía una ubicación costera, preferentemente en la bahía de Montevideo. En la década de 1830, los mayores saladeros se encontraban en la flamante villa de Cosmópolis (Cerro). Asimismo, el bloqueo de los puertos del Plata durante la década de 1840 favoreció el desarrollo de saladeros en ciertas zonas de la frontera, particularmente en San Servando y Arredondo (Cerro Largo).

En ocasiones los esclavos trabajaron para otras personas recibiendo una paga. El dinero obtenido por estos *conchabos* iba mayoritariamente a las arcas del amo, salvo el generado por las tareas realizadas los domingos y feriados, el cual podía ser retenido por los esclavos y ahorrado con el fin de poder comprar su libertad y/o la de su familia.

20 Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla: o. cit., pp. 227-234; Arturo Bentancur y Fernando Aparicio: o. cit., pp. 181-193, 209-211; Óscar Montaña: *Historia afrouruguaya*, tomo I, Montevideo: Mastergraf, pp. 357-382.

21 Lucía Sala, Nelson de la Torre, Juan C. Rodríguez: *Estructura económico-social de la colonia*, Montevideo: EPU, 1968, pp. 54-58, 138, 141-150.

La integración laboral de la población de origen africano en los establecimientos rurales constituyó un fenómeno cotidiano. La mano de obra esclava garantizó a los propietarios el acceso al trabajo permanente, mientras que el trabajo libre fluctuó según las necesidades estacionales y coyunturales. En ellos realizaron una variedad de labores: las propias de la ganadería (arreo, yerra, faena), así como de la producción agrícola y, en forma ocasional, podían desempeñarse en la fabricación de cal, la molienda del trigo, etcétera. Los establecimientos productivos existentes en el territorio oriental emplearon de forma diversa el trabajo esclavo. Aunque ello fue más frecuente en los establecimientos de mayor concentración ganadera, también se dio en estancias de mediana y pequeña dimensión, labranzas y quintas, complementado con formas de trabajo libre (peones y jornaleros) y/o con el trabajo familiar. Asimismo, en la frontera norte y este existieron grandes haciendas, propiedad de brasileños que incorporaron casi exclusivamente fuerza de trabajo esclava.

Los esclavos tanto en Montevideo como en la campaña, y particularmente aquellos que contaban con cierta movilidad «posibilitada» por el desempeño de sus tareas, accedieron a diversos ámbitos públicos de entretenimiento (la pulpería y sus rondas de bebidas, naipes y carreras) y de conmemoración (la iglesia con sus misas, festividades e incluso ritos funerarios). Aunque a los esclavos se les permitían ciertas instancias de diversión, algunas actividades les fueron prohibidas, en especial a determinadas horas, con el argumento de que distorsionaban el orden.

Por otro lado, los esclavos trajeron consigo determinadas prácticas religiosas que se daban cita en las diferentes *salas de nación* africanas en Montevideo, tema que será tratado en el capítulo 2. Asimismo, aunque las investigaciones existentes sobre las comunidades de frontera en el siglo XIX, basadas en fuentes judiciales y/o administrativas, solo han hallado rastros que aproximan a los esclavos a las prácticas de la religión católica, es posible que al resguardo de los amos desarrollaran actividades que incluyeran cantos, bailes o el repique de tambores, al igual que en Montevideo.

El espacio privado de los esclavos era el único ámbito de verdadera «libertad» que podían disfrutar, y los amos temían a lo que podían hacer en él. La privacidad en el medio rural se vinculó a la poca población, el aislamiento y la lejanía, mientras que la cercanía y la vecindad en Montevideo o en las villas y pueblos ofrecieron otro marco para esa cotidianidad. Mujeres y hombres esclavos encontraron los medios para entablar relaciones entre sí, escapando generalmente de la vista de los amos y las autoridades.

El proceso de abolición de la esclavitud

Los esclavos recorrieron, tanto en forma individual como colectiva, complejos caminos para obtener su libertad. En ocasiones se convirtieron en libertos a través de la compra de su libertad. En otros casos ello devino de la concreción de relaciones «más humanas», que posibilitaron la manumisión²² como una gracia, vía tes-

22 *Manumitir* significa 'dar libertad a un esclavo'.

tamento o directa ante testigos.²³ Junto con las formas ordinarias de manumisión (disposición testamentaria, carta de libertad otorgada judicialmente o por la simple voluntad del amo) existieron las extraordinarias, vinculadas a las levadas militares durante las guerras de independencia. Hubo manumisiones parciales relacionadas con conflictos bélicos desde el período colonial, y tales prácticas continuaron durante la revolución en el Río de la Plata y se extendieron hasta la guerra de independencia contra el Brasil. Sin embargo, la defensa del derecho a la propiedad pesó al momento de justificar la esclavitud o el trabajo de los africanos y sus descendientes.

*Disposiciones legales sobre tráfico de esclavos y proceso de abolición.
Período 1812-1862*

1812
Abril. Provincias Unidas. Prohibición del tráfico de esclavos.
1813
2 de febrero. La Asamblea en Buenos Aires decreta la «libertad de vientres», que también se habría aplicado en la Provincia Oriental artiguista.
4 de febrero. Decreto que dispone que los esclavos de países extranjeros serían libres en el territorio de las Provincias Unidas. Se suspende por protestas de Brasil.
6 de marzo. Reglamento aprobado por la Asamblea de Buenos Aires que fija las condiciones de los libertos o pupilos, quienes alcanzarían plena libertad a los 20 años los varones y 16 las mujeres.
1825
5 de setiembre. Florida. Sala de Representantes. Ley de Libertad de Vientres. Prohibición del tráfico de esclavos de país extranjero.
1830
20 de enero. Montevideo. Asamblea General Constituyente y Legislativa. Se extiende a todos los puntos del territorio la ley del 5 de setiembre.
18 de julio. Estado Oriental. Constitución de la República. Art. 7: Son ciudadanos naturales los hombres libres nacidos en cualquier parte del territorio del Estado. Art. 131: En el territorio del Estado nadie nacerá ya esclavo; queda prohibido para siempre su tráfico e introducción en la República. Art. 132: Queda para la futura legislatura reglamentar la aplicación de la prohibición del tráfico de esclavos.
1832
12 de noviembre. Montevideo. Firma del primer contrato para la introducción de «colonos» africanos.
1837
14 de junio. Montevideo. Ley de reglamentación del tráfico de esclavos. Se establece régimen de patronato de 3 años para los africanos introducidos ilegalmente, y el patronato de los africanos menores se prolonga hasta los 25 años
1839
13 de julio. Montevideo. Firma del tratado anglo-uruguayo para la supresión del tráfico de esclavos. El tratado se ratificó el 21 de enero de 1842.

23 Arturo Bentancur y Fernando Aparicio: o. cit., pp. 63-122, 229-234; Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla: o. cit., pp. 234-243.

1846
28 de octubre. Campo sitiador (Gobierno del Cerrito). Ley de Abolición de la Esclavitud. Al día siguiente se aprueba la reglamentación de la ley, que crea las <i>comisiones clasificadoras de esclavos</i> .
1851
12 de octubre. Río de Janeiro. Firma de los tratados con el Imperio de Brasil, entre los que figura la devolución de esclavos. Frontera uruguayo-brasileña. Tras el fin de la guerra se establecen <i>contratos de peonaje</i> entre amos y esclavos brasileños, quienes son forzados a trabajar en el territorio oriental.
1853
2 de mayo. Estado Oriental. Eliminación del patronato sobre los hijos de los esclavos emancipados por las leyes de abolición. Ley que declara «piratería» el tráfico de esclavos.
1862
2 de julio. Estado Oriental. Prohibición de establecer nuevos <i>contratos de peonaje</i> entre amos y esclavos brasileños para trabajar en el territorio oriental. Los contratos firmados antes de esa fecha mantienen su vigencia. 12 de diciembre. Montevideo (Gobierno de la Defensa). Ley de Abolición de la Esclavitud.

La abolición de la esclavitud en Uruguay, al igual que en la región, fue un proceso lento y no exento de conflictos. Durante la coyuntura generada a partir de la superposición de autoridades (españolas, porteñas, orientales y portuguesas), surgieron disposiciones graduales, como las disposiciones sobre «libertad de vientres» (1813, 1825, 1830) y de prohibición del tráfico de esclavos (1825, 1830, 1837), que tuvieron una efectividad relativa. La prohibición de la trata de esclavos dispuesta por la Constitución no se hizo efectiva durante la década de 1830. No solo persistió la introducción ilegal de esclavos de «servicio» traídos por sus amos, sino que también se idearon modalidades para permitir el arribo de grandes contingentes humanos, reactivando parcialmente la dinámica esclavista de los últimos años del período colonial.

Estas fueron: 1) el arribo de «colonos» africanos a Montevideo y Maldonado traídos por traficantes orientales a través de contratos con el Estado Oriental; 2) la continuación semiclandestina de la trata en pequeña escala, y 3) la introducción de esclavos a través del espacio fronterizo.²⁴ En 1837 se aprobó la reglamentación del artículo constitucional sobre prohibición del tráfico de esclavos, por la cual se establecía que los hombres «de color» que entraran al territorio oriental como esclavos, colonos o cualquier otra denominación pasaban a ser libres. Sin embargo, serían puestos bajo tutela: los menores hasta cumplir 25 años y los mayores de esa edad al momento de ser introducidos, hasta completar tres años de servicio.

24 Ana Frega, Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla: o. cit., pp. 129-133.

La liquidación del tráfico interoceánico, a partir de la política antiesclavista británica efectivizada en la firma de tratados de prohibición del tráfico con Chile y la Confederación Argentina (1839), Uruguay (1839-1842) y Brasil (1850), no inhibió la continuidad de un tráfico ilegal de esclavos semioculto. Aunque no implicó el fin del sistema esclavista, generó un contexto político favorable a la emancipación de los esclavos. La situación local solo se tornó decididamente hacia la liquidación del tráfico y la abolición luego de 1839. El discurso abolicionista se instaló en la opinión pública en 1841, en torno al «armamento» de los esclavos.²⁵ En una coyuntura bélica como la Guerra Grande (1839-1852), se generó la necesidad de nuevas levas de esclavos y se abrió la posibilidad de respaldar la abolición de la esclavitud.

Hacia 1841-1842, el desarrollo de la guerra obligó a Fructuoso Rivera a formar cuerpos de infantería; las primeras medidas afectaban solo a los morenos libres, dado que los amos lograron posponer la leva de esclavos. Al peligrar la situación del gobierno en Montevideo (conocido luego como *Gobierno de la Defensa*), se procedió al reclutamiento general de esclavos por medio de la ley de Abolición del 12 de diciembre de 1842. Una vez establecido en el territorio oriental el gobierno de Manuel Oribe (conocido como *Gobierno del Cerrito*), que puso sitio a la ciudad de Montevideo, también aplicó medidas de alistamiento hasta concretar la abolición a través de la ley del 28 de octubre de 1846. En esta no se hizo mención explícita a que los esclavos liberados fueran enrolados. Sin embargo, la reglamentación y la puesta en práctica de la ley evidenciaron su carácter militar.

En la frontera uruguayo-brasileña la abolición de la esclavitud impactó fundamentalmente tras la ley de 1846. La frontera, más que una realidad geográfica, fue una región construida a partir de relaciones sociales que implicaban tanto convivencias como conflictos, caracterizada como una zona de permeabilidad que permitió el constante flujo de bienes y personas. La mayor parte de los propietarios brasileños logró evadir la ley de 1842, la cual tuvo escasa aplicación en esa zona. Asimismo, los esclavos brasileños aprovecharon ambas leyes para fugarse al territorio oriental.

Los afrodescendientes tras la abolición

Aun cuando la esclavitud había sido abolida en territorio oriental, como consecuencia de la firma de los tratados de alianza y extradición de criminales con Brasil, de octubre de 1851, los esclavos fugados desde ese país al Estado Oriental durante la coyuntura bélica fueron remitidos a sus amos. La presión del Imperio ante las autoridades orientales desde 1847 había fructificado en la redacción del tratado de extradición, expresando la debilidad de las autoridades locales para hacer cumplir las disposiciones de abolición de la esclavitud frente a la influencia de los propietarios brasileños. El tratado no previó ciertos casos que combinaron la circunstancia de la guerra con la situación fronteriza, pues algunos amos brasileños denunciaron la participación de sus esclavos en el ejército oriental. En estos casos, cabe destacar

25 Alex Borucki: *Abolicionismo y esclavitud en Montevideo tras la fundación republicana (1829-1853)*, Montevideo, 2003, inédito.

que las autoridades orientales no remitieron a aquellos esclavos que, buscando asegurar su libertad, se habían incorporado al servicio de las armas. Los comandantes fueron reacios a remitir a los esclavos-soldados que habían integrado sus tropas.

Asimismo, la escasez de mano de obra parece haber motivado la introducción de esclavos desde Río Grande del Sur (en Brasil la esclavitud fue abolida en 1888) para trabajar en las haciendas brasileñas situadas en territorio uruguayo. Para conciliar la situación de los estancieros brasileños con la legislación oriental se ideó un mecanismo legal de excepción denominado *contrato de peonaje*. Estos contratos, firmados por ambas partes en Brasil, eran expresión de la voluntad del amo. En los hechos el esclavo sólo obedecía, ya que, si bien el contrato lo liberaba de la esclavitud, al mismo tiempo lo obligaba a trabajar durante largos períodos en el territorio oriental, a modo de trabajador forzado. Los «contratados» debían pagar por su libertad trabajando para su antiguo amo tras manumitirse, a razón de determinada suma por año.

***Cantidad y duración de los contratos de peonaje por edades de los contratados.
Cerro Largo, período 1850-1860***

Edad del contratado	N.º de contratados	Años de contratación (en promedio)
Menores de 12 años	10	22
De 12 a 21 años	51	20
De 22 a 31 años	62	16
De 32 a 41 años	18	14
Mayores de 42 años	11	11

Fuente: Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla, *Esclavitud y trabajo. Un estudio sobre los afrodescendientes en la frontera uruguaya, 1835-185*, Montevideo: Pulmón, 2004, p. 145.

La situación generada por los contratos de peonaje fue discutida en 1853, sin llegar a un acuerdo. La presión ejercida por el Imperio a través de los subsidios al Estado Oriental, así como la inminencia de un nuevo despliegue militar brasileño, debieron inhibir a los gobiernos que se sucedieron durante los años cincuenta, dado que no volvió a discutirse la situación de los contratos de peonaje hasta la década siguiente. La impronta abolicionista de Bernardo P. Berro, así como ciertas políticas para la defensa de la soberanía uruguaya en la frontera durante su mandato (1860-1864), generaron nuevos intentos para terminar con los contratos. Finalmente, en 1862 se prohibió esta forma de introducir trabajadores forzados, pero no se transformó la situación de quienes desde la década de 1850 estaban sujetos a estos contratos. La coyuntura bélica iniciada en 1863 con la invasión de Venancio Flores desde territorio argentino, quien terminó en la jefatura del Poder Ejecutivo en 1865 con el auxilio brasileño, probablemente constituyó un serio impedimento para la efectividad de las disposiciones sobre «colonos de color».

La abolición de la esclavitud y la incorporación de los libertos al servicio de las armas afectaron los intereses de los propietarios. Al igual que lo resuelto en 1829 para los «soldados de la independencia» que hubieran alcanzado los tres años de

servicio,²⁶ las leyes de 1842 y 1846 previeron la compensación a los amos, aunque no establecieron cómo debía realizarse el pago. Asimismo, mientras que el Gobierno de la Defensa no fijó un procedimiento que asentara los derechos de los amos sobre sus esclavos, el del Cerrito lo hizo a través de las *comisiones clasificadoras*, que registraron la filiación de los esclavos presentados y entregaron a los amos boletos en los que se expresaba el valor de los emancipados. Tan pronto finalizó la guerra los reclamos comenzaron. En febrero de 1853, el gobierno de Juan F. Giró acordó la creación de una Comisión de Esclavos para evaluar los expedientes de reclamo de quienes habían entregado a sus esclavos a uno u otro bando en conflicto.

A pesar de la abolición de la esclavitud, en Montevideo, los no aptos para las armas, los ancianos, juntos con los menores de edad y las mujeres, quedaron sujetos a sus antiguos amos bajo las condiciones establecidas en la disposición legislativa de 1837, que durante el gobierno de Oribe (1835-1838) había fijado la situación de los africanos introducidos legal o ilegalmente al Estado Oriental. Por esta, quienes eran menores de 25 años debían quedar en patronato de sus amos hasta alcanzar esa edad, mientras los mayores debían mantenerse bajo patronato durante otros tres años. Sin embargo, las mujeres que el gobierno de la Defensa no emancipó en forma expresa, cualquiera fuera su edad, quedaron bajo patronato hasta el fin de la guerra. Por su parte, en la jurisdicción del Gobierno del Cerrito, el patronato afectó a los menores de 25 años que no estuvieran casados o sin padres legítimos, ampliando lo establecido por la también invocada ley de 1837.

Finalizada la guerra, hombres y mujeres afrodescendientes reclamaron el derecho a la patria potestad de sus hijos, en el entendido de que continuaban sirviendo a sus antiguos amos en calidad de esclavos. Fundamentaban sus denuncias en la libertad que habían obtenido tras la ley de abolición, derecho que se quebraba a través de la situación de los menores bajo patronato. La aplicación del sistema de pupilaje sobre los «menores de color» contribuía a preservar los lazos de dependencia entre amos y esclavos, por lo que constituía un estado intermedio entre la esclavitud y la libertad que los obligaba de hecho a continuar al servicio de sus antiguos amos. Aunque se argumentaba que la educación impuesta por el sistema de patronato estaba basada en la necesidad de prepararlos para la vida «en libertad», esta tenía como fin formar hombres y mujeres no para sí, sino en relación con las necesidades de aquellos a quienes debían servir. Además, esta forma de educación estaba orientada a evitar lo que la sociedad consideraba posibles «excesos» de ese grupo humano.

Tras la finalización de la Guerra Grande, se tardó en dar una solución al tema, hasta que en 1853 se sancionó una ley que dejó sin efecto toda clase o especie de patronato sobre los «menores de color», cuya discusión fue ardua y mostró ciertos retrocesos en torno al tema. De esta forma, los menores afrodescendientes pasaban a estar sujetos a las disposiciones generales de minoridad, lo que implicaba que quienes tuvieran familia estarían con ella y que se crearían determinados proce-

26 *Ibidem*, pp. 8-10.

dimientos para atender a aquellos que fueran huérfanos o de familias pobres. A partir de esto se estableció la figura jurídica del *pupilaje*, que pretendía asegurar la subsistencia y educación de los menores pobres o en situación de orfandad, aunque en ocasiones el maltrato doméstico terminó degenerando los fines enunciados. Al amparo de esta normativa fue común que en las casas habitara algún «negrito» huérfano que servía a cambio de su manutención.

Las familias de sectores medios y altos sujetaron laboralmente a niños afrodescendientes bajo la denominación de «criados». Este término poseía una doble connotación, de amparo y de trabajo, por lo que el *pupilaje* era definido a través de las responsabilidades del «tutor» y las órdenes del «patrón». El empleo de menores como sirvientes reflejó la continuidad de una especialización laboral impuesta durante la primera mitad del siglo XIX. Aún avanzado el siglo XX, a pesar de la abolición legal de la esclavitud, ciertas costumbres daban cuenta de la existencia de «prácticas esclavistas» en algunas estancias y casas de familia, tanto en el interior como en la capital del país, donde continuaron empleándose niños y jóvenes afrodescendientes de familias pobres para el servicio doméstico, a cambio de alojamiento, comida y en ocasiones educación.

Culminada la guerra, las clases dirigentes solicitaron medidas policiales concretas que reglamentaron las relaciones laborales de los asalariados y en particular de los afrodescendientes.²⁷ Antes de la abolición, esclavos y esclavas se integraban frecuentemente al mercado de trabajo remunerado a través del *conchabo* —como se ha señalado—. Esa práctica no estaba regulada, sino que era acordada entre el amo y el sujeto contratante, aunque en ocasiones también mediaba la voluntad del esclavo. Tras la abolición, se intentó reglamentar en el ámbito público lo que antes era fijado a través de la estructura de interacción esclavista.

Las clases propietarias reclamaron reglas para «disciplinar» y «corregir» el trabajo de los morenos. Tanto en Montevideo como en el interior del país se avanzó en la aplicación de medidas orientada a la población afro y en particular de las mujeres. A modo de ejemplo se puede mencionar el edicto policial de octubre de 1852, que exigía que cada «morena» se presentara ante la Policía de Montevideo llevando una constancia de su «patrón» que certificara su trabajo, o un edicto de Tacuarembó de ese mismo año que exhortaba a las afrodescendientes a presentarse ante la policía para declarar sobre sus medios de subsistencia y datos sobre su empleo.²⁸

El ingreso al ejército

La inserción social de los afrodescendientes tras la abolición se vinculó estrechamente a su militarización. A partir de las levas de afrodescendientes durante la Guerra Grande y las disposiciones de corrección contra vagos y «malentretidos», se profundizó su incorporación en el ejército, en las reparticiones policiales o en la Guardia Nacional. Revistaron en cuerpos de infantería y caballería preexistentes,

27 Carlos Zubillaga y Jorge Balbis: *Historia del movimiento sindical uruguayo*, Montevideo: EBO, 1988, tomo III, pp. 96-98.

28 Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla: o. cit., pp. 215, 221-222.

así como en batallones mixtos o integrados exclusivamente por afrodescendientes de uno u otro bando en conflicto. Tras la guerra se resolvió dar de baja a los batallones de «morenos y pardos» e iniciar la organización de un ejército permanente. En ese contexto algunos morenos continuaron sirviendo en las nuevas formaciones y otros se incorporaron voluntariamente para servir al Estado. A pesar de la finalización del sistema de leva compulsiva, las coyunturas generadas por las guerras civiles o la Guerra del Paraguay incentivaron y extendieron el reclutamiento de afrodescendientes.

A partir del servicio militar forzado que debieron prestar tanto a las fuerzas de la Defensa como del Cerrito, los morenos pudieron acceder a la carrera de ascensos dentro del ejército, vedada desde la época colonial,²⁹ de acuerdo con la valentía presentada en el campo de batalla y los servicios prestados al Estado. Llegaron a ocupar en ocasiones plazas de cierta responsabilidad, frecuentemente como sargentos y cabos. Hacia el final de la guerra, algunos lograron ascender a tenientes, como Feliciano González,³⁰ Manuel de los Santos³¹ o Carlos Araujo.³²

Debe hacerse notar que para la población negra la participación en el ejército significó un ascenso social y reforzó su capacidad de demanda a favor de mejor trato, estima, honor y, en ocasiones, también de beneficios materiales. Además implicó un ámbito de trabajo remunerado para quienes habían dejado de ser esclavos y debían obtener por sus propios medios el sustento para sí y su familia. Sin embargo, la sociedad que tradicionalmente los había situado como esclavos no saltó fácilmente las cuestiones de color, y en el imaginario colectivo la asociación de los términos *negro-esclavo* se complementó con la de *negro-soldado*.

La educación y el disciplinamiento de los sectores populares

Las primeras escuelas que se instalaron en Montevideo datan de mediados del siglo XVIII y fueron establecidas por jesuitas y franciscanos.³³ También surgieron escuelas particulares de pago, destinadas solo a varones.³⁴ El Cabildo debía aprobar la instalación de dichos establecimientos. En las autorizaciones se consignaba la forma en que debían desarrollarse los cursos y quiénes podían asistir. A modo de

29 George R. Andrews: *Los afroargentinos de Buenos Aires*, Buenos Aires: Ed. de la Flor, 1989, pp. 56, 69-70, 118, 158-161.

30 Feliciano González comandó una de las compañías de la Defensa integradas por soldados criollo-europeos y negros. Hacia 1894 obtuvo el grado de coronel. Paulo de Carvalho Netto: o. cit., pp. 334-336.

31 Manuel había alcanzado el rango de teniente de infantería hacia el final de la Guerra Grande. Luego del conflicto continuó agregado al Estado Mayor General. Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla: o. cit., p. 79.

32 Su trayectoria militar se inició en el Batallón Volteros de las fuerzas de la Defensa; en octubre de 1848 ascendió a sargento 2.º. Participó en la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, alternó sus servicios como sargento y alférez en la compañía del Segundo Escuadrón de Artillería Ligera. En febrero de 1875 fue ascendido a capitán, revistando en el Regimiento de Artillería, último ascenso en su carrera. Alberto Del Pino Menck: «El 2.º escuadrón ligero (1865-1869): Artilleros orientales en la Guerra del Paraguay», en *Boletín Histórico del Ejército*, año 69, n.º 298-300, 1988, p. 71.

33 Susana Colombo: «Las ideas pedagógicas en la Banda Oriental en el siglo XVIII», en Luis E. Behares y Oribe Cures (orgs.): *Sociedad y cultura en el Montevideo colonial*, Montevideo: FHCE-IMM, 1997, p. 204. Eduardo Acevedo: *Anales Históricas del Uruguay*, Montevideo: Barreiro y Ramos, 1933, tomo III, p. 480. Claudia Brovetto: «Sobre algunas prácticas pedagógicas coloniales», en Luis E. Behares y Oribe Cures (orgs.): o. cit., pp. 193-195; Diana Bianchi: «Educación y cobertura escolar en el contexto del pensamiento ilustrado», en Ana Frega y Ariadna Islas (coords.): *Nuevas miradas en torno al artiguismo*, Montevideo: FHCE, 2001, pp. 181-183.

34 Eduardo Acevedo: o. cit., tomo III, p. 480; Diana Bianchi: o. cit., p. 184.

ejemplo, en la habilitación de la escuela de Bernardino Espinosa, se estipuló que los hijos de esclavos o negros libres podían contar con un aula aparte para su educación.³⁵ En setiembre de 1809, el Cabildo fundó la primera escuela municipal de varones, a la que podían asistir los niños de familias pobres, si bien no se permitiría que se «mesclen [sic] en la Escuela los hijos de Padres españoles con los de negros o pardos aun que sus Padres o Amos tengan posibles».³⁶

Escuela de la Patria fue llamada la escuela pública establecida por el artiguismo en 1815 en Purificación y un año más tarde en Montevideo. Su preceptor fue el franciscano José Benito Lamas.³⁷ Aunque de corta duración, hasta la ocupación de la plaza montevideana por las tropas lusitanas, en 1817, en ella se impartió educación primaria destinada a niños de todas las clases y etnias.³⁸ Durante la dominación lusobrasileña se impuso a las escuelas privadas la obligatoriedad de aceptar a niños de familias pobres.³⁹ Por otro lado, entre 1822 y 1823, bajo el impulso de Larrañaga, el apoyo de Lecor y la aprobación del Cabildo, se instaló en Montevideo una escuela sobre la base del método de enseñanza mutua o lancasteriana, dirigida por José Catalá y Codina.⁴⁰ A pesar de los avances que la experiencia implicó en el sistema educativo, la escuela instalada en Montevideo debió cerrar sus puertas, lo que perjudicó sobre todo a los sectores pobres.⁴¹ No obstante, el sistema de enseñanza mutuo continuó aplicándose. En 1826, la Sala de Representes de la Provincia Oriental dispuso el establecimiento de escuelas de primeras letras en el territorio «por el nuevo y acreditado sistema».⁴²

En 1830, meses antes de la jura de la Constitución del Estado Oriental, se denunció en la prensa la discriminación de que eran objeto los pardos y morenos en las escuelas públicas. La respuesta de uno de los miembros de la Junta de Instrucción Pública fue terminante: en caso de acceder a la escuela, debían estar separados.⁴³ Tras la independencia y el establecimiento del Estado Oriental, las autoridades intentaron organizar las escuelas de primeras letras públicas. Con este fin, a lo largo de la década de 1830 se aprobaron leyes, decretos y disposiciones que en, la práctica —salvo excepciones—, no tuvieron cabida a causa de diversas convulsiones políticas, la falta de recursos materiales y humanos.⁴⁴ Por otro lado, la educación particular o privada de niñas y de varones alcanzaba un desarrollo importante, pero se limitaba básicamente a Montevideo.⁴⁵

35 Diana Bianchi: o. cit., p. 194.

36 Acuerdo del Cabildo citado en Orestes Araujo: o. cit., pp. 583-584.

37 Fray José Benito Lamas fue uno de los ocho franciscanos expulsados de Montevideo por Elío, por su apoyo a la Revolución Oriental. Arturo Ardao: o. cit., pp. 31-33.

38 Jorge Bralich: *Una historia de la educación en el Uruguay. Del padre Astete a las computadoras*, Montevideo: FCU, 1996, pp. 19-21.

39 Diana Bianchi: o. cit., p. 188.

40 José P. Barrán: *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, Montevideo: EBO-FHCE, tomo II, 1990, p. 228; Diana Bianchi: o. cit., p. 19.

41 Diana Bianchi: o. cit., p. 192.

42 Orestes Araujo: *Historia de la escuela uruguaya*, Montevideo: imp. El Siglo Ilustrado, 1911, pp. 193, 610-611.

43 Oscar Villa y Gerardo Mendive: o. cit., pp. 107-108.

44 Orestes Araujo: o. cit., pp. 177-186, 191-193, 195-197.

45 *Ibidem*, pp. 177-185; Eduardo Acevedo: o. cit., tomo II, p. 54.

En este contexto, se debatió en torno a la posibilidad de que los afrodescendientes pudieran asistir a la escuela pública, en aulas separadas. En 1834 se dispuso abrir en Montevideo una escuela gratuita para «niñas de color, libres ó libertas»,⁴⁶ donde se les impartiría religión, lectura, escritura y costura, entre otros menesteres domésticos, y extender este tipo de institución al resto del país. Hacia 1837 la escuela comenzó a funcionar en el Cabildo.⁴⁷ Más allá del aprendizaje de la escritura, la educación estaba orientada a la moral y el trabajo. El conflicto abierto por la Guerra Grande (1839-1852) y la instauración de los gobiernos de la Defensa y del Cerrito, en 1843, tornaron inestable el funcionamiento de los centros educativos públicos. La educación se deterioró, entre otros motivos, debido a la falta de recursos y la escasez de maestros.⁴⁸

Desde mediados del siglo XIX, con el restablecimiento de la paz y la reorganización política, económica y social del territorio, el Estado debió establecer claramente la función de la enseñanza pública; una enseñanza que debía atender a una nueva realidad social: la de los antiguos esclavos y sus hijos. En 1852, el gobierno de Juan Francisco Giró resolvió instaurar una escuela de varones y otra de niñas en cada pueblo del territorio del Estado Oriental.⁴⁹ Ese mismo año los maestros de la capital intentaron impedir el ingreso de menores «de color» a las escuelas. Las autoridades no toleraron esa discriminación, sino que promovieron la inclusión de los morenos en el sistema educativo estatal. Por ese mismo año fue creada una escuela de adultos «de color», que comenzó a funcionar con algo más de 50 alumnos en los salones de la Universidad, bajo la dirección de Mariano Pereira.⁵⁰

En 1854, el Instituto de Instrucción Pública inició gestiones para reabrir algunas de las escuelas y mejorar el estado precario de otras. El Dr. José Palomeque recorrió todo el territorio, reuniéndose con las juntas económico-administrativas existentes. A partir de la información recabada, el Instituto comenzó a debatir, entre otros temas, sobre la inserción de los menores afrodescendientes en las aulas —debían ser admitidos en las escuelas públicas, estudiar junto con los otros niños, aprender el mismo programa—, pero no llegó a conclusión o solución alguna.⁵¹ La opinión de Joaquín Requena revela la mirada de los sectores dirigentes:

[...] la clase de color había estado siempre, y seguiría estándolo por largo tiempo todavía, al servicio de las familias, y entonces lo que convenía enseñarle era la plancha, el lavado y otros quehaceres domésticos.⁵²

Los sectores más cultos defendieron la inclusión de los afrocriollos en el sistema escolar, pero tal inclusión imponía a esos una especialización laboral de servidumbre, lo cual estaba impreso en el imaginario social de la elite urbana. Su inserción en la escuela

46 Matías Alonso Criado: *Colección Legislativa*, Montevideo, tomo I, 1876, p. 251.

47 Eduardo Acevedo: o. cit., tomo II, p. 470.

48 Orestes Araujo: pp. 209-210, 224-236, 243.

49 *Ibidem*, pp. 315-316.

50 Eduardo Acevedo: op.cit., tomo II, p. 470.

51 *Ibidem*, pp. 468-469 y 579.

52 *Ibidem*, p. 581.

reafirmaba el lugar asignado a los morenos en el orden social y aseguraba su futura sujeción a los dispositivos de corrección incorporados a la educación. En 1856 comenzó a funcionar en el local del Hospital de Caridad una escuela para niñas huérfanas o pobres, «sin excluir las de color». Las clases se inauguraron con unas 62 alumnas, bajo el dictado de Petrona Casariego y la inspección de Manuel Besnes e Irigoyen.⁵³

En la década de 1860 surgió una propuesta del gobierno para que la educación primaria fuera obligatoria, en virtud de que muchos padres y tutores eran renuentes a enviar a sus hijos o pupilos a la escuela. Finalmente se entendió que no era una decisión que pudiera o debiera tomar la legislatura, dado que la Constitución consagraba los derechos y libertades de padres o tutores.⁵⁴

El proceso de reforma de la educación primaria iniciado al promediar la década de 1870 cambiaría esta situación. El rol de la escuela y el maestro —sostiene Barrán— fue internalizar la sensibilidad de las clases dominantes en los sectores populares, y la escuela era una de las instituciones estatales más efectivas para activar los dispositivos de corrección. Así fue impulsada y sostenida por los gobiernos con la intención de instruir a los ciudadanos, a los trabajadores y «disciplinar» a los niños.⁵⁵

Durante los años 1877-1889, período de concreción de la aplicación de la reforma, la escuela pública varelana —como afirman Barrán y Nahum— apostó, entre otras cosas, a limar las diferencias entre los sectores sociales al apuntar al igualitarismo democrático, y generalizó un nivel básico de conocimiento para la nueva estructura económica, social y política que se estaba cimentando.⁵⁶ Ambos autores han establecido, a partir del análisis estadístico, tres grandes períodos de difusión de la enseñanza primaria desde el inicio de la reforma valeriana.

Difusión de la enseñanza primaria. Años 1877-1915

Período	Aumento del alumnado inscripto	Aumento de los maestros	Aumento de las escuelas urbanas	Aumento de las escuelas rurales	Aumento de los inscriptos / población en edad escolar
1877-1889	92%	138%	12%	525%	27,12%
1890-1902	46%	41%	41%	26%	17,52%
1903-1915	79%	73%	10%	92%	27,68%

Datos extraídos de José P. Barrán y Benjamín Nahum: *El Uruguay del Novecientos*, Montevideo: EBO, 1979, pp. 126-127.

En el primer período, 1877-1889, se produjo un «espectacular despegue» del alumnado de educación primaria: la proporción de niños inscriptos sobre aquellos que estaban en edad de hacerlo pasó de un 18,14% a un 23,06% del total.⁵⁷ Durante los años 1890-1902 el ritmo de crecimiento se «enlenteció», en lo cual cumplieron

53 Orestes Araujo: o. cit., p. 351.

54 Eduardo Acevedo: o. cit., tomo III, pp. 211-212 y 485.

55 José P. Barrán: o. cit., tomo II, p. 89.

56 José P. Barrán y Benjamín Nahum: *El Uruguay del novecientos*, Montevideo, EBO, 1979, p. 127.

57 A las escuelas públicas podían y debían concurrir niños de entre 5 a 14 años. Eduardo Acevedo: o. cit., tomo IV, p. 102.

un papel importante la crisis económica y la inestabilidad política vivida en el país. De todas formas, el porcentaje de inscriptos sobre los niños en edad escolar continuó creciendo: de 23,06% pasó a 27,10%. Finalmente y desde 1908, Barrán y Nahum perciben «una eclosión comparable con el período vareliano», al registrarse un salto del 27,10% al 34,60%.⁵⁸

Estas cifras demuestran también que buena parte de los niños pobres no asistía a la escuela. Si bien las cifras oficiales no distinguían la procedencia étnica de los alumnos, es posible afirmar que entre ellos se encontraban los afrodescendientes. Muchos padres de bajos recursos económicos —según esgrimía hacia 1885 el periódico *La Regeneración*, impulsado por afrodescendientes—, ante la posibilidad de que sus hijos aprendieran «un arte ó un oficio se prefiere el servicio doméstico, entregándolos en una casa en la creencia de que van á aprender y salen de allí después de muchos años sin saber anda». ⁵⁹ En otros casos, cuando los niños eran un poco «mayorcitos», se hacía necesario que trabajaran para aportar a la economía familiar, situación que era común no solo en el grupo afrodescendiente, sino entre las familias de los sectores populares en general.

Algunos sectores del colectivo afrodescendiente, encontraban que buena parte de la falta de educación en los adultos se debía a que «cuando niños [nuestros padres] han descuidado nuestra educación, y en vez de inculcarnos las más avanzadas máximas de moral, nos han dejado en la holganza con detrimento de nuestro porvenir [...] En la edad adulta podemos sentir la necesidad de instruirnos [...]». ⁶⁰ En este sentido, la reforma vareliana también creó las clases nocturnas para adultos. En 1877 se abrieron un total de 14 cursos para adultos en las escuelas de Montevideo. ⁶¹

Según las *Memorias* de José Pedro Varela, a los cursos se inscribieron unos 508 alumnos entre hombres y mujeres, los cuales eran orientales, italianos y españoles en partes iguales. De los hombres, muchos eran jornaleros, dependientes, carpinteros o pintores, mientras que las mujeres eran sirvientas, costureras o planchadoras. ⁶² Los oficios de quienes concurrieron a los cursos habilitan a pensar que entre los considerados orientales figuraron los afrodescendientes, ya que muchos de estos trabajos eran desempeñados, como se ha visto, por la población negra. Aunque los cursos contaron con una asistencia media de 380, fueron clausurados ese mismo año, por no verse cumplidas las expectativas.

Por otro lado, en 1879 fue fundada la Escuela de Artes y Oficios, como reclusorio de jóvenes «vagos e incorregibles», concebida no solo como una institución que ofrecería capacitación técnica, sino también como un ámbito correccional de los sectores populares. Comenzó a funcionar, bajo la órbita del Ministerio de Guerra y Marina, en los talleres del Ejército existentes en el llamado Cuartel de Morales o Parque Nacional (actual intersección de 8 de Octubre y Presidente Berro), donde

58 José P. Barrán y Benjamín Nahum: o. cit., pp. 126-127.

59 *La Regeneración*, Montevideo, 2.ª época, año II, n.º 6, 18.1.1885, p. 1, «Instrucción».

60 *Ibidem*.

61 Eduardo Acevedo: o. cit., tomo IV, p. 111.

62 Orestes Araujo: o. cit., pp. 434-435.

se construían y reparaban, entre otros, carruajes y piezas de artillería.⁶³ A sus clases asistieron jóvenes mayores de 14 años, huérfanos o de familias sin recursos económicos, o los considerados «incorregibles». También eran enviados los «ladronzuelos» apresados por la Policía. Debían permanecer de cuatro a seis en la escuela, bajo la potestad del director.⁶⁴ Al poco tiempo de su creación, contaba con 178 «alumnos»: 26 remitidos por la policía, 121 «incorregibles» enviados por sus padres y 31 por carecer de medios económicos.⁶⁵

Hacia mediados de la década de 1880 aprendían escultura en madera, mármol y yeso, mecánica, relojería, platería, grabados en metal, tornería, carpintería, herrería, armería, fundición, sastrería, talabartería, zapatería, hojalatería, litografía, encuadernación y tipografía, entre otros.⁶⁶ En 1885, con motivo de la exposición de objetos realizados en los talleres de la escuela, *La Regeneración* opinaba:

[...] todo Montevideo ha visto y palpado los adelantos que allí recibe [...] la infinidad de niños que se perdían en la vagancia por el abandono de sus padres ó tutores [...] ¡Cuántos no bendecirán mañana la instrucción allí recibida a pesar de la repulsa que al principio les causó!⁶⁷

Según el colectivo negro, a partir los logros obtenidos por los alumnos había cambiado la «mala imagen» sobre la escuela, provocando que muchos «padres de familia que no pueden costear una esmerada educación á sus hijos» los enviaran a formarse en alguno de los talleres, donde «negros y blancos confundíanse, no se veía en aquellos niños otra cosa que futuros ciudadanos pacíficos, laboriosos y honrados, sin más distintivo que el de su talento y virtudes».⁶⁸

En 1887, en el entendido de que «era una institución civil y no un establecimiento militar»,⁶⁹ pasó a la órbita del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, bajo la denominación de Escuela Nacional de Artes y Oficios. Con una reglamentación y estructura organizativa definida en cinco secciones —Bellas Artes, Mecánica, Oficios Comunes, Conocimientos Científicos con Aplicación a Artes y Oficios, Gimnasia y Ejercicios Militares,⁷⁰ se trasladó al antiguo local del Colegio Nacional⁷¹ (manzanas ocupadas actualmente por la Facultad de Derecho y el Instituto Alfredo Vásquez Acevedo). Se trataba en parte de cambiar la imagen —fundada o no— que sobre ella tenía «nuestra sociedad [...] escarmentada de las levas, forzoso es decirlo, que al principio ella pensaba que lo que se preparaba en aquel local no sería otra cosa que un gran batallón; pero el tiempo ha venido á demostrar lo contrario, probando que de lo que se trata es de formar ciudadanos laboriosos y honrados».⁷²

63 Jorge Bralich: *Breve historia de la educación en el Uruguay*, Montevideo, CIEP-Ediciones del Nuevo Mundo 1987, pp. 66-68; ídem: *Orígenes de la enseñanza técnica en el Uruguay*, Montevideo: Ediciones Universitas, 1991, pp. 28-29, ídem: *Una historia...*, o. cit., pp. 74-75.

64 Carlos Zubillaga y Jorge Balbis: o. cit., tomo III, pp. 79-81; Enrique Méndez Vives: *El Uruguay de la modernización. 1876-1904*, Montevideo, EBO, 1990, p. 42.

65 Eduardo Acevedo: o. cit., tomo IV, pp. 124-125 y 466.

66 Íbidem, p. 466.

67 *La Regeneración*, Montevideo, 2.ª época, año II, n.º 16-29, 29.3.1885, p. 1, «La Escuela de Artes y Oficios».

68 *La Regeneración*, Montevideo, 2.ª época, año II, n.º 21, 3.5.1885, p. 1, «Distribución de Premios»

69 Eduardo Acevedo: o. cit., tomo IV, p. 466.

70 Íbidem, p. 467.

71 Jorge Bralich: *Orígenes...*, o. cit., p. 35.

72 *La Regeneración*, Montevideo, 2.ª época, año II, n.º 18, 18.4.1885, p. 1, «A la Escuela de Artes».

A modo de conclusión

Hombres y mujeres de origen o ascendencia africana debieron abrirse nuevos caminos tras la abolición y la culminación de la guerra, insertándose como personas libres en la sociedad y entablando relaciones laborales a partir de nuevas reglas, aunque los protagonistas de estos vínculos fueran —en muchos casos— los mismos de antaño.

Lo que antes había sido convenido en el fuero privado a través de las relaciones esclavistas, ahora era demandado a la esfera pública por quienes contrataban su trabajo. Así, los procesos de «disciplinamiento» que desde la segunda mitad del siglo XIX recayeron sobre las clases populares afectaron particularmente a la población negra, a partir de instituciones como el ejército o la escuela, o de la reglamentación del trabajo y las formas de diversión.

2. Expresiones culturales: resistencia, adaptación, discriminación

A lo largo de este capítulo se analizarán aspectos relativos a las formas que hallaron para sobrevivir los africanos traídos como esclavos y sus descendientes. Incluimos aquellos elementos que se refieren a los obstáculos que debieron sortear para mantener sus prácticas culturales, así como las diversas formas de simulación y adaptación con que fueron enfrentando la *barrera de color*.

Espacios como salas de nación, cofradías, comparsas y asociaciones fueron transformándose en verdaderos centros de conservación y reelaboración, en algunos casos de prácticas rituales y en otros de expresiones más asimiladas a las costumbres de la sociedad blanca.

En un extenso lapso se manifestaron diversas concepciones que podríamos denominar *religiosas*, que respondían al ser y sentir de determinados pueblos africanos. Algunas prevalecieron en una década y otras, en otra, al igual que ciertas expresiones más claramente asociadas a prácticas católicas, como las que tenían algunos pueblos congos.

En lo relativo al desarrollo intelectual, analizaremos el papel jugado por Jacinto Ventura de Molina, *el Licenciado*, el primer afro en lograr reconocimiento y respeto en la sociedad montevideana, a la vez que siguió junto con su gente negra, representándola en lo legal ante las autoridades.

El presente trabajo no intenta agotar las diferentes particularidades del comportamiento de africanos y descendientes, pero sí presenta ejemplos de cómo se iban dando la asimilación, la resistencia, la adaptación y la reelaboración que, en algunas épocas, fueron coincidentes. No hubo una manera uniforme de expresión. Como se habla de diferentes pueblos africanos, hay que hablar de sus formas de ver la vida y las situaciones por resolver.

La temática de las salas de nación será abordada en dos apartados cronológicos: el primero hace referencia a estas hasta la Guerra Grande y el segundo al período

que abarca las últimas décadas del siglo XIX, en el que se hará un análisis más a fondo de rituales de origen africano que se continuaban practicando por esos años.

Las salas de nación desde sus orígenes hasta mediados del siglo XIX

A pesar de todos los trágicos hechos de la esclavitud y acentuando las connotaciones más positivas y aleccionadoras, increíblemente, la historia del africano estuvo constantemente teñida de alegría, toque de tambores y canto. La vida de los afrodescendientes en el Montevideo colonial y en los primeros tiempos del Uruguay independiente fue más mística, activa y compleja de lo que generalmente se ha sostenido y aceptado. A través de crónicas y testimonios de época intentamos ir reconstruyendo cómo se expresaba esa riqueza espiritual.

No menos de veinte pueblos africanos tuvieron en los territorios que conformarían el Estado Oriental del Uruguay, y sobre todo en Montevideo, una actividad propia y espiritualmente diferenciada entre ellos, respondiendo a sus creencias y costumbres. Por diversas vías cada pueblo africano procuró mantener su forma de *comunicarse* con sus deidades o con sus espíritus ancestros, preservando los rituales propios.

Las *salas de nación* fueron una de esas vías, el espacio donde volcaban sus sentimientos y expresaban sus creencias, manifestando el vestigio más fidedigno con que contaba cada pueblo. En esos momentos tan dramáticos, el alivio y la comprensión se alcanzaban en las salas, que eran así un vehículo para reponerse de la adversidad. Fueron los lugares donde volvían a ser ellos mismos, sin restricciones ni cortapisas.

Muy probablemente los «amos» desconocían lo que verdaderamente sucedía en esas reuniones donde se desarrollaban —o por lo menos se planteaban y organizaban— las actividades relacionadas con lo místico-religioso. Esos espacios sumamente humildes y aparentemente simples eran los *sitios* que reconocían sus componentes como las sedes madres, donde se trataba de resolver los conflictos entre componentes de esa nación o de miembros de ella con los de otra.

Allí se alentaba la vida, se encontraba consuelo, comprensión y se rendía culto a las *entidades* respectivas.

Organización

Por tratarse de espacios reservados, no es extensa la documentación disponible acerca del funcionamiento de las salas de nación. Un informe de 1805 solicitado por el entonces gobernador de Montevideo, Pascual Ruiz Huidobro, respecto al funcionamiento de las «juntas de negros», es, hasta ahora, la primera noticia que hace referencia al término *nación*, a las «juntas» como referencia a las salas o sitios cerrados en los cuales se efectuaban las respectivas ceremonias con bailes, toques de tambores y otros instrumentos de origen africano. En todo el siglo XIX, las distintas autoridades pusieron énfasis y celo en la vigilancia de las reuniones que acostumbraban hacer los africanos y sus descendientes, agrupados por su lugar de origen sin importar si estaban en la condición de esclavizados o libertos. Algunas

crónicas de viajeros y memorialistas constituyen otras fuentes de información que nos permiten aproximarnos a algunas de las características de las salas de nación.

En 1805, como se dijo, el gobernador de Montevideo ordenó hacer un seguimiento de las salas por los «peligros» que podían acarrear. Con la intención de seguir de cerca «la naturaleza y el desarrollo formal» de dichas reuniones, Ruiz Huidobro había dispuesto que el sargento mayor interino, Juan Antonio Martínez, se constituyese en la casa que aquellos tenían alquilada al efecto y de sus observaciones le informara «de las malas resultas que puedan tener tales juntas con lo demás que crea conducente sobre el particular». Martínez consignó que, habiendo «tomado algunas noticias del modo como los negros celebran sus juntas, me han informado que entre ellos tienen nombrados todos los empleos hasta el de Rey, y en el caso de mudar algunos de estos por su mal gobierno hacían junta entre ellos y lo despedían de la nación».⁷³ Agregaba que en los días en que celebraban las juntas tenían «su guardia á la puerta con el fin de evitar algun desorden que entre ellos pudiera haber y al mismo tiempo hacer los honores a sus jefes [...]».

Esta indagatoria también permitió conocer los mecanismos para asegurar la permanencia de sus miembros en la ciudad y su pertenencia a la sala, aun ante la amenaza de venta o partida por parte del amo. El referido informe es ilustrativo acerca de cómo se costaba la sala y de la solidaridad que reinaba entre sus miembros:

Cada día de fiesta que se juntan cada negro o negra da dos reales, uno o medio segun los fondos de cada uno, teniendo estos fondos para cuando algun amo se queria ausentar a su Patria, libertar al esclavo siempre que fuese jefe y aunque no lo fuese [...] el rey y demas grandes a la carta de libertad hasta que el mismo negro con sus conchabos comprara aquella cantidad; y que la casa en que se juntaban la pagaban los jefes y principales de ellos.⁷⁴

Estas reuniones tenían el objetivo de venerar las deidades, así como reunir fondos para quien más lo necesitase, pero también eran una notable forma de reforzar su identidad, aunque esto no estuviese manifiestamente expresado.

Otra información sobre las salas de nación está registrada en los apuntes de Lino Suárez Peña, escritos en 1924. El trono de los reyes se levantaba en el mejor lugar de la sala, poniéndose toda la concentración en el arreglo: «en la parte más elevada lucía un hermoso gallardete construido con su bandera, pues cada agrupación tenía la suya».⁷⁵ En estos arreglos contaban con el aporte de «sus viejos amos, que cooperaban con esos utensilios como ser, cortinas, alfombras y otros enseres por el estilo».⁷⁶

Tanto en los documentos oficiales como en las crónicas y memorias, el énfasis se ponía en que se trataba de bailes más bien festivos y de distracción, pero sabido

73 Citado en Homero Martínez Montero: «La esclavitud en el Uruguay (III)», en *Revista Nacional*, n.º 45, setiembre 1941, p. 409. Se trata del expediente n.º 167 del fondo Escribanía de Gobierno y Hacienda, año 1805, del Archivo General de la Nación. En su informe, el sargento mayor hacía referencia a la real orden de 1.º de noviembre de 1800, la cual disponía que a los negros no se les permitiría juntarse de «a muchos» ni portar armas y que no se les tolerarían discusiones.

74 *Ibidem*.

75 Lino Suárez Peña: «Apuntes y datos referentes a la raza negra en esta parte del Plata», manuscrito existente en el Museo Histórico Nacional, Montevideo, 1924. Además de su preocupación por recoger la historia de los afrodescendientes, Suárez Peña fue un activista en la lucha por los derechos de ese colectivo, como se verá más adelante.

76 *Ibidem*.

es lo cerradas que eran estas agrupaciones y reuniones, que solo dejaban ver lo que a ellos servía que se supiera o viera. Cada pueblo africano tenía (tiene) su forma de *comunicarse* con sus deidades o con sus ancestros, mediante rituales característicos. Dentro de las diferentes salas se desarrollaba a puertas cerradas la ceremonia típica, correspondiente a cada nación traída de África, y que en no muchos aspectos se diferenciaría de las celebradas en su tierra madre.

De acuerdo con las anotaciones de Suárez Peña, las colectas realizadas entre los miembros de las respectivas naciones, con sus «escasos recursos pecuniarios», eran lo que les permitía reunir el capital suficiente «que demanda la adquisición de los sitios, que así le llamaban a los lugares donde se ubicaban sus salas», las cuales en su mayoría se encontraban hacia el lado sur de la ciudad. Cada nación representaba las distintas regiones de África a que pertenecían sus componentes, conservando costumbres análogas a las de su lugar de origen. «Los unía estrechos lazos de fraternal mutualismo», seguía acotando Suárez Peña; «cuando un hijo de la sala tal, o cual, caía en estado de enfermedad, eran todos a reparar la situación económica del paciente, durante el tiempo que permanecía privado de su acción».⁷⁷

En síntesis, estas reuniones tenían el objetivo de venerar las deidades y reunir fondos para quien más lo necesitase, pero también era una notable forma de reforzar su identidad.

La religiosidad africana

En África existe una espiritualidad profunda con diversidad de creencias. Las deidades tienen muchos nombres. Pueden ser seres divinos, héroes convertidos en dioses; pueden estar identificados con la naturaleza, como comúnmente sucede; pueden descender del cielo o surgir de la tierra. Para los pueblos africanos tradicionalistas, lo que puede llamarse *sus religiones* son en realidad sus formas de vida. La comunidad rige su accionar de acuerdo con las disposiciones de las entidades espirituales. La representación de esa fuerza divina, de ese ser superior, tiene infinidad de maneras de expresarse a través de la naturaleza animal y vegetal; por supuesto, el *mundo espiritual* africano cubre también una amplísima gama de formas de imaginar e interpretar las divinidades.

Ya en América, los africanos esclavizados tenían absolutamente prohibidas sus manifestaciones religiosas propias o autóctonas. Además de considerarlas paganas, heréticas o propias de la brujería, los «amos» eran sabedores de la fuerza, rebeldía y esperanza que brindaban. Habían logrado percibir que en esas reuniones los participantes podían sentir que recuperaban y consolidaban sus raíces africanas, mantenían su orgullo y obtenían fuerzas para la insubordinación.

Por causa de la tenaz persecución y la prohibición de que fueron objeto sus creencias y su anterior forma de vida, muchas veces los africanos debieron camuflar sus expresiones y creencias con santos católicos. Mimetizaron, entonces, sus divinidades, sus orixás, en imágenes de santos que sí les eran permitidas, para de

77 *Ibidem.*

esa manera adorar a sus dioses. Esta fue una práctica permanente y muy común entre los africanos a lo largo de toda América.⁷⁸

Esa fuerza espiritual-religiosa es probable que haya sido uno de los elementos que permitieron a los hombres y mujeres esclavizados enfrentar su terrible realidad y, en relativamente poco tiempo, recuperarse y convertirse, muchas veces, en uno más de la sociedad que los esclavizaba pero que no lograba quebrarlos.⁷⁹

Vínculos entre naciones africanas en Montevideo

Jacinto Ventura de Molina, *el Licenciado*, en sus extensos escritos, fue de los primeros en mencionar la función de unión que cumplían las salas, realizando un repaso de cuáles eran las autoridades de varias de las existentes en Montevideo durante 1832 y cuál era la relación entre ellas.⁸⁰

Molina se refiere a una resolución del Departamento de Policía para permitir «á las Naciones Ausá y Mina» disfrutar de las diversiones y fiestas que acostumbraban, sin dependencia alguna. Ello estaría confirmando la existencia de dos grupos de naciones; por un lado, la alianza entre las naciones bantúes —Lubolo, Banguela, Mozambique, Muñambano, Cambundá, Casanche— en torno al numeroso pueblo Congo. Por otro, la alianza en torno a los Ausá y Mina, que congregaba a las naciones que en África se ubicaban en el golfo de Guinea: Carabalí, Nagó, Tacuá, Santé y Moro. En su escrito, el Licenciado ponía énfasis en la buena relación entre las naciones africanas y de estas con las autoridades nacionales, y recomendaba al Departamento de Policía que impidiera y castigara «como corresponde cualesquiera infracción de la armonía y buen orden en este nuestro territorio».⁸¹

Además de las naciones mencionadas por Molina, se ha constatado la presencia de otras en los relevamientos de población de Montevideo correspondientes a 1812 y 1813 y en los cantos como el de *Compañelo di candombe*, de 1834:⁸² bantúes como Cabinda, Monyolo, Angola, Mangela, así como los Folá (Fulah) islamizados y los numerosos Guinea (Ibo, Edo e Ijaw).

78 Roger Bastide: *Las Américas negras*, Madrid: Alianza, 1969; Néstor Ortiz Oderigo: *Macumba. Culturas africanas en el Brasil*, Buenos Aires: Plus Ultra, 1976; Arthur Ramos: *Las culturas negras en el Nuevo Mundo*, México: Fondo de Cultura Económica, 1943; Pierre Fatumbi Verger: *Orixás*, Salvador: Corrupio, 1997 (1976).

79 Óscar Montaña: *Umkhonto...*, o. cit., p. 212.

80 Los tres tomos con manuscritos (unos mil folios) se encuentran en la sección Materiales Especiales de la Biblioteca Nacional gracias a las gestiones que hicieramos en 1994 con Alberto Britos, militante y estudioso de la cultura afrouruguaya, para que esos volúmenes no quedaran en manos privadas. En 2008 se publicaron dos obras que incluyen una selección de escritos de Jacinto Ventura de Molina: 1) Alejandro Gortázar: *Jacinto Ventura de Molina. Antología de manuscritos*, Montevideo: FHEC; 2) William G. Acree y Alex Borucki: *Jacinto Ventura de Molina y los caminos de la escritura negra en el Río de la Plata*, Montevideo, Linardi y Risso.

81 Jacinto Ventura de Molina, volumen que comienza "Año 1817". Cabe señalar que las páginas no están foliadas. Ventura de Molina tenía contacto con las diferentes naciones y, en varias ocasiones, las representó ante las autoridades para que estas facilitaran su normal desarrollo. De acuerdo con estos escritos de 1832, las principales jerarquías eran: «Rey y Príncipe Ausá José Otero, y Antonio Gordín; Rey y Reyna Carabari Salvador y María Molina; Reyna y Príncipe Mina, María Moreti, y Francisco Silva; Rey y Príncipe Nagó y Tacuá Juan José Estrada, y Manuel; Príncipe Santé Luis Lima; Rey Moro Ramon; Rey y Príncipe Lubolo Juan Gregorio y Jose segundo; Rey Felipe Arrotea; rey interino Banguela Jose Agué; Rey Mozambique Juan Soto; Rey Muñambano Matías García; Rey Cambundá Juan Pepillo; Rey y Príncipe Casanche Antoni Cipriano y Ventura Sierra; y aún respectivas Naciones; así como á las demas amigas y aliadas entre sí, y á las que no lo sean, en el goce y posesion en que hasta ahora han estado de su independencia del Rey Congo, y de todo otro Monarca de la tierra á quienes se prohíbe expresamente la interrumpen en ningún sentido [...]».

82 *Diario El Universal*, Montevideo, 27 de noviembre de 1834. Correspondencia.

Eran muchas las naciones africanas que convivían, confraternizaban y rivalizaban, por lo que es dable pensar que no hicieran sus cantos y bailes juntos, salvo que se tratara de reuniones al aire libre, dado que los cultos más representativos solo eran presenciados por los integrantes de la nación.

Alentar la vida

Desde la fuerza que residía e irradiaban las salas de nación, y de hechos tan importantes —aunque no tan comunes— como los casamientos de «esclavos» o «libertos», se iba edificando la resistencia cotidiana, concreta, con que se lograba la sobrevivencia en el día a día. Las situaciones límite eran sobrellevadas con el canto, la danza, la relación con sus deidades y la mínima vida marital que se les permitía.

Es sabido que las parejas en situación de esclavitud fueron mucho menos capaces de engendrar hijos que otras de origen afro en situación de «libres», fruto de esa situación extrema que debían sobrellevar.⁸³ No obstante, continuaban reforzando la resistencia pensando en la pronta finalización de esa tragedia, y en que sus hijos nacieran libres, como lo expresarán en diferentes cantos. En uno de los versos de *Compañero di candombe* (1834) decían: «Porque esa Ley que juramos / Que protege y que castiga / Manda que todas las esclavas / Tengan libre la barriga».

Poque ese Ley que julemo
Que plotege, e qui catica
Manda que tula secrava
Tiengue lible, la baliga.

En este caso los miembros de los pueblos africanos Camundá, Casanche, Cabinda, Bangela, Montolo y demás aluden a la Constitución de 1830 y a la *libertad de vientres*.

El candombe en sus orígenes

Fueron los originarios candombes realizados por aquellos africanos con su música y danza una válvula de escape a la tragedia que les estaba tocando vivir. Eran además, y por sobre todas las cosas, una forma de sentirse vivos, un íntimo e intenso llamado a la rebeldía ante las imposiciones y al avasallamiento de que eran objeto.⁸⁴ Al reunirse en esos momentos en las costas cercanas, evocaban sus vidas en África y hacían del mar el enlace, el nexo entre aquella y ellos, e incluso afianzaban esas tradiciones a través de su fuerza cultural.

Durante la época colonial, cuando el candombe estaba en su época cumbre, los africanos los organizaban todos los domingos; las grandes fiestas eran Año Nuevo, Navidad, Resurrección, San Benito, Virgen de Rosario y la preferida, el 6 de enero, San Baltasar, Día de Reyes.

83 Ernesto Mario Campagna: *La población esclava en ciudades puertos del Río de la Plata: Estructura y dinámica demográfica en Montevideo 1750-1830*, São Paulo: CEDHAL, 1989.

84 Óscar Montañó: *Umkhonto...*, o. cit., p. 211.

Candombe es el nombre genérico que se les dio a las diferentes danzas de origen africano en estas tierras. El candombe ha sido, a grandes rasgos, una síntesis o suma, una amalgama, un riquísimo mosaico en el que fueron confluyendo determinados aspectos de esos diferentes pueblos. El candombe tenía una riqueza instrumental impresionante. Su raíz es inequívocamente africana. El papel que cumplió fue fundamental, resistiendo todos los embates de la esclavitud, toda la represión que sufrían los afrodescendientes.

Aquel candombe era muy diferente al de hoy en día. Existían varias formas de ejecutarlo, dependiendo de la nación y también de si se estaba en una ceremonia dentro de la sala o en la calle. En la calle, cuando se iba en procesión o a saludar a las autoridades, quienes daban la nota eran los tamborileros. Junto a ellos estaban los personajes típicos, sobre todo el bastonero o escobero, que dentro o fuera de la sala oficiaba de verdadero director de la *orquesta* del candombe, aún no comparsa. Dentro de la sala la riqueza instrumental aumentaba, al igual que los candombes que se realizaban en las *canchas* del Cubo del Sur o en otro lugar prefijado, donde realizaban una ejecución instrumental sin caminar.

Cuando los candombes fueron primeramente organizados, no se permitía la entrada al público:

Los dirigentes y protectores de los adeptos y sus familias eran la única gente admitida sin requisitos; si alguna persona extraña iba a entrar, se hacía interrumpir el ritual, que sería sustituido por danzas o movimientos musicales sin importancia.

La curiosidad pública era muy marcada en este período de inocentes emociones, y empezó a expresarse en un número de pedidos para permitir el acceso a estos rituales y un reconocimiento oficial de estas ceremonias que el público pretendía considerar magníficas, cuando en realidad las consideraba ridículas.⁸⁵

De acuerdo con lo establecido por Lino Suárez Peña:

[...] la forma que practicaban esa danza que no era otra que el llamado candombe, cuyo nombre se deriva por la forma sacudida de sus movimientos, a los que acompañaban entonando sus canciones regionales.⁸⁶

Los instrumentos musicales

Para conocer la instrumentación utilizada en el candombe de las primeras décadas del siglo XIX contamos con la referencia que los propios africanos dejaron plasmada en *Compañelo di candombe*, de 1834, así como con crónicas de época. En el citado *Compañelo di candombe* se nombran los pueblos africanos que avalan este *canto*: Camundá, Casanche, Cabinda, Banguela, Monyolo. En otro pasaje se menciona que cantarán «este batuque» con tambores y con marimba, por lo que asimilan *candombe* con *batuque*.⁸⁷

Para Isidoro de María, cronista nacido en la segunda década del siglo XIX, si «la raza blanca bailaba al compás del arpa, del piano, del violín, de la guitarra o de la

85 Marcelino Bottaro: «Rituals and Candombes», en Nancy Cunard (ed.): *Negro: An Anthology*, Londres: Wishart, 1934, pp. 519-522.

86 Lino Suárez Peña: o. cit.

87 *El Universal*, Montevideo, 27 de noviembre de 1834, ya citado. Véase también Óscar Montaña: *Historia afrouruguaya*, o. cit., tomo I.

música de viento, ¿por qué la africana no había de poder hacerlo también al son del tamboril o de la marimba?», dando por sobrentendido el uso de estos instrumentos. Al referirse a las expresiones africanas, escribía:

Los domingos, ya se sabía, no faltaba el candombe [...] Cada nación tenía su canchita de trecho en trecho, media alizada a fuerza de talón, o preparada con una capita de arena, para darle al tango.

Los Congos, Mozambiques, Benguelas, Minas, Cabindas, Molembos, y en fin, todos los de Angola hacían allí su rueda, y al son de la Bambora, del tamboril, de la marimba, el mate o porongo, de la mazacalla y de los palillos, se entregaban contentos al candombe con su calunga, cangué... eee llumbá, eee, llumbá, y otros cánticos, acompañados con las palmas cadenciosas de los danzantes, que movían piernas, brazos y cabeza al compás de aquel concierto que daba gusto a los tíos. Y siga el tango, y el chinchirin chindá, chinchí, y el tan-tan del divertimento de las clases, y de la multitud que, siguiendo la costumbre, iba a festejarlo en el paseo del Recinto.

Y agregaba:

El tango se prolongaba hasta la puesta del sol, con sus variantes de bebe chicha, para refrescar el gaznate, seco, de tanto eee llumbá, eee llumbá, y paseantes y danzantes se ponían en retirada.⁸⁸

De esta crónica puede inferirse que eran dos —candombe y tango— las danzas que centralizaban esta manifestación permitida por las autoridades, y que para los africanos tenía enorme importancia el poder expresarse, olvidando al menos por unas horas la esclavitud. Como anota De María: «Así la buena gente de ese tiempo, encontraba distracción inocente en los candombes, y la raza africana, entregada alegremente a los usos y recuerdos de Angola».⁸⁹

Que los niños participaran sin cortapisas en la danza y quizás en el toque —no hay especificación— es un hecho elocuente que nos habla de que esas *presentaciones* no eran simples bailes. Era también un espacio de transmisión de conocimientos y de práctica, donde los más chicos iban aprendiendo el saber de sus mayores.

No hay una aclaración precisa sobre el rol cumplido por las mujeres en lo referente a la ejecución de los instrumentos a la par de los hombres. De acuerdo con lo registrado por el memorialista afrouruguayo Lino Suárez Peña, en el último tercio del siglo XIX los negros bailaban el candombe «suelos organizados en parejas y tomaban parte cuantos quisieran según la capacidad del lugar; al accionar en sus movimientos lo hacían en una forma muy sacudida, arqueando la espina dorsal hacia atrás con gracia y suma habilidad causando admiración y otras hacia adelante con no menos desenvoltura, al rítmico compás de su orquesta singular compuesta de Tamborin, Campana y Mate».⁹⁰

A estos instrumentos se sumaban la tacuara, la huesera, el mate o porongo, la marimba, los palillos, trozos de hierro, el macú (tambor ceremonial) y la denominada bambora.

88 Isidoro de María: o. cit., libro segundo, pp. 167-170.

89 *Ibidem*.

90 Lino Suárez Peña: o. cit.

Las festividades eran acompañadas con su licor favorito, que era la *chicha*. Los encargados de su fabricación tenían bastante tarea, aunque no era difícil:

[...] tomaban grandes tinajas de barro cocido, le ponían cierta cantidad de agua, fariña, azúcar y vinagre blanco, dejándolo en efusión por espacio de ocho días, filtrándolo lo depositaban en damajuanas, adquiría tanta presión que daba el caso que a veces explotaban, se cuenta que esta preparación resultaba de muy buen paladar y muy fresco.⁹¹

«*Cuando danzan se olvidan de sí mismos*»

A pesar de la situación desfavorable, la gente afro se las ingeniaba para, en la menor oportunidad que se le presentaba —autorizada o no—, retomar sus expresiones culturales y creencias más profundas. El naturalista francés Auguste de Saint-Hilaire describe las danzas africanas que observó en Montevideo en 1820:

Paseándome por la ciudad, llegué a una pequeña plaza donde danzaban varios grupos de negros. Movimientos violentos, actitudes innobles, contorsiones horrosas, constituían los bailes de estos africanos a los que se entregaban apasionadamente con una especie de furor. Realmente, cuando danzan se olvidan de sí mismos.⁹²

A pesar de su mirada prejuiciosa y peyorativa, Saint-Hilaire dejó un testimonio de primera mano acerca de la forma en que los africanos se entregaban a sus ceremonias, en las que se concentraban a tal punto de lograr la incorporación total y plena.

Otro testimonio de la década de 1820, en este caso de un inglés, L. Boutcher Halloran, brinda una breve crónica de lo que definía como «Día de fiesta para los esclavos». Se trataba de una celebración de Día de Reyes (1824):

6 de enero. En este día, los esclavos y los negros libres eligen anualmente un rey, que, de paso, hace las veces de un magistrado inferior en todas sus disputas insignificantes; en esta ocasión hay una especie de saturnal, habiéndoles prestado sus amos y empleadores ricos trajes, uniformes, espadas, etc. (pues en ese momento están todos armados).

El rey electo vestía hoy un llamativo uniforme —azul y oro con dos charreteras— y su corte estaba igualmente guapa. La reina y las damas de honor estaban ataviadas con elegancia y gusto —habiéndoles permitido sus amos que usasen sus adornos.⁹³

En esas celebraciones, la vestimenta también ocupaba un lugar destacado. En la crónica de Isidoro de María se decía:

Las amas y las amitas de buena pasta, se esmeraban en ataviar a la Reina y a las princesas, proporcionándoles vestidos, blondas, cinturones, collares, collares y tantas cosas [...] Los tios agenciaban sus casacas, calzones, levitas, aunque fuesen color ratón pelado, corbatines, elástico, galera alta, y por fin, cuanto podían para vestir de corte.⁹⁴

91 *Ibidem*.

92 Auguste de Saint-Hilaire: *Voyage à Rio Grande do Sul (Brésil)*, Orléans, 1887 p. 182; citado por Lauro Ayestarán: *El folklore musical uruguayo*, Montevideo: Arca, 1968, p. 165.

93 Carlos Real de Azúa: «Un testigo inglés de la Cisplatina: L. Boutcher Halloran», en *Revista Histórica*, tomo XXXIII, año LVI (2.ª época), pp.180-181.

94 Isidoro de María: o. cit., p. 170.

Durante la Guerra Grande, y especialmente a partir de que la ciudad de Montevideo fue sitiada por las tropas al mando de Manuel Oribe (1843-1851), la actividad de las salas de nación se distorsionó. La leva de pardos y morenos, sumada a las muertes en combate, disminuyeron sus componentes. En Buenos Aires, de acuerdo con los estudios de Marta Goldberg, varias naciones africanas pasaron a ser encabezadas por mujeres a causa de la mortandad en las guerras.⁹⁵ En Montevideo, aunque no fuera menor el número de muertos, solo ha podido confirmarse un caso de sala de nación liderada por mujeres; se trataba de la nación de los Mina, encabezada por María Moreti de 1832 en adelante.⁹⁶

Después de la Guerra Grande, como se vio en el apartado 1, la población de origen africano ocupaba los escalones más bajos de la sociedad. Fue una etapa de crisis para el *candombe* y para la propia gente negra. Es probable que, tras la abolición de la esclavitud, muchos africanos y descendientes hayan querido asimilar su cultura y sus costumbres a las de la gente blanca. Algunas familias pueden haber continuado con las tradiciones ancestrales, aunque no de manera abierta y pública, en un ambiente en que aparecían voces de descrédito y se comenzaba a mirar mal a quienes continuaban tocando y bailando lo heredado de sus mayores.

Chica y bámbula

Chica y bámbula fueron dos de las expresiones culturales de origen africano que, junto con las denominadas *tango* y *candombe*, se mantenían con altibajos en la segunda mitad del siglo XIX. Desde las páginas de *El Comercio del Plata*, a comienzos de enero de 1857, un artículo describía las características de esas danzas, consignando que peligraba su continuidad a causa de la inclinación de la población afro hacia las manifestaciones de origen europeo. Dentro de la sección «Crónica Local», en el apartado «Bellas Artes», se describía a la chica como un baile apasionado, novelesco:

[...] es decir la cachucha de los negros; ese viejo drama de amor en acción que atraviesa todas las jeneraciones del mundo, que se trasmite por todos los senos y todas las pupilas de la especie humana, sean de tal ó cual color, y constituye una de esas poderosas leyes de igualdad que Dios ha establecido en su eterna sabiduría para protestar contra los escesos y las tiranias de los mortales.

La bámbula, por su parte, presentaba una mímica guerrera, con esgrima de bastones, «semejante a la pírrica de los griegos, ese baile de las lanzas chocando contra los escudos», pero según el cronista solo era defendida y protagonizada en esa época por los afro de más edad, o sea, «los patriarcas de la gente morena».⁹⁷

El cronista refería a los bailes de negros, «esa perpetua é inimitable diversion que los descendientes de la raza africana quieren tanto, por ciudadanos políticos

95 Marta B. Goldberg: «Negras y mulatas de Buenos Aires, 1750-1850», en <<http://www.naya.org.ar/congresos/contenido/49CAI/Goldberg.htm>> (consulta: 23/8/2008).

96 Jacinto Ventura de Molina: o. cit.

97 Diario *El Comercio del Plata*, 21 de enero de 1857. Crónica local.

que sean, como antes la querían bajo las cadenas de la esclavitud», y mostraba su preocupación:

La generación nueva, sobre todo entre las mujeres, desdeña esos recuerdos de los antepasados; las negritas jóvenes y buenas mozas se entregan ardientemente a las delicias de la polka de la mazurca, de la varsobiana, libando la copa envenenada de las emociones europeas, y como sucede á todo el que es ó se figura ser perfeccionado, desprecian altamente á sus parientes.⁹⁸

A través de su descripción dejaba expuesta la pérdida de identidad que se estaba produciendo en muchos negros, que no aprobaban que se continuara con las danzas originales.

Décadas después, un cronista del diario *El Ferro-Carril* también bregaba para que las costumbres de las «danzas de negros» se mantuviesen como habían sido legadas por sus mayores.

La moderna escuela de baile ha tratado por todos los medios á su alcance de introducir reformas en aquellas antiquísimas danzas de giros raros y en extremo caprichosos, de figuras siempre alegres y pintorescas; pero si bien es cierto que por medios tan ingeniosos y atrayentes como han sido los que al efecto pusieron en juego los adoradores de la voluptuosa Tercípcore, obtuvieron separar de aquellos inocentes centros al elemento joven, es verdad también, que para honra de los reyes africanos la tradición sigue en pie [...] [y no hay instrumento que haya] podido reemplazar á lo que los profanos llaman destemplados timbales, y á los que al son de Hué, hué, Maia Cangué, reúnen en su torno miles de curiosos, ávidos de contemplar los bailes de los hijos de la ardiente y apartada región africana, que al compás de aquellos ecos pasan alegres las horas del día de reyes.⁹⁹

Las cofradías

Las cofradías fueron congregaciones en las que se agruparon africanos y descendientes con una finalidad religiosa de parte de las autoridades, pero que fueron bienvenidas por determinados grupos, ya que se pregonaba la ayuda mutua. Además, fueron de las pocas posibilidades de tener participación, algún protagonismo y ascenso social. La contrapartida de estas instituciones organizadas por la Iglesia Católica era la difusión de sus preceptos, evangelizando en este caso a los africanos.

En Montevideo, al igual que lo ocurrido en otras ciudades de América, como estudia Marta Goldberg para el caso de Buenos Aires:

[Las cofradías] Se organizaron en el marco de Iglesias y conventos, a semejanza del típico modelo de hermandad lega religiosa de los blancos, pero en forma separada de estos. Eran cofradías segregadas. Las había de blancos, de negros libres y de negros esclavos.¹⁰⁰

98 *Ibidem*.

99 Diario *El Ferro-Carril*, Montevideo, 5 de enero de 1881. Citado por Gustavo Goldman: *Candombe, ¡Salve Baltasar! La fiesta de Reyes en el Barrio Sur de Montevideo*, Montevideo: Perro Andaluz, 2003, p. 95.

100 Marta B. Goldberg: «Las sociedades afroargentinas de ayuda mutua en los siglos XVIII y XIX», p. 1.

Las integradas por africanos y descendientes que más repercusión tuvieron en Montevideo fueron las de San Baltasar, que funcionó en la iglesia Matriz, y la de San Benito, en la iglesia de San Francisco.

Los miembros de estas cofradías «actuarían como factores multiplicadores en la tarea» de difusión de la doctrina cristiana para con los no participantes.¹⁰¹

Respondían a un doble propósito: por parte de los africanos, «reunirse con los de su misma condición», y por parte de los gobernantes, «mantener bajo control por medio de la acción de la Iglesia, toda manifestación que pudiera poner en peligro el orden establecido».¹⁰²

Las cofradías se sostenían con las contribuciones de sus miembros, ya fueran «fruto de su trabajo como de las recaudaciones de los bailes públicos, lo que les permitía solventar gastos de misas, funerales y ayuda a los enfermos».¹⁰³

Los cofrades se reunían una o dos veces por semana, ocasión en que recibían también nociones de doctrina cristiana. Cada cofradía tenía como autoridades a un capellán de la parroquia y a un «hermano mayor» negro, elegido por los mismos cofrades. Este último cargo era prácticamente nominal, ya que todas las decisiones importantes eran tomadas por el capellán, es decir, el sacerdote blanco. Había blancos encargados de supervisar tales limosnas, como una especie de tesoreros.¹⁰⁴

Estos eran estrictos en que los miembros entregasen el dinero, recurriendo «a la coerción, al miedo a no ser cristianamente sepultados».¹⁰⁵

Estaban organizadas según un orden jerárquico:

[...] cada miembro tenía asignadas determinadas tareas, las cuales estaban previstas en un reglamento. Estaban separadas por sexo, nombrándose mediante elecciones, autoridades para los hombres y autoridades para las mujeres, dependiendo ambas de una autoridad común. En el caso de la Cofradía de San Benito, esta autoridad máxima, era el Padre Capellán.¹⁰⁶

En Montevideo, la primera Cofradía del Rey San Baltasar fue conformada en 1787 por negros libres y esclavos. De acuerdo con la documentación existente en el Archivo de la Curia Eclesiástica, se fundó en la iglesia Matriz de Montevideo por los negros libres y esclavos hacia 1787. En el Libro 1.º se consignaba quiénes fueron los «Hermanos fundadores»: hermano mayor Antonio Peres; 2.º, Antonio Belasquez; 3.º Ignacio Joaquin Rivero, y los demás miembros: Domingo Josef Ramos, Pedro de Sais, Manuel La Aaya, Francisco Callero, Joaquin Santana, Juan Lusero, Francisco Duran, Francisco Gomez, Juan Custodio.¹⁰⁷

Hombres por un lado y mujeres por otro tenían actividades específicas preestablecidas en cada cofradía. Con respecto a las festividades de San Benito se destaca el papel que debían cumplir «las mujeres de la cofradía en la “composición y adorno de la

101 Gustavo Goldman: o. cit., p. 23.

102 Marta Goldberg: «Las sociedades...», o. cit., p. 1.

103 *Ibidem*.

104 *Ibidem*.

105 Gustavo Goldman: o. cit., p. 23.

106 *Ibidem*, p. 24.

107 Archivo de la Curia Eclesiástica, Arzobispado de Montevideo. Libro 1.º, 1787, Época Colonial. Caja 109, fojas 1 a 4. Véase también Óscar Montaña: *Umkhonto...*, o. cit., p. 220.

Iglesia y Altar para el día de la fiesta del Glorioso Sn. Benito [...]”. Por otra parte, señala la prensa: “SAN BENITO. Para el día de ese santo nos aseguran que tendrá lugar una hermosa función a la que asistirán todas las negras y mulatas que residen en Montevideo. Más aún, nos dicen que estas últimas serán presididas por uno de su color [...]”.¹⁰⁸

Las primeras comparsas «modernas» de negros

A finales de la década de 1860 surgen y se consolidan las primeras «comparsas modernas de negros»: Raza Africana (1867) y Pobres Negros Orientales (1869). También fueron denominadas *filarmónicas*, pues sus componentes eran hábiles ejecutantes de cualquier instrumento. Esas sociedades se preparaban durante el año, con objeto de exhibirse en comparsas pintorescas en los días de carnaval, con canciones y música que ellos mismos componían y bailaban, pero de hecho no eran expresión del legado cultural africano.

Por entonces había bailes *de blancos* y, por otro lado, bailes *de negros*, quienes tenían prohibida la entrada a los de blancos. Además de la composición étnica, el elemento distintivo entre las comparsas de blancos y de negros estaba en la ejecución del tango. Es posible establecer un hilo conductor en Montevideo desde 1807 hasta 1874, en relación con el tango como expresión de *los negros*. Las primeras menciones del vocablo aparecen en oficios del Cabildo fechados en 1807, 1808, 1814, 1816, donde se prohibía o reglamentaba esta manifestación de los africanos. «Tango o baile de negros» era la expresión del Cabildo. En 1832, en el periódico montevidiano *La Matraca* se publicó un comentario sobre el Carnaval donde se consignaba: «Ahí van los negros con su tango». Años más tarde, fue en las crónicas de Isidoro de María en las que se hizo alusión al tango como la expresión de los diferentes pueblos africanos en Montevideo, incluso asimilando el tango con el candombe.

Raza Africana. Estaba conformada por unos cincuenta africanos y descendientes, encabezada por el Negro Sayago, notable trompetista. Recorría las calles de la ciudad en carnaval, cantando y bailando. El memorialista uruguayo Rómulo Rossi registró la instrumentación de que se valía esta comparsa y los géneros musicales que ejecutaban.

La música la integraban pistones, clarinetes, violines, flautas, bajos y guitarras; y la composición de las piezas era el fruto de la inspiración de algún pardo, que gozaban fama de ser excelentes músicos.

Los componentes de las comparsas cantaban acompañados por la orquesta, valeses, polkas, habaneras, mazurcas y marchas, con sus correspondientes «solos» a cargo siempre del moreno o morena de mejor voz.

Cuando los tamboriles y masacallas rompían en los redobles del Tango, entonces la sangre africana se posesionaba de los morenos quienes, cada cual en su sitio, se balanceaban siguiendo el compás de los instrumentos africanos, a los gritos de «¡gué, l'amita!!!» y «¡gué, l'amito!...».¹⁰⁹

108 Gustavo Goldman: o. cit., p. 25.

109 Rómulo Rossi: *Recuerdos y crónicas de antaño*, tomo IV, Montevideo: Peña, 1924, pp. 37-40.

La preponderancia del tango en estas comparsas era tal que generaba expectativa y entusiasmo no solo en los espectadores, sino en los mismos componentes. Vicente Rossi, otro memorialista uruguayo, contemporáneo de sus relatos, expresaba:

Quando le llegaba turno al «tango» todas las caras se animaban; en los negros por atavismo; en el público y en las mismas distinguidas familias ante quienes se bailaba, por el barullo infantil de sus notas juguetonas y la novedad del número.

Primero una estrofa de cuatro o de ocho versos octosílabos, en compás de canción vulgar, cantada por una negra joven con voz de tiple; esto se llamaba «el solo», que era contestado por todos los socios con el «coro», otra estrofa de tres o cuatro versos libres, al mismo tiempo que con acompañamiento apropiado de los instrumentos se reproducía un candombe, diremos «acriollado», conservando su música la armonía africana en notas titubeantes o picadas, que culminaban en los redobles nerviosos y quebrallones del tambor; y así era aquel «tango».

Toda la comparsa bailaba; cada uno en el sitio que ocupó al detenerse; baile sencillo y sin contorsiones, algo así como un «gato» lento; en síntesis el candombe clásico al amparo del respeto del moreno nativo y de acuerdo al carácter representativo que dio a su «Raza Africana».¹¹⁰

«Solo para blancos»

El racismo y la discriminación de los años 1860 y 1870 se daba en todos los aspectos de la sociedad y en todos los ámbitos, como se ha visto. En el diario *La Opinión Nacional*, en 1869, el propietario del Circo Francés afirmaba tajantemente que, en su deseo de que los bailes fueran lo más amenos posible, había dispuesto que únicamente sería permitida la entrada a personas de color blanco y, al efecto, todo enmascarado debería entregar la entrada con la mano descubierta. En una actitud crítica, *La Opinión Nacional* censuró la discriminatoria actitud de los organizadores de ese baile y pronosticó su fracaso si allí no podía entrar lo que decían era la verdadera alegría, propiedad exclusiva de las masas populares.¹¹¹

Pobres Negros Orientales. Fue la otra comparsa pionera, dentro de lo se ha denominado comparsas «modernas» de negros, ya que su aparición se remonta a 1869, es decir, dos años después de que hiciera su irrupción la precursora.

Parece haber tenido una organización interna más detallada, según consta en el Reglamento de la Sociedad Pobres Negros Orientales, «sancionado por la Asamblea General, el 24 de febrero de 1869».¹¹² En sus más de cincuenta artículos se establecieron el objeto principal de la agrupación —«crear fondos para el sostenimiento de una academia de música [...], consiguiendo al mismo tiempo formar un centro de reunión a fin de obtener la mejor armonía y unión entre las personas de color», y las normas de funcionamiento. El artículo 17 establecía:

Para ser socio es necesario ser de color pardo ó moreno, y ser persona moral y de orden.¹¹³

110 Vicente Rossi: *Cosas de negros. Rectificaciones y revelaciones de folklore y de historia*, Córdoba: Imprenta Argentina, 1926, p. 94.

111 Milita Alfaro: *Carnaval una historia social de Montevideo desde la perspectiva de la fiesta*, Montevideo: Trilce, 1992, p. 61. *La Opinión Nacional*, 28 de febrero de 1867, p. 2.

112 *Reglamento de la Sociedad Pobres Negros Orientales*, Montevideo: Imprenta de La Tribuna, 24 de febrero de 1869 (Biblioteca Nacional).

113 *Reglamento...*, o. cit., p. 3. «Art. 38. En los días de Carnaval, la Sociedad se constituirá en comparsa. Art. 39. En los casos en que la comparsa al recorrer las calles de la ciudad, recibiese obsequios de dinero, pasarán estos á aumentar el fondo de la caja, para los gastos de la Sociedad» (*Reglamento...*, pp. 6, 7).

La mención a tambores u otros instrumentos de origen africano era escueta, aunque sí se utilizaban para la ejecución del tango.

Art. 25. Se entienden por instrumentos tambien las panderetas, castañuelas, tambor, platillos, triángulos y demás útiles á la africana para acompañamiento de la música.

El apartado «De las Señoras» está conformado por tres artículos.

«Art. 46. Son admitidas señoras, como socias, debiendo sujetarse en un todo á las disposiciones de la Comision Directiva, toda vez que llenen las condiciones que dispone el Art. 17 y pagarán al inscribirse, como ingreso, 50 cent.s y 20 cent.s mensuales.

»Art. 47. Son obligadas á aprender el canto y á vestirse para la Comparsa como lo disponga la Comision Directiva.

»Art. 48. Toda queja ó reclamacion la harán por conducto de la señora que las represente» (ibídem., p. 8).

«Miembros de la Comision: Presidente. D. José L. Perez; Vice. D. Federico Brom; Secretario D. Manuel Aturaola; Tesorero. D. Pablo Castro, Interventor. D. Benito A. Acha, Vocales: D. Patricio Mendez, D. Manuel Domínguez, D. Felipe Tatofer, D. Félix Arribio, D. Manuel Barando» (Reglamento..., p. 9)

En 1870, la presentación de Pobres Negros Orientales incluía tres danzas, dos tangos y una despedida «cuyas letras evocan una y otra vez la fuerza del baile y del tambor y el amor imposible que las amitas despertaban en los negros».¹¹⁴

Avisos.

Sociedad Pobres Negros Orientales.

El secretario de dicha sociedad comunica á sus socios que la sala de sus sesiones se ha trasladado á la calle de Reconquista núm. 105 se espide este aviso para que llegue á conocimiento de todos haciendo saber al mismo tiempo que las reuniones de comision se haran en dicha sala todos los lunes á las 8 en punto. El secretario. Agosto 15 de 1872.¹¹⁵

Un baile que hizo historia

Una de las formas que los afrodescendientes encontraron para lograr romper barreras de discriminación y participar en las actividades de la *sociedad blanca* fue formar parte de las comparsas de negros que eran contratadas para ejecutar *el tango*, que tanta aceptación tenía en todos los ámbitos, ya que la entrada a gente negra particular estaba prohibida.

El 22 de febrero de 1872 se realizó en el Solís un baile que según la prensa «haría época». Se venía anunciando desde varios días antes, y se promocionó como:

Gran Baile. Concierto de sociedad. De máscaras y de particular. Dedicado á las comparsas Estrella de Italia, Vendaval, Marina, Pobres Negros y Batuecanos:

Programa: 11 y media. Pobres Negros: Tango «La Africana», cantado y bailado. (Intermedio de baile). 12 y media. La Estrella de Italia: grandes coros «La Campaña del campidolio» y

114 Milita Alfaro: o. cit., p. 62. «Los comentarios que la prensa dedica a las agrupaciones negras se limitan, por lo general, a elogiar sus graciosas evoluciones, sus coros lindísimos tanto por la música como por la letra (*Los Debates*, 15.2.1871, p. 1) y el bonito conjunto que formaban sus sencillos y pintorescos trajes (*El Siglo*, 3.3.1870, p. 2). También a registrar, eso sí, algunas letras de sus repertorios».

115 Periódico *La Conservación*. *Órgano de la sociedad de Color*, n.º 3, Montevideo, 18 de agosto 1872, p. 2.

«Ernani» (Intermedio de baile). 1 y media. Batuecanos: gran sesión «Interpelación al Ministro». (Intermedio de baile). 2 y media. Grandes coros cantados por «La Marina» y «Vendaval».

Concluyendo con baile hasta las 4 de la mañana. Tarjeta para caballeros, 2 \$; Familias invitadas, gratis; Palcos altos y bajos, 3 \$.

Nota. Invitamos a todas las familias a esa espléndida reunión. Las que por olvido no: se les haya pasado invitación se servirán recogerlas en la Secretaría de este teatro». ¹¹⁶

La promoción, realizada a diario, apuntaba a lograr una fiesta sin antecedentes:

Gran festival en Solís.

[...] consiste en un magnífico baile, dedicado y al que concurrirán las comparsas que más se han lucido en los pasados días de carnestolendas.

La idea no ha podido ser más oportuna ni feliz.

La magnífica comparsa «Pobres Negros Orientales» bailará en el foyer, que ha sido arreglado al efecto convenientemente, —después de bailar y cantar el tango en el gran salón.

Las demás comparsas y entre estas «La Estrella de Italia» compuesta de músicos y coros excelentes cantarán en el salón durante los intermedios.

Estamos informados que habrá mucha escrupulosidad la noche del Jueves de parte de la Comisión con motivo de estar invitadas las principales familias de nuestra sociedad para oír las alegres y preciosas canciones de las comparsas.

Todos los palcos balcones han sido repartidos ya y apenas quedan disponibles algunas localidades que deben apresurarse a tomar las personas que quieran gozar de esa fiesta sui géneris. ¹¹⁷

Ante tanta publicidad y expectativa generada no quedaba otra que esperar una respuesta acorde. Y así sucedió. Al otro día la prensa se hizo eco de la resonante celebración:

Solís anoche: El baile de Sociedad que tuvo lugar anoche en los salones de nuestro Teatro hará época a no dudarlo, en los anales de esas fiestas de buen gusto y mejor categoría [...]

Los salones de Solís eran anoche estrechos para contener la numerosa concurrencia que los llenaba. Puede hacerse un cálculo aproximativo de que no eran menos de 3000 las personas que habían en él [...]

Nunca ha estado Solís tan concurrido, y por consecuencia tan animado como anoche [...]

Asistieron las comparsas que estaban anunciadas en el programa, haciéndose notar sobre manera la de Los Batuecanos que en la sesión improvisada para interpelar al ministerio de R. E. escitó la hilaridad general [...] Las demás comparsas que asistieron, hicieron oír sus respectivos cantos, los que después de llenar un momento el aire, daban lugar a las prolongadas salvas de aplausos con que eran saludados.

No nos particularizamos con ninguna... todas se hicieron notar favorablemente.

El salón del Foyer vistosamente adornado, se destinó a la comparsa «Raza Africana» que bailó en él, después de haber llenado la parte que por el programa le correspondía, en el gran salón. ¹¹⁸

116 *Diario Ferro-Carril*, Montevideo, 18 de febrero de 1872, p. 3.

117 *Ibidem*, p. 2

118 *Diario Ferro-Carril*, Montevideo, 23 de febrero de 1872, p. 2.

Suponemos que en este punto se refería a la otra gran comparsa de negros, Pobres Negros Orientales, y se confundió, pues Raza Africana no estaba en el programa.

Donde sí estuvieron las dos reconocidas comparsas fue en el baile organizado para el colectivo afro. El Teatro de San Felipe era el lugar donde se llevaban a cabo los bailes *de negros* con la presencia de las comparsas anunciadas.¹¹⁹

Teatro de San Felipe:

Nos consta que el infatigable Alsina ha contratado este teatro para dar en él un suntuoso baile de máscaras el domingo próximo 25 del corriente para la clase de color; han sido invitadas y asistirán al baile las renombradas comparsas «Pobres Negros Orientales», y «Raza Africana», las cuales harán oír sus lindas canciones según el programa que se publicará mañana.

El salón estará lujosamente adornado y el empresario no ha omitido ni omitirá gasto alguno para que este baile tenga toda lucidez.

Felicitemos á nuestro amigo Alsina por su brillante idea, y esperamos ver inundado esa noche nuestro viejo coliseo. Felicidad y a divertirse.

En los días sucesivos se continuó difundiendo el evento en los siguientes términos:¹²⁰

Teatro San Felipe, el domingo 25, Gran Baile de máscaras y particular. Para la sociedad de color, a la que concurrirán las renombradas comparsas Pobres Negros Orientales y Raza Africana, las que se prestan gratuitamente para amenizar el baile, al cual no se ahorrará sacrificio para complacer á la concurrencia.

1º Sinfonía á toda orquesta dirigida por el distinguido profesor don Julián Silva.

2º El baile dará principio á las 10 y concluirá á las 4 y media de la mañana.

3º A la 1 las dos comparsas contarán la Romanza de Horacio Mendizábal, música de José Pérez.

4º A las 2, tango cantado y bailado por las dos comparsas, poesía de Julio Figueroa y música de Manuel Ocampo.

Precios. Entrada para hombres, 60 cts; Palcos, 2 \$. Entrada para señoras disfrazadas, 30 cts; Idem. Idem. De particular, gratis.

La «brillante idea» de Alsina no podía ser más redituable... para él, claro está. Él organizaba y cobraba las entradas, pero a los artistas no les pagaba, ya que «se prestaban gratuitamente».

Llegó el domingo 25, en que también estaban anunciados otros Grandes Bailes de Sociedad, y al otro día *El Ferro-Carril* en p. 2 comentaba:

Sobre bailes: Magníficos han estado los varios que han tenido lugar en las noches del sábado y domingo.

Solís ha estado las dos noches concurridísimo y nada ha dejado que desear por cierto.

El baile de Sociedad de la clase de color que tuvo lugar anoche, llevó al Teatro de San Felipe un crecido número de concurrencia y dicho en honor de la verdad, estuvo á la altura del de los otros teatros.

119 *Diario Ferro-Carril*, Montevideo, 21 febrero de 1872, p. 2.

120 *Diario Ferro-Carril*, Montevideo, 23 de febrero de 1872, p. 3.

Integración: Negros Lubolos, los blancos pintados de negros

La popularidad que habían alcanzado las comparsas de negros entre la población blanca fue tal que propició la aparición de una comparsa de «blancos pintados de negros» en el carnaval montevideano de 1874, bajo el nombre de Negros Lubolos.

La formaban jóvenes comerciantes y profesionales, criollos blancos que se presentaron perfectamente pintados —cara, orejas, cuello— y con guantes. La indumentaria era parecida a la de los esclavos de las haciendas brasileñas e ingenios cubanos.

Según Vicente Rossi, contemporáneo de estos hechos, los «blancos pintados de negros» imitaban a los negros en «el hablar», ya que se expresaban en «el gracioso bozal, caminaban y accionaban imitando impecablemente a los negros. No descuidaron la fiel representación de la raza que caracterizaban, y la simbolizaron en un supuesto «tío» o «tata viejo» varias veces centenario, que siempre iba rezagado detrás de la negrada, ofreciendo yuyos medicinales».¹²¹

Se personalizaba el *rey* en el presidente de la sociedad, que marchaba en medio de ella. Iba a la cabeza el *bastonero*, al que llamaban *escobero* por haber adoptado una escoba como bastón de mando; «tenía que ser un experto candombero y de resistencia a toda prueba. Llevaban instrumentos típicos de la raza: tamboriles y masacallas; y los instrumentos exóticos de sus descendientes: guitarras, violines, etc.».¹²²

La preocupación mayor de aquellas sociedades era su *tango*. Los Lubolos se ejercitaron en él tomando lecciones bajo la dirección de negros africanos que aún vivían y sostenían próspera su tradición. Ese *tango* era el «candombe clásico, mejorando en figuras y movimientos, más pintoresco, más alegre; estimulado por tantanes y chaschás mejor combinados. Lo bailaban en entrevero, es decir, sin formar rueda, ni filas, ni parejas. En estas agrupaciones no figuraban mujeres».¹²³

El Lubolo fue uno de los tantos pueblos que fueron traídos como esclavos a estas tierras.

Ya hemos citado al *Licenciado* Jacinto Ventura de Molina cuando daba cuenta de la presencia de los diferentes pueblos africanos en Montevideo con sus jerarquías, informando que en 1832 eran *rey lubolo* Juan Gregorio y *príncipe* José Segundo.

Han quedado otros testimonios de gente negra que participaba en las reuniones de las salas de nación, aunque bastante más recientes. En sus escritos, Suárez Peña informaba que hacia fines del siglo XIX los reyes lubolos eran José Casoso y Margarita Sararí. La sala de esta nación, en esos mismos años, estaba en la calle Sierra cerca de la calle Miguelete.

En tiempos del tráfico negrero, el pueblo Lubolo estaba asentado en el territorio de Angola, en el centro de ese país y al sur del río Kwanza. Tuvo una presencia importante en Montevideo, recogida en los padrones y censos realizados a principios del siglo XIX. Haciendo una síntesis de esa información, tenemos a los Lubolo en

121 Vicente Rossi: o. cit., pp.109-111.

122 *Ibidem*.

123 *Ibidem*.

lugar octavo en importancia numérica, detrás de los Mozambique, Mina, Angola, Congo, Guinea, Banguela y Carabalí.

Hoy, pasado más de un siglo del surgimiento de aquella primera comparsa de «blancos pintados de negros», la denominación *lubolos* incluye a todas las comparsas de candombe.

Años de cambio

El cronista del diario *El Ferro-Carril*, describiendo las fiestas de los 6 de enero, marcaba en el año 1883 las variaciones que habían tenido los candombes, teñidos de influencias europeas:

Hoy los candombes se han europeizado, las negritas jóvenes los han invadido para bailar nacional, es decir: cuadrillas, valeses, polcas, etc., y el baile africano solo se danza cuando los viejos y las viejas gritan muy fuerte contra los intrusos.

La culpa la tiene Eulogio Alsina, que ha sido un revolucionario.

Para completar el cuadro, hasta los Pocitos, campo de acción antiguo de los morenos, especie de condado africano, se ha modificado, convirtiéndose en la más espléndida estación balnearia de Sud América.

Pero si el candombe negro se vá, queda el candombe blanco... lo que es infinitamente peor!¹²⁴

6 de enero. Fiesta de los Reyes a través del siglo XIX

Durante todo el siglo XIX se mantuvo el homenaje al rey mago Baltasar como fiesta tradicional de las diferentes naciones. Estas conmemoraciones eran excepcionales, cuando se lucía toda la vistosidad que era posible.

Se nombraba un juez de fiestas y reunían un fondo especial que dedicaban a la conmemoración del rey mago, convertido en *santo*. Jacinto Ventura de Molina, miembro de la nación Congo de Gunga y *juez de muertos*, tenía un destacado papel que cumplir. Conocedor como ninguno de qué pueblos conformaban la nación Congo y cómo se organizaban, las enumeraba así:

[La] nacion Conga, compuesta naturalmente de estas siete Provincias hácia el Oeste africano, 1ª Gunga, 2ª Guanda, 3ª Angola, 4ª Munyolo, 5ª Basundi, 6ª Boma, Seys Provincias de la Nacion Congos de Gunga.

En este escrito, que tenía el objetivo de que les permitiesen celebrar nuevamente la festividad del 6 de enero, confirma que «toda esta nacion estará unida» bajo determinadas puntualizaciones:

–Una fiesta: San Baltasar, con su Juez Pedro Obes. –Un solo escudo de armas en su bandera, esto es, el Escudo Patrio, orlado por siete estrellas. –La nacion Congos de Gunga tiene sala y patio comodo, bailarán en estos los dias festivos con su tambor, hasta la oracion, y con sus chirimias los que gusten hasta el dia. –Un Juez de Muertos, el Licenciado Jacinto Ventura de Molina.

124 Diario *El Ferro-Carril*, Montevideo, 6 de enero de 1883, «Fiesta de Reyes... Recuerdos de antaño»; citado por Gustavo Goldman: o. cit., p. 102.

–Los Muertos de toda esta Nación velarán en la sala de Congos de Gunga y convidará á las Provincias que gusten velar. –Los otros Tropos ó Provincias tendrán sus casas, y baylarán en ellas por el mismo orden, dando cada mes un peso al fondo de fiestas que anualmente, resulta 84 pesos absolutamente para la fiesta de San Baltasar, y honrras generales de su mortalidad.¹²⁵

Cada una de las naciones africanas representadas en Montevideo se reunía en su respectiva sala de nación para celebrar, y a la vez aprovechar para honrar y rendir culto a sus más profundas entidades religiosas. El cronista Isidoro de María,¹²⁶ testigo presencial, registra así sus vivencias en la Fiesta de Reyes, los 6 de enero:

Vamos a los Reyes, a las salas de los Benguelas, de los Congos y demás por el barrio del Sur [...] Y los cortejantes y curiosos a hacer acto de presencia a ver los tronos y el candombe.

Cada nación echaba el resto en la compostura de su sala; y no hay que hablar de la vestimenta de los tios y de las tias, como para presentarse en la corte y hacer los honores a su Majestad conga, cambimba o mozambique.

Cada sala tenía su trono adornado con cortinas y en las de los congos y banguelas estaba el altar de San Antonio o San Baltasar, y el platillo a la entrada para la colecta, con el capitán guardián de la puerta. Los reyes se mantenían sentados y muy serios.

En el trono aparecían sentados con mucha gravedad, el Rey tío Francisco Sierra, o tío José Vidal, o tío Antonio Pagola, con su par de charreteras, su casaca galoneada y su calzón blanco con franja, y sus colgajos con honores y decoraciones sobre el pecho. A su lado la Reina tía Felipa Artigas, o tía Petrona Durán, o tía María del Rosario, la mejor pastelera, con su vestido de rango, su manta de punto, su collar de cuentas blancas o su cadena de oro luciendo en el cuello de azabache; y las princesas y camareras por el estilo.¹²⁷

Como lo describen los cronistas, era una fiesta popular donde la gente entraba y salía a la sala a ver los reyes.

Los Reyes y sus acompañantes asistían en corporación a la Matriz a la fiesta de San Benito. Concluida ésta, salía la comitiva africana [...] a hacer la visita de regla al Gobernador y demás autoridades, quienes la recibían muy cortesmente y la obsequiaban.

Si saldrían contentos de la recepción sus Majestades, congo, benguela, mozambique y demás, deseando la vuelta de otro día de los Reyes chatos, como diría Alfaro en aquel verso alegórico:

Las diversas naciones africanas
Elegían su Rey con aparato,
Querra algún negro de lanudas canas,
Y en el día de Reyes, el Rey Chato,
Con marimbas, tan-tan, y macanas,
Era paseado en triunfo con boato».¹²⁸

125 Jacinto Ventura de Molina, o. cit., vol. «Año 1817».

126 Isidoro de María: o. cit., pp. 170-172.

127 *Ibidem*.

128 *Ibidem*.

Una vez finalizada la ceremonia, se dirigían en corporación y, por naciones, a la residencia de las autoridades.

Luego de 1830, a la del Presidente de la República, quien los recibía rodeado de sus Edecanes. También visitaban a los Ministros, al vicario y Jefes militares. Ratificaban ante las autoridades su fidelidad y respeto y recibían, a cambio las donaciones de dinero, tradicionales, que solventarían los gastos del clásico banquete, que tenía lugar en cada sede, donde lucían su habilidad las tías y morenas y donde corría la chicha, la caña de La Habana y el famoso guinado oriental, preparando los ánimos para el gran candombe que seguía a continuación.¹²⁹

Festividades populares

Desde Navidad hasta el 6 de enero el sur montevideano hacía ebullición. Era el período en que las salas cobraban más notoriedad en el año. En Navidad, por la mañana concurrían en agrupación a la iglesia de la Matriz a homenajear al san Baltasar propiedad de *tía* Dolores Vidal de Pereyra, que ponía todo su esmero en arreglarlo ese día como el de reyes.

En la década de 1880, la celebración del 6 de enero se mantenía como una de las más atractivas para la sociedad, con importante participación de público en general. La prensa montevideana hacía mención de esta festividad casi todos los años.

El día de mañana es el señalado para que los morenos africanos residentes entre nosotros, y de los que tan pocos quedan ya, celebren su tradicional fiesta, la que siempre se ha distinguido aquí por el nombre de candombes.¹³⁰

Como últimos vestigios de pasadas festividades donde se hacía un gran despliegue, tanto de los africanos como de los concurrentes, «quedan aún varias salas en las que empezarán mañana al toque de oraciones las fiestas de los candombes», aunque no con la pompa antes, al menos «como un modesto recuerdo de lo que fueron».¹³¹

«Los actuales reyes de las salas: Mina, Congo de Angunga, Banguela, Angola, etc., han solicitado ya de la autoridad correspondiente, el permiso respectivo para el festejo de sus clásicas solemnidades». Una de ellas permanecería clausurada ese año por haber fallecido su jefe, «el buen moreno Antonio Fuentes».¹³²

En los patios y en plena calle se organizaba la danza, «llamada vulgarmente candombe» y en ella tomaban parte, desde «los morenos de cien años... hasta la negrita pequeña de cinco o seis primaveras!».

Empezaban casi con el alba a sonar los tamboriles de los músicos en las salas; la rueda que junto a ellos se formaba, y las palmas de las manos empezaban a batirse al acompasado son de hué hué; –Mía Cangué, y las muchachas déle que déle al baile, al canto y la alegría, pero todo dentro de los severos límites de la moral más rigurosa.

Había negrita que bailaba horas y horas seguidas sin cansarse.¹³³

129 Agustín Beraza: *Amos y esclavos*, Montevideo, Enciclopedia Uruguaya n.º 9, 1968, p. 167.

130 *Diario El Ferro-Carril*, Montevideo, 5 enero 1881; citado por Gustavo Goldman: o. cit., p. 92

131 *Diario El Ferro-Carril*, 6 de enero de 1882; citado por Gustavo Goldman: o. cit., pp. 96-97.

132 *Ibidem*.

133 *Ibidem*.

En años anteriores, cuando las salas o «asociaciones de los hijos del África» eran numerosas, la concurrencia que presenciaba las fiestas indicadas era extraordinariamente considerable, y «á la verdad que se pasaban momentos de agradable entretenimiento, mirando danzar al estilo de su país á aquellas pobres y sencillas gentes recordando la parte de su territorio á que cada uno había pertenecido».

Las salas estaban ubicadas en «el costado Sud de la ciudad nueva é inmediato á la orilla del mar, de la calle Ibicuy en dirección al campo», que era el punto donde se encontraban establecidos «dichos candombes».¹³⁴

En cada sala se colocaba «un bonito y bien armado aparato» que representaba el nacimiento del «niño Jesús, é inmediato á lo referido se hallaba el sitio de honor destinado á los reyes. A la reina ó al rey no les faltaban por entonces la dorada corona en la que lucían engastadas piedrecitas de variados colores».

No podemos ni debemos olvidar a Catorce menos quince y á Fianza, que en los años á que nos referimos estaban en su apogeo como soberanos!

El inolvidable catorce menos quince, era uno de los reyes de mayor lucimiento, y á pesar de haber fallecido hace muchos años, su memoria no ha sido olvidada por los cortesanos y demás súbditos, quienes para honrarla debidamente, han hecho colocar su retrato al óleo en la sala perteneciente á los dominios de aquel bueno y servicial moreno.¹³⁵

Los reyes iban a veces «en carricoche».

[A su paso iban] cosechando el aplauso, que ellos muy orondos retribuían con saludos expresivos. La llegada era se puede decir, triunfal, una muchedumbre reunida en las aceras los recibía con frenéticas palmas.

Animados de esa riente algarabía penetraban en el local, pasando a ocupar el lugar destinado a los reyes, de ahí a poco se dejaban oír los afinados tamborines, templados al sol o al calor del fuego.¹³⁶

Se iniciaba el candombe que duraba hasta las últimas horas de la tarde para reanudarlo «con idéntico entusiasmo», en las primeras de la noche, hasta que «el alba con sus primeros tiroteos anunciaba el nuevo día».

Gustaban tanto estas fiestas, que en esos días constituían el paseo de moda de la sociedad Montevideana, era tal la concurrencia que asistía a los lugares donde se encontraban ubicadas las salas, que daba la impresión agradable de una romería al apreciar el ir y venir de las familias, que salían de un candombe para ir a otro; lo más simpático lo constituía el hecho de que cada sala que visitaban dejaban su ovulo que contribuía al sostenimiento de las precitadas instituciones.¹³⁷

El 24 de diciembre de 1877, en la «noche buena», las comparsas de negros hacían su irrupción en las calles de la ciudad con sus correspondientes estandartes «al son de tamboriles y de masacalles, anticipándose también así, a los festejos del dios Momo».¹³⁸

134 *Diario El Ferro-Carril*, Montevideo, 5 de enero de 1881; citado por Gustavo Goldman: o. cit., p. 94.

135 *Ibidem*.

136 Lino Suárez Peña: o. cit., p. 53.

137 *Ibidem*.

138 Rómulo Rossi: o. cit., tomo II, p. 64.

Los «últimos» africanos

Durante el gobierno de Máximo Santos (1882-1886) se produjo, al decir de Vicente Rossi —quien había nacido en 1871—, la recepción de la delegación de los últimos africanos, que no sumaban la docena:

Simple visitas sin séquito y sin ruidos, de tradición y cortesía, y de especial reconocimiento a la protección que aquel gobernante les dispensaba (siempre por la lealtad que sólo de ellos se obtenía). Famosa fue la escolta presidencial de Santos, formada de negros criollos de imponente presencia, hermoso pelotón de aguerridos soldados. [...] Cuando los africanos sobrevivientes, aplastados por su siglo y pico, no pudieron aventurarse a cruzar las calles, se produjo la supresión definitiva de sus visitas de cortesía oficial. Fue en esa misma época de Santos [...] que acompañado de varios militares y civiles visitaba a los últimos reyes en su residencia de la calle Queguay [...] proporcionándoles el auxilio de importante óbolo.¹³⁹

Con respecto a los últimos africanos informaba el diario *El Siglo*:

Se van lo negros viejos. Día a día van desapareciendo, abrumados por la edad, los escasos representantes de la raza africana que pisaron este suelo con las cadenas de la esclavitud.

Anteayer le tocó su turno á la reina de los banguelas, Mariana Artigas, quien contaba 130 años, y fue hallada muerta en su humildísimo lecho.

Horas antes de conducirse su cadáver al cementerio recibía la extremauncion el Rey de la misma nacionalidad, vulgarmente conocido por Tío Pagola.¹⁴⁰

Las salas de nación en el Uruguay del Novecientos

A través de diferentes testimonios y crónicas es posible aproximarnos a la supervivencia de prácticas rituales de origen africano en el Uruguay de fines del siglo XIX y comienzos del XX, a pesar de la desaparición física de los originarios componentes.

Los trabajos de dos afrouruguayos, Lino Suárez Peña y Marcelino Bottaro, militantes activos dentro de la colectividad, deben ser considerados fuentes de primera mano para conocer y comprender cómo funcionaban las salas de candombe durante la última parte del siglo XIX. Allí reflejan recuerdos personales de lo vivido en esos años con parte de su comunidad, los relatos que sus mayores les fueron transmitiendo y la presencia de componentes de varias naciones africanas que resultan en muchos puntos novedosas.

Además de las comparsas «modernas» o carnavalescas, que fueron las que tomaron más publicidad a través de la prensa, estaba también el candombe más autóctono o en estado más puro, que era el que se continuaba realizando en las salas de nación, de forma más reservada y cerrada.

Hacia 1870 aún había varias danzas y toques heredados de determinadas naciones africanas, pero africanos no quedaban muchos. Las salas de nación sí tenían un desempeño pleno, encabezadas por aquellos últimos africanos e integradas por sus descendientes.

¹³⁹ Vicente Rossi: o. cit., pp.45-46.

¹⁴⁰ Diario *El Siglo*, Montevideo, 1.º de agosto de 1880, p. 2. Gacetilla. En la edición del 10 de agosto se informaba que entre los días 8 y 9 había muerto «Pablo Pagola, africano, 75 años, casado». Es probable que se tratara de quienes Isidoro de María mencionaba en sus *Tradiciones y recuerdos*. ... como Felipa Artigas y tío Antonio Pagola.

Los escasos trabajos en los que hay referencias a costumbres afrouruguayas del siglo XIX se han concentrado en algún grupo en particular, apuntando en gran medida a los aspectos relativos a la fidelidad y sumisión. A través de relatos y crónicas de extranjeros y criollos es posible obtener los puntos iniciales para lograr desenrañar qué era lo que ocurría en esas salas.

Los pueblos Congo y Banguela fueron los más numerosos y quienes más cerca de las autoridades estaban, además de ser los que encabezaban los cultos de los santos patronos san Benito y san Baltasar, visitando las autoridades y asistiendo en procesión a la iglesia Matriz. Ha quedado como una de las imágenes más representativas del Candombe la «coronación de los reyes congos».

A pesar de que no había una sola forma de realizar los rituales, sino que cada nación en sus salas tenía sus particularidades, solamente ha trascendido una imagen de los africanos de aquella época, quizás la de un solo pueblo, aquel cuyos miembros visitaban a las autoridades. Pero ¿y los demás?, ¿qué hacían mientras tanto? De acuerdo con Bottaro:

[...] con ardiente fé practicaban los ritos delante de sus numerosas deidades. Pero aún dentro de las afinidades que se deben reconocer entre estos dioses, es necesario e inevitable observar el choque entre las virtudes atribuidas a unos y la hostilidad hacia otras deidades desconocidas [...]

Los individuos hacían gestos y movimientos patéticos, a los que agregaban las dificultades de un lenguaje incomprensible, la importancia de los cuales podrían ser explicados solo por la verdadera o falsa interpretación que un negro confidente quisiera dar.

La piedra angular de todo este sistema de cultos, es la protección racial de sus adeptos. Tanto que sus deidades son definitivamente clasificadas como genios que dan protección contra toda clase de enemigos y cosas malas.¹⁴¹

El musicólogo Lauro Ayestarán entrevistó, en abril de 1966, poco antes de su muerte, a la señora Toribia Petronila Pardo Larraura.

Esta señora de 90 años de edad había asistido acompañada de su madre a la «Sala Banguela», y afirma, entre otras cosas, que en esa sala «hablaban en banguela», «hacían rezos», «le mandaban recuerdos a fulano y a mengano»; y finaliza con esta frase: «Era la religión de ellos».¹⁴²

Las dificultades de idiomas incomprensibles, mencionadas por Bottaro, vienen a corroborar que algunos de los pueblos mantuvieron vivas hasta fines del siglo XIX sus lenguas, que lentamente fueron languideciendo.

A través de los documentos lo que más ha trascendido es que se trataba de bailes más bien festivos y de distracción, pero debe tenerse en cuenta lo cerradas que eran estas agrupaciones y reuniones, donde se procuraba que solo se vieran o supieran algunas cosas de lo que allí ocurría. La opinión de Bottaro es tajante al respecto:

Aquellos que mantienen en sus crónicas que los africanos no tenían figuras de sus dioses patronos, deben haber conocido muy pocos lugares de reunión, pues en muchos de ellos, donde los dioses de la lejana Africa eran adorados, había imágenes de los dioses patronos.¹⁴³

141 Marcelino Bottaro: o. cit., p. 519.

142 Gustavo Goldman: o. cit., p. 108. Museo Histórico Nacional, Museo Romántico, Archivo Ayestarán.

143 Marcelino Bottaro: o. cit., p. 520.

Importante es destacar la denominación de «hermandades» con que Suárez Peña identifica a las naciones que estaban conformadas en las últimas décadas del siglo XIX.

Esas hermandades estaban formadas así:

– **Congos Africanos**, cuya sala se allaba en Ibicuy esq. Soriano, siendo los reyes José Gomez y Catalina Gomez.¹⁴⁴

Si bien había varios pueblos que eran considerados como congos, como los Angunga, al parecer tenían en común que «servían al mismo dios en sus cultos y prácticas religiosas».¹⁴⁵

Algunas de las salas «más conocidas», según la información que «el anciano Carlos Baiz» aportara a Pereda Valdés, eran:

- Sala **de las Animas**, de los Congos, ubicada en la calle Queguay (hoy Paraguay), entre Canelones y Soriano.¹⁴⁶
 - Sala **Banguela**, Ibicuy esq. Durazno.
- El anciano Baiz también recuerda la sala de esta nación en una ubicación similar, «en la calle Ibicuy entre Durazno y Maldonado».¹⁴⁷
- **Lubolos** (reyes José Casoso y Margarita Sararí). La sala de Lubolos que Baiz recordaba estaba en «calle Sierra cerca de Miguelete».
 - **Mozambique**, pueblo de cuyos miembros dice Bottaro: «podemos afirmar, sin exageración, que habitaban en todas partes del “Barrio del Cordón” y no eran menos numerosos que los otros ya mencionados, seguían sus propias leyes —s solamente un dios, pero diversamente representado. En algunas reuniones, el dios era un guerrero armado, en otras un gentil pastor y había otras que pintaban a sus dioses en una forma verdaderamente indefinida».
 - **Musena**, que tenía su sala en la calle Río Negro entre Durazno e Isla de Flores. A los miembros de esta nación les gustaba realizar «sus fiestas características al aire libre»; tenían por costumbre «enarenar el frente de calle que daba a su local y en él efectuaban sus tertulias».¹⁴⁸ En lo que a vestimenta se refiere, «no se apartaban mucho de las de su origen, mayormente las mujeres; pues era su orgullo lucir grandes aros africanos, como así largos collares compuestos de perlas y corales».¹⁴⁹ Baiz ubica la sala de Musena en «calle Durazno entre Arapey y Daymán».¹⁵⁰
 - **Minas Nagó**, cuya sede estaba en «Juaquin Requena y Durazno, reyes Manuel Barbosa y Maria Rosco de Barbosa».¹⁵¹

144 Lino Suárez Peña: o. cit., p.51.

145 Marcelino Bottaro: o. cit. p. 520.

146 Ildefonso Pereda Valdés: *Negros libres y negros esclavos*, p. 94.

147 *Ibidem*.

148 Lino Suárez Peña: o. cit., p. 53.

149 *Ibidem*, p. 54.

150 Ildefonso Pereda Valdés: o. cit., p. 94.

151 Lino Suárez Peña: o. cit., p. 51.

Conosco a un descendiente de «Minas Nagó» que fue rey de esa entidad en aquellos memorables tiempos, quien conserva como preciada reliquia dos collares que deben medir aproximadamente tres metros de circunferencia, uno perteneció a la abuela, el otro a la mamá, cuenta él asiendo memoria, que sólo lo lucían en las grandes fiestas.¹⁵²

De acuerdo con Suárez Peña, también los Minas Carabará mantenían su sala, aunque no menciona la ubicación.

Es de comprender que desde el resurgimiento de sus viejas costumbres asta su abolición tiene que haber existido más de una dinastía entre las naciones, las que quedan ignoradas por falta de datos concretos, eso sí, eran vitalicios los reinados y en caso de fallecimiento se otorgaban por orden de méritos.¹⁵³

- Sala Minas Magi, calle «Maldonado esq. Ibicuy, cuyos reyes eran el Capitan Benjazmin Irigoyen y su esposa Catalina Vidal de Irigoyen».154 Otra sala del pueblo Mahí, Maxí o «de los Magises se hallaba en la calle Canelones cerca de Blanes», según el testimonio que Pereda Valdés obtuvo del «anciano Carlos Baiz».155

Marcelino Bottaro es quien más elementos ha aportado acerca de las ceremonias magies, aunque sus salas sobrevivieron hasta las primeras décadas del siglo xx.

Los «Magises». Era una de las más temibles sectas, no tanto por la naturaleza de hierro de sus organizadores, sino por las absurdas leyendas que se contaban acerca de ellos, por sus ceremonias y misteriosos rituales; era una secta que tenía muchas divisiones y un gran número de lugares de asamblea.

Sus imágenes realizadas por crudos artistas, representaban a los dioses «Magis» que eran completamente diferenciados en sus características físicas, lo mismo que sus ropas y sus atributos. Parecía ser una ley atávica, o una concepción artística, que la deformidad fuera una característica digna de una deidad.

Es llamativa la mención de un alto número de lugares de reunión y de las deidades; esta había sido una temática casi ignorada por los diferentes cronistas y viajeros que han dejado testimonio de lo que alcanzaron a ver. Es decir, de lo que los africanos les dejaron ver o quisieron que ellos vieran.

Aparte de los «Magises», en todas las reuniones se observaban los mismos rituales, es decir, cantos, bailes y el golpeteo de los tambores.

No hay necesidad de decir que estos rituales sufrieron cambios fundamentales en el curso del tiempo. No solo eran estos ritos capaces de adaptarse a los de la Iglesia Católica, sino que los adeptos creaban en sus organizaciones toda clase de divisiones entre aquellos que oficiaban, empezando como curas limosneros hasta transformarse en los representantes terrestres de sus deidades.

Lo que Bottaro considera como la esencia de estos cultos no se alejaría demasiado de los lineamientos generales más conocidos sobre algunas prácticas religiosas

152 *Ibidem.*, p. 54.

153 *Ibidem.*

154 *Ibidem.*

155 Ildefonso Pereda Valdés: o. cit.

de origen africano: «sus deidades son definitivamente clasificadas como genios que dan protección contra toda clase de enemigos y cosas malas».¹⁵⁶

Aun es mucho lo que resta por saber de tales reuniones en las salas de nación, tan cerradas e inaccesibles para aquellos que no pertenecieran a esa comunidad, que es difícil hallar fuentes para su estudio.

3. Condiciones de vida, trabajo y educación de los afrodescendientes a lo largo del siglo xx

Las estadísticas oficiales sobre el pasado uruguayo son imprecisas y aproximadas hasta por lo menos la década de 1930, particularmente en aspectos como la población y la educación.¹⁵⁷ Por otro lado, en lo que respecta a la población afrodescendiente, la ausencia de datos estadísticos que la identifiquen fue una constante desde la década de 1860 hasta fines del siglo xx. El padrón de la población urbana de Montevideo, realizado en 1858-1859,¹⁵⁸ consideró a los habitantes africanos¹⁵⁹ entre los extranjeros, que superaban el 2% de la población total de Montevideo. Esta cifra no incluye a los descendientes de africanos.¹⁶⁰ Para el interior del país existen padrones aislados de mediados de la década de 1850, relativos a las jurisdicciones comprendidas por los actuales departamentos de Lavalleja y Rocha. En ellos, la población afrodescendiente consignada bajo las denominaciones «moreno» o «pardo» alcanzó aproximadamente el 12% (740 personas) y el 14% (281 personas) del total, respectivamente.¹⁶¹

Desde la década de 1860, entonces, solo en tres instancias (módulo Raza de la Encuesta Continua de Hogares de 1996 y 1997 y Encuesta Nacional de Hogares Ampliada de 2006) se emplearon instrumentos estadísticos dirigidos a conocer la composición étnica de la población uruguaya.¹⁶² Esta larga ausencia de información en las fuentes oficiales contribuyó a *asimilar* a la población afrodescendiente en el conjunto de los *orientales*, a diferencia de lo que ocurrió con las diversas oleadas de inmigrantes llegados al país, que fueron registrados por su lugar de origen.

Asimismo, la omisión en los documentos oficiales de la presencia afrodescendiente o indígena tendió a uniformar la visión de la conformación étnico-racial de

156 Marcelino Bottaro: o. cit., p. 519.

157 Benjamín Nahum (coord.): *Estadísticas históricas del Uruguay, 1900-1950*, Montevideo: UDELAR, 2007, p. 5.

158 El padrón de 1858-1859 de Montevideo, se circunscribe al casco de la Ciudad Vieja más la Ciudad Nueva (desde la Ciudadela hasta la actual calle Barrios Amorín), y fue realizado como preparatorio del Censo Nacional de 1860, el cual finalmente incluyó las zonas suburbanas y rurales de la capital. En función de que los análisis efectuados por María Camou y Adela Pellegrino remiten mayormente a la muestra del padrón de 1858-1859, a lo largo de este trabajo nos remitimos a estos. María Camou y Adela Pellegrino: «Una fotografía instantánea de Montevideo», en *Ediciones del Quinto Centenario*, Montevideo: FHCE, 1992, pp.127-198.

159 Las autoras estiman, a partir de que la población denominada «africana» presenta una estructura de edades envejecida, que refiere efectivamente a aquellos que nacieron en África. *Ibidem*, p. 198.

160 Aquí se presenta un cálculo basado en los datos expuestos por Camou y Pellegrino, quienes no brindan para todos los casos las cifras absolutas. Al respecto cabe aclarar que en el padrón de 1858-1859 la población africana representaba el 4,2% de la población extranjera de Montevideo, la cual se situaba en torno al 50% de la población total del departamento. En el Censo Nacional de 1860, los africanos en Montevideo representaban el 4,9% de la población extranjera, la cual ascendía a un 47,8%. *Ibidem*, pp. 127-138, 187.

161 Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla: o. cit., pp. 163, 167-169.

162 Marisa Bucheli y Wanda Cabella: *Perfil demográfico y socioeconómico de la población uruguaya según su ascendencia racial*, Montevideo, INE, 2007, p. 2, <<http://www.ine.gub.uy/enha2006/Informe%20final%20raza.pdf>>.

la población. Los relatos de finales de la década de 1930 destacaron la homogeneidad de la población uruguaya. El *cosmopolitismo* uruguayo iba de la mano de una permanente invocación sobre lo beneficioso de la hegemonía de la «raza caucásica» y la omisión del aporte de otras etnias. Aunque la desvalorización estaba dirigida fundamentalmente a *lo indígena*, no fueron escasas las referencias despectivas hacia los afrodescendientes.¹⁶³ Al respecto expresaba Celedonio Nin y Silva, en su ensayo sobre los logros del Centenario:

El Uruguay es el único país de América que no tiene población indígena, siendo casi todos sus habitantes de raza blanca. No se le presentan, pues, los inquietantes problemas del indio o del negro, que tanto preocupan a la generalidad de las naciones americanas [...].¹⁶⁴

El *Libro del Centenario del Uruguay*, que constituyó una emblemática y apretada síntesis del imaginario de los uruguayos desde mediados de la década de 1920, señalaba la debilidad de la presencia social y cultural de la población de origen africano y sus descendientes.¹⁶⁵ Esta visión racista y clasista subrayaba los aportes de los grandes empresarios o de los inmigrantes de origen europeo, «olvidando» a los sectores populares en su diversidad sociocultural. Una aproximación al tema sin prejuicios encuentra indicios de la incidencia de los afrodescendientes en diversas actividades y expresiones culturales que no se agotan en el candombe.

La población negra e indígena vista por el Uruguay de los años veinte

Puebla el Uruguay la raza blanca, en su totalidad de origen europeo. La raza indígena que habitaba esta región de América cuando el descubrimiento y la conquista, ya no existe, siendo el único país del continente que no cuenta en toda la extensión de su territorio tribus de indios, ni en estado salvaje, ni en estado de domesticidad. [...] La pequeña porción de raza etiópica introducida al país por los conquistadores españoles, procedente del continente africano, a fin de establecer la esclavitud en estas tierras, disminuye visiblemente hasta el punto de constituir un porcentaje insignificante en la totalidad de la población. Por otra parte, sus características, originales han sufrido, por el clima, circunstancias de medio ambiente, y por mezcla de la sangre europea, modificaciones fundamentales.

El Libro del Centenario del Uruguay 1825-1925, Montevideo: Capurro y Cía., 1925, p. 43.

Historiar a sectores *socialmente invisibles*, como el grupo afro, conlleva desafíos adicionales a los que comúnmente existen en la práctica del historiador.¹⁶⁶ De allí que sea necesario explorar otras fuentes, como la prensa, la fotografía o los relatos orales, que permiten descubrir a los afrodescendientes en el mundo del trabajo, la

163 Gerardo Caetano: «Lo privado desde lo público: ciudadanía, nación y vida privada», en José Pedro Barrán, Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski (dirs.): *Historias de la vida privada en el Uruguay*, Montevideo: Taurus, tomo 3, 1996, pp. 24-25.

164 Celedonio Nin y Silva: *La República Oriental del Uruguay en su primer centenario, 1830-1930*, Montevideo: Sureda, 1930, p. 10.

165 *El Libro del Centenario del Uruguay, 1825-1925*, Montevideo: Capurro y Cía., 1925, p. 43. Véase el Recuadro 1.

166 Peter Burke: «Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro», en Peter Burke (ed.): *Formas de hacer Historia*, Madrid: Alianza Universidad, 1996, p. 26.

educación, los espacios urbanos y las expresiones culturales, y así dan lugar a la construcción de un conocimiento histórico que los incorpora como sujetos, superando las visiones de un siglo atrás. En la prensa aparecieron, por ejemplo, los debates en torno a la educación de los menores afrouruguayos o la inserción de los afrodescendientes en el mercado de trabajo. Los registros fotográficos muestran su presencia en distintos espacios urbanos y variadas actividades, cuyo análisis es necesario para construir, criticar, redefinir y complementar el relato histórico sobre los afrouruguayos. Los aportes de la historia oral resultan significativos en tanto recogen testimonios que permiten valorizar las *voces* de los llamados *sin voz*.¹⁶⁷

Trabajo

El final del proceso de abolición de la esclavitud en el Río de la Plata se superpuso al establecimiento de dispositivos más eficaces para la corrección y reglamentación de las clases populares, que afectaron particularmente a la población afrodescendiente. Tras el fin de la Guerra Grande, los esclavos emancipados fueron sujetos a edictos policiales que coartaron su libertad a través de la reglamentación de su trabajo. Al desaparecer la esclavitud, quienes contrataban afrodescendientes reclamaron reglamentar su servicio. Tanto en Montevideo como en el interior del país se generó una mecánica policial para asegurar la sujeción a las relaciones laborales prefijadas, tanto de los recién liberados como de los sirvientes gallegos y de otros orígenes que arribaban al país. De esta forma surgió la confección de registros policiales de sirvientes, el requerimiento de papeletas de empleo y referencias, así como la conformación de listados de morenos y pardos. Estas prácticas coactivas, en lo que refiere a la población negra, suplantaron algunas modalidades de relación propias de la esclavitud.¹⁶⁸

Según los datos de la Policía de Montevideo publicados en *El Comercio del Plata*,¹⁶⁹ hacia 1853 en Montevideo fue muy significativa la participación del trabajo afrodescendiente en las labores domésticas.

Distribución de los trabajadores domésticos de Montevideo. Año 1853

Trabajo	Blancos	«De color»
Sirvientes	63	315
Lavanderas	197	721
Cocineros	107	455
Amas de leche	38	56
Costureras	32	s/d
Planchadoras	47	s/d

Fuente: Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla: *Esclavitud y trabajo...*, o. cit., p. 221. La expresión «de color» aparece en la fuente original.

167 Jim Sharpe: «Historia desde abajo», en Peter Burke (ed.): *Formas de hacer Historia*, Madrid: Alianza Universidad, 1996, p. 41.

168 Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla: o. cit., pp. 212-224.

169 Diario *El Comercio del Plata*, n.º 2185, Montevideo, 1.º de junio de 1853, p. 3.

Entre los años 1860-1890, los afrodescendientes debieron hacerse un lugar en la sociedad del Uruguay *moderno*. La economía comenzaba a basarse en un modelo urbano-industrial y se caracterizaba por la existencia de mano de obra abundante: trabajadores ya establecidos, inmigrantes del medio rural e inmigrantes extranjeros. Hacia fines del siglo XIX la sociedad se estratificaba con claridad: las «clases conservadoras» (estancieros y alto comercio), los sectores medios y por último los sectores populares, que representaban más de la mitad de la población montevideana.¹⁷⁰

En este contexto, los trabajos dependientes e informales continuaron siendo la posibilidad laboral de la mayoría de los miembros de la comunidad afrodescendiente. Se desempeñaron como obreros, artesanos, jornaleros, estibadores y changadores del puerto, soldados, policías, sirvientes, vendedores ambulantes, amas de leche, lavanderas, planchadoras y costureras, entre otras ocupaciones. Asimismo, la extensión de la ciudad desde la década del sesenta del siglo XIX, ligada al crecimiento demográfico y a los medios de transporte, creó nuevos empleos para los sectores pobres, tales como los vinculados a la construcción o a los servicios de transporte y de limpieza de calles, muchos de los cuales fueron ocupados por afrodescendientes. Especialmente en el medio rural, los trabajadores se despeñaron en un sinfín de tareas pautadas por la zafra, el clima y la necesidad, lo que dio lugar, entre otros caminos posibles, al llamado *siete oficios*, aquel que huyendo del «desempleo crónico [...] se sume en un rancherío o se engancha de soldado».¹⁷¹ En el trabajo de Teresa Porzecanski y Beatriz Santos, que recoge diversas historias de vida, aparece el testimonio de Jacinto, oriundo de Melo (Cerro Largo), quien señalaba que su progenitor había trabajado de «carpintero, cochero, guiando volantas».¹⁷²

La inestabilidad laboral formaba parte del cotidiano de los asalariados tanto en la ciudad como en el campo. Esto fue manifestado por Omar, residente desde pequeño en Montevideo, al comentar que su padre había tenido muchos «altibajos en los trabajos, trabajos zafreiros como le llamaban en esa época. Si trabajaba en los hornos, era en una época; en invierno no se pude trabajar en los hornos, llueve o hay que esperar los brotes. Y en la construcción no era como es ahora...».¹⁷³ La situación laboral familiar se revirtió con el ingreso de su padre al ejército, lo cual permitió una entrada «firme» y segura al hogar.

En el medio rural, el trabajo de las mujeres pobres se redujo al servicio doméstico en las estancias; realizaban diversas tareas, recibían muchas veces la ayuda de sus hijas menores y obtenían como forma de pago solo la comida y la vestimenta. Un mecanismo frecuente utilizado por algunas familias que permitió «alivianar» la economía y solventar la crianza de los hijos, fue entregarlos a otras más pudientes. Los menores eran «criados» por dichas familias a cambio de realizar ciertas tareas en el hogar.¹⁷⁴ Asimismo, otra práctica usual fue que los niños huérfanos o de hogares

170 José P. Barrán y Benjamín Nahum: o. cit., pp. 17-19.

171 Daniel Vidart: *Tipos humanos del campo y la ciudad*, Montevideo, Colección Nuestra Tierra, n.º 12, 1969, p. 29.

172 Teresa Porzecanski y Beatriz Santos: *Historias de exclusión: afrodescendientes en el Uruguay*, Montevideo: Linardi y Risso, 2006, pp. 11-12.

173 *Ibidem*, pp. 20-21.

174 José P. Barrán y Benjamín Nahum: *Historia social de las revoluciones de 1897 y 1904*, Montevideo: EBO, 1994, pp. 37-38.

con bajos recursos vivieran bajo el «padrinazgo» de una familia con mayores posibilidades económicas. Quedar bajo el cuidado de un tercero, en ocasiones representó la posibilidad de aprender algún oficio a través de la práctica del trabajo.¹⁷⁵

Según el Censo de 1908, la población del país ascendía a 1.042.686 habitantes, de los cuales más de la cuarta parte residía en Montevideo. En cuanto a los oficios, fijó en 5.606 la cantidad de mujeres que se dedicaban al lavado de ropas, buena parte de las cuales eran criollas y muchas de ellas afrouruguayas.¹⁷⁶ También debió ser relevante la cantidad de afrodescendientes que trabajaban en el servicio doméstico, que por ese año se fijó en 12.127 empleados como cocineros y sirvientes. Además, estableció en 5.000 el número de soldados y policías existentes en Montevideo.¹⁷⁷ Aunque no explicitó la procedencia étnica de estos, los registros fotográficos de la época demuestran que un alto porcentaje de ambos cuerpos estaba integrado por miembros de la comunidad negra.

La política reformista impulsada por José Batlle y Ordóñez fomentó el crecimiento del sector público a partir de las estatizaciones y nacionalizaciones aprobadas en las primeras décadas del siglo xx. La creación de nuevas oficinas y dependencias estatales amplió el número de funcionarios públicos. Algunos afrodescendientes ingresaron a la esfera pública, «[...] aunque fuera en los empleos más de abajo, es decir, porteros, conserjes o barrenderos», donde obtuvieron «los beneficios que tenían los empleados del Estado» y ampliaron la posibilidad de mejorar su condición material y la de su familia.¹⁷⁸ Asimismo, desempeñaron otras funciones, como el fotógrafo afrouruguayo Víctor Modesto Ocampo Vilaza, quien trabajó los últimos años de su vida en la Intendencia Municipal de Montevideo como dibujante de la sección Paseos Públicos, hasta obtener su jubilación.¹⁷⁹

Por otra parte, el hecho de que los afrouruguayos integraran los sectores populares redundó en un acceso limitado a la educación —como se verá más adelante—, lo cual a su vez restringió la posibilidad de que ocuparan mejores puestos de trabajo. Esta situación fue evidenciada por las organizaciones de afrodescendientes, las que a través de la prensa apuntaron a demostrar cómo la falta de instrucción inevitablemente había limitado —y continuaba haciéndolo— el «progreso» de los hombres y mujeres de la comunidad.¹⁸⁰ Asimismo, las organizaciones asignaban a los intelectuales de la colectividad «despojados de conceptos de superioridad» la responsabilidad de «elevar el grado de cultura de sus hermanos y congéneres», con el fin de «alejarla de la desidia y el ocio» y así evitar los «viejos prejuicios».¹⁸¹

175 Al respecto Margarita contaba que a su padre «[...] le tocó la de Basilio Muñoz (en Durazno). A raíz de eso este buen señor lo trajo para Montevideo, lo hizo estudiar, lo empleó en el diario *El Día* y allí aprendió dibujo, y se hizo fotograbador hasta que se instaló [por cuenta propia]». Entrevista en Teresa Porzecanski y Beatriz Santos: o. cit., p. 45.

176 José P. Barrán y Benjamín Nahum: *El Uruguay del Novecientos*, Montevideo: EBO, 1979.

177 *Ibidem*, p. 191.

178 Ruben analizaba así en la entrevista que le fuera realizada, la integración socioeconómica de los afrouruguayos durante las primeras décadas del siglo xx. en Teresa Porzecanski y Beatriz Santos: o. cit., pp. 104-105.

179 Juan A. Varese: *Historia de la fotografía en el Uruguay. Fotógrafos de Montevideo*, Montevideo: EBO, 2007, pp. 151-156. Agradecemos al Esc. Juan Antonio Varese la autorización para reproducir esta fotografía.

180 *Nuestra Raza*, año 1, n.º 1, 20 de marzo de 1917, p. 1.

181 «El deber de los intelectuales con su raza», *Nuestra Raza*, año vi, 2.º época, n.º 71, 30 de julio de 1939, p. 6.

En las primeras décadas del siglo xx, el salario mostró una tendencia al estancamiento, con grandes fluctuaciones entre fines del siglo xix y mediados de la década de 1920.

Remuneración salarial (en pesos). Promedio período 1908-1911

Tipo de trabajo	Diario	Semanal	Mensual
Trabajo especializado (medio oficial)	1,3	6,3	25,0
Albañil	1,1	5,5	22,0
Carpintero	1,1	5,5	22,0
Herreros	1,0	5,0	20,0
Pintores	1,1	5,4	21,5
Marmolistas	1,2	6,0	24,0
Empedrador	1,3	6,5	26,0
Jornalero	1,2	6,0	24,0
Peón	1,2	6,0	24,0
Sirviente hombre	0,8	3,8	15,0
Sirviente mujer	0,5	2,3	9,3

Fuente: Universindo Rodríguez: *Los sectores populares en el Uruguay del Novecientos. Primera Parte*, Montevideo, Editorial Compañero, 1989.

El poder adquisitivo de los sectores asalariados sufrió un estancamiento durante la década de 1910. Aumentó luego de 1925 y hacia fines de los años treinta.

Costo de vida familiar* anual (en pesos), 1914

Trabajo	Alimento	Vestimenta	Vivienda	Gastos varios	Total
Obrero y familia	272,31	123,14	72	70,11	537,6
Empleado por rubro y familia	272,31	154,69	180	91,5	698,5

* Familia compuesta por 2 adultos y 2 menores. La denominación de la tabla corresponde al original. Benjamín Nahum: *Estadísticas históricas del Uruguay*, Montevideo: UdelAR, 2007, p. 278.

La década del treinta encontró a una sociedad uruguaya «orgullosa de sus logros políticos, sociales y culturales, aunque estos pudieran corresponder, con mayor o menor exactitud, a la realidad».¹⁸² A pesar del optimismo generalizado durante las décadas de 1920-1930, la economía nacional evidenció los límites del modelo agroexportador que la sustentaba, más allá de la progresiva diversificación, a partir del crecimiento de la industria manufacturera urbana y la instalación de servicios públicos como el transporte. De esta forma, los efectos de la crisis económica mundial de 1929 impactaron fuertemente sobre la sentida economía uruguaya, mostrando su carácter dependiente y periférico.¹⁸³

182 Esther Ruiz: *Escuela y dictadura, 1933-1938*, Montevideo: FHCE, 1997, p. 47.

183 Instituto de Economía: *El Uruguay del siglo xx: la economía*, Montevideo: EBO-ICP (Instituto de Ciencias Políticas), 2005, pp. 20-23.

Las consecuencias de la crisis llegaron a su máxima gravedad cuando en 1932 las exportaciones descendieron un 58% respecto a 1930.¹⁸⁴ El estancamiento agropecuario provocó el éxodo rural de muchas familias, especialmente de los sectores populares, que se afincaron en Montevideo —donde la recuperación fue más rápida— y otros centros urbanos con el fin de obtener mejores empleos. El aumento de la desocupación incrementó las actividades informales, como el comercio ambulante. La venta de *chucherías* (alfombras, carpetas, medias, peines, frazadas, comestibles, entre otros tantos objetos) fue el *rebusque* diario de los sectores populares y una forma rápida de incorporarse al mercado trabajo.¹⁸⁵

Desocupación en Uruguay, 1930-1935 (en miles de personas)

Año	Montevideo	Interior	Total
1930	—	—	30
1931	10	15	25
1932	18,6	20,2	38,8
1933	15	25,8	40,8
1934	5	23	28
1935	7,1	19,5	26,6

Fuente: Oribe Cures, Nelly da Cunha, Rodolfo Porrini: *Sectores populares en los años treinta*, Montevideo, EBO, 1998.

A mediados de los años treinta, y como respuesta a la coyuntura internacional, Latinoamérica se embarcó en un nuevo modelo económico, de *industrialización por sustitución de importaciones* (ISI). El modelo, también llamado de *crecimiento hacia adentro*, supuso la disminución de importaciones acompañada de un incremento de la producción industrial. Junto con la producción manufacturera, se produjo la intensificación de la migración campo-ciudad, alentada por la expulsión de brazos desde las explotaciones agropecuarias y por las expectativas sobre el trabajo en el incipiente sector industrial o los servicios que acompañaban el crecimiento de la capital.¹⁸⁶ Este modelo, sumado a otros instrumentos utilizados por el *neobatllismo* (1947-1958),¹⁸⁷ no lograría superar los problemas fundamentales que afectaban la estructura productiva uruguaya.¹⁸⁸

Si bien algunos afrouruguayos desarrollaron otros oficios y profesiones, los testimonios dan cuenta de la persistencia de tareas de servicio doméstico en las mujeres. El conocimiento que algunas adquirieron por haber estudiado corte y confección o bien *haciendo oficio* les sirvió tanto para trabajar *para afuera* como para vestir al núcleo familiar. Mientras tanto, los hombres continuaron haciendo

184 Henry Finch: *La economía política del Uruguay contemporáneo*, Montevideo: EBO, 2005, p. 31.

185 Oribe Cures, Nelly da Cunha, Rodolfo Porrini: o. cit., pp. 68-69.

186 Instituto de Economía: o. cit., p. 28.

187 Se denominó *neobatllismo* a la política impulsada por Luis Batlle Berres durante el periodo 1947-1958, que propugnaba la implementación de una sociedad industrial como medio de obtener progreso y justicia social, en el marco de la democracia y libertad. La industrialización del país fue promovida como un modelo cuyo resultado beneficiaba a los diferentes grupos sociales. Germán D'Elía: *El Neobatllismo*, Montevideo: EBO, 1982, pp. 37-52.

188 Instituto de Economía: o. cit., pp. 24-25.

changas, sirviendo en el ejército y trabajando en la construcción.¹⁸⁹ Por detrás del ingreso al ejército, muchas veces estaba la necesidad.

El crecimiento urbanístico del país desde la década del treinta continuó en aumento durante los años cuarenta y cincuenta. La ciudad de Montevideo comenzó a tener nuevas características arquitectónicas; a la construcción de grandes edificios públicos y privados se sumó la ley de Propiedad Horizontal, que otorgó soluciones edilicias a los sectores medios y oportunidades a la industria de la construcción. A los tradicionales balnearios de Atlántida, Las Toscas y Parque del Plata, entre otros, se les sumaron más de una treintena, fundamentalmente en la franja costera del departamento de Canelones.¹⁹⁰ El movimiento de la construcción produjo nuevas fuentes de trabajo e incorporó brazos desocupados. Entre los años cuarenta y cincuenta, buena parte de sus obreros estaban organizados en el Sindicato Único de la Construcción, filial UGT, y en el SUNCA, fundado en 1958.¹⁹¹

En 1955 en el estado de Alabama (Estados Unidos), una joven afroamericana llamada Rosa Parks fue detenida por haberse negado a ceder su asiento a un hombre blanco en un servicio de transporte colectivo. El incidente provocó una rápida movilización de la población afrodescendiente, que inició un boicot a la empresa, y durante un año los clientes que más utilizaban el servicio dejaron de usarlo. Asimismo, aumentaron los reclamos organizados por las agrupaciones que luchaban contra la discriminación y el racismo y por el reconocimiento de los derechos civiles de la población negra.¹⁹²

En ese contexto, además, y en el marco de las transformaciones ocurridas luego de la Segunda Guerra Mundial, se dio un impulso en el proceso de descolonización de África, que evidenciaba la prédica de los movimientos de corte nacionalista y el agotamiento del modelo colonialista que se venía aplicando. El conflicto bélico provocó que los *dominados* tomaran conciencia de la necesidad de emanciparse y romper los lazos coloniales, como forma no solo de obtener independencia política, sino también de mejorar sus condiciones materiales.¹⁹³ Figuras como la activista norteamericana Angela Davis, el boxeador Cassius Clay (Mohamed Alí) y el escritor senegalés Léopold Senghor se convirtieron en estandartes y referentes de la cultura afro.¹⁹⁴ Este último acuñó el concepto *africanidad*, que fue utilizado para definir los valores culturales del continente, presentándolos como «condicionados por la geografía, la historia y la etnografía o el *etnos*».¹⁹⁵

El combate desplegado y la crítica al racismo impregnaron las discusiones y debates sociales en todo el mundo. El ámbito nacional fue testigo de una serie de

189 De acuerdo con el testimonio de Amanda, su madre era «zapatera, cortaba y confeccionaba zapatos», mientras que Carlos y Margarita dan cuenta de que sus madres se dedicaron a la limpieza y el planchado. Entrevistas extraídas de Teresa Porzecanski y Beatriz Santos: o. cit., pp. 79, 47 y 74.

190 Daniel Vidart: *El gran Montevideo*, Enciclopedia Uruguaya n.º 58, Montevideo, 1968, p. 153.

191 Universindo Rodríguez y Silvia Visconti: *Albañiles, esos obreros del andamio*, Montevideo: SUNCA, 2008, pp. 111 y 115.

192 Fernando García de Cortázar y José M. Lorenzo: *Historia del mundo actual, 1945-1995*, Madrid: Alianza, tomo 1, 1996, pp. 218-220.

193 *Ibidem*, pp. 71-73.

194 Teresa Porzecanski y Beatriz Santos: o. cit., p. 121.

195 Palabras de L. Senghor en Fernando García de Cortázar y José M. Lorenzo: o. cit., tomo II, p. 173.

reflexiones efectuadas desde la redacción del semanario *Marcha*. De acuerdo con una encuesta realizada por la publicación en 1956, los afrouruguayos de Montevideo difícilmente eran empleados en trabajos cuya tarea implicara trato directo con público.¹⁹⁶ Los datos aportados por la periodista Alicia Beherens visibilizaron la difícil inserción de la población negra en ciertos trabajos. Los rubros consultados incluyeron dos de las empresas más importantes de transporte de pasajeros, el centro patronal de peluqueros, la Jefatura de Policía y tres conocidas tiendas del departamento.¹⁹⁷ De los 14.647 empleados totales censados, 67 eran afrouruguayos, lo que representaba menos del 1%.

Los testimonios del personal encargado dejaron en evidencia que al menos una porción de los empleadores consideraba inconveniente contratar afrouruguayos, argumentando que «el público difícilmente admitiría ser atendido por un mozo o una mucama de color». De igual modo, manifestaron que «poner un guarda negro sería poner resistencias en los pasajeros». Otras razones aludieron a las supuestas diferencias sociales y culturales; tales fueron las palabras del dependiente del Centro Patronal de Peluqueros cuando decía que «siempre eligen oficiales jóvenes» y concluía, despejando dudas al respecto: «usted me entiende: muchachos jóvenes, finos, delicados».

A mitad del siglo xx la comunidad negra continuaba excluida de determinados cargos y, al decir de Beherens, aun de aquellos ocupados por «pobres [...] [que] carecen de preparación suficiente como para aspirar a empleos más importantes, mejor remunerados». El análisis no olvidó la pertenencia de clase de los afrouruguayos, quienes al integrar los sectores más pobres de la sociedad vieron limitado —debido a su condición socioeconómica— el acceso a ciertos cargos y espacios públicos. Igualmente, dejaba planteada la interrogante de qué ocurriría si los afrouruguayos «fueran ricos», si podrían acceder a los sitios vedados por su adscripción étnica.¹⁹⁸

El sondeo muestra los prejuicios que existían para contratar empleados afrodescendientes, aun para realizar tareas de servicio que venían desempeñando desde su arribo forzoso a estas tierras. Poco tiempo antes, consultado José María Cabral, antiguo portero del Museo Histórico Nacional, sobre la *segregación racial* y las razones que explicaban la ausencia de trabajadores negros, compartía que «habiendo muchas personas que rehúyen nuestra compañía, es casi imposible que consigamos empleos donde tengamos contacto directo con el público, siempre que no sean puestos subalternos, como el de portero, limpiador o cocinero».¹⁹⁹

La investigación se puede vincular con un artículo de prensa aparecido meses antes, titulado «¿Otro caso de racismo?», en el cual se reseñaba un caso de discriminación laboral que tuvo mucha repercusión en la sociedad uruguaya. La pregunta inicial daba por sentada la existencia de otros similares. La noticia dio cuenta de

196 Semanario *Marcha*, n.º 817, Montevideo, 15 de junio de 1956.

197 La encuesta fue realizada en las empresas de transportes ONDA y CUTCSA y en las tiendas Caubarrère, London París y Tienda Inglesa.

198 Semanario *Marcha*, n.º 811, Montevideo, 4 de mayo de 1956.

199 *Ibidem*.

la situación de la maestra y directora rural oriunda del departamento de Artigas, Adelia Silva de Sosa (1925-2004), quien luego se destacaría como inspectora y poeta. Al instalarse en Montevideo con el objetivo de avanzar en sus estudios, sufrió la hostilidad y discriminación de sus colegas.²⁰⁰ Adelia obtuvo, a mediados de la década de 1950, una beca que le posibilitaba financiar sus estudios para acceder al título de maestra de segundo grado. Los inconvenientes surgieron prontamente cuando, por motivos infundados y ajenos a su desempeño laboral, se le sugirió que solicitara traslado de la escuela donde trabajaba. Lo mismo le sucedió en una segunda institución, de donde fue trasladada. No obstante, instalada en otra escuela, nuevamente su labor fue cuestionada desde la dirección, así como por un grupo de padres que en una carta al Consejo Nacional de Enseñanza Primaria se quejaban de la «pronunciación incomprensible» de la educadora. La travesía obligada de Adelia la llevó a renunciar y retornar a su departamento de origen.

Ante la divulgación del suceso, la Federación Uruguaya de Magisterio apoyó en el XXXIV Congreso Federal la denuncia de la maestra. Igualmente, vecinos, amigos y colegas manifestaron su adhesión. La Inspección de Primaria investigó el caso y realizó los sumarios en las respectivas escuelas.²⁰¹ Las denuncias de discriminación estuvieron presentes en las publicaciones de la colectividad afro, no obstante no tuvieron la repercusión del caso citado, que fue seguido en primera plana por uno de los diarios de circulación nacional.

Los relatos anteriores visibilizaron los prejuicios de parte de la población uruguaya de mediados de siglo. Como se mencionó, la prensa dio lugar a debates e intercambios en torno a la temática. De la misma forma que se evidenciaron casos de discriminación, se alzaron también otras voces que cuestionaban esas mismas denuncias. Como respuesta a la investigación sobre los oficios de los afrodescendientes, un lector de *Marcha*, disconforme con los resultados obtenidos, negó la existencia del «problema negro», sí presente en los Estados Unidos, junto con el de segregación racial. Además, se advertía, que «agitar las aguas» con dichos textos «podía tener aquí su reflejo» y provocar similares problemas a los del país del norte.²⁰²

De la misma manera, mordazmente, otra voz argumentaba la inexistencia «de un mozo, un peluquero, un chofer o guarda, ni en Onda ni en Cutcsa ni en la misma Amdet ni en tiendas, que sea hijo o nieto de indígenas o de chino o japonés», y «si no hay negros peluqueros, ¿quién les corta el pelo a los negros? Y si se los corta un blanco ¿dónde está la discriminación?».²⁰³ Al parecer, el análisis realizado por la periodista disgustó a una parte de los lectores de la publicación, que consideraron excesivo hablar de discriminación en el Uruguay, cual si fuera Estados Unidos, lugar donde no había dudas sobre la existencia de segregación racial. El hecho de ve-

200 Diario *La Mañana*, Montevideo, 22, 24, 27, 29 y 30 de mayo de 1956.

201 En el devenir del caso se abrió sumario a las directoras implicadas. Diario *La Mañana*, Montevideo, 29 de mayo de 1956.

202 *Semanario Marcha*, n.º 812, Montevideo, 11 de mayo de 1956.

203 *Semanario Marcha*, n.º 819, Montevideo, 29 de junio de 1956.

rificar algún punto de encuentro con la realidad de los afroamericanos confirmaba «que la pequeña Suiza no escapa[ba] a las características mundiales».²⁰⁴

El fin de la Guerra de Corea supuso el término de una coyuntura favorable para el país, lo cual mostró las debilidades del sistema económico. A mediados de los años cincuenta, la economía entró en crisis a partir del estancamiento del sector agropecuario y del fin del crecimiento del sector industrial, provocando el descenso de la renta per cápita.²⁰⁵ Esta situación redundó en el deterioro de las condiciones de vida de buena parte de la población.²⁰⁶ La paulatina toma de conciencia de la crisis económica que afectaba al país desde mediados de la década del cincuenta había echado por tierra «las expectativas de desarrollo económico y social» animadas por la figura de Luis Batlle Berres.²⁰⁷ La agudización de la crisis puso al descubierto el agotamiento de la *versión criolla* del modelo de *Estado social* impulsado por el neobatllismo, dando paso a la penetración de concepciones neoliberales en las políticas de gobierno.²⁰⁸ Hacia los años sesenta, la crisis iniciada a mediados de los cincuenta había comenzado a adquirir perfiles más sociales y políticos, al producirse un retroceso en la distribución equitativa del ingreso que provocó agitaciones sociales persistentes.²⁰⁹

Entre las consecuencias del estancamiento, aumentó el desequilibrio entre la oferta y la demanda de la fuerza de trabajo, lo cual acrecentó el desempleo estructural del país, así como la subocupación. La nueva situación laboral y el deterioro del salario real afectaron especialmente a los sectores asalariados, que entre las estrategias desarrolladas y como forma paliativa vieron en la emigración una salida al desempleo y la crisis.²¹⁰

Vivienda

Los conflictos étnicos, raciales y de clase que se generaron durante la inserción forzada de los africanos y sus descendientes en la sociedad colonial se prolongaron en el Uruguay independiente tras la abolición de la esclavitud. Los antiguos esclavos se integraron a los sectores populares, con similares condiciones de vida.

Hacia mediados del siglo XIX, los antiguos esclavos que no continuaron viviendo como agregados o sirvientes en las casas de sus antiguos amos compartieron la precariedad de las viviendas de madera de los sectores pobres montevideanos, concentradas en la dársena del puerto, las inmediaciones de la antigua ciudadela y del Mercado Central.²¹¹ También alquilaron piezas en las casas de inquilinato, antiguas viviendas subdivididas y alquiladas por pieza, con cocina y servicios para uso común.

204 *Semanario Marcha*, n.º 813, Montevideo, 18 de mayo de 1956.

205 Henry Finch: o. cit., p. 36.

206 Instituto de Economía: o. cit., p. 65.

207 Benjamín Nahum et al.: *El fin del Uruguay liberal, 1959-1973*, Montevideo: EBO, 1973, p. 11.

208 Ana Frega: «*Como el Uruguay no hay*: Apuntes en torno al Estado en los años cincuenta y su crisis», en *Revista Encuentros*, n.º 2, agosto 1993, Montevideo: CEIL-CEIU-FHCE, Fundación de Cultura Universitaria, pp. 91-92.

209 Benjamin Nahum et al., *El fin...*, o. cit., p. 14.

210 Instituto de Economía: o. cit., p. 86.

211 María Camou y Adela Pellegrino: o. cit., p. 154.

El padrón de Montevideo levantado hacia 1858-1859 muestra que en las pensiones o conventillos vivían inmigrantes, ex esclavos y «orientales» venidos del interior.²¹² En el medio rural, la realidad fue variada. Muchos continuaron agregados a las estancias, algunos construyeron sus propios ranchos, los más en terrenos ajenos y los menos en un predio propio; otros alquilaron algún tipo de pieza en las zonas periféricas de los pueblos.²¹³

El acceso a la vivienda popular durante el siglo XIX y parte del siglo XX se hizo a través del mercado libre inmobiliario y bajo la modalidad de alquiler. Según el Censo de 1908, la población total ascendía a 1.042.686 habitantes²¹⁴ y la cuarta parte se concentraba en Montevideo. Un 71% de la población montevideana arrendaba su vivienda.²¹⁵ De acuerdo con los estudios realizados por Barrán y Nahum, hacia 1908 casi un 55% de la población montevideana correspondía a los sectores populares y un 41% al sector medio. Otros estudios consideraron que los sectores subalternos representaban un porcentaje mayor de la población, como el realizado por Juan Rial, quien los estimó entorno al 83% de los habitantes.²¹⁶ Del total de viviendas en las distintas secciones de Montevideo hacia 1908, más de un 3% (1.130) eran casas de inquilinato y/o conventillos, que tendían a concentrarse en las secciones V y VI, Barrio Sur, Centro y Cordón (115); V, Tres Cruces (147); I-IV, Ciudad Vieja (249).²¹⁷

Los conventillos fueron la respuesta de los inversionistas a la demanda de grupos sociales concretos: inmigrantes europeos, afrodescendientes y aquellos que emigraban del campo. La ubicación de buena parte de los conventillos proyectados o construidos en las últimas décadas del siglo XIX fue pensada en función de su cercanía con las principales «industrias» y las líneas de ferrocarriles, dado que sus «...trabajadores ser[ían] los naturales inquilinos».²¹⁸ El área costera sur, azotada frecuentemente por los temporales, no fue atractiva para que la población de altos ingresos construyera allí sus residencias. Por el contrario, en dicha zona se fueron instalando actividades industriales y de servicios, y se constituyó en el espacio propicio para que los inversores inmobiliarios construyeran viviendas de alquiler para obreros y empleados.²¹⁹ En estas construcciones convivieron familias de afrodescendientes junto con inmigrantes españoles, italianos y otros, así como a familias «criollas».²²⁰

212 *Ibidem*, pp. 155 y 170.

213 Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla: o. cit., pp. 211-212, 245-253.

214 Según los cálculos estimativos publicados en el *Anuario Estadístico*, el total de la población para ese año ascendía a 1.054.190; en Benjamín Nahum: *Estadísticas...*, o. cit., p. 9, cuadro A.1.1.

215 Graciela Aristondo: «La legislación de la vivienda popular en el Uruguay del siglo XX», en *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. IX, n.º 194 (29), 1 de agosto de 2005, Universidad de Barcelona, <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-194-29.htm>> (consulta: 26/4/2008).

216 Ricardo Álvarez Lenzi, Mariano Arana y Livia Bocchiaro: *El Montevideo de la expansión (1868-1915)*, Montevideo: Instituto de Historia de la Arquitectura (Facultad de Arquitectura, Udelar), 1986, p. 21.

217 Benjamín Nahum: o. cit., p. 59, cuadro B.4.9, y p. 65, cuadro B.4.19.

218 Facultad de Arquitectura (Udelar), Instituto de Historia de la Arquitectura, carpeta 348: *Memoria descriptiva de las obras del Falansterio Montevidiano firmada por el Ing. Luis Andreoni*, fs. 2.

219 Yolanda Boronat: «Rivales hermanos», en *Revista Dossier*, n.º 4, 1 de setiembre de 2007, Montevideo, en <http://www.revistadossier.com.uy/index2.php?option=com_content&> (consulta: 20/12/2007).

220 Teresa Porzecanski: «Vida privada y construcción de la identidad: inmigrantes judíos al Uruguay», en José Pedro Barrán, Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski (dirs.): o. cit., tomo II, p. 297.

El conventillo renovó y recreó las tradiciones de los afrodescendientes. Las celebraciones o los bailes africanos desde fines del siglo XVIII ocurrían en la zona sur del *Recinto* (espacio establecido entre las bóvedas del puerto, sobre la bahía, hasta el Cubo del Sur, a orillas del mar,²²¹ actual tramo que se extiende desde la Rambla Roosevelt a la Rambla Gran Bretaña), durante los días de descanso: cada domingo o en los días de fiesta religiosa. Durante la década de 1850, tanto las salas de nación como las celebraciones africanas debieron trasladarse a la Ciudad Nueva y al sur del Cordón (los actuales barrios Sur y Palermo) intensificado allí la concentración de la población afro.

Los conventillos destinados a la población afrodescendiente se construyeron casi siempre en la zona sur de la Ciudad Nueva. En ellos aparecía como elemento fundamental la hilera de piletas de lavar. A causa de los ensanches de la planta urbana, poco a poco las lavanderas fueron expulsadas, primero de La Estanzuela y luego de Los Pocitos. En 1872, a partir del segundo ensanche de la ciudad, se fue desarrollando el actual barrio Palermo, lindero con el barrio Sur.²²²

Distribución de la población de los conventillos. Montevideo, 1867-1884

Año	Cantidad de construcciones identificadas como conventillos	Hombres	Mujeres	Niños y niñas	Total de habitantes
1867	115	s/d	s/d	S/d	s/d
1876	552	s/d	s/d	S/d	15.274
1878	589	s/d	s/d	S/d	17.024
1880	469	5.756	4.117	4.986	14.859
1882	452	s/d	S/d	S/d	13.826
1884	439	5.370	4.261	5.019	14.650

Fuente: Laura Adinolfi y Carina Erchini: «El Conventillo Medio Mundo: materialidad e inmaterialidad en el Barrio Sur», en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, Montevideo: BSE, 2007, p. 133; Eduardo Acevedo: *Anales Históricas del Uruguay*, Montevideo: Barreiro y Ramos, tomo IV, pp. 139, 241, 361.

Los conventillos se organizaron en piezas alineadas a lo largo de un corredor o en habitaciones distribuidas en una o dos plantas alrededor de uno o más patios. En determinados sectores se disponían los servicios, pero no todos contaban con ellos. Los espacios comunes eran fundamentales para las relaciones y las pautas de sociabilización establecidas por sus habitantes. El patio central era el ámbito natural donde se intercambiaban pautas culturales y costumbres sociales, así como el lugar en donde nuevos vínculos familiares eran establecidos.²²³ Las pequeñas habitaciones albergaron a grupos familiares y estuvieron escasamente separadas unas de otras, desdibujando los límites entre el espacio «público» y lo «privado».

221 Junta Económico-Administrativa, *Nomenclátor*, Montevideo, 1902, p. 58.

222 Yolanda Boronat, Laura Mazzini y Adriana Goñi: *Síntesis simbólica: Candombe en barrios Sur y Palermo*, Montevideo: Facultad de Arquitectura (UdelaR), 2007, pp. 23-24

223 Teresa Porzecanski: o. cit., p. 297.

Organización edilicia de los conventillos

Denominación	Año de construcción	Ubicación	Plantas	Piezas	Patios	Letrinas	Piletas de lavar	Cocina
Conventillo Risso (Medio Mundo)	1885	Cuareim entre Isla de Flores y Durazno	2	40	[1]	4	32	0
Conventillo Barouquet	1887	Gaboto entre Cerro Largo y Paysandú	2	86	2	20	+50	4
Conventillo Lafone	1891	Paraguay (ex-Queguay) esq. Tajes	1	23		7	s/d	12

Fuente: Carlos Zubillaga y Jorge Balbis: *Historia del movimiento sindical uruguayo*, Montevideo: EBO, 1988, tomo II, pp. 42-43.

Los conventillos más grandes y con mayor cantidad de piezas fueron llamados popularmente *medio mundo*. El que fue construido en la calle Cuareim por José y Miguel Risso en 1885 y proyectado por el Arq. Canstatt, conservó este nombre para sí. Las investigaciones no han podido establecer con precisión la fecha final de su construcción, desde cuándo fue habitado o la composición social de sus primeros ocupantes.²²⁴ También hubo conventillos medios, con 28 piezas, y los *petit*, aún más pequeños.²²⁵

En este contexto surgió el Barrio Reus al Sur, más conocido como *los conventillos de Ansina*. Era un área de dos cuadras de casas de alquiler que constituyó uno de los primeros proyectos públicos de vivienda de Montevideo, de fines del siglo XIX.²²⁶ Construido por Emilio Reus, el conjunto habitacional representó el crecimiento de las inversiones destinadas a viviendas obreras y de los sectores medios. Inicialmente cada vivienda era alquilada por una familia. En las primeras décadas del siglo XX hubo un recambio de los habitantes de este complejo y las viviendas pasaron a alquilarse en su conjunto o por piezas, lo que llevó a que con el tiempo fuera denominado *conventillo*. Entre los nuevos vecinos del barrio Reus al Sur se contaron muchos afrodescendientes.²²⁷

La modernización de Montevideo y la concreción de un emblemático *balcón al mar* implicaron sucesivas demoliciones y consecuentes desalojos de población de las zonas afectadas. Paulatinamente, entre las décadas del veinte y el cincuenta, el tejido urbano de los barrios Sur y Palermo se fue consolidando.²²⁸ Hasta 1927 el arriendo era un contrato comercial cuyo valor era el resultado de la oferta y la demanda, y no existían leyes ni restricciones de protección que regulasen las relaciones entre arrendador

224 Laura Adinolfi y Carina Erchini: «El Conventillo Medio Mundo: materialidad e inmaterialidad en el Barrio Sur», en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, Montevideo: BSE, 2007, <http://www.bse.com.uy/almanaque/datos/Almanaque%202007/pdfs/almanaqueBSE2007_mediomundos>.

225 Diario *Hechos*, 3 mayo de 1967, p. 17, IHA, carpeta 1075/25.

226 Lauren A. Benton: *La demolición de los conventillos: la policía de la vivienda en el Uruguay autoritario*, Montevideo: CIESU-EBO, 1986, pp. 22-23.

227 Yolanda Boronat, Laura Mazzini y Adriana Goñi: o. cit., pp. 24 y 32.

228 Yolanda Boronat: «Rivales...», o. cit.

y arrendatario.²²⁹ Desde la década de 1930 se desplegaron políticas estatales favorables para inquilinos urbanos. En 1947, la modificación de la ley de Alquileres limitó la prerrogativa de desalojo de los propietarios, así como los aumentos del precio del alquiler. La reacción de los propietarios de las viviendas a los bajos alquileres fue la negativa a realizar trabajos de mantenimiento y arreglos, lo que agravó la situación de hacinamiento y deterioro de los edificios, entre los que se encontraban los conventillos.²³⁰

Hacia mediados del siglo xx quedaban muy pocos de los conventillos originales, entre ellos los conventillos Medio Mundo y Ansina, cuya composición étnica continuó siendo variada y su conformación social netamente obrera.²³¹ Los patios del Medio Mundo rebozaban de «tendales de ropa lanzados al tremolar».²³² Contaba Juan Ángel Silva que su suegra, doña Gregoria, había sido por largo tiempo la encargada de hacer que en el conventillo Medio Mundo «se cumplieren ciertas normas», tales como que «cada sector tenía un día para lavar».²³³

En la década de 1960, los predios libres situados al borde de la Rambla Sur, de acuerdo con nuevos paradigmas urbano-arquitectónicos, se fueron constituyendo en el marco adecuado para la realización de bloques y torres de viviendas insertos en espacios con jardines. En las décadas de 1970 y 1980, los intereses inmobiliarios para la construcción de nuevos edificios arrasaron con muchos elementos del patrimonio arquitectónico de Montevideo, incluidas obras declaradas Monumento Histórico Nacional que luego fueron desafectadas. Justamente entre ellas se destacan el conventillo Medio Mundo en barrio Sur y el conjunto habitacional Reus al Sur (Ansina) en Palermo.²³⁴ Lauren Benton ha indicado que los desalojos coincidieron con el intento por desplazar las celebraciones del Carnaval fuera de los barrios Sur y Palermo, en tanto las autoridades municipales entendían que el deterioro de las viviendas se debía en parte a las vibraciones de los tambores, además del estilo de vida de sus habitantes.²³⁵

El 18 de noviembre de 1975 algunas partes del conventillo fueron declaradas ruinosas por las autoridades y la construcción fue desafectada como Monumento Histórico.²³⁶ Posteriormente, en 1978, un decreto-ley autorizó a la Intendencia de Montevideo a desalojar a los residentes de cualquier propiedad en peligro de derrumbe inminente.²³⁷ Tras el desalojo, en las páginas de diario *El Día* se leía:

[...] al parecer, se le harán trabajos para reacondicionarlo. Pero, evidentemente, algo no está claro. Si va a seguir con su actual estructura, aunque remozada, cuesta imaginarlos sin el repiquetear de las lonjas, sin las ropas cruzando el viejo patin, sin los niños jugando, sin las morenas bailando al ritmo del candombe.²³⁸

229 Graciela Aristondo: o. cit.

230 Lauren A. Benton: o. cit., pp. 19-21.

231 *Ibidem*, p. 22.

232 *Diario El Día*, Montevideo, 5 de octubre de 1975, «Vetusto Tempo Sureño».

233 *Diario El Observador*, Montevideo, 14 de abril de 2001, suplemento *Fin de Semana*, pp. 6-7, «Cuareim e Isla de Flores».

234 Yolanda Boronat: «Rivales...», o. cit.,

235 Lauren A. Benton: o. cit., p. 12.

236 Junta de Vecinos: *Boletín n.º 12*, Montevideo, enero 1980, pp. 37-38.

237 *Diario El País*, Montevideo, 9 de julio de 2006, «Vuelven desalojados en la dictadura», <http://www.elpais.com.uy/06/07/09/pciuda_225835.asp> (consulta: 7/8/2008).

238 *Diario El Día*, Montevideo, 4 de diciembre de 1978, «Mañana al mediodía será desalojado el Medio Mundo».

Recién en 1979 fue declarado Monumento Histórico Nacional, al igual que el Conventillo de Ansina, pero en octubre del mismo año, 57 inmuebles fueron desafectados como Monumentos Históricos por las autoridades militares bajo el gobierno dictatorial.²³⁹

El destino era incierto para quienes vivían en el conventillo, «salvo aquellos que por sus medios consigan otro alojamiento, serán conducidos a las instalaciones donde funcionara una fábrica textil, en pleno Capurro».²⁴⁰ Judith, antigua habitante del Medio Mundo relató: «nos llevaron para ahí [ex fábrica Martínez Reyna], bien como tropel. Vino el camión municipal y había que ir, quisieras o no».²⁴¹ Esta mujer vivió allí junto con sus hijos por dos años y medio, hasta que fue realojada en las viviendas del Cerro Norte (Santín Carlos Rossi y Haití), que fueron construidas para reasentar a las personas desalojadas del Medio Mundo, Ansina y la Ciudad Vieja. Sobre esta reubicación decía Judith: «fue el municipio como diciendo “los sacamos de acá y ahora los llevamos para allá, los seguimos tirando cada vez más lejos”. El Cerro fue horrible, no le deseo a nadie vivir ahí».

A fines del siglo xx, los terrenos que ocupaba el conventillo tuvieron un destino cierto. Durante esos casi veinte años, el predio baldío se convirtió en basurero. Desde 1992, el Grupo de Estudios Urbanos, dirigido por el arquitecto Mariano Arana y con apoyo de la Junta de Andalucía, comenzó a crear un Plan Especial de Rehabilitación Integral, que pretendía construir viviendas y un centro de actividades relacionadas con el Carnaval y el candombe. Sin embargo, el Grupo no pudo presentar ninguna propuesta, dado que ya se había iniciado el proceso para la construcción de residencias por el Banco Hipotecario del Uruguay.²⁴² En 1997 se inició el proyecto de los arquitectos Cielar Cesatu y Silvia Oyhantçabal. Cinco años más tarde estaba casi finalizada la construcción del edificio Nuevo Medio Mundo,²⁴³ pero aún hoy el complejo habitacional espera a sus futuros habitantes, mientras el paso del tiempo ya comenzó a hacer estragos.²⁴⁴

Otro tema pendiente es el destino de las construcciones de FUCVAM que permanecen en Ansina. En los años ochenta la Intendencia Municipal de Montevideo decretó la demolición de este conjunto habitacional, acción que se inició en mayo de 1982. Ante la presentación de dos proyectos para su rehabilitación, uno del Grupo de Estudios Urbanos y otro de la Sociedad de Arquitectos del Uruguay, se decidió suspenderla, pero una parte importante de las construcciones había sido afectada. Desde esa fecha hasta el año 2002 se pretendió revertir la situación del conventillo Ansina, sin obtener una solución concreta. En 2002 la Junta Departamental de Montevideo cedió el predio a FUCVAM. Actualmente, la Comisión del Patrimonio

239 La desafección n.º 8 correspondió al Mediomundo y la 9 al conventillo Ansina. <<http://www.sobremaderas.com/Origenes/Candombe.html#CONVENTILLOS%20MEDIOMUNDO%20Y%20ANSINA>> (consulta: 31/10/2008).

240 Diario *El Día*, Montevideo, 4 de diciembre de 1978, «Mañana al mediodía será desalojado el Medio Mundo».

241 Diario *El País*, Montevideo, 9 de julio de 2006, «Vuelven desalojados en la dictadura». <http://www.elpais.com.uy/06/07/09/pciuda_225835.asp> (consulta: 7/8/2008).

242 Yolanda Boronat, Laura Mazzini y Adriana Goñi: o. cit., p. 31.

243 Diario *El Observador*, Montevideo, 14 de abril de 2001, suplemento *Fin de Semana*, pp. 6-7, «Cuareim e Isla de Flores».

244 Diario *El País*, Montevideo, 25 de setiembre 2008, sección B, p. 1, «La vida solitaria en el Medio Mundo».

Cultural de la Nación (CPCN) y la IMM han actuado de forma contradictoria, puesto que, si bien según la primera el predio es Monumento Histórico, la Intendencia autorizó demoler una parte de la construcción que quedaba. Al igual que en el caso anterior, el tema continúa sin resolución.²⁴⁵

Educación

El análisis histórico de la educación en el Uruguay presenta algunas dificultades, tanto en sus aspectos cuantitativos como en los cualitativos, debido a la escasez de estudios sobre el tema, así como a la dispersión de la información existente. Asimismo, la propia naturaleza «privada» del acontecer educativo la vuelve «anónima» para el investigador desde el presente. Por otro lado, se debe tener en cuenta que «la educación cumple un papel político en toda sociedad y en toda época histórica en la medida que a través de ella se realiza el proceso de socialización de las nuevas generaciones dentro del marco de referencia de la cultura dominante en cada período y lugar determinado [...]».²⁴⁶ Asimismo, la falta de indicadores étnicos en los documentos emanados de los centros educativos (libros y auxiliares de matrícula, libros diarios, estadísticas mensuales, entre otros), así como los datos estadísticos generados por las administraciones, no permiten demostrar con cifras lo que se percibe a través de fuentes como la prensa, la fotografía o los relatos orales.

La difusión de la enseñanza primaria, como se mencionó en el apartado 1, se desarrolló, desde el inicio de la reforma varelana, en tres grandes períodos (1877-1889, 1890-1902 y 1903-1915). Durante las primeras tres décadas del siglo xx, el Estado, a través de una decidida política de escolarización primaria y de la extensión de la enseñanza secundaria a todo el territorio, buscó la integración cultural del «conglomerado heterogéneo que era la población».²⁴⁷ La difusión masiva de la educación fue concebida desde las primeras décadas del siglo xx como un instrumento eficaz de «cambio social» y de «progreso». Por otro lado, los contenidos educativos de la enseñanza primaria hicieron hincapié en la transformación de los individuos en ciudadanos. En este sentido, la educación fue vista como un factor prioritario en el proceso de modernización de la sociedad uruguaya.

Los programas escolares se emplearon para internalizar pautas sociales y formas de convivencia que se intentaban promover desde el Estado y el poder. Aquellos programas que estuvieron vigentes desde la reforma varelana hasta 1916 remarcaron la idea de *orden*, ponderando como factor necesario para su perdurabilidad la existencia de «una moral individual, limitada por el principio de autoridad, que colocaba cada cosa en su lugar».²⁴⁸ Las sucesivas modificaciones de los programas escolares efectuadas en 1916, 1921 y 1925 procuraron inspirar en los alumnos la idea del hombre como ser social «portador de normas de conducta, individuales

245 Yolanda Boronat, Laura Mazzini y Adriana Goñi: o. cit., pp. 32-37.

246 Juan Carlos Tedesco: *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*, Buenos Aires: Siglo xxi, 2003, p. 61.

247 Gerardo Caetano: o. cit., p. 20.

248 Esther Ruiz: o. cit., p. 117.

y colectivas, que lo hicieron solidario con todo lo que lo rodeaba».²⁴⁹ Particularmente, el Programa para Escuelas de 1925 aclaraba que la justicia y la solidaridad debían «presidir la vida de relación sin distinción de razas, nacionalidad, sexos, creencias o condición social».²⁵⁰

En referencia a esto, un afrodescendiente residente por los años veinte en el barrio Piedras Blancas de Montevideo decía: «En la escuela, yo me sentía igual a otros niños».²⁵¹ La escuela gratuita, obligatoria y laica,²⁵² además de convertirse —como sostiene Esther Ruiz— en un instrumento de organización y afirmación nacional, fue visualizada y utilizada como recurso para revertir las desigualdades existentes.²⁵³ Desde los programas educativos y a través de los textos escolares, sobre todo desde mediados de la década de 1920, se transmitió una idea de nación que fijó en los niños un «sentido de pertenencia, más allá de procedencias y creencias, a un conglomerado social y político cuyo rasgo identificador más fuerte era estar abierto a todo y a todos... los que aceptaran el “ser uruguayo”».²⁵⁴

Los *textos de lectura*, además de enseñar las primeras letras, reproducían la visión del *orden dominante* sobre los sectores populares. En ellos, las referencias al colectivo afrodescendiente aparecen vinculadas al servicio doméstico, denotando el lugar subordinado que en la sociedad «igualitaria» de fines del siglo XIX y principios del XX le estaba asignado. A modo de ejemplo, se puede mencionar la *serie de lectura* realizada por Alfredo Vásquez Acevedo, comenzada a utilizarse durante el auge de la reforma vareliana y cuyo uso exclusivo en las escuelas del país se estableció en 1892. Desde los primeros años del Novecientos, fue adoptada oficialmente la serie de cinco libros de lectura escritos por José H. Figueira, los que a través de nuevas ediciones se siguieron usando hasta los años veinte y treinta. En esta ya no aparece una referencia explícita al colectivo negro.²⁵⁵

Aunque en las primeras décadas del siglo XX podía parecer superada la «problemática» de la inclusión de los niños afrodescendientes en las aulas, subsistían las dificultades para que tuvieran continuidad en la asistencia y culminaran el ciclo educativo primario. Hacia fines de la década de 1920, uno de los temas de debate era el alcance efectivo de la difusión de la escuela primaria, lo que implicaba una crítica a uno de los logros mayormente referidos por el *primer batllismo* (1903-1907 y 1911-1915).²⁵⁶ Los datos estadísticos de esos años, aunque muestran el aumento de la población escolar, reflejan que un número significativo de niños no asistía a clase o abandonaba antes de terminar el ciclo educativo.

249 *Ibidem*, p. 122.

250 *Ibidem*, pp. 122-123.

251 Entrevista a Omar Olivera en Teresa Porzecanski y Beatriz Santos: o. cit., p. 20.

252 La reforma escolar propuesta por José Pedro Varela fue aprobada con modificaciones en 1877. El decreto ley de Educación de ese año estableció la gratuidad y obligatoriedad de la educación primaria, así como la enseñanza de la religión católica en las aulas, salvo a aquellos niños cuyos padres o tutores se negaran. La supresión de la enseñanza y la práctica religiosa en las escuelas públicas se estableció en 1909. Orestes Araujo: *Historia de la escuela uruguaya*, Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1911, pp. 441-442, 522, 674-677, 702-703.

253 Esther Ruiz: o. cit., p. 13.

254 *Ibidem*, p. 15.

255 Jorge Bralich: *Los textos escolares como instrumento ideológico*, Montevideo: UdelAR, 1990. pp. 15-18, 25.

256 Esther Ruiz: o. cit., p. 45.

Evolución por quinquenio del alumnado en escuelas públicas urbanas y rurales, 1900-1950

Años	Escuelas		Total	Alumnado inscripto		Total	Asistencia media	Porcentaje asistencia media/ inscriptos
	Urbanas	Rurales		Niños	Niñas			
1900	209	362	571	28.011	24.463	52.474	36.322	69%
1905	217	401	618	27.832	25.208	53.040	36.230	68%
1910	229	564	793	39.206	35.511	74.717	54.106	72%
1915	235	765	1.000	51.063	46.330	97.393	74.127	76%
1920	253	752	1.005	53.217	49.672	102.889	75.637	74%
1925	258	813	1.071	65.575	59.941	125.516	96.642	77%
1930	417	965	1.382	82.056	75.318	157.374	120.043	76%
1935	411	1.021	1.432	88.728	81.572	170.300	138.582	81%
1940	481	1.098	1.579	100.354	91.703	192.057	157.503	82%
1945	521	1.078	1.599	100.309	91.649	191.958	160.835	84%
1950	546	1.176	1.722	111.171	101.338	212.509	170.436	80%

Fuente: Benjamín Nahum (coord.): *Estadísticas históricas del Uruguay, 1900-1950*, Montevideo: Udelar, 2007, pp. 99-105, cuadros C.1.1, C.1.3, C.1.5, C.1.6, C.1.7 y C.1.8. Aclaración: La *asistencia media* es un indicador realizado en forma mensual y luego anual con base en la asistencia real de alumnos por los días de clase efectivamente dictados.

La escuela pública registró en las primeras tres décadas del siglo xx un aumento constante sin grandes saltos en la asistencia media de los alumnos. Por otro lado, el promedio de asistencia durante el período 1900-1930 se situó en torno al 73% de los inscriptos. Esto muestra que la deserción escolar hacia fines de la década del veinte continuaba siendo un problema que debían enfrentar y solucionar las autoridades de la educación. La merma en la asistencia a clase de aquellos niños cuyos padres tuvieron la intención de enviarlos a la escuela estuvo relacionada con motivos económicos, familiares o sanitarios. Asimismo, diversos aspectos vinculados con la accesibilidad de la escuela, tales como la disponibilidad de centros escolares cercanos a sus domicilios, la capacidad locativa y el personal docente suficiente, también influyeron en el abandono escolar.²⁵⁷

De todas maneras, los índices de analfabetismo durante las primeras tres décadas descendieron notoriamente. Según el Censo de 1908, la relación de analfabetos sobre el total de la población era del 33% (347.491) y sobre los individuos de 15 años o más se situaba en torno al 35% (217.075).²⁵⁸ Esta última cifra estaría indicando la existencia de una tasa de alfabetización en torno al 65% hacia 1908, la cual pasó al 76,1% en la década de 1930.²⁵⁹ Esto reafirmaría el impulso dado a la educación durante el primer batllismo, el cual permitió que la tasa de población con 15 años o más que sabía leer y escribir duplicara a la de Brasil y superara levemente a la de Argentina, como se aprecia el siguiente cuadro.

257 *Ibidem*, pp. 50, 53.

258 Esther Ruiz: o. cit., p. 53. Cf. Benjamín Nahum (coord.): *Estadísticas...*, o. cit., p. 43, cuadro A.5.16.

259 Benjamín Nahum (coord.): *Estadísticas...*, o. cit., p. 116, cuadro C.1.20.

Tasa de alfabetización sobre la población de 15 años o más, 1900-1930

Años	Uruguay	Argentina	Brasil
1900	59,4	51,3	34,7
1910	64,9	60,4	34,9
1920	70,5	68,2	35,1
1930	76,1	74,9	39,5

Fuente: Benjamín Nahum (coord.): *Estadísticas históricas del Uruguay, 1900-1950*, Montevideo: Udelar, 2007, p. 116, cuadro C.1.20.

La reforma de la escuela primaria propuesta hacia mediados de década del treinta por el *terrismo*²⁶⁰ tuvo como objetivo «reeducar a los ciudadanos»²⁶¹ desde una concepción que entendía a la educación escolar como la preparación básica para enfrentar la vida, no así como contenedora de un efecto igualador de los individuos. Esta concepción no negaba, como ha señalado Esther Ruiz, «la difusión de la enseñanza primaria», sino que, por el contrario, apostó a ella, tratando de «adecuarla para servir y aceptar una determinada estructura socioeconómica, donde cada cosa y cada persona ocupaba su lugar».²⁶² En este sentido, de 1933 a 1938 la inscripción de alumnos en las escuelas públicas continuó el ritmo de los períodos anteriores: de 160.424 se pasó a 183.415. Asimismo, el promedio de asistencia media para esos años, según los *Anuarios Estadísticos*, se acercó al 81% de los inscriptos.²⁶³

Los índices de deserción y analfabetismo afectaban principalmente a «los sectores populares, los más propensos no solo a la exclusión del sistema».²⁶⁴ Mientras Omar, cuya niñez transcurrió en la década de 1910 en la capital del país, decía haber tenido «la suerte de ir a la escuela»,²⁶⁵ Jacinto, nacido en Melo (Cerro Largo), no pudo terminar los años de escolarización iniciados hacia fines del 1910, ya que, como tantos otros niños, trabajaba haciendo «mandados para los vecinos».²⁶⁶ Esto muestra que la asistencia a clases para algunos era una realidad tangible, mientras que para otros se desdibujaba a partir de la situación económica vivida por la familia.

Hacia fines de los años veinte, según la *Memoria* del Consejo de Enseñanza Primaria, las escuelas públicas urbanas contaban con 35.775 niños inscriptos en primer año. De esta cifra, un 63% desertaba antes de culminar el primer grado (primero a cuarto año) y un 83% no culminaba el segundo grado (quinto y sexto).²⁶⁷ En cuanto a las escuelas rurales, cuyo ciclo educativo se extendía de primer a tercer año, establecía en 27.403 los alumnos inscriptos al inicio del ciclo y en 12.312 los que lograban

260 El término *terrismo* define el período (1933-1938) iniciado con el golpe de Estado encabezado por Gabriel Terra, con apoyo del sector liderado por Luis A. de Herrera en el Partido Nacional. Su gobierno autoritario, al igual que otros contemporáneos, fue de carácter personalista y tuvo ingredientes del filofascismo y el nacionalismo. Frente a la crisis económica, el Estado debía por sobre todas las cosas intervenir —ser un Estado «juez y gendarme»— para paliar sus efectos. El pragmatismo de las políticas económicas *terristas* respondió a la necesidad de apoyarse en todos los sectores para salvar el aparato productivo del país. Raúl Jacob: *El Uruguay de Terra, 1931-1938*, Montevideo: EBO, 1983, pp. 76-80.

261 Esther Ruiz: o. cit., p. 39.

262 *Ibidem*, p. 94.

263 Benjamín Nahum (coord.): *Estadísticas...*, o. cit., p. 104, cuadro C.1.7.

264 Esther Ruiz: o. cit., p. 55.

265 Entrevista a Omar Olivera, en Teresa Porzecanski y Beatriz Santos: o. cit., p. 20.

266 Entrevista a Jacinto, *ibidem*, p. 12.

267 Esther Ruiz: o. cit., p. 52.

finalizarlo. Cabe preguntarse cuántos de ellos eran afrodescendientes. Una pista la brindan las fotografías sobre fiestas y diversos actos realizados en centros escolares en ese período, donde la presencia de niños afrodescendientes aún es escasa.

La existencia de analfabetismo entre la «raza negra» a fines de la década los treinta era puesta de manifiesto por integrantes del colectivo negro rochense agrupados en torno al periódico *Rumbos*. Al mismo tiempo sostenían que, «contando con gran cantidad de escuelas [...] en donde se enseña sin distinción de las clases, la razón de tantos analfabetos o semianalfabetos no existe».²⁶⁸ Frente al inicio del año escolar en 1947, desde las páginas de la *Revista Uruguay*, editada por ACSUN, se planteaba y desarrollaba «un viejo y agudo problema que, de insoluble, ha echado profundas raíces en el seno de la colectividad negra y que ha sido, por otra parte, caballo de batalla de nuestra lucha».²⁶⁹ Asimismo, apuntaba como causantes de la ausencia de niños en las escuelas a las propias «familias negras», que se «despreocupaban» y enviaban a sus hijos a trabajar.

Por otro lado, afirmaba que, de aquellos afrodescendientes que habían cursado estudios primarios, entre un 50% y 70% no había concluido el ciclo escolar completo. O, peor aún, solo habían terminado el primer grado escolar (primero a cuarto año). En este sentido, el movimiento afrodescendiente de esos años comprendía que la educación o «cultura elemental de la niñez» tenía una importancia de primer orden para «el movimiento de la superación» de la población negra. Y apuntaba sus esfuerzos a «inculcar, influir o incidir en las mentes paternas, la necesidad y la importancia, individual y colectiva, que tiene el hecho de que un niño curse y termine el período reglamentario de escuela primaria».²⁷⁰ Insistía reclamando enfáticamente «QUE CADA ALUMNO NEGRO TERMINE SU 6º AÑO ESCOLAR!»

A fines de los años cuarenta un joven estudiante negro creía que la continuación de los estudios era «la mejor forma de hacer que nuestra colectividad entre a formar parte en todo el progreso de orden económic[o] y social de nuestro país; también creo que cuanto más personas de color haya preparadas en los distintos aspectos de la vida, más fácil llegarán a comprender que [se] cometen injusticias, en ciertos casos con las personas de color».²⁷¹ La situación de los adultos que no habían tenido oportunidades de iniciar los estudios primarios —e incluso de aquellos que no habían podido culminarlos— preocupaba al colectivo negro, dado que, al visualizar a la educación como una forma de ascenso social, su falta acotaba las posibilidades de progreso a través del acceso a empleos que requerían un mayor perfeccionamiento.

El Estado, para mejorar la situación de los analfabetos o semianalfabetos, procuró medidas desde fines del siglo XIX. A partir de principios del siglo XX, el primer batllismo, retomando la iniciativa frustrada de la reforma vareliana —como ya se mencionó—, buscó abatir los índices de analfabetismo entre la población adulta autorizando el funcionamiento de cinco cursos para adultos en 1903. Los cursos de

268 *Rumbos*, Rocha, año I, s/n, febrero de 1939, p. 1, «Se debe iniciar una lucha contra el analfabetismo de nuestra raza».

269 *Revista Uruguay*, Montevideo, año II, n.º 26, marzo de 1947, p. 1, «Comienzan las clases».

270 *Ibidem*.

271 *Revista Uruguay*, Montevideo, año II, n.º 20, setiembre-octubre de 1946, p. 10, «Como piensa un niño estudioso».

adultos, además de haber sido creados para disminuir la cantidad de analfabetos del país —recuérdese que en los primeros años del siglo xx superaba el 40%—,²⁷² buscaban la superación de la clase trabajadora, para lo cual se brindaban en horarios y lugares accesibles.²⁷³ Su programa abarcaba lectura, escritura, aritmética, geometría, dibujo, historia, geografía, constitución, moral, urbanidad e higiene.²⁷⁴ En 1907 se extendieron a todo el territorio, alcanzando la cifra de 35 cursos.²⁷⁵

En la década de 1930, el número de clases había aumentado a 64 y concurrían a su dictado más de 7.000 alumnos.²⁷⁶ Desde las páginas de *Rumbos*, periódico de la «raza de color», se ponía de manifiesto el perjuicio de algunos afrodescendientes ante los cursos de adultos, al expresar que muchos no asistían «por miedo de que los vean a los veinte o treinta años concurrir a una escuela». Participando de la idea de que la educación contribuye al ascenso social, enfatizaba: «esto que usted cree una ofensa, sería el elogio de toda persona bien inspirada al ver su deseo de instruirse». Asimismo, exhortaba a los adultos, sobre todos a aquellos que eran padres o madres analfabetos: «concurrid... a la escuela».²⁷⁷

Hacia la década de 1950, la enseñanza primaria en el Uruguay se había consolidado. Las transformaciones sociales proyectadas durante el neobatllismo dieron dinamismo a la educación y posibilitaron la expansión de la enseñanza a media y superior. La educación media (Secundaria y Universidad del Trabajo) fue la que presentó un mayor impulso, prosiguiendo su proceso de expansión cuantitativa, de apertura progresiva hacia la mujer y de democratización, a partir de la adopción de medidas sociales que permitieron la incorporación de estudiantes provenientes de los estratos modestos de la población.²⁷⁸ En este sentido, desde las páginas de la *Revista Uruguay* se decía: «[...] en los liceos y enseñanza industrial, los merecimientos de nuestros niños [se acercaron] a una altura verdaderamente remarkable».²⁷⁹

En el año 1942, la antigua Escuela de Artes y Oficios, tras pasar por un largo proceso, llegó a convertirse en la Universidad del Trabajo. En 1908, había pasado a depender del Ministerio de Industrias, Trabajo e Instrucción Pública. Ya situada en un nuevo local²⁸⁰ (actual edificio de la calle Gonzalo Ramírez, perteneciente al Consejo de Educación Técnico-Profesional), pasó en 1913 a llamarse Escuela Industrial y tres años más tarde a depender del Consejo Superior de la Enseñanza Industrial.²⁸¹ A pesar de ello, el grueso de los talleres que se dictaban continuaba siendo integrado por los niños y jóvenes «temidos» o «desamparados» de los sectores populares.

272 Véase el cuadro xx, «Tasa de alfabetización sobre población de 15 años o más. Período 1900-1930».

273 Esther Ruiz: o. cit., p. 53.

274 Eduardo Acevedo: op cit., tomo V, p. 357.

275 Esther Ruiz: o. cit., p. 53.

276 *Ibidem*, p. 53.

277 *Rumbos*, Rocha, año I, s/n, febrero de 1939, p. 1, «Se debe iniciar una lucha contra el analfabetismo de nuestra raza».

278 Jorge Bralich: *Breve...*, o. cit., p. 88; Miguel Soler Roca: *Uruguay. Análisis crítico de los programas escolares de 1949, 1957 y 1979*, Barcelona: Imprenta Juvenil, 1984, pp. 24-25.

279 *Revista Uruguay*, Montevideo, s/n, diciembre de 1947, p. s/n, «Estudiantiles-Jóvenes que triunfan en las aulas».

280 Eduardo Acevedo: o. cit., tomo IV, pp. 124-125.

281 Jorge Bralich: *Breve...*, o. cit., pp. 86-87; *Una historia...*, o. cit., pp. 115-116.

En este sentido, Pedro Figari, director durante el período 1915-1917,²⁸² promovió, con relativa suerte, cambios en la institución. Algunos de ellos fueron la erradicación de los castigos, la introducción del régimen mixto en los talleres —dado que concebía que la enseñanza artístico-industrial debía ser tanto para hombres como para mujeres—, la supresión del internado, al entender que este era una de las causas de reducido número de alumnos, el cual esta conformado por menores necesitados de «corrección».²⁸³

Las aspiraciones de organización de la Escuela Industrial, tras buscar cursos que acostumbraran «al alumno a trabajar pensando y a pensar trabajando»²⁸⁴ e impartir una educación «práctica y utilitaria en el mismo grado que humanista y creadora»,²⁸⁵ se concretarían en la década del cuarenta, cuando se efectuara la reorganización de la educación técnica a través de la creación de la Universidad del Trabajo. El cambio, básicamente, estuvo signado por la denominación dada al órgano rector de dicha enseñanza, no en sus funciones. Se entendió que el nuevo nombre cambiaría la mirada de los jóvenes y sobre todo de sus padres hacia la «nueva» institución. Rubén Suárez Álvarez relataba:

[...] cuando mis padres me dijeron que tenía que dar examen de ingreso para ir a seguir una carrera en la Universidad del Trabajo, pensé que había llegado el momento de [...] perfeccionar mis conocimientos y ser un hombre de porvenir en el futuro y pienso que todos los muchachos cuando llegan a los quince años, deben empezar por pensar para que hoy o mañana puedan ser unas personas serias y respetadas [...].²⁸⁶

Sin embargo, esta no era la opinión de buena parte de la sociedad, que aún al promediar los años cincuenta continuaba discriminando la enseñanza técnica en beneficio de aquella que posibilitaba los estudios universitarios.

A pesar de la expansión de la educación secundaria, el acceso de buena parte de los adolescentes afrodescendientes no sobrepasaba el nivel primario. Eran pocos los que accedían a la educación media, y muchos de los que lo lograban debían abandonarla por razones económicas. Rubén decía haber ido «un año al liceo [...] Después, me puse a trabajar, dejé de estudiar y trabajé en todas las cosas habidas y por haber».²⁸⁷ Ante esta situación, el movimiento negro fomentó el aprendizaje de oficios como opción válida para el mejoramiento social de los afrodescendientes, ya que pasarían a ser obreros calificados o incluso trabajadores independientes (torneros, carpinteros, sanitarios, mecánicos, etcétera). En este sentido, desde las páginas de la *Revista Uruguay* se exaltaba el «brillante examen»²⁸⁸ que en la Escuela Industrial había rendido un joven afrodescendiente.

282 Pedro Figari expresó su pensamiento educativo en una serie de trabajos elaborados entre 1900 y 1925. Fueron producto de su interés por establecer una enseñanza artística e industrial y de su preocupación concreta vinculada a la reorganización de la Escuela de Artes y Oficios. Arturo Ardao: o. cit., pp. 371-372.

283 *Ibidem*, p. 379.

284 *Ibidem*, p. 383.

285 *Ibidem*, p. 373.

286 *Revista Uruguay*, Montevideo, año II, n.º 20, setiembre-octubre de 1946, p. 10, «Como piensa un niño estudioso».

287 Entrevista a Rubén Galloza, en Teresa Porzecanski y Beatriz Santos: o. cit., p. 108.

288 *Revista Uruguay*, Montevideo, año II, s/n, diciembre 1947, p. s/n, «Estudiantiles-Jóvenes que triunfan en las aulas».

Sobre fines de los años cuarenta, la colectividad afrodescendiente ensalzaba los logros obtenidos por algunos «estudiantes y educandos negros» en diversos centros educativos. En cuanto a la enseñanza superior, señalaba la existencia de «un verdadero suceso de jóvenes y aventajados estudiantes [...] la señorita Maria Delia Burgues ha rendido pruebas de Derecho, es decir exámenes de abogacía, con señalada aprobación y merecimientos dignos de su inteligencia [...]. [Por su parte, la] señorita Angélica Duarte continúa con verdadero éxito su brillante carrera en Medicina».²⁸⁹ A pesar del énfasis puesto por la prensa negra en los logros obtenidos por afrodescendientes en los ámbitos universitarios, el acceso a la educación de nivel terciario era aún más difícil que para las otras ramas de la enseñanza. Los relatos orales remarcan que, aunque algunos accedían, muy pocos eran los que culminaban una carrera universitaria. En la década de 1960, a modo de ejemplo, la Facultad de Medicina contaba entre sus alumnos a «una chica negra de Treinta y Tres, y éramos cuatro o cinco negros».²⁹⁰ El afrodescendiente que esto relataba, tras culminar sus estudios secundarios en el «liceo Dámaso», inició en 1966 la carrera que dos años más tarde debería abandonar.

Hacia fines de la década de 1980, una maestra felicitaba la reciente aparición de la revista *Mundo Afro* y escribía: «[...] siempre que tuve niños negros en mis aulas, traté de que [la] discriminación [solapada] desapareciera y por cierto que siempre, creo que lo logré».²⁹¹ A pesar de estos esfuerzos aislados, aún continuaban —y continúan— las denuncias del colectivo afrodescendientes sobre esta situación que han tenido que «enfrenta[r] los educandos negros a nivel escolar»²⁹² desde medios del siglo XIX, bajo diferentes formas, y que de una u otra manera signaron su futura inserción en la estructura económico-social del país.

En la actualidad, el valor de la educación como mecanismo de ascenso parece haber perdido significación. De acuerdo con recientes investigaciones, los niveles alcanzados en la formación educativa por un número significativo de afrodescendientes no parecen redundar en una expectativa clara de ascenso social. Según UAFRO, organización que nuclea a los universitarios afrodescendientes, quienes consiguen completar una carrera universitaria se acercan al 7% del total de la población afrouruguaya.²⁹³ Asimismo, la asociación entiende que el logro de un título profesional no significa una mejora sustancial en los niveles de vida de los afrodescendientes, si bien les permite mantenerse dentro de los estándares de la *clase media*, situación que entienden es compartida por buena parte de los universitarios.²⁹⁴

289 *Revista Uruguay*, Montevideo, Año II, s/n, diciembre 1947, p. s/n, «Estudiantiles-Jóvenes que triunfan en las aulas».

290 Entrevista a Luanga, en Teresa Porzecanski y Beatriz Santos: o. cit., p. 69.

291 *Revista Mundo Afro*, Montevideo, año 1, n.º 2, noviembre de 1988, p. 8, «Carta de una maestra uruguaya».

292 *Ibidem*, p. 20, «El educando negro».

293 Recientemente la Universidad de la República ha incorporado el módulo de percepción étnica en el VI Censo de Estudiantes Universitarios, efectuado en mayo de 2007. Se pregunta a los encuestados: «¿Cree usted tener ascendencia...?» y se ofrecen varias opciones, entre ellas la de «afro-negra». A pesar de la cuantificación de los datos, no se incluyó la variable etnia-raza en el análisis sociodemográfico efectuado sobre las principales características de la población estudiantil. Universidad de la República: *Informe Final, VI Censo de Estudiantes Universitarios*, Montevideo, <http://www.universidad.edu.uy/prensa/noticias/imagenes/imagenes_noticias/censo_documento_final.pdf>.

294 Basado en la conversación mantenida con la psicóloga Nancy Silva, miembro de la organización UAFRO, Montevideo, 30 de octubre de 2008.

4. Expresión del pensamiento afrouruguayo

Hacia 1860 comenzó a intensificarse la publicación de trabajos de diversa naturaleza (literarios, sociológicos, políticos, históricos) sobre la temática afro en distintas partes del mundo, tendencia que fue en aumento en las primeras décadas del siglo xx. El movimiento abolicionista en Estados Unidos, Brasil, Cuba, los reclamos en favor de los derechos de los afrodescendientes en Haití o Jamaica, comenzaron a ser conocidos más allá de fronteras. Uruguay no fue ajeno a esa tendencia, y es necesario rastrear la posible influencia de pensadores afro norteamericanos y caribeños en la aparición de publicaciones sobre el tema y en la concreción de una *intelectualidad* afrouruguayana.

La publicación de periódicos dirigidos por afrouruguayos en la década de 1870 representó un gran avance en las posibilidades de expresión del colectivo: la oportunidad de tener voz propia y lograr mayor visibilidad, a la vez que contar con un órgano desde donde denunciar la situación en la que se hallaban los afrodescendientes. Además de una denuncia y una protesta por la condición de marginación y pauperización a la que parecían condenados, en dos momentos diferentes de este período surgieron voces tendientes a incorporar la contienda electoral para el logro de sus demandas: la aparición del periódico afro *La Conservación*, en 1872, que respaldaba —por primera vez en Uruguay— la candidatura de un afrodescendiente a un cargo de representante por Montevideo, y el nacimiento del *Partido Autóctono Negro (PAN)* en 1936, impulsado desde la revista *Nuestra Raza*, órgano de expresión del colectivo afro en las primeras décadas del siglo xx.

En este contexto sociocultural, además, se produjo un movimiento en favor del desarrollo de la pintura y la literatura negra en Uruguay, y surgieron diversas instituciones que procuraron nuclear al colectivo afro.

A continuación se presenta, en grandes líneas, el accionar político de los distintos grupos de afrodescendientes desde las últimas décadas del siglo xix hasta mediados del siglo xx.

* * *

Luego de la sangrienta Guerra de la Triple Alianza (Argentina, Brasil y Uruguay) contra Paraguay, que se desarrolló entre 1865 y 1870, Uruguay experimentó un período de enfrentamientos entre los *principistas*²⁹⁵ y los *caudillistas*, a los que con claras connotaciones racistas se los denominaba *candomberos*,²⁹⁶ en alusión al desorden.

En ese contexto, se debatían tendencias que reivindicaban la participación electoral y la formación de partidos políticos con programas, frente a otras como la que expresaba el presidente de la República, General Lorenzo Batlle (1868-1872), que proponían y aplicaban la política de «gobernaré con mi partido».²⁹⁷ Este *exclusivismo político* fue uno de los desencadenantes del alzamiento del caudillo blanco

295 «Jóvenes cultos montevidianos, la mayoría estudiantes o recién egresados de nuestra Universidad, blancos y colorados por igual», que acusaron «a las facciones tradicionales y los caudillos» de ser causantes del desorden imperante. José Pedro Barrán: *Apogeo y crisis del Uruguay pastoril y caudillesco*, Montevideo: EBO, 1976, p.115.

296 Denominación atribuida a Juan Carlos Gómez, quien habría expresado ante un acuerdo entre liberales y caudillistas: «Siga el candombe».

297 Washington Reyes Abadie y Andrés Vázquez Romero: *Crónica General del Uruguay*, vol. iv: *El Uruguay del siglo xx*, tomo I, Montevideo: EBO, 1986, p. 170.

Timoteo Aparicio, quien por más de dos años (1870-1872) luchó en todo el país contra el gobierno, en lo que se denominó la *Revolución de las Lanzas*. La paz celebrada en abril de 1872 supuso un pacto político mediante el reparto de las jefaturas departamentales. De los trece departamentos en que estaba dividida la República, nueve corresponderían al Partido Colorado y cuatro al Partido Blanco.

Esta peculiar coyuntura política fue incorporada en los repertorios de las *comparsas de negros* en Carnaval, cuyas letras referían irónicamente a los eventos políticos del momento. En 1873 Pobres Negros Orientales hizo una sátira de las elecciones presidenciales, representadas por la lucha entre las facciones políticas en contienda: *candomberos* (devotos del candombe) y *cancaneros* (devotos del can-cán). Estos eran los nombres populares para las facciones; la oposición entre los candomberos (africanos) y los cancaneros (franceses) es bastante sugestiva.²⁹⁸

En 1877 Raza Africana trató con humor los problemas que enfrentaba la dictadura recientemente instalada de Lorenzo Latorre. El año anterior, el grupo incluso se las había ingeniado para componer un tango tomando como tema la política monetaria gubernamental.

Por lo de a diez peso, dejuro,
no nos dan ni tres...
el papel ya nadie lo quiere
ni para envolver.²⁹⁹

Entre las temáticas tratadas en las letras de estas comparsas también se encontraba la de «la raza». Para el cronista de *El Siglo*, «los bailes y oportunos cantares de las comparsas carnavalescas negras eran la expresión de los sentimientos de una raza que aún conserva en sus fiestas populares cierto tinte de melancolía propio de quienes fueron víctimas de la desigualdad de derechos», lacra que, según el peculiar punto de vista del periódico, día a día tiende a desaparecer.³⁰⁰

La óptica de los negros sobre el tema era bien diferente y, en 1872, Raza Africana recurrió a un letrista blanco, Julio Figueroa, para denunciar la discriminación que seguía pesando sobre ellos veinte años después de abolida la esclavitud, y para soñar con una reparadora inversión del mundo:

Porque natura / puso en nosotros / como la noche / negra la faz,
somos cual parias / para los blancos / y nos rechaza / la sociedad.
Al servilismo / se nos condena / humillaciones / solo nos dan
sin que comprendan / nuestro infortunio / nuestro tormento / nuestro penar.
Puede ser que un día / los negros serán /
los que con los blancos, zambomba, / se hagan de rogar.
Y entonces contentos / hemos de gritar
que lo mate Moya, zambomba, / quitate pa' allá.³⁰¹

298 Milita Alfaro: o. cit., p. 180, citada por R. Andrews: «Recordando África al inventar Uruguay: sociedades de negros en el Carnaval de Montevideo, 1865-1930», en *Revista de Estudios Sociales*, n.º 26, abril de 2007, Bogotá, <<http://www.scielo.org.co/pdf/res/n26/n26a07.pdf>> (consulta: agosto 2007), p. 92.

299 *Diario El Ferro-carril*, Montevideo, 10 de febrero de 1877, p. 2, «Fiestas de Carnaval»; Figueroa: *Carnaval* (1876), pp. 30-31, citado por R. Andrews: o. cit., p. 92.

300 *Diario El Siglo*, Montevideo, 23 de febrero de 1871, p. 2.

301 Los fragmentos pertenecen a una de las danzas y uno de los tangos que formaron parte del repertorio de Raza Africana en 1872. Están tomados de *La Tribuna*, Montevideo, 11 de febrero de 1872, p. 2. Citado por Milita Alfaro: o. cit., p. 63.

En una canción de Pobres Negros Orientales en la que se celebraba a Momo, dios griego de la burla y la sátira al que se rinde culto en Carnaval, se hacía mención expresa al tema racial: «Solo él consigue que negros y blancos, sin ser en la tumba, mezclados estén». En otras palabras, solo durante el Carnaval (y en la muerte) negros y blancos pueden cruzar las barreras raciales que los separan.³⁰²

Como lo expresarán a través de sus publicaciones, las nuevas generaciones de afrouruguayos nacidas y criadas en Uruguay, tras la abolición de la esclavitud, aspiraban a la igualdad, a la ciudadanía y a la total incorporación en la vida nacional.³⁰³

La Conservación

Bajo este título se conoció el primer medio de prensa editado por afrodescendientes en el Uruguay. No era una tarea sencilla; la posibilidad de dar su opinión requería contar con un lugar propio donde poder expresarse públicamente.

Quejas y reclamos aislados se habían sucedido desde 1820: ese año, el «moreno libre» Antonio Pérez pedía la libertad de su esposa con argumentos legales y religiosos;³⁰⁴ en 1828 desde el diario *El Tribuno* se denunciaba la situación de los afro que habían peleado «por la patria»; en 1831 Quindongo Candituyose escribía al diario *El Indicador* criticando la esclavitud;³⁰⁵ en 1834, el canto *Compañero di candombe*³⁰⁶ y los escritos del *Licenciado* Jacinto Ventura de Molina³⁰⁷ reivindicaban la necesidad de que la «gente negra» se instruyera. También había quejas en las letras de los tangos y candombes de algunas comparsas, pero no fue hasta 1872 que surgió este primer «Órgano de la Sociedad de Color», como se titulaba.

El colectivo afro sufría condicionamientos, no siempre de forma expresa pero sí de hecho, que coartaban sus posibilidades de libre expresión intelectual. En *La Conservación* hubo una clara y fuerte voz de protesta contra esa situación de exclusión e inferioridad social.

A comienzos de la década del 1870 hubo noticias del surgimiento de al menos dos «clubes de negros»: el Club Defensa, vinculado a sectores del Partido Colorado, y el Club Igualdad y Fraternidad, presidido por José María Rodríguez y del cual surgiría el periódico *La Conservación*. Aparecido el domingo 4 de agosto de 1872, este se publicó durante unos meses, hasta el 24 de noviembre de dicho año. La

302 Pobres Negros Orientales, «Brindis», en Figueroa: *Carnaval* (1876), p. 44, citado por R. Andrews: o. cit., p. 91.

303 Véase por ejemplo «Ayer y hoy», en *La Conservación*, 25 de agosto de 1872; Marcos Padin: «Canto a mi raza», en *El Periódico*, 14 de julio de 1889; «Nuestro programa», en *La Regeneración*, 14 de diciembre de 1884, p. 1; citados por R. Andrews: o. cit., p. 89.

304 Archivo General de la Nación, Escribanía de Gobierno y Hacienda, 1821, caja 126, expediente 156, f. 1 vta. y f. 2; citados en Óscar Montaña: *Yeninyanya*, o. cit., pp. 35-37.

305 Diario *El Indicador*, n.º 98, Montevideo, 13 de octubre de 1831, precio «1 Real», p. 3, col. 2 y 3; diario *El Universal*, 27 de noviembre de 1834, «Correspondencia».

306 Diario *El Universal*, Montevideo, 27 de noviembre de 1834, «Correspondencia». Una versión de estos versos se encuentra publicada por Luciano Lira: *El parnaso oriental o Guirnalda poética de la República uruguaya*, Montevideo: MEC, 1981, pp. 229-232. El compilador lo atribuye a Francisco Acuña de Figueroa.

307 Jacinto Ventura de Molina, vol. «Año 1817». *El Licenciado* Ventura de Molina pedía a las autoridades nacionales en 1834 se sirvieran «no apartar los ojos de nuestra triste condición, y fortuna, que piden algún desahogo, y alguna lícita diversión en los días de vagar; y que nos era permitido en tiempo de los gobiernos absolutos, que no nos debían tanto como nos debe la Patria: se dignará moderar en los términos que crea mas conciliables, la expresada resolución de V. S. El Licenciado, Jacinto de Molina. = Montevideo, Nov. 11 de 1834».

Redacción y Administración estaba ubicada en Reconquista 112, y sus redactores responsables eran Marcos Padin, Agustín García y Andrés Seco.

De ese primer número, entre los artículos que hacen referencia a los afrodescendientes, extractamos partes del titulado «Una ojeada sobre nuestra Sociedad», donde se hace un fuerte llamado a la unidad del colectivo.

Nuestra sociedad padece de una enfermedad endémica por la desunión de sus actos.

Y hoy que nos es dado empuñar en nuestras manos la pluma del periodista, vamos a pintar aunque a ligeras pinceladas nuestra situación como sociales.

Hemos tenido ocasión de asistir la noche del 20 pasado a una de esas grandes expansiones de nuestra sociedad, en honor del Sr. Rodriguez, uno de los iniciadores de ese Club que se establece con el objeto de llevar a la Representación Nacional, un hombre que nos dignifique.

Ya era tiempo que nos hiciéramos conocer, para que vean varios que nos tienen en nada, que también en nosotros existen hombres capaces y de convicción, y así esperamos que al Sr. Rodriguez le ha de suceder otro.

Hagámosle comprender a esos hombres, que aun hoy nos miran en menoscabo que somos tan iguales a ellos, que aunque ostenta nuestra faz un color oscuro, tenemos el corazón que late como el mejor, y abrigamos una misma conciencia.

Que concluyeron aquellos tiempos de barbarie en que cualquiera dándose los aires de 'mandón' sólo manejaba el látigo para esos infelices.

Hagámosle ver, que hoy no somos los hombres de antes, porque estamos completamente desengañados, porque se nos presenta un porvenir muy halagüeño; si nos sabemos conducir, así que nosotros debemos propender a ser unidos, debemos propender a que se concluya esa tremenda desunión por la que actualmente atravesamos, que parece fuéramos unos incorregibles; siempre entregados a la labor maldita de esa misma desunión [...].³⁰⁸

¡A votar por la resurrección de la raza!

La Conservación no solo fue la primera publicación del colectivo afro, sino que además cumplió un papel clave en la promoción de los derechos de los afrodescendientes. Fue una opinión representativa, directa y sin ambages que acusaba directamente el «uso» que los partidos políticos habían hecho de los antepasados afro como «carne de cañón»; que este servicio prestado, que consideraban heroico les «daba derecho a los afro-uruguayos a gozar de plenos derechos civiles y políticos, así como a la igualdad. No ejercer tales derechos sería una traición al sacrificio de sus padres y abuelos».³⁰⁹

En el editorial del 22 de setiembre de 1872, establecía:

A votar.

El indiferentismo político, es tan culpable ó mas que el ser miembro de un partido sanguinario.

308 *La Conservación*, n.º 1, Montevideo, 4 de agosto de 1872, pp. 1 y 2.

309 R. Andrews: o. cit., p. 89. Un decenio después, en la década de 1880, *La Regeneración* escribió con gran respeto y admiración acerca de los antepasados africanos de la comunidad y lamentó su deceso. Para los años de 1880, «los pocos [africanos] que quedan están cargados con el peso de setenta y ochenta años [...]». «Pocos quedan», en *La Regeneración*, 4 de enero de 1885, pp. 1-2; «Ultimo día», en *La Regeneración*, 15 de febrero de 1885, p. 4.

Los extremos se tocan: es una verdad irrefutable, con nuestra indiferencia, hacemos una sección de los sagrados derechos que nos corresponden y que tan caros han costado á nuestros mayores, pues ha llegado el caso de considerarlos verdaderos mártires de la libertad, tal es el verdadero sentido, del mote dado por el pueblo á nuestra raza, al denominarla Carne de Cañón.

Ahora bien ese derecho, adquirido á costas de haberse convertido en Carne de Cañón nuestros ascendientes ¿Debemos regalarlo? ¿Debemos privar de él á nuestros descendientes?

No, mil veces no, tenemos la sagrada obligación de mantenerlos incólume para la generación venidera, que de ello nos demandará cuenta.

Si en la época de moral, libertad, y garantías que atravesamos, no ejercemos nuestros derechos de ciudadanos, ¿Para cuándo queda nuestra reconstrucción?

Creo que estas consideraciones son mas que suficientes para levantar vuestro ánimo, y con él nuestra raza á la altura y dignidad que debe gozar.

Unámonos votemos y llevemos al parlamento Nacional aquel de nosotros que consideremos con más virtudes cívicas.

¿Queremos progresar?

Ese es nuestro camino.

¡A votar!³¹⁰

El candidato que propuso la «Sociedad de Color» fue D. José M. Rodríguez, quien comenzó a ser apoyado con argumentos desde la primera plana de *La Conservación* el 29 de setiembre.

Padin, García y Seco se convirtieron en los primeros afrodescendientes en poner en tela de juicio, por escrito, el orden establecido, acusando y despreciando el papel de los partidos políticos. En sus discursos no se advierten aspectos relativos a la asimilación o al *blanqueamiento*, que por esa época estaba *de moda* en toda América, como lo indica Reid Andrews en su último libro (2007). *La Conservación*, a contramano de esa tendencia, increpaba:

La prueba la estamos viendo con lo que sucede en el Club Defensa que creyéndose fiel al Partido por el cual tanta sangre derramó la gente de color [...] Creyeron, repito, que ese partido no sería ingrato y que hoy que nuestra raza reclama como premio a sus servicios el más sagrado de los derechos del hombre que es la igualdad. Cese el Club Defensa de ser vasallo de un Partido. Por lo tanto, debemos conquistar nuestros derechos, olvidemos a blancos y colorados y solo pensemos que somos ciudadanos libres y uniéndonos tendremos el triunfo. Los hombres blancos, serán siempre los mismos, por más que ellos quieran disimular su despego a nuestra raza aparentando sentimientos liberales y democráticos.³¹¹

Luego de *La Conservación* surgieron otras publicaciones, en la misma década del setenta: *La Regeneración* y *El Porvenir*, ambos de corta duración.

310 *La Conservación*, Montevideo, 22 de setiembre de 1872, p. 1.

311 Jorge Romero Rodríguez: *Mbundo Malundo a Mundele. Historia del movimiento afrouruguayo y sus alternativas de desarrollo*, Montevideo, Rosebud Ediciones, 2006.

La Regeneración inició su «segunda época» el 14 de diciembre de 1884 y se mantuvo hasta el 10 de mayo de 1885, cuando cesó con el número 21. Debajo del título del semanario se lee: «TIENE EDITOR RESPONSABLE», pero este no aparece mencionado. Sí está el nombre del administrador, Manuel Atuarola, y de quien era el «agente en Buenos Aires», Juan V. Olivera.

Era habitual la participación de Andrés Secco como columnista de *La Regeneración*; incluso hubo un ofrecimiento directo para que se integrara en esa segunda época del periódico.

En la primera página se reproduce el intercambio de misivas entre el director de *La Regeneración* y el experiente Secco. A este el director le había propuesto el 1.º de diciembre que fuera su segundo en la publicación, dado que «*La Regeneración* reaparecerá en breve haciéndose eco de nuestros amigos y de la sociedad». Secco agradeció el ofrecimiento:

Siempre he creído y creo que una sociedad como la nuestra debe ser representada permanentemente por un órgano de opinión. No se concibe sino por una aberración incomprensible, que ella haya estado tanto tiempo después del cese de *La Regeneración* y *El Porvenir*; sin trabajar por llevar a la práctica una obra como la usted en su carta me comunica. Me ofrece usted un puesto á su derecha; lo acepto aunque no sé si podré desempeñarlo tal cual es mi buena voluntad.

Las iniciales del director que se dirige a Secco como su amigo son E. M.³¹²
El propio E. M. hace un repaso de lo que llama «Nuestro Programa»:

Bajo la bandera de nuestro periódico hay simplemente ciudadanos que deben congregarse con su solo y grande ideal, que es el de ver sentado en las bancas de los representantes del pueblo un hombre de color, que sin avergonzarse de lo ahumado de su tez, y sin sacrificar su patriotismo a las conveniencias de tal o cual partido, la represente, la invoque y la defienda con altura y dignidad. Para esta obra se necesita el concurso de todos.³¹³

Luego aparecieron *El Periódico* (1889) y *La Propaganda* (1893-1895). *El Periódico* fue un semanario que editó 19 números, desde el 5 de mayo hasta el 8 de setiembre del mismo año. Se definía como «Órgano de las Clases Obreras» y sus propietarios eran el afrouuguayo Felipe Pereyra e Hipólito Martínez.³¹⁴ *El Sol*, dirigido por «Pedro Colombo, [se publicó] posiblemente en la década de 1880».³¹⁵

El reclutamiento obligado de los afrouuguayos fue quizá la acción estatal más criticada por la prensa afro. Desde las páginas de *La Conservación* (11 de agosto 1872), *El Periódico* (5 y 26 de mayo de 1889) y *La Propaganda* (3 de setiembre de 1893) se ponía en tela de juicio esta práctica gubernamental.

«Soldados a la fuerza»

En junio de 1889, el presidente Máximo Tajes se reunió en Buenos Aires con los miembros del Centro Uruguayo, una organización cívica de afrouuguayos que vivían

312 *La Regeneración*, segunda época, Montevideo, 14 de diciembre de 1884, p. 1.

313 *Ibidem*.

314 Arturo Scarone: «La prensa periódica del Uruguay de los años 1886 a 1890», en *Revista Nacional*, año IV, n.º 38, febrero de 1941, p. 259.

315 *Ibidem*.

en la capital argentina. Se dirigió a ellos como «orientales todos, [y] rama deshojada del poderoso árbol Africano», y la organización le solicitó dar fin al reclutamiento obligatorio, argumentando que era la principal razón por la cual habían emigrado y no podían regresar. Tajés prometió la abolición de tal práctica, ofreció amnistía a los desertores e incluso ofreció pagar los pasajes en vapor de quienes quisieran volver a Uruguay.³¹⁶ Un mes después *El Periódico* reportó que el reclutamiento continuaba en plena vigencia. «Bonito modo tiene el gobierno de hacer querer regresar del extranjero á nuestros pobres compatriotas [...] ¿Volvemos a las andadas?»³¹⁷

Otro intelectual afrouruguayo que tuvo destaque a fines del siglo XIX fue Felipe Pereira, quien según Romero Rodríguez era el redactor responsable de *La Regeneración*.³¹⁸

En 1901 se publicó *Ecos del Porvenir*, quincenario que «se proclamaba periódico de la raza de color fundado por Guillermo Céspedes y Brígido Anaya, del que salieron cuatro números».³¹⁹

De acuerdo con Pereda Valdés, en el periódico *La Verdad* se percibe «una mayor comprensión en sus redactores de la situación de la raza de color en medio de la progresista sociedad que vive el desarrollo de Montevideo en los primeros veinte años del siglo XX. [...] Aparece de 1911 a 1914 y se proclama como defensor de los intereses generales de la colectividad. Su secretario de Redacción es Victoriano Rivero y presenta varias secciones permanentes: notas sociales, femeninas, sección poética».³²⁰

La propuesta que perseguía *La Verdad* se expresa en el número 9: «*La Verdad* ha venido a poner de manifiesto las necesidades que adolece nuestra colectividad, a proclamar la necesidad de la unión, el esfuerzo común para la realización de nuestra obra social. No comulgamos en los altares de la tolerancia: fustigar lo malo ese es nuestro lema».³²¹

A pesar de lo antedicho «usan muchos eufemismos, dicen colectividad, sin decir negra o de color, hablan de “nuestra sociedad” y solo a partir del N° 68 del año 3, diciembre 31, 1913 figura el lema: “órgano de la colectividad de color”».³²²

La intelectualidad afrouruguaya en la primera mitad del siglo XX

En la primera mitad del siglo XX se produjo un incremento de la participación afro en la cultura uruguaya en sus más amplias expresiones. En ello se conjugaron motivaciones individuales —la necesidad de expresarse— con estímulos externos, como el interés que se fue generando por conocer libros y artistas afro de repercusión mundial que llegaron a Montevideo.

316 *El Periódico*, Montevideo, 9 de junio de 1889, p. 1: «Sociedad “Centro Uruguayo”».

317 *El Periódico*, Montevideo, 7 de julio de 1889, p. 1; citado por R. Andrews: o. cit., p. 94.

318 Romero Rodríguez: o. cit., p. 63.

319 Ildefonso Pereda Valdés: «El negro en el Uruguay. Pasado y presente», en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, xxv, Montevideo, 1965, p. 208.

320 *Ibidem*, p. 209.

321 *La Verdad*, año 1, n.º 9, Montevideo, 5 de diciembre de 1911.

322 Ildefonso Pereda Valdés: o. cit., p. 207.

La Primera Guerra Mundial, el centenario de la Constitución del Uruguay (1930), la celebración de los cien años de la «abolición» de la esclavitud (1942), el ascenso del nazifascismo y la Segunda Guerra Mundial, así como políticas gubernamentales de tono igualitarista o asistencial, como las implementadas en el gobierno de Luis Batlle, fueron algunos de los acontecimientos que dejaron su impronta particular en el colectivo afro.

A lo largo de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del siglo XX había logrado trascender a escala mundial el accionar y el pensamiento de una serie de intelectuales afroestadounidenses y caribeños. El Dr. Martin Delany, por ejemplo, además de su labor profesional como médico, comenzó a publicar en 1843 uno de los primeros semanarios «negros» y abogó por los derechos de ciudadanía para el colectivo afro. Otro afroestadounidense que alcanzó difusión mundial fue Booker T. Washington. El pensamiento de este líder afronorteamericano, fundador de la National Business League, «es el material de cabecera de los intelectuales negros uruguayos por esas fechas».³²³

En 1940, Elemo Cabral, uno de los más destacados escritores y pensadores afruguayos, homenajeaba a Booker T. Washington:

Pedagogo de vocación, Booker Washington que muere en Tuskegee el 14 de noviembre de 1915, cuando el Instituto contaba con 2.000 alumnos, que vistió la toga de Doctor en Harvard, que fue orador de rara elocuencia, que escribió obras de pedagogía como «La formación del carácter», «El trabajo manual» y «Los métodos de Tuskegee College», escribió también sus memorias «Saliendo de la esclavitud», que han sido traducidas al español, obra que por el simplismo del estilo y el formal concepto pedagógico de que están imbuidas sus páginas, muy bien podría ser utilizado como libro de lectura en las escuelas primarias de nuestro país.

La trascendencia mundial de Booker T. Washington fue un hecho, y la noticia de que había recibido por el presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, en la Casa Blanca en 1901 fue recogida fuera de fronteras. La prensa montevideana destacó el encuentro de este afroestadounidense con el presidente de su país, publicó su fotografía y criticó a la prensa estadounidense por haberse «indignado» porque ese «eminente médico, distinguido hombre de ciencia y de excepcional talento» hubiera sido invitado a almorzar con el presidente. Bajo el título «Un negro en la Casa Blanca», ironizaba: «¡Jamás en el país de la democracia se había permitido a una persona con pigmentación bajo el cútis llegar a tal altura!».³²⁴

Por esa misma época, comienzos de siglo XX, hubo otros dos pensadores afroestadounidenses que tuvieron repercusión mundial: el Dr. William Edgar Burghardt Du Bois (1868-1963), considerado el *padre de los movimientos antirracistas en Estados Unidos*, y Marcus Mosiah Garvey, de origen jamaicano, quien fundó en 1914 la Universal Negro Improvement Association (Asociación Mundial para el Progreso del Negro) y desarrolló un movimiento que logró millones de adherentes, hasta que catorce años más tarde fue deportado a su país de origen.

323 Romero Rodríguez: o. cit., p. 77.

324 Revista *Rojo y Blanca. Semanario Ilustrado*, n.º 49, Montevideo, 24 de noviembre de 1901, p. 367 (Dornaleche y Reyes Editores, año II, tomo 3).

Si bien no era masiva la difusión de pensadores negros de otras partes de América, había un grupo de estudiosos afrouruguayos que seguía con atención las alternativas de los movimientos antirracistas que se daban en otros países.

En este contexto, en las primeras décadas del siglo xx en Montevideo se desarrolló el interés por conocer mejor esas realidades, así como por expresar mediante la poesía, la música, el periodismo o la crónica histórica las tradiciones y proyecciones del colectivo afro.

Felipe Pereira dirigió *El Periódico* a fines del siglo xix. De acuerdo con Marcelino Bottaro y Andrés Secco, «tuvo una incidencia muy marcada en los círculos culturales de esa época. Reconocida fue su solvencia como periodista, trabajando en medios de Buenos Aires como *La Broma* y *La Tribuna Popular*».³²⁵

Lino Suárez Peña escribió sus «Apuntes y datos referentes a la raza negra en los comienzos de su vida en esta parte del Plata» en 1924, un trabajo manuscrito que abarca desde la etapa de la esclavitud hasta sus vivencias y las de sus mayores en las salas de nación.³²⁶

El uruguayo Vicente Rossi publicó en Córdoba (Argentina) su obra *Cosas de negros* en 1926.

En 1934, en la obra de Nancy Cunard *Negro: An Anthology*, se editaron en Londres trabajos de Marcelino Bottaro, «Rituals and Candombe», y de Elemo Cabral, «Black Race in Uruguay»,

Destaque especial merece la obra de Ildefonso Pereda Valdés. En 1926 publicó *Guitarra de los negros*; en 1929, *Raza negra. Cancionero afro-montevideano*; en 1933 apareció *El negro rioplatense y otros ensayos*; en 1936, la *Antología de la poesía negra americana*, publicada en Santiago de Chile. Esta obra, que contiene poemas de Pilar E. Barrios, Carlos Cardozo Ferreyra, Juan Julio Arrascaeta y Virginia Brindis de Salas, fue reeditada en Montevideo en 1953. Hasta los años cuarenta, la producción de Pereda Valdés también incluye, *Línea de color* (1938) y *Negros esclavos y negros libres* (1941).

Entre 1940 y 1942, a su vez, Homero Martínez Montero publicó en cuatro entregas de la *Revista Nacional* sus estudios sobre «La esclavitud en el Uruguay». En 1947, Eugenio Petit Muñoz, Edmundo Narancio y José M. Traibel publicaron la primera parte de *La condición jurídica, social, económica y política de los negros durante el coloniaje en la Banda Oriental*.

Deben mencionarse también las investigaciones de Lauro Ayestarán. Su trabajo de 1947 sobre «Fuentes para el estudio de la música colonial uruguaya», aparecido en el primer número de la *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias*, fue seguido por una obra mayor, *La música en el Uruguay*, que supuso un gran esfuerzo de descripción y de síntesis.

325 Romero Rodríguez: o. cit., p. 63. Según Rodríguez, Pereira fue también el redactor responsable de *La Regeneración*.

326 La versión manuscrita se encuentra en el Museo Histórico Nacional. Existe una publicación parcial en C. M. S.: «Los “apuntes” de Lino Suárez sobre los negros en el Uruguay», en *Hoy es Historia*, n.º 4, Montevideo, junio-julio de 1984, pp. 64-72.

En este rápido listado de títulos y autores debe incluirse a Mario Petillo y su folleto *El último soldado artiguista. Manuel Antonio Ledesma (Ansina)*, aparecido en 1936, en el marco de la reanudación de las gestiones para la repatriación de los restos mortales de quien se suponía era Ansina.

Asimismo, se multiplicaron las instituciones dedicadas a la recreación y organización de jornadas festivas. Aparecieron sociedades de señoritas, sociedades gastronómicas, clubes de bailes, centros recreativos, etcétera, que organizaban quermeses, rifas, bailes, tertulias, grupos de teatro y almuerzos campestres a fin de recaudar fondos para diversas obras sociales, como el financiamiento de *cajas de auxilio* que atendían las necesidades más urgentes del colectivo.³²⁷

Estas actividades no fueron bien vistas por los sectores más intelectualizados del colectivo afro, que criticaban el enfoque que tenían por «el puro culto a la danza».

[Un grupo de jóvenes] formados en la vieja escuela del diario *La Conservación*, incentivados por los principios de aquellos hombres de 1872, el descubrimiento de las obras de Booker T. Washington, articulándose con el pensamiento de Felipe Pereira y Andrés Secco, empezaron a ser parte de las reflexiones de un esclarecido grupo de jóvenes que crean la Agrupación Pro-Centro de la Raza.

Para ello, debían encarar el tema de la unidad de toda la raza negra a través de sus Instituciones. «Nuestra unión la decretaremos nosotros, el día que nuestra Sociedad sepa rechazar los halagos de los enfermos de neurosis social».

Con estos postulados, un miércoles 4 de octubre de 1911, inició sus sesiones la Agrupación Pro Centro, con la participación de los jóvenes Juan P. Bottaro, Jorge Maciel Brown, Justo Martínez, Bonifacio Ocampo, Benigno Oviedo, Alberto de María, Héctor Ocampo y Felipe Barrios. Ocupa la presidencia Alberto Pérez, y la Secretaría Marcelino Bottaro, quien venía de una destacada actuación en el Club El Ideal.³²⁸

En la primera mitad del siglo xx el colectivo afro contó con varias publicaciones periódicas: *La Verdad* (1911-1914), *Nuestra Raza* (1917 y 1933-1948), *Acción* (1934-1952), *Periódico del PAN* (1937-1938), *Rumbos* (1938-1945-1948), *Renovación* (1939-1940), *Rumbo Cierto* (1944-1945), *Democracia* (1942-1946) *Bahía Hulan Yack* (1958-1996).

En la década del veinte comenzó a tomar protagonismo uno de los primeros profesionales de origen africano del país, el Dr. Salvador Betervide, quien fundó y dirigió el periódico *La Vanguardia* el 15 de enero de 1928. Entre sus colaboradores se destacaron Isabelino José Gares, C. Cardozo Ferreira, Julián Acosta, Cecilio Díaz y Vito Pereyra Pérez.³²⁹

Desde las páginas del periódico *La Verdad* (setiembre de 1931) se transcribía un manifiesto en el que se daba cuenta de que, si bien siempre los afrouuguayos siempre habían estado prontos para el sacrificio, no conseguían plasmar grandes logros, y que ese podría ser un buen momento para ello:

327 Romero Rodríguez: o. cit., pp. 82-83.

328 *Ibidem*.

329 Ildefonso Pereda Valdés, o. cit., p. 208.

En la alta cumbre de nuestra montaña de ideales, flamea la impoluta bandera lanzada a los vientos cardinales de la Historia para consagrar una vieja inspiración y su deseo de cordialidad, que hermanos que somos hijos de una raza que en todos los tiempos y longitudes siempre que ha sido llamada a cumplir con su sacrificado deber no retaceó su sangre generosa en holocausto a la grandeza de alma blanca y su espíritu de abnegación. Una inercia hacía fracasar los grandes y nobles anhelos de asociación, pero se ha disipado como un velo de incredulidad que cubría las pupilas de los timoratos, quienes ante la corriente perezosa y frívola de los días que pasan los parecía ver derrumbar los viejos moldes y la inmarcesible senda de solidaridad y altruismo que nos viene desde otrora como el vuelo majestuoso de los cóndores desde las regiones ignotas a las niveas cumbres [...].³³⁰

Nuestra Raza

El colectivo afrouruguayo tuvo una serie considerable de publicaciones periódicas, aunque no todas de larga duración. La que logró un destaque particular, tanto por los contenidos como por lo que propició en cuanto al pensamiento y accionar político, fue la revista *Nuestra Raza*.

Surgió en San Carlos, departamento de Maldonado, en 1917, dirigida por María Esperanza y Ventura Barrios. Si bien llegó a contar con 250 suscriptores, dejó de editarse el 31 de diciembre de ese mismo año.

Pero sería su segunda época, en Montevideo, encabezada por Ventura Barrios, Pilar E. Barrios y Elemo Cabral, la que tendría una larga vida, de 1933 a 1948, y mayor protagonismo.

A través de *Nuestra Raza* se expresaban destacados intelectuales, como el doctor Salvador Betervide, con inquietudes y propuestas cada vez más fundamentadas. Con respecto al aporte de la revista, el mismo doctor Betervide hacía un balance a dos años de su reapertura:

Sin desmayar, modestamente, sin alharacas, guiados en el claro camino de la lucha por la sinceridad de sus sentimientos y la nobleza de sus ideales, han logrado en estos dos años transcurridos levantar en mucho el espíritu adormecido de nuestra raza, han llegado a conseguir el retorno de la lucha de viejos soldados y han hecho aparecer en nuestro limitado escenario la figura de jóvenes conrazáneos que llegan a la lucha enteros y entusiasmados a bregar por el engrandecimiento espiritual de la raza, sin egoísmos, con amor. Balance magnífico que llama al optimismo, que acicatea nuestras voluntades multiplicando los esfuerzos, retemplando los espíritus prontos para la brega. Y no hay exageración en lo expresado. Quienes aunque a veces de lejos han seguido siempre observando la marcha de nuestra colectividad, deberían de reconocer que si bien estamos algo lejos de haber conseguido un pasable estado de organización colectiva, se ha conseguido por lo menos, destruir la apatía general y el haber conseguido esta promisoriosa aurora de reorganización y lucha es muy mucho.³³¹

Nuestra Raza cumplió un papel relevante para el colectivo que intentaba instruirse y estar informado. Aunque son conocidas las dificultades que enfrentaban los afro para educarse, hubo un número significativo de personas que se mantenían en conexión con los preceptos que difundía la revista. Desde las páginas de *Nues-*

330 *La Verdad*, Montevideo, setiembre-octubre de 1931, citado por Francisco Merino: *El negro en la sociedad montevideana*, Montevideo: EBO, 1982, pp. 63-64.

331 *Nuestra Raza* (*Órgano de la Colectividad de Color*), año 3, n.º 25, Montevideo, 24 de agosto de 1935, p. 3.

tra Raza se incentivaba a los «conrazáneos» a instruirse como manera de lograr la superación:

Llamamos la atención de todos nuestros buenos hermanos de raza, para que hagan lo humanamente posible, en el sentido de que penetre en cada hogar un rayo de esa luz que se llama instrucción tan necesaria en estos lustros de progreso y civilización.³³²

De la revista del 23 de marzo de 1935 hemos extractado «Nuestros Bailes A Través Del Tiempo», que es una autocrítica sobre la pérdida de muchos principios e ideales a causa de la búsqueda por sobre todo de dinero o las apetencias de ese tono. Firmada por Horacio, esta reflexión es una denuncia acerca de uno de los máximos escollos para la propia unidad de la comunidad negra: «el desmedido afán de lucro».

[Los] grandes bailes sociales realizados las noches de carnestolendas por el centro de «La Juventud», allá por los años 1896 al 99 o 1900 donde les fue dable apreciar hasta los espíritus más excépticos, notas de alta espiritualidad en sus mascaritas, como inigualada originalidad en la confección de los disfraces, con la más perfecta caracterización del personaje que representaban. Allí nos fue dado hallar desde el disfraz de la vieja lavandera con su atillo de ropa en la cabeza, su bastón y clásico cachimbo hasta la deslumbrante reina de Saba [...] De nuestros bailes de ayer a los de hoy, media un abismo. Si lo espiritual ha desertado de sus medios, lo social, faz fundamental de una ascensión superior como entidad orgánica, capacitada a toda evolución, justo es que reconozcamos, que un mal transitorio, «el mercantilismo», debe ceder la plaza al idealismo, para crear, que es superior al eterno destruir, de los que vienen a realizar negocios sobre una sentida necesidad social.

Desde el salón de la calle Soriano y Ciudadela a Daymán, frente a la Iglesia los Vascos y el salón de la sala «Los Banguelas» Ibcuy casi esquina Durazno, podemos afirmar sin temor a rectificaciones, que nuestra raza tuvo, desde el año 1896 al 1900, un punto céntrico para sus expansiones, eminentemente sociales.

Después de allí cayó casi en un duro marasmo, que solo podía en algo atenuar la empresa del salón «La Esperanza», con sus bailes de carnaval. Donde hay juventud, siempre hay vida, y esa vida la recobró el adormecido espíritu social, que siempre anidó en nuestro medio, la Agrupación Pro Centro, en el carnaval de 1911, dando dos grandes bailes de disfraz y particular en su salón del Centro Asturiano.

Corolario de la repercusión de esas fiestas, fue la concesión por la Comisión Municipal de Fiestas del Teatro San Felipe; la reorganización y creación de diversas instituciones sociales, la aparición de dos periódicos, como también se consiguió la obtención de subsidios por el Municipio, hasta el año 1923, donde el desmedido afán de lucro de algunos «vivillos», hizo tomar una acción terminante a la Comuna, cortando por lo sano, con una explotación que si bien es cierto favorecía a unos pocos, mataba en embrión toda iniciativa elevada.³³³

En noviembre de 1935, en oposición a los estados fascistas y a raíz de la invasión italiana a Etiopía, se estableció el Comité de la Raza Negra contra la Guerra y el Fascismo. Esta actividad contó con el apoyo de *Nuestra Raza* y del doctor Salvador Betervide.³³⁴

332 Karla Chagas: «La lucha por sus derechos...», en *Culturas afrouruguayas*, Montevideo, 2007, p. 9.

333 *Nuestra Raza (Órgano de la Colectividad de Color)*, año 2, n.º 20, Montevideo, 23 de marzo de 1935, pp. 3-4.

334 Karla Chagas: o. cit., p. 9.

Partido Autóctono Negro (PAN)

Entre los caminos para la reivindicación de los derechos del colectivo afro, se contaba la elevación del nivel cultural, la mejor capacitación y la formación política. Surgió entonces la idea de constituir una agrupación político-partidaria propia. Uno de sus impulsores fue el doctor Salvador Betervide, nacido en Melo el 6 de febrero de 1903 y graduado como abogado a los 22 años de edad. Su inicio en la política se dio en su vida estudiantil, a raíz de la amistad con Julio César Grauert, militante del Partido Colorado y fundador de la Agrupación Avanzar, de signo progresista. Grauert murió en 1933, víctima de la represión de la dictadura impuesta por Gabriel Terra, y su entierro se transformó en una importante manifestación de repudio al régimen.

Jurista de talento, periodista, orador brillante, defensor de las causas populares, combatiente contra el racismo, Betervide dirigió, junto con José Isabelino Gares, el periódico *La Vanguardia* (1928-1929) y colaboró con la revista *Nuestra Raza* desde su fundación. Fue fundador del Comité por la Liberación de los Jóvenes de Scottsboro y del Comité Contra la Guerra y el Fascismo. Con esta trayectoria, fue nominado para encabezar la lista a la Cámara de Representantes por el departamento de Montevideo, por el Partido Autóctono Negro.³³⁵

Su muerte, ocurrida el 26 de noviembre de 1936, fue un duro golpe para las expectativas del PAN, que debió buscar un nuevo candidato. En las elecciones de 1938, bajo el lema «Nuestra Raza», el PAN se presentó con la lista 61, llevando como candidatas a Mario R. Méndez, Carmenlo Gentile, Pilar E. Barrios, Rufino Silva Gonzales, Juan Carlos Martínez, Rolando E. Olivera, Victoriano Rivero, Cándido Guimaraes, Félix Sandalio del Puerto y Roberto Sosa.

Los resultados no cubrieron las expectativas, ya que la lista obtuvo menos de cien sufragios. El sistema político uruguayo para esos años, y a pesar de la fractura que había significado el golpe de Estado de 1933, mostraba fuertes rasgos de bipartidismo que desalentaban las opciones por fuera de los partidos llamados *tradicionales*. Otra agrupación nueva, el Partido Independiente Demócrata Feminista, obtuvo resultados similares: unos 120 votos.³³⁶

Sobre las expectativas puestas en la creación del partido, Pereda Valdés transcribe un artículo de la revista *Nuestra Raza*:

¡Por los derechos de nuestra colectividad y los de todos! Uníos! Esta debe ser la consigna del momento. Significa amplia reivindicación de derechos, afirmación, cooperación, intervención directa, desinteresada y honesta en los grandes problemas nacionales. [...] es la simple y serena forma de practicar la latente inspiración de una colectividad formada por hombres libres, que la sociedad relegó matando sus células vírgenes con el prejuicio, negándoles hasta la escuela.³³⁷

335 Romero Rodríguez: o. cit., p. 134.

336 Inés Cuadro Cawen, en *Historia del Uruguay en el siglo xx (1890-2005)*, Montevideo: EBO, 2007, p. 338. Si bien con una respuesta favorable muy superior, tampoco fue mayoritariamente seguida una convocatoria a la abstención realizada por las agrupaciones del batllismo neto y el nacionalismo independiente, que no integraron la coalición golpista.

337 Ildefonso Pereda Valdés: o. cit., p. 189. Se trata de un artículo publicado en *Nuestra Raza*, año 4, n.º 44.

Si bien uno de los objetivos era conquistar cargos en las asambleas representativas, no se perdía de vista el hecho de romper con la hegemonía de los partidos tradicionales, y asumir cierta clase de protagonismo en la fijación de los lineamientos vinculados al colectivo. No fue sencillo este paso; no demoraron en hacerse sentir presiones de diferentes sectores de la sociedad, de parte de la prensa y de los partidos políticos tradicionales, que consideraban la iniciativa como equivocada

En el citado artículo de *Nuestra Raza* se respondía con claridad a las críticas que se les formulaban por optar por un camino político-partidario propio: «Si bien es cierto que legal y constitucionalmente la igualdad de todos los ciudadanos está ampliamente reconocida», eso no parece ajustarse a la realidad.

[...] si detenemos nuestro espíritu crítico, si tratamos de fijar la verdad verdadera sobre esa aparente situación de igualdad, veremos a poco de profundizar que aún el prejuicio está lejos de desaparecer. Cualquiera de nosotros sabe perfectamente que en más de cien casos, el ascenso de un empleado o el nombramiento de un funcionario no ha dependido por cierto de la mayor o menor idoneidad del postulante o de la razón de que aspiraba un ascenso, sino de la mayor o menor pigmentación de aquél o éste.

Creemos sinceramente que más que la posibilidad o necesidad de ir a la lucha pro-candidatura propia, la raza tiene la obligación de hacerlo. Y es desde luego imprescindible que la lucha se entable bajo la creación de un partido autónomo, con absoluta prescindencia de los partidos preexistentes, dado que dichos partidos de ninguna manera podrán interpretar el problema en la verdadera realidad.

Dicho manifiesto, según Pereda Valdés, se redactó en una numerosa asamblea.³³⁸

El 9 de enero de 1937 la Corte Electoral accedió al registro como Partido Autóctono Negro, con carácter permanente. Los peticionantes habían sido los señores Pilar E. Barrios, Aníbal Duarte y Carmelo Gentile, entre otros.

En abril de 1936, en *Nuestra Raza*, el doctor Salvador Betervide expresaba:

Decididamente, creo que por primera vez, se encara el problema de organizaciones de nuestra raza por caminos de lógica y caminos claros de lucha.

Aún cuando pudiera ser tomada por lo categórica esta primera declaración, como fruto de un estado de espíritu amargado o demasiado inquieto, la hago para Uds. Porque estimo que es necesario tomar resoluciones directas, perfectas y claras soluciones directas, si queremos hacer algo por el porvenir de nuestra raza. Si bien es cierto que en general y desde el punto de vista de las distintas interferencias sociales, aparecemos como iguales, si bien es cierto que con más o menos respeto o educación, fingida o no, se nos acepta o se nos tolera, no es menos cierto que salvo las distinciones honrosas de los espíritus abiertos, nuestra condición de hombres de clase no es contemplada con la justicia necesaria. Si bien es cierto que todas las puertas están abiertas a cualquier ciudadano, sin distinción de ninguna clase, no es menos cierto que el espíritu claro de la disposición constitucional se ve velado por el espíritu turbio de quienes la aplican, de quienes la interpretan o de quienes observan cómodamente a quienes la aplican o interpretan. Lo expresado bastaría para que bregáramos por llevar al recinto augusto del parlamento nuestra representación propia. Pero es más, nuestra condición

338 *Ibidem.*, pp. 195-196.

de hombres, nos obliga a interesarnos íntimamente de todos los problemas, absolutamente de todos los problemas y de que aunados, firmemente aunados, podamos establecer por la palabra de quien cumpla fielmente el deber de representarnos, llevar allí nuestra sincera opinión o nuestro legítimo anhelo.

¡Contribución obligada de nuestro espíritu ciudadano!

Tal vez se pregunte: ¿qué de nuevo aportamos? Y podría contestarse: no estando sometidos a cintillos o tradicionalismos, llevaríamos al campo parlamentario nuestra honesta interpretación humana de la vida. Si en realidad puede suponerse que aún existe el sentimiento de la verdadera Democracia, esta campaña podrá ser combatida por algunos pero aceptada por muchos».

Nuestra Raza, n.º 33, abril de 1936, citado por Romero Rodríguez: o. cit., p. 135.

El escaso apoyo electoral recibido en 1938 obligó a una reestructura del PAN, que en su programa de acción apuntó más a aspectos culturales, reivindicativos, de ascenso social, aunque sin perder de vista la idea de lograr un representante nacional. El Manifiesto incluido en la revista *Ansina* proponía:

Manifiesto del P.A.N.

Principios y Fines

El Partido A. Negro, entidad política reconocida por los Poderes Públicos, es ante todo un partido eminentemente Nacional; [...] serán admitidos todos los ciudadanos del país, que encariñados con nuestros ideales, estén dispuestos a coadyuvar en la obra emprendida [...].

El Partido A. Negro tenderá por todos los medios a su alcance, a elevar el nivel social y cultural de nuestra raza, para hacer que en el futuro, sus hijos sean cada vez más capaces y que por sus propios medios pueda salir del medio ambiente en que se encuentra y llegar a escalar la altura que le corresponde dentro del conglomerado social de nuestro país: —para ello creará bibliotecas, organizará conferencias culturales y, en una palabra, tratará de inculcar en sus corazones, todo aquello que tenga atingencia con la sabiduría y el arte en todas sus manifestaciones.

Congénere: la raza negra del Uruguay está en marcha, ha llegado la hora de que sacudiendo la modorra que nos aprisionaba entre sus brazos, despertemos y al despertar fijemos la vista en un porvenir cada vez más brillante y luminoso [...] y le digamos al mundo que en este país [...] la raza negra se ha constituido para lograr una de sus más caras aspiraciones: la de que tenga su representante genuino dentro de nuestro Parlamento Nacional, que si bien luchará en bien del mejoramiento social del país, también hará oír su voz de protesta en defensa de los intereses de nuestra raza, cuando las circunstancias lo hagan necesario. Y por último ha llegado la hora y en ese sentido os exhortamos, a que dejando de lado todos los tradicionalismos y banderías que nos envolvían hasta el presente, miréis el color de vuestra piel y consultando vuestra conciencia, no dudéis, no titubéis un momento y entrad a formar parte de esa caravana ya puesta en marcha, en procura de la conquista de un ideal noble y justo, y así habréis cumplido con un deber moral.

Mario R. Méndez, presidente; Juan M. Viera, secretario general.³³⁹

339 Manifiesto publicado en revista *Ansina*, año II, n.º 2, Montevideo, 18 de mayo de 1940, p. 19.

Escritores, artistas y profesionales

Algunos de los primeros escritores negros de las Américas habían sido incluso esclavizados. Tales fueron los casos de «la primera escritora “de color” de Estados Unidos, Phyllips Weatley, del Doctor Carver, eminente figura de la ciencia de los Estados Unidos que fuera cambiado en su niñez por un caballo, del poeta cubano Juan Francisco Manzano, cuya libertad fue comprada por suscripción iniciada por Domingo del Monte y Valdés Machuca y que se destacó en el siglo XIX como una de las figuras deslumbrante de las letras cubanas con su “Oda a la luna” y el soneto “Mis Treinta años”». ³⁴⁰

Vale decir que ya en el siglo XIX hubo escritores negros que pudieron expresarse, como fue el caso de los cubanos Manzano y Plácido.

Este último especialmente tuvo gran prestigio entre los románticos adquirido con su fusilamiento por los españoles, al creérselo complicado en la conspiración de la Escalera; el colombiano Candelario Obeso; el gran poeta catarinense Cruz e Souza, y otros eminentes brasileños como Luis Gama, José de Patrocínio, Andrés Roboucas y Tobías Barreto. No podía esperarse de estos poetas que manifestara su «negritud», puesto que debían expresarse en un estilo blanco por precaución y discreta reserva.

Sólo en el siglo XX, Nicolás Guillén, Regino Pedroso y Marcelino Arozarena en Cuba, Langhton Hughes y Mac Kay en Estados Unidos, Jacques Roumain y F. Morisseau Leroy en Haití y Stupiñan Bass en Ecuador, se puede encontrar el gesto de rebeldía de una raza que como lo había expresado Langton Hughes, ella también era América. ³⁴¹

El haitiano Jacques Roumain nació en Puerto Príncipe el 4 de junio 1907 y falleció el 18 de agosto 1944; autor de la novela *Gobernantes del rocío* (1944), destacado escritor, sociólogo, etnógrafo y militante político progresista, ha sido uno de los máximos difusores de la cultura haitiana. Estudió en Suiza y de regreso a su patria, en 1927, publicó la *Revue Indigene*. A causa de su activismo político debió exiliarse en Francia, Cuba y Martinica. En 1941 fue llamado a su país por el presidente Lescot, quien le asignó rango diplomático, actividad que alternó con la literatura. *Gobernantes del rocío* fue llevada al teatro por el Teatro Negro Independiente de Uruguay en 1967.

El cubano Nicolás Guillén nació en la provincia de Camagüey el 10 de julio de 1902 y murió en La Habana el 16 de julio de 1989. Fue uno de los más destacados poetas de América. Viajó por distintos países de Europa y América, entre ellos Uruguay, en 1947, donde se mostró interesado por nuestra realidad afro. Este hecho nos lo comentaba Alberto Britos, quien fue uno de los anfitriones del gran Guillén. En 1947, de febrero a noviembre, el poeta cubano vivió en Montevideo, en el barrio Palermo, con algunos breves pasajes a Buenos Aires, donde la editorial Pleamar publicaría su *Son entero*. Según Britos, Guillén estaba siempre acompañado del cariño de quienes lo conocieron y trataron:

340 Ildefonso Pereda Valdés: o. cit., p. 189.

341 *Ibidem*.

Dictó conferencias y fue invitado a conocer distintas ciudades del interior. Visitó barrios, casas particulares, centros sociales, instituciones gremiales y artísticas. Su simpatía natural y su sola presencia eran un polo de atracción; cuando regresaba a su domicilio era acompañado por verdaderas manifestaciones que cantaban alegres canciones.

La obra de Guillén era conocida en Montevideo ya en la década del treinta. La revista *Nuestra Raza*, en su número 70, de 1939, publicó en la cubierta una foto del poeta y un artículo firmado por I. Casas Pereyra que destacaba su espíritu americanista y combativo:

Guillén está allí, como poeta, como hombre y como negro, laborando para el futuro de todos los pueblos que mañana tendrán que ser más grandes.³⁴²

En Uruguay, uno de los temas denunciados fue, precisamente, el escaso número de egresados universitarios de la colectividad afro. Entrado el siglo xx, solo se contaban dos abogados, un médico, un químico farmacéutico y una obstetra.

Frente a esta situación, desde las asociaciones se impulsó el desarrollo de la cultura y la educación. En el apartado 3 se hizo referencia a los llamados en favor de enviar a los jóvenes a estudiar. Aquí interesa mencionar el surgimiento de diversas asociaciones y centros culturales, como el Círculo de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores Negros (CIAPEN), fundado en 1935, o el Club Uruguay, así como la publicación de revistas y libros por intelectuales de origen afro. Si bien no se contaba con grandes medios, según Pereda Valdés en esos años «el esfuerzo de los intelectuales de la colectividad» tuvo como resultado la inclusión «en su programa una Hora de Arte y Cultura de la Raza Negra, la creación de una Universidad Popular y una cruzada electoral por un candidato propio», en clara alusión al PAN.³⁴³

En 1941 surgió la Asociación Cultural y Social Uruguay (ACSU), que tenía su sede en la calle Durazno esquina Santiago de Chile. Publicó la *Revista Uruguay*, subtitulada como «Órgano de la Colectividad Editado por el Centro Cultural y Social Uruguay», dirigida en un comienzo por Ignacio Suárez Peña. Se publicó entre febrero de 1945 y octubre de 1948. A partir del número 22 su director pasó a ser Mario Leguizamón Montero. En pocos años, ACSU logró reconocimiento no solo en el ámbito cultural, sino también con la participación de destacados deportistas como Isabelino Gradín. También se vincularon a esta asociación el guitarrista de concierto Julián Rondeau y el pintor Ramón Pereira.

Ildefonso Pereda Valdés, contemporáneo de los escritores negros uruguayos de las primeras décadas del siglo xx, cuya obra contribuyó a difundir, admitió que fueron pocos quienes lograron reconocimiento. En general autodidactas, afrontando solos o con escaso apoyo las dificultades que el medio les imponía, algunos consiguieron, pese a todo, trascender fronteras.

Pilar Barrios nació el 12 de octubre de 1889 en Garzón, departamento de Rocha. En la ciudad de Minas comenzó a componer sus primeros versos acompañándose con la guitarra. Publicó su primera poesía, «A la Agraciada», en el diario *El Civismo*

342 Reproducido por Alberto Britos en revista *Mundo Afro*, n.º 3, Montevideo, junio de 1990, p. 21.

343 Ildefonso Pereda Valdés: o. cit., p. 190.

y siguió publicando en la revista *Nuestra Raza*, fundada por sus hermanos María Esperanza y Ventura. Escribió tres libros de poesía: *Piel negra* (1947), *Mis cantos* (1949) y *Campo afuera* (1959), además de varios folletos y ensayos. Estos tres libros fueron publicados en un tomo, en 1970, por Graus Reprint, de Nendeln (Alemania). Falleció en Montevideo, el 22 de junio de 1974, a los 85 años.

Juan Julio Arrascaeta, nacido en Montevideo el 18 de julio de 1899, se ha convertido en el poeta más representativo del colectivo afro.

Sus poemas fueron publicados en «Luz y Sombra», «La Razón», «La Revista Municipal», «Bahía» y en las antologías de Pereda Valdés y Jahn Skharzer Orpheus (1955, Alemania).

Como les sucedió a los poetas negros en nuestro país, no figura en las antologías de la poesía uruguaya ni en libros de crítica literaria. Pero figura en las antologías editadas en el extranjero.

Ya jubilado, se dedicó a escribir sus famosos cuadernos sobre sus antepasados africanos, esclavos, y un vocabulario africano de casi 3.000 palabras.³⁴⁴

Arrascaeta falleció en Montevideo el 12 de enero 1988.

Carlos Cardozo Ferreira nació en Florida y falleció en Montevideo, donde estaba radicado desde su juventud.

Obrero gráfico, conoció bien su oficio hasta que entró en la Imprenta Nacional, de donde se jubiló con serias alternativas laborales y sumariales. Fue defendido por el Dr. I. Pereda Valdés, quien tradujo su «Canto a Etiopía» para la antología de Lloyd A. Oxley de Jamaica. Figura en la «Antología de la Poesía Negra Americana» de Pereda y en la de José Sanz y Dias «Lira Negra», publicada por Aguilar, Madrid, 1945.

En el periodismo trabajó en «Vanguardia», el diario que fundara y dirigiera el Dr. Salvador Betervide y luego durante toda la época que apareció en Montevideo la revista «Nuestra Raza». Publicó notas literarias, sociales, filosóficas y poesías.³⁴⁵

Julio Guadalupe, poeta, ensayista, periodista y hombre de teatro, nació el 24 de julio de 1912. De acuerdo con Alberto Britos, que fue su amigo, «sus creaciones musicales fueron grabadas en 45 placas. Su labor literaria la comienza en 1935 con la temática del negro y el campesino».³⁴⁶ En mayo de 1936 fundó junto con Alberto Britos y Fernando Laens el primer teatro independiente del Uruguay, El Teatro del Pueblo. Fundó el periódico literario *El Cooperador Popular* en setiembre de 1945, y en 1946 compartió la dirección de *El Censor*. Desde *Nuestra Raza* difundió sus trabajos.

También lograron destacarse:

- Isabelino José Gares, poeta, autor teatral y periodista, colaborador de *Nuestra Raza*. Fue un activo dirigente social y formó parte del PAN. Falleció el 29 de abril de 1936.
- Santos Zapata Alanis, poeta, también publicó en *Nuestra Raza* entre 1936 y 1938.
- Clelia Núñez Altamiranda, pintora y poeta, nació en Montevideo el 13 de julio de 1906.

344 Alberto Britos, *Antología de poetas negros uruguayos*, Montevideo: Mundo Afro, 1990, p. 38.

345 *Ibidem*, p. 42.

346 *Ibidem*, p. 61.

- Brindis de Salas escribió dos libros: Pregón de Marimorena (Montevideo, 1946), con prólogo de Julio Guadalupe, y Cien cárceles de amor (Montevideo, 1949).
- José Roberto Suárez, nacido en Montevideo en 1902, publicó sus poemas en las revistas Nuestra Raza y Ansina. Formó parte del ciapen.
- Manuel Villa fue un incansable escritor y militante por los derechos de los afrouruguayos. Natural de la isla de Cabo Verde, en África, fue traído de muy pequeño a Uruguay, donde se lo inscribió como nacido el 25 de agosto de 1915. En 1958 comenzó a publicar la revista Bahía Hulan Yack, que sería uno de los propósitos más marcados en su vida. Desde sus páginas denunciaba el racismo y promocionaba los valores afro del Uruguay y del mundo, así como sus actividades.

Hacia fines de los años cincuenta, parecía consolidarse un movimiento creciente de desarrollo de las actividades culturales de las comunidades afro a través de la producción y difusión de textos literarios, obras pictóricas, representaciones teatrales y medios de prensa. Asimismo, una participación relevante en medios deportivos y en expresiones populares que trascendían al colectivo negro, como los desfiles de Carnaval y las llamadas, contribuían, por lo menos en Montevideo, al reconocimiento social de esa colectividad.

En 1949 surgió la comparsa Añoranzas Negras, de la mano de José *Macho* Lungo. Ese año fue también el del debut de una pareja de bailarines que se incorporarían a la mejor historia de nuestros carnavales: Pirulo Albín y Martha Gularte, abriendo camino a la figura de la *vedette*.

Morenada nació en 1953 en el hoy desaparecido conventillo del Medio Mundo, en la calle Cuareim (hoy Michelin) 1080. Liderada por los hermanos Silva, Juan Ángel y Wellington, llevó el candombe a diferentes países, grabó discos, participó en películas y contó con las y los mejores cantantes de candombe.

En el barrio Reus al Sur, en la calle Ansina, a pocos metros del conventillo La Facala, surgió en 1954 Fantasía Negra. Bajo la dirección de Pedrito Ferreira, Jaime Esquivel y Julio Jiménez, marcó desde sus inicios la rivalidad con la comparsa de la calle Cuareim. Tal vez, precisamente, por esa popularidad en ascenso de las comparsas de candombe, en 1956 la Intendencia Municipal de Montevideo oficializó el Desfile de Llamadas de Candombe, institucionalizando el evento más multitudinario de la cultura afrouruguaya.

5. Un debate abierto. Los afrodescendientes y el relato de la nación

En las últimas décadas ha quedado en evidencia que hay necesidad de reflexionar en torno a quiénes somos los uruguayos, incorporando la consideración de la diversidad de componentes sociales y culturales. Algunos de los supuestos de lo que se ha llamado la «síntesis perdurable del Centenario»,³⁴⁷ especialmente la postulación de una ciudadanía homogénea, así como la «excepcionalidad» del Uruguay en la región y el mundo, han sido cuestionados por las repercusiones de las

347 Gerardo Caetano: «Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario», en Hugo Achugar y Gerardo Caetano (comps.): *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo: Trilce, 1992, pp. 75-96.

distintas crisis que han afectado al país en los últimos cincuenta años y la fractura de la democracia en 1973.

La celebración del Centenario en 1930 incluyó la realización e instalación, en espacios públicos, de una serie de obras de escultores uruguayos que simbolizaban los «factores contribuyentes a la formación de nuestra nacionalidad».³⁴⁸ De esta manera, junto al *inmigrante*, al *estibador*, al *obrero urbano*, a la *maestra* y al *labrador*, *El aguatero* pasó a formar parte del paisaje de los montevidEOS. Titulada originalmente *El negro aguatero*, su realización le fue encargada a José Belloni.³⁴⁹ Inaugurada en 1932, su basamento luce la leyenda «Homenaje a la Raza Negra. Comisión del Centenario de 1930».

Las rémoras de la esclavitud se hallaban presentes en esta representación, que, aun buscando lo contrario, reproducía el lugar histórico atribuido a los afrodescendientes, así como el estereotipo que los vinculaba a la condición servil.³⁵⁰ No se rescataba su participación en la gesta independentista. Situación diferente había ocurrido con el *gaucho*, cuyo monumento, inaugurado en 1927, lucía como leyenda «Al primer elemento de trabajo e independencia nacional», o con el *charrúa*, cuyas imágenes socialmente aceptadas apuntaban a lo «indómito» o lo «bravío».³⁵¹

A mediados de la década de 1920, diversas voces de la colectividad negra habían reclamado un lugar que por derecho debían ocupar en la historia nacional.³⁵² Por ejemplo, cobró fuerza un movimiento para rendir homenaje a Ansina, quien había acompañado a José Artigas en sus últimos treinta años de existencia en Paraguay. En una primera etapa, las acciones culminaron con la inclusión de su nombre en el nomenclátor de Montevideo.³⁵³ En esos años también se produjo la asociación del sargento Manuel Antonio Ledesma, «último soldado artiguista», cuya identidad había sido documentada en 1884 en ocasión de la preparación del viaje a Paraguay del general Máximo Tajes, con el «asistente y fiel compañero» de Artigas, Ansina. A pesar de opiniones en contrario,³⁵⁴ se tomaron por válidos los informes presentados por el Comité Ansina de Guarambaré (localidad donde Ledesma había vivido sus últimos años) y las gestiones de Agustín Carrón, cónsul uruguayo en Paraguay, y se iniciaron tentativas para lograr la repatriación de sus restos mortales, que en

348 Artículo aparecido en *El Día* el 5 de marzo de 1933, citado en Susana Ántola y Cecilia Ponte: «La nación en bronce, mármol y hormigón armado», en Gerardo Caetano (dir.): *Los uruguayos del Centenario. Nación, ciudadanía, religión y educación (1910-1930)*, Montevideo: Taurus, 2000, pp. 219-243.

349 República Oriental del Uruguay, Comisión Nacional de Centenario 1830-1930: *Memoria de los trabajos realizados*, Montevideo: Impresora Uruguaya, s.f., pp. 28-29. La Comisión también encargó la realización de un monumento sobre «los últimos charrúas».

350 Susana Ántola y Cecilia Ponte recogen un cuestionamiento a la obra de Belloni respecto a que no representaba al aguatero sino al recolector de excrementos, que cumplía esa función en las casas que no tenían letrina (o. cit., p. 225).

351 Ariadna Islas y Ana Frega: «Identidades uruguayas: del mito de la sociedad homogénea al reconocimiento de la pluralidad», en *Historia del Uruguay en el siglo xx (1890-2004)*, Montevideo: EBO, 2007, pp. 359-391.

352 Uno de ellos fue Lino Suárez Peña, como se vio en el apartado anterior.

353 Véase Romero Rodríguez: *Mbundo Malungo a Mundele*, Montevideo: Rosebud, 2006, pp. 94-95. Se señala allí que la iniciativa había sido presentada en 1917 por Marcelino Bottaro. Sobre la participación de Bottaro véase también Víctor Pereyra Pérez: «Luchemos», en *Ansina*, año iv, n.º 4, Montevideo, 18 de mayo de 1942 (sin paginación).

354 Véase Felipe Ferreiro: «Documentos oficiales. Informe del Dr. . . . sobre el Memorandum relativo a los antecedentes y gestiones para la comprobación y exhumación de los restos del Sargento Manuel Antonio Ledesma (a) Ansina, asistente y fiel compañero del General José Gervasio Artigas en su voluntario exilio. Con algunos apuntes de referencias respecto de sus últimos años en Guarambaré (Paraguay)», en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, tomo v, n.º 2, Montevideo, agosto de 1927, pp. 731-752.

febrero de 1925 habían sido exhumados y depositados en la iglesia de la villa. Finalmente, los restos de Ledesma fueron repatriados en octubre de 1938.³⁵⁵

Interesa resaltar la movilización del colectivo negro en estas instancias. Entre 1939 y 1942, a razón de un número por año, se editó la revista *Ansina*, «Órgano del Comité Pro-Homenaje a Manuel Antonio Ledesma (*Ansina*)». El 18 de mayo de 1939, declarado feriado con carácter de fiesta nacional, fueron velados al pie del monumento a Artigas, en la plaza Independencia, «los restos del que fuera su fiel asistente, don Manuel Antonio Ledesma», y posteriormente trasladados al Panteón Nacional, para ser depositados «junto a las cenizas del Padre de la Patria».³⁵⁶ La Asociación Patriótica del Uruguay y un conjunto de asociaciones de afrodescendientes agrupadas en el Comité Pro-Homenaje, que presidía Juan C. Arizmendi, habían impulsado tal reconocimiento. La prensa testimonió el gran apoyo popular que concitaron estas ceremonias. El personaje simbolizaba una suerte de modelo de integración de los afrodescendientes a la sociedad criolla. Su figura se iluminaba por la «proximidad» con Artigas —«sombra hecha luz», según Juan Zorrilla de San Martín—, representaba «el prototipo de la lealtad» según el diputado Julio V. Iturbide, autor del proyecto de ley para que sus restos fueran depositados en el Panteón Nacional, y era un «gacho nuestro», al decir de Mario Petillo, asociando el personaje a los sectores populares de la campaña oriental.³⁵⁷

En los años siguientes, la acción del Comité se orientó a la erección de un monumento a Manuel Antonio Ledesma, *Ansina*. Realizado por José Belloni, fue inaugurado el 18 de mayo de 1943. La figura sedente reproducía la fotografía tomada en 1885 en Paraguay, con el detalle de que el escultor había cambiado el bastón que tenía en la mano derecha por una lanza. El monumento se completaba con una pantalla de granito gris en la parte de atrás, donde se reproducía en bajorrelieve la silueta *Artigas en el puente de la Ciudadela*, de Blanes, y en la parte inferior lucía la leyenda «Juntos en el exilio. Juntos en la eternidad. Juntos en su patria para gloria de un pueblo agradecido».³⁵⁸

Ahora bien, en torno a estos homenajes se expresaron las distintas corrientes del movimiento reivindicativo negro de esos años. Los artículos incluidos en las páginas de *Ansina* daban cuenta de esa diversidad. Figuras como Águedo Suárez Peña, por ejemplo, resaltaban que «la democracia uruguaya promovía la solidaridad entre todos sus componentes, sin fijarse en las diferencias de razas». Otros, como Omar Olivera, denunciaban las «fórmulas democráticas, tantas veces abastardadas por el

355 Antonio Petillo: *El último soldado artiguista Manuel Antonio Ledesma (Ansina)*, Montevideo: Centro Militar, 1956, pp. 27-28, 51-52.

356 *Registro Nacional de Leyes de la República Oriental del Uruguay. Año 1939*, Montevideo: Imprenta Nacional, 1940, pp. 264-265, ley n.º 9814I de 24 de marzo de 1939I y p. 386, ley n.º 9822, de 12 de mayo de 1939.

357 Véase *Ansina*, año 1, n.º 1, Montevideo, 18 de mayo de 1939 (sin paginación). El redactor responsable era I. Casas Pereyra y el secretario de redacción, Washington Viera.

358 En <<http://www.gratisweb.com/mundomatero/ansina-mon.html>> (consulta: 3/11/2008). En ese sitio web, bajo la firma de Andrés Alsina, se indica que los restos de Ledesma fueron retirados del Panteón Nacional por el Ejército Nacional y albergados en el Parque Artigas de Las Piedras, donde pasó a ser honrado como «soldado de la Patria», representándolos a todos en el lugar que recuerda la batalla de Las Piedras. Véase también Alejandro Gortázar: «Del aullido a la escritura», en Hugo Achugar (comp.): *Derechos de memoria. Nación e independencia en América Latina*, Montevideo: FHCE, 2003, pp. 189-263.

caciquismo politiquero» y reclamaban un «nuevo orden social fundamentado en el legítimo derecho de todos, sin distingos de castas ni de razas».³⁵⁹ Un punto culminante tuvo lugar el 12 de diciembre de 1942, cuando se conmemoró el centenario de la abolición de la esclavitud.³⁶⁰

A comienzos de los años cincuenta, coincidente con la conmemoración de los cien años de la muerte de Artigas, se reabrió el debate sobre la identidad de Ansina. Según lo consignado por Daniel Hammerly Dupuy, su nombre era Joaquín Lenzina, payador y poeta, es decir, testigo y narrador de la «epopeya de Artigas».³⁶¹ Al «fiel asistente» se sumaban otros atributos que Ledesma no aportaba.

Las conmemoraciones que siguieron fueron ocasión para que diversas asociaciones de afrodescendientes se presentaran a las autoridades solicitando la fijación de un día para recordar a la «raza negra». En 1964, año del bicentenario del nacimiento de Artigas, el Centro Cultural Rosa Negra proponía celebrar el 12 de diciembre rindiendo homenaje a Ansina en el «Día de la Lealtad». En 1975, designado por la dictadura civil-militar como «Año de la Orientalidad», el Comité Nacional Pro-Homenajes a los Héroes de la Raza Negra, con sede en el local de ACSU, proponía que se fijara el 7 de setiembre (de 1825, fecha en que la Sala de Representantes determinó que nadie nacería esclavo en la Provincia Oriental), como día «para recordar a los distintos componentes de nuestra raza que tuvieron participación activa en la gesta emancipadora». En respuesta a esa nota, la Comisión del Sesquicentenario de los Hechos Históricos de 1825 retomó la propuesta anterior de fijar el 12 de diciembre como «Día de la Lealtad».³⁶²

En marzo de 1982, se presentó al Consejo de Estado un nuevo proyecto, que declaraba el 12 de diciembre como «Día de la Lealtad» con carácter de conmemoración cívica y homenaje a Ansina. En la fundamentación de motivos, el consejero Fernando Assunção expresaba que la fecha en que se había abolido la esclavitud era «la ideal para exaltar esos sentimientos y homenajear a Ansina, negro servidor fiel del General Artigas y junto a él la memoria de todos aquellos otros hombres de color, que sirvieron a la Patria en el Gesta de su independencia».³⁶³

Como puede apreciarse, se mantenía el objeto y el sentido que se había planteado en anteriores proyectos de conmemoración. El homenaje a Ansina se basaba en su fidelidad con Artigas, y era extensivo a los que integraron los ejércitos patriotas. No solo no había referencia alguna a la posibilidad de que esos afrodescendientes lucharan por sus propios intereses, sino que, ante la posibilidad de que un homenaje de esta naturaleza pudiera ser apreciado como signo de racismo en el Uruguay, varios consejeros respondieron con fuerza. El miembro informante, Marcial Bugallo,

359 Véase *Ansina*, año II, n.º 2, Montevideo, 18 de mayo de 1940 (sin paginación).

360 Véase el apartado 1, donde se marcan los alcances y las limitaciones de esa disposición.

361 Daniel Hammerly Dupuy: «Rasgos biográficos de Artigas en el Paraguay», en Edmundo Narancio (dir.): *Artigas*, Montevideo: El País, 1951, pp. 285-298. Anunciaba que se encontraba en prensa la antología *Artigas en la poesía de América*, compilada junto con Víctor Hammerly, que contenía una colección de poemas de Ansina.

362 Uruguay, Consejo de Estado: «Actas del Consejo de Estado», sesión del martes 8 de junio de 1982, *Diario Oficial* n.º 21291, pp. 201-203. Intervención del Consejero Antonio Gabito Barrios.

363 Uruguay, Consejo de Estado: «Actas del Consejo de Estado», sesión del martes 30 de marzo de 1982, *Diario Oficial* n.º 21220, p. 67.

sostuvo que no importaba si era Ledesma o Lencina; el homenaje era para ese «ser leal y fiel servidor de nuestro Prócer» y, a través de él, para todos los hombres de «piel oscura y claro sentimiento» que habían luchado por los ideales de la patria.

El consejero Wilson Craviotto señaló que se había preferido fijar el 5 de setiembre (de 1820), cuando Artigas ingresó a Paraguay, y que se trataba de la «Lealtad Artiguista» y no lealtad a secas, «porque justamente, por la igualdad de razas que desde hace tanto tiempo se pregona, se proclama y se hace efectiva en nuestro país, no se trata de un homenaje a una raza determinada». El consejero Jorge Amondarain fue más lejos al indicar que la «raza negra» no tenía «diferencias respecto a derechos y tratamiento social con los ciudadanos blancos», sino que, por el contrario, en Uruguay «exhibimos con legítimo orgullo a los ciudadanos negros integrando todos los órdenes de nuestra sociedad sin el menor atisbo de posibles diferencias».³⁶⁴ Estas opiniones no encontraban su correlato en la realidad, como se vio en el apartado 3.

La restauración democrática abrió un nuevo espacio para la lucha reivindicativa de las colectividades afro en el país. Ello repercutió también en el interés y la necesidad de construir su memoria histórica. La pervivencia de las miradas paternalistas y la ausencia de una satisfactoria respuesta de los estudios y medios académicos a esta demanda social han posibilitado la invención de nuevos relatos y ensayos de desperejo o discutible rigor metodológico, que desde una visión que postula la fragmentación del pasado y su memoria han venido a desarrollar una suerte de nuevo discurso mítico.³⁶⁵

En los años noventa la figura de Ansina cobró una nueva dimensión. Además de reeditarse la colección de los poemas que se le atribuyen, publicada por Daniel y Víctor Hammerly en 1951, se avanzó en la caracterización del personaje que, en algunas versiones, abandonó la postura de fiel servidor para transmutarse en líder de dimensión americana.³⁶⁶ Sin embargo, esta «renovación» ha quedado limitada, en muchos casos, a la sustitución de unos «héroes» por otros, sin tocar el modelo interpretativo tradicional que mira las guerras de independencia como empresas nacionales y las estudia en una cronología única y unificada que no deja lugar a los intereses y reinterpretaciones de estos procesos que podían hacerse desde otras perspectivas étnico-culturales.³⁶⁷ Por otro lado, tendían a poner a toda la producción historiográfica bajo sospecha, renunciando en algunos casos a los métodos de documentación y análisis propios de esta disciplina.

Pero el historiador «no puede inventar los hechos que estudia», ha enfatizado Eric Hobsbawm al comentar los peligros de algunas visiones de la historia que no deslin-

364 Uruguay, Consejo de Estado: «Actas del Consejo de Estado», sesión del martes 8 de junio de 1982, *Diario Oficial* n.º 21291, pp. 197-199. El proyecto se aprobó por unanimidad en esa sesión.

365 Entre los distintos abordajes de este tema véase Teresa Porzecanski: «Uruguay a fines del siglo xx: mitologías de ausencia y de presencia», en Hugo Achugar y Gerardo Caetano (comps.): o. cit., pp. 49-61.

366 Entre otros trabajos véase *Ansina me llaman y Ansina yo soy*, de varios autores, Montevideo: Rosebud, 1996, y Gonzalo Abella: *Artigas. El resplandor desconocido*, Montevideo: Betum San, 1999.

367 Estas reflexiones son válidas para revisar el modelo interpretativo de los procesos de construcción estatal en su conjunto. En esa misma dirección, Jacques Revel reclamaba para la historia de Francia que se debía «romper explícitamente con el relato —la novela— de la nación para tratar acerca de esa experiencia plural a través de una serie de temas: el espacio, el Estado, los conflictos, las formas de la cultura». Asimismo, proponía «valorizar la existencia de temporalidades diferenciales y diversamente acondicionadas entre sí». J. Revel: *Un momento historiográfico: Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires: Manantial, 2005, p. 282.

dan con claridad la realidad y la ficción.³⁶⁸ El hecho de que la visión tradicionalista omitiera la consideración de los afrodescendientes en el relato de la nación no supone seguir ese esquema interpretativo actualmente cuestionado buscando crear nuevos «héroes», aun sin un sustento documental riguroso. La construcción de José Artigas como héroe nacional ha llevado a distorsionar o silenciar el abordaje de las distintas contradicciones que encerraba ese proceso histórico. Ese «culto» ha derivado en una «traición», al decir de José Pedro Barrán, en un sugerente artículo sobre la participación de los sectores populares en la formulación de las medidas tomadas por el gobierno revolucionario.³⁶⁹ Pero el encumbramiento de Ansina como «héroe» no puede llevar a encubrir las pervivencias del sistema esclavista o condenar otros caminos para la obtención de la libertad que no pasaran por el alistamiento en el bando patriota.

En la Provincia Oriental artiguista las medidas tomadas sobre la situación de los esclavos fueron pautadas por derechos y exigencias contradictorios.³⁷⁰ Las promesas de garantías a la propiedad privada de los patriotas, la promoción de la libertad «en toda su extensión imaginable»,³⁷¹ la defensa de «los más infelices» y la necesidad de reforzar los ejércitos ante la prolongación y ampliación de los frentes de batalla impedían la adopción de medidas de carácter general. A los afrodescendientes libres se les reconoció su condición de «infelices», disponiendo que debían encabezar la fila de los beneficiarios de suertes de estancia y ganado confiscados a «malos europeos y peores americanos», según lo dispuesto en el Reglamento Provisorio de la Provincia Oriental para el fomento de la campaña y la seguridad de sus hacendados, fechado en 1815. En cuanto a los esclavos, se admitió la vigencia de medidas tomadas por la dirección revolucionaria en Buenos Aires, como la promesa de libertad a los fugados del campo enemigo o la «libertad de vientres».

En este último caso, a diferencia de la antigua capital virreinal, donde los hijos de las esclavas pasaron a ser inscriptos como libertos, en la Provincia Oriental parece que el cumplimiento de la disposición debió obtenerse en los tribunales. Algún año incluso apeló a la ruptura de relaciones entre las Provincias Unidas y la Liga Federal para sostener que esa norma no tenía vigencia en la Banda Oriental. En ese caso, el escrito presentado por la demandante indicaba: «D.n Jose Artigas, a cuyo cargo estuvo esta Provincia jamas desaprobó esta gracia, antes la hizo cumplir».³⁷² Durante esta etapa también se profundizaron algunas tendencias que venían desde la colonia, tales como el derecho de los esclavos a comprar su libertad y la de sus familiares, o a pedir «papeleta de venta» en caso de malos tratos.

368 Eric Hobsbawm: *Sobre la historia*, Barcelona: Crítica Mondadori, 1008, p. 18.

369 José Pedro Barrán: «Artigas: del culto a la traición», en *Brecha*, Montevideo, 20 de junio de 1986, p. 11.

370 Los siguientes párrafos han sido extractados de Ana Frega: «Caminos de libertad en tiempos de revolución. Los esclavos en la Provincia Oriental Artiguista 1815-1820», en Arturo Bentancur, Alex Borucki y Ana Frega: *Estudios sobre la cultura afro-rioplatense*, Montevideo: FHEC, 2004, primera entrega de las *Actas*, pp. 45-66.

371 Tal como decía el artículo 3 de las conocidas *instrucciones* dadas a los diputados orientales que debían incorporarse a la Asamblea General Constituyente reunida en Buenos Aires en 1813 (Archivo Artigas, tomo xi, Montevideo: Monteverde, 1974, pp. 105-106).

372 Archivo General de la Nación, Archivos Judiciales, caja 18, «Maldonado y su jurisdicción», expediente n.º 29, «D.n Vicente Ramos reclamando la cría de una Negra esclava que fue de su propiedad». Cabe señalar que en la Provincia Oriental no se estableció el registro de libertos ni el depósito de sus salarios en una tesorería filantrópica hasta su perfecta emancipación, como había dispuesto la Asamblea General Constituyente.

Como se vio en el primer apartado, el gobierno artiguista no escapó al imperativo de reforzar las tropas con esclavos, por lo que la leva de morenos y pardos —esclavos o libertos— fue una de las primeras medidas tomadas en 1815. La incorporación de afrodescendientes al ejército afectaba intereses particulares y, salvo que se tratara de «enemigos del sistema», los propietarios gestionaron —en muchos casos exitosamente— la devolución de sus esclavos o la satisfacción de su precio. Un ejemplo es el reclamo de don Manuel Moyano, vecino de Santa Lucía, de un esclavo de su propiedad que había huido al Regimiento de Dragones de la Libertad, al mando de don Pedro Bermúdez. Pese a los informes del comandante de Armas, Fructuoso Rivera, en el sentido de que «el indicado esclavo no quiere seguir à su amo», el Cabildo resolvió su entrega. El informe del asesor se basaba en el deber del gobierno de defender «las propiedades del vecindario», antes que «abrir la puerta para q.e estos al menor disgusto alistandose en qualquier cuerpo se eximan del dominio de sus señores».³⁷³ Agregaba la resolución que se advirtiera a los oficiales que no debían admitir «negros» o «mulatos» sin verificar que fueran libres.

Con respecto a la «multitud de esclavos» que había optado por huir a la campaña aprovechando la «confusión» generada por la revolución, el Cabildo de Montevideo ordenó su aprehensión en abril de 1816, advirtiendo a quienes los albergaran que serían penados con la obligación de pagar a los amos «todo el tiempo de la ocultación en sus hogares».³⁷⁴ El hecho de que varios alcaldes y comandantes respondieran que no había nadie en esa situación en su región o que a lo sumo hayan remitido una o dos personas podría interpretarse como una aceptación del derecho a la libertad de los fugados o como una expresión de las necesidades de mano de obra en el lugar.

En 1816, la invasión portuguesa obligó al gobierno artiguista a disminuir las consideraciones hacia la «gente propietaria». El delegado de Artigas en Montevideo, Miguel Barreyro, dispuso la formación de un nuevo Batallón de Morenos. Los esclavos serían embargados siguiendo este criterio: de quienes poseían tres, se tomaría uno; de aquellos que tenían cuatro, se alistarían dos, y así sucesivamente. No se dejaría a ningún amo más de tres esclavos, indicaba Barreyro, con excepción de aquellos que «teniendo un número excedente, daban lugar para todo, verbigracia: uno presentó cincuenta y se le dexaron veinte». A los propietarios de dos esclavos no se les tomó ninguno, «por consideración a q.º los hortelanos no pueden estar sin menos», seguía diciendo el delegado. Previendo las quejas, Barreyro indicaba: «los negros van á servir en clase de milicia, y por consecuencia los amos los tienen siempre seguros y se les sacan con el fin de disciplinarlos, arreglarlos, y tenerlos listos para marchar á la primera orden».³⁷⁵ Si bien no se aclaraba que la integración al batallón como milicia-

373 *Ibidem*, pp. 46-47.

374 Archivo Artigas, tomo xxvii, pp. 88, 139, 169, 198 y 290 (circular del Cabildo de Montevideo, 17.4.1816, enviada a los cabildos de Colonia, Soriano, Canelones, San José y Maldonado).

375 Archivo Artigas, tomo xxxi, Montevideo: Imprimex, 1998, pp. 199-200 («Nota del Delegado Miguel Barreyro a Joaquín Suárez», Montevideo, 25.8.1816). Se encomendaba a Suárez hacer lo propio en Canelones, ordenando a don Ramón Bauzá que se encargara de la formación de la milicia.

nos abría la posibilidad de obtener la libertad, así fue entendido por los propietarios a quienes «sin documentar siquiera» se les retiraban sus esclavos.³⁷⁶

Desde la perspectiva de los esclavos, la incorporación a las filas patriotas podía ser una etapa transitoria. Así como huían de casa de sus amos, podían desertar de los regimientos y acortar el plazo para ganar su libertad. No estaba lejos la experiencia de los tiempos de la colonia, cuando un espacio rural abierto y multiétnico alimentaba la idea del *cimarronaje* e, incluso, el intento de conformar un palenque o quilombo, como habría surgido de la tentativa de fuga «masiva» de 1803.

Este fue el caso, por ejemplo, del moreno Antonio Rodríguez, quien se presentó al Cabildo de Montevideo en abril de 1816 solicitando su libertad —estaba preso en la ciudadela— a cambio de alistarse «en la milicia de artillería», donde «como moreno libre [...], sere util en quanto pueda ála Patria».³⁷⁷ Según su testimonio, había servido en el Regimiento n.º 10 luego de que las tropas del Directorio tomaran la plaza de Montevideo, y desertó después de «algún tiempo» para conchabarse en distintas tareas rurales.³⁷⁸ Su antiguo amo, don Fernando Rodríguez, lo había enviado a prisión cuando se negó a continuar dándole «todo ó parte delo trabajado». Interesa mencionar los argumentos esgrimidos por el negro Antonio:

Yo Exmo. Señor soy libre desde que me filiaron, y el susodicho Señor dexo de ser mi amo desde el momento que me entrego ¿por que pues, contra toda justicia quiere esclavisarme nuevamente? quando la Patria me hizo libre y me puso en el fuero de mis derechos. Quando el mencionado Sor. fuese algun americano, ó huviese prodigado sus intereses en favor de este gobierno por adhesion a el Sistema, no replicaria y me someteria ásus ordenes: pero Señor es Europeo y enemigo del Pais en que vive.

Las actuaciones se interrumpieron ese mismo mes, cuando el gobierno dispuso que se diera vista al amo y que el síndico procurador asumiera la defensa del esclavo. Alistarse por «algún tiempo» y luego abandonar las filas, conchabarse y vivir como «negro libre que era», sin depender de los inciertos resultados de la guerra, era una estrategia posible en esa coyuntura.³⁷⁹

El gobierno portugués en Montevideo, con la clara intención de disminuir los efectivos artiguistas, publicó en los primeros días de junio de 1817 un edicto que ofrecía facilidades y beneficios a todos los jefes, oficiales e individuos que depusieran las armas. Se señalaba también que aquellos esclavos armados, sin excepción, que se pasasen al ejército portugués, «ganarían su libertad en el día».³⁸⁰ A fines de mayo se

376 Así se refería un contemporáneo a esta medida «despótica» de quitar «al Vecindario, sin distincion, sus esclavos p.a crear un Ba[ta]llon de 600 ó mas soldados». Véase Carlos Anaya: *Apuntaciones históricas sobre la Revolución Oriental (1811-1851)*, Montevideo: Imprenta Nacional, 1954, p. 83.

377 Archivo General de la Nación, Fondo Escribanía de Gobierno y Hacienda, caja 113, expediente 35, fs. 1-1 vta.

378 El Regimiento de Infantería n.º 10 era de integración mixta: los morenos eran aproximadamente el 75%, los pardos el 8% y los blancos el 17% (George Reid Andrews: *Los afroargentinos de Buenos Aires*, Buenos Aires: Ediciones de La Flor, 1990, p. 144).

379 En las listas de revista figuran varios casos de desertores, pero no hemos localizado sumarios militares que permitan conocer razones, medios y sanciones aplicadas. También es escasa la información sobre motines. En 1817, según declaraciones de un dragón fugado de Purificación, hacia abril o mayo de ese año se habría producido un levantamiento de los negros apostados en ese cuartel, «que los mas son Soldados de los prisioneros de esta Capital», en protesta porque no recibían «carne ni demas auxilios». (Archivo Artigas, tomo xxxiii, Montevideo: Doble Emme, 2000, pp. 101-102).

380 Pablo Blanco Acevedo: *El federalismo de Artigas y la independencia nacional*, 2.ª ed., Montevideo, 1950, p. 205. El edicto, firmado por Juan José Durán, gobernador intendente y alcalde de primer voto, fue publicado el 9.6.1817.

había producido un movimiento encabezado por los comandantes y oficiales de varios regimientos orientales, entre ellos, del Regimiento de Libertos.³⁸¹ El objetivo era forzar la búsqueda de un entendimiento con el Directorio de las Provincias Unidas y, de esa forma, obtener su apoyo en la guerra contra Portugal. A pesar de que el movimiento fue desarticulado, el grueso de los regimientos de pardos y morenos abandonó las filas artiguistas. El comandante del Cuerpo de Libertos, Rufino Bauzá, por intermedio del mayor José Monjaime y el capitán Manuel Oribe, inició negociaciones con los portugueses para pasar con sus hombres a Buenos Aires.³⁸² Varios soldados prefirieron cambiar de bando. De acuerdo con un contemporáneo, «el Gral. Lecor con astucia y mala fé, hizo proponer á los Soldados libertos Tres condicion.s todas tendentes á quedarse con los Negros»: podían volver con sus amos, incorporarse al ejército lusitano o «el que no quiciese abrazar ninguno de los Partidos, viviría libremente como Gustava».³⁸³ La desertión de los jefes ambientaba la de la tropa y ofrecía diversos caminos para hallar la libertad, habida cuenta de la improbabilidad de que se cumplieran las disposiciones del bando patriota en la nueva situación.

Así como los portugueses procuraban ganar en su favor a los soldados afrodescendientes que servían en los regimientos orientales, el artiguismo apeló a aquellos que habían desertado de los batallones de las Provincias Unidas. A comienzos de 1817, el Jefe de los Orientales se dirigió al gobernador de Santa Fe, Mariano Vera, ordenando la remisión al Cuartel General de «todos los Libertos» de las tropas de Buenos Aires que «en ese Pueblo se hallan sueltos», pues estaba fomentado «éste Regim[ien].to y el de Blanden[que].s».³⁸⁴

Un batallón de negros con unas doscientas plazas mantuvo la lucha contra los portugueses bajo las órdenes del coronel José María Gorgonio Aguiar. Este comandante, de origen patricio, formaba parte del núcleo de oficiales que impulsaron y defendieron la etapa radical de la revolución. Después de las derrotas sufridas en el Litoral en 1818, Aguiar fue destacado con sus tropas a la región de Maldonado. Tenía como misión «contener la arbitrariedad delos Paisanos» que colaboraban con los portugueses.³⁸⁵ En diciembre de 1819 se dirigió con el batallón de negros a la frontera portuguesa; en 1820 se unieron a las últimas fuerzas artiguistas que pelearon contra Francisco Ramírez y finalmente ingresaron a Paraguay; serían los *Artigas-Cué*, de los que formó parte Manuel Antonio Ledesma.³⁸⁶

381 Archivo Artigas, tomo xxxiii, pp. 68-69 (Cuartel General en Costa del Santa Lucía grande, 23.5.1817. Acta suscrita por 37 comandantes y oficiales del Regimiento de Libertos, de Cazadores de la segunda división y de piquetes de caballería, encabezada por Rufino Bauzá, Bonifacio Ramos, Julián Álvarez y Manuel Oribe. Desconocían la autoridad de Fructuoso Rivera y nombraban como jefe interino del ejército a Tomás García de Zúñiga).

382 Archivo General de la Nación, Fondo Archivo y Museo Histórico, caja 12, sin foliar, documentación en copia (nota de Carlos Federico Lecor fechada en Montevideo, 29/9/1817, en que da las instrucciones que debería seguir el Cuerpo de Libertos para separarse de la dependencia de Artigas). Véase también la nota de Lecor al rey Juan VI, fechada en Montevideo el 26/9/1817, donde además de dar cuenta de la presentación de los dos oficiales señalaba que, como en Buenos Aires también eran los batallones de negros la principal fuerza, esperaba privarlos de por lo menos parte de ella (Archivo Artigas, tomo xxxii, Montevideo: Iconoprint, 2000, pp. 242-244).

383 Carlos Anaya: o. cit., p. 90.

384 Archivo Artigas, tomo xxxiv, Montevideo: Iconoprint, 2003, p. 25 (José Artigas a Mariano Vera, Purificación, 22/1/1817).

385 Archivo Artigas, tomo xxxvi, Montevideo: Iconoprint, 2003, pp. 59-60 (José Artigas a Felipe Duarte, Salud y Libertad, 22/3/1819).

386 Según testimonios recogidos por Héctor Francisco Découd, los morenos habrían sido instalados en Laurelty, una localidad a unas dos leguas de Asunción, donde se les dieron los útiles de labranza. Héctor Francisco Découd: *El campamento de Laurelty*, Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1930, pp. 13-14.

La participación de los esclavos en los ejércitos, donde adquirirían organización para la acción colectiva y ocupaban una posición de fuerza, había aumentado entre los años las necesidades de implementar mecanismos de control. Negros sin amo ni patrón eran considerados peligrosos y debían ser perseguidos. Ejemplo de ello es lo actuado contra el moreno «llamado Juan Antonio», quien «estubo sirviendo a la Patria con [Gorgonio] Aguiar» y declaró que había sido «esclavo de un oficial de las tropas Portuguesas, y que se quedó quando estas entraron por primera vez en estos Países». En febrero de 1821 fue remitido por el alcalde de San Carlos al Cabildo de Maldonado, informando que se lo había tenido preso nueve días por haber insultado «á desoras de la noche y con embriagues á un vecino». Agregaba en su oficio que debían tomarse otras medidas, «baxo el concepto que este moreno bagando por la Campaña no podrá ser muy util al Vecindario».³⁸⁷ Aún cuando se admitiera que tras la participación en el ejército los morenos y pardos pudieran obtener la libertad, se consideraba que debían ser «disciplinados». Al prejuicio étnico se sumaba el temor al «desorden» social.

* * *

En las páginas precedentes se han repasado algunos aspectos de las experiencias de los afrodescendientes, desde su llegada como esclavos a las costas del Río de la Plata hasta la conformación de asociaciones y organizaciones para la defensa de sus derechos; un proceso complejo de intercambio, confrontación, adaptación y reelaboración de tradiciones culturales con los otros grupos sociales que poblaban el territorio. Aun con resistencias, contradicciones y limitaciones, la conformación de un régimen democrático liberal en el país a comienzos del siglo xx y el desarrollo de políticas sociales afectó positivamente a los miembros del colectivo afro. En los comienzos del siglo xxi queda mucho camino por recorrer. En la proximidad de una nueva conmemoración, debemos preguntarnos si ella debe hacerse bajo los mismos parámetros que cien años atrás. ¿Qué significa incorporar la actuación de los afrodescendientes en la revolución de independencia?

El aporte de las Ciencias Sociales y la Historia en particular apunta a restituir a ese grupo social su pertenencia. La elaboración de un modelo interpretativo del pasado que dé cuenta de los distintos grupos sociales en su compleja interrelación en cada coyuntura ha de permitir una visión más comprensiva de la historia del Uruguay. No se trata de *sumar* la historia de los distintos grupos (historia de las mujeres, historia de los trabajadores, historia de los afrodescendientes, historia de los jóvenes, entre otras) sino de aproximarnos a lo que Pierre Vilar denominó una *historia total*; es decir, debemos estudiar los hechos y los problemas en toda su complejidad.

387 Archivo General de la Nación, AGA, libro 291, f. 313.

Panorama de la infancia y la adolescencia en la población afro-uruguaya

Wanda Cabella

1. Introducción

La Convención Internacional sobre los Derechos del Niño, ratificada por Uruguay en 1990, «considera al niño como sujeto de derechos específicos, de protección y cuidados especiales de acuerdo con su grado de desarrollo [...] y exige garantizar todos los derechos para todos los niños sin discriminación alguna» (García, 2008, p. 9). De los artículos que tratan de la protección integral de la infancia, la autora transcribe el n.º 2, rotulado como «No discriminación», por el cual se garantiza «el respeto a los derechos consagrados en la Convención, sin distinción alguna, independientemente de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de otra índole, origen nacional étnico o social, posición económica, impedimentos físicos o cualquier otra condición del niño, padre o representantes» (ibídem).

Una de las premisas básicas para garantizar que el derecho a la no discriminación sea considerado, es contar con información pertinente (indicadores) que permita acompañar el cumplimiento de este principio consagrado en la Convención. Esta premisa vale para todos los grupos etarios y sociales, pero adquiere particular relevancia en los niños y adolescentes, en la medida en que se trata de una etapa de la vida en que la capacidad de defensa de los propios intereses y derechos es nula en algunas edades y, en otras, significativamente más débil que la de otros grupos demográficos o sociales.

Desde esta perspectiva, el presente trabajo busca proporcionar información relevante en torno a la situación social y económica de la infancia y adolescencia afrodescendiente, con la intención de presentar indicadores apropiados para monitorear en qué medida y en qué dimensiones esta población está sujeta a procesos de desigualdad y discriminación que comprometen su bienestar actual y futuro.

El trabajo busca retratar empíricamente las desigualdades raciales en diversas dimensiones relevantes para la infancia y la adolescencia. Debe aclararse que no tiene por objetivo identificar los determinantes de la desigualdad, sino poner de manifiesto su existencia y su intensidad en algunas dimensiones de la vida social. El trabajo pretende contribuir con el diagnóstico de la situación de la infancia afrodescendiente, de forma de proveer insumos de políticas que atiendan a mejorar sus

condiciones de vida y a disminuir la brecha de bienestar respecto a los niños de ascendencia blanca.

La dimensión racial de la desigualdad social es un área de investigación que ha sido descuidada por las ciencias sociales uruguayas. Es muy poco usual encontrar diagnósticos o análisis sobre la situación de la infancia y adolescencia en Uruguay que tomen en cuenta las diferencias raciales para describir la situación y los desempeños de este grupo demográfico. Esta carencia se enmarca en una escasez general de estudios que incorporen la distinción racial como una dimensión relevante para analizar la desigualdad social, cultural y económica en el país (Bucheli y Cabella, 2007; Foster, 2001).

No cabe aquí detenerse en las razones de esta ausencia, más que para advertir sobre la escasez de antecedentes y destacar que la desigualdad racial y la discriminación comienzan a ocupar un lugar relevante en el marco de los estudios de desigualdad social en el país.¹ Además, para señalar que este tipo de análisis es posible gracias a la nueva disponibilidad de información sobre la condición racial de las personas. En efecto, en el año 2006, el Instituto Nacional de Estadística (INE) realizó una edición especial de la Encuesta Continua de Hogares (ECH). Esta edición, además de levantar una muestra significativamente más numerosa que las ediciones regulares, incorporó una pregunta orientada a recabar la ascendencia racial de las personas. Esta pregunta ha continuado recogiendo en sus ediciones subsiguientes de 2007 y 2008.

La situación de la infancia en Uruguay es motivo de preocupación creciente. Desde hace algunos años, diversos estudios dan cuenta de la agudización del proceso de infantilización de la pobreza y de la magnitud de la brecha entre el bienestar de los niños y adolescentes y las generaciones más antiguas (Arim y Vigorito, 2007; UNICEF, 2007; PNUD, 2005; Kaztman y Filgueira, 2001).

A ese proceso se suman, también, procesos de segmentación educativa y segregación residencial, cuyo resultado es la conformación de «un nuevo paisaje en el que la mayor parte de los niños y adolescentes —en particular aquellos que viven en situación de “pobreza extrema”— padece la vulneración o afectación de sus derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales» (De Armas, 2006). En este contexto, parece especialmente relevante profundizar en las condiciones de vida de los niños y adolescentes afrodescendientes, habida cuenta de que estudios anteriores señalan que la población afrodescendiente integra, en su gran mayoría, la población que ha sido especialmente afectada por los procesos mencionados (Cabella y Bucheli, 2007; Beltrami, 1998).

El propósito de este trabajo es documentar la desigualdad racial en la infancia y adolescencia, para lo que se toma en cuenta un conjunto de indicadores que reflejan las distintas dimensiones que contribuyen a los logros o desempeños en la

1 Esta ausencia es particularmente notoria en los estudios de corte académico en ciencias sociales. Desde la década de 1980, las organizaciones sociales de afrodescendientes han realizado y promovido una creciente producción de documentos que abordan la situación de los afrodescendientes y la discriminación racial.

infancia, en la transición a la adultez y en la vida adulta. El trabajo se concentra en el análisis de la situación de los niños y adolescentes afrouruguayos, por tratarse de la minoría racial de mayor relevancia en el país, a lo que se suma que varios antecedentes revelan que los afrodescendientes uruguayos presentan francas desventajas en la mayoría de los indicadores de bienestar social y económico.

El documento se organiza de la siguiente manera: en el apartado que sigue se explicitarán las definiciones de pertenencia racial adoptadas y se describirá someramente la fuente de datos utilizada. Los apartados siguientes se concentrarán en el análisis de distintos indicadores que buscarán reflejar la desigualdad racial de los niños y adolescentes uruguayos, en un conjunto variado de dimensiones (composición demográfica, familia, bienestar económico, educación, actividad).

2. Definiciones conceptuales y fuentes de datos

Definición de ascendencia

Las definiciones operativas de ascendencia que se adoptan en este trabajo son similares a las utilizadas en trabajos anteriores, en los que también la ECH constituyó la principal fuente de datos (Beltrami, 1998; Bucheli y Cabella, 2007).

Se considera que una persona es afrodescendiente o negra si respondió que tenía ascendencia *afro* o *negra*, independientemente de si, además, consideró que tenía otra ascendencia. Una persona se clasifica en la categoría *blanca* si declaró tener únicamente ascendencia blanca.

La categoría *otra* engloba a las personas que se autodefinieron como indígenas, amarillos o cualquier mezcla entre estas categorías, o entre estas y ascendencia blanca. Los resultados que se presentan en este informe no incluyen a las personas que conforman esta categoría, el 3,5% de la población total y el 3% de los menores de 20 años.²

Otro aspecto que cabe mencionar es que, a pesar de que la redacción de la pregunta incorporada al cuestionario de las ECH hace alusión a la *ascendencia* de las personas, en este trabajo se utiliza, en varias ocasiones, la palabra *raza* o algunas de sus derivaciones. Es importante aclarar que en este informe se adopta el mismo concepto de raza utilizado por Bucheli y Cabella (2007), entendida como: Una construcción social basada en las diferencias fenotípicas de las personas. Ello implica que cada cultura tiene sus propios esquemas de percepción de las diferencias raciales. La noción biológica de razas, entendidas como categorías genéticas discretas —que pretendió constituirse en la base científica del racismo—, cayó en desuso en las ciencias sociales hace ya varias décadas. En la actualidad, hay un fuerte consenso, fundado en los avances del conocimiento de la genética, en que no existen poblaciones humanas con rasgos innatos que determinen sus capacidades físicas e intelectuales (Wade, 2004).³

2 Debe recordarse que la pregunta de ascendencia incluida en 2006 y 2007 recoge la percepción subjetiva de la persona, que responde respecto de su propia ascendencia y de la del resto de los integrantes del hogar. La pregunta permite a los individuos clasificarse en todas las categorías de ascendencia que consideren pertinentes, tanto para definirse a sí mismos como a los otros integrantes del hogar.

3 Bucheli y Cabella (2007), p. 8.

Fuente de datos

El análisis está basado en los datos de las ECH llevadas a cabo por el INE en 2006 y 2007. Estas encuestas tienen dos particularidades que presentan ventajas específicas para este estudio: en primer lugar, incluyen en su formulario una pregunta que indaga sobre la ascendencia racial y, en segundo lugar, comportan muestras muy grandes.⁴ Este segundo atributo es de particular relevancia para el estudio de las poblaciones afrodescendientes, ya que, a pesar de ser la minoría racial más relevante, su proporción en una población total de por sí pequeña dificulta su análisis.

La población afrodescendiente representa el 10,2% del total de la población uruguaya, y la población que declara tener únicamente ascendencia blanca es el 86,3%. En los menores de 20 años, la proporción de población afrodescendiente alcanza al 13,8%. En el cuadro 1 se presentan los valores absolutos y las proporciones de los niños y adolescentes según su ascendencia, en cada año de la encuesta y en la base que agrupa los dos años.

Cuando el número lo permite y el análisis lo amerita, se presenta la información de cada grupo de ascendencia, en función de los quintiles de ingreso per cápita del hogar, incluyendo valor locativo. En su defecto, se distinguen los indicadores utilizados según ascendencia y pobreza.⁵ De esta manera, se pretende discernir si dentro de un mismo estrato de ingresos es posible detectar diferencias relevantes en las características de los niños y adolescentes negros y blancos y sus respectivos hogares.

Cuadro 1. Número/Porcentaje de personas de 0 a 19 años según ascendencia

Número de personas de 0 a 19 años según ascendencia			
	2006	2007	2006-2007
Afro	10.833	6.823	17.656
Blanca	69.788	36.798	106.586
Otra	2.874	1.630	4.504
Total	83.495	45.251	128.746
Porcentaje de personas de 0 a 19 años según ascendencia			
	2006	2007	2006-2007
Afro	12,5	15,1	13,8
Blanca	83,9	81,3	82,6
Otra	3,6	3,6	3,6
Total	100,0	100,0	100,0

Fuente: ECH 2006 y 2007

4 En 2006 la Encuesta Nacional de Hogares Ampliada (ENHA) relevó información de 257.000 personas, pertenecientes a 85.000 hogares. En 2007, la ECH alcanzó a 143.000 personas, residentes en 49.000 hogares.

5 Se utilizó la línea de pobreza 2002 (INE), a excepción de la comparación entre los datos de 1996-1997 y 2006-2007. En este último caso, la línea considerada fue la elaborada por el INE en 1996. Cabe agradecer a la economista Andrea Vigorito por habernos facilitado los microdatos de pobreza para los años 2006 y 2007.

Se decidió no trabajar con la población clasificada en la categoría otra *ascendencia*, por lo que la muestra total de personas menores de 20 años se redujo a 124.242 niños y adolescentes. En esta nueva muestra, la población de niños y adolescentes afro-uruguayos representa el 14,2% del total. Cabe señalar, también, que no se incluyó en la muestra de niños y adolescentes a los menores de 20 años cuyo parentesco fuera jefes, cónyuges, nueras o yernos (en total 1.373 personas).

Cuadro 2. Número de personas entre 0 y 19 años según grupo de edad quinquenal, sexo y ascendencia

Sexo	Afro				
	0-4	5-9	10-14	15-19	Total
Varón	2.030	2.448	2.586	1.939	9.003
Mujer	1.969	2.376	2.392	1.740	8.477
Total	3.999	4.824	4.978	3.679	17.480
Sexo	Blanca				
	0-4	5-9	10-14	15-19	Total
Varón	11.686	13.660	15.037	13.498	53.881
Mujer	11.088	12.867	14.701	12.852	51.508
Total	22.774	26.527	29.738	26.350	105.389

Fuente: ECH 2006 y 2007

En el cuadro 2 se presentan los valores absolutos, por sexo y grupo de edad, para cada una de las ascendencias. Puede observarse que, incluso dentro de la población afrodescendiente, los valores obtenidos en cada celda al sumar las dos bases permiten trabajar con un número razonable de casos para realizar aperturas.

3. Algunas características demográficas

Como se desprende de los datos presentados en el apartado anterior, la proporción de niños y adolescentes afrodescendientes alcanza casi a un 15% en el total de la población, si se considera el promedio de proporciones obtenidas en las encuestas de hogares de 2006 y 2007. El peso de la población menor de 20 años es significativamente más alto respecto al total de los afrodescendientes (14,2%), que en el total de la población uruguaya (10,5%).

En el informe realizado por Cabella y Bucheli (2007) se compararon las pirámides de edades de las poblaciones negra y blanca y se remarcaron las fuertes divergencias observadas en la dinámica y la estructura demográficas. En este apartado se presentan las pirámides obtenidas para 2006-2007 y se las compara con las estructuras demográficas observadas una década antes, utilizando los datos recabados en la ECH de 1996 y 1997. En estos dos años se agregó un conjunto de preguntas específicas sobre la pertenencia racial, que se llamó *módulo de raza*. A pesar de las diferencias en la formulación de las preguntas y otros problemas metodológicos

que dificultan la comparación de ambos períodos, en este trabajo se incluyen algunas comparaciones entre los resultados de ambas encuestas.⁶

En las pirámides que se presentan en la página siguiente, pueden observarse dos fenómenos, a simple vista: a) en lo que atañe a la estructura, es notorio que la población afrodescendiente es claramente más joven que la población blanca, y b) en lo que atañe a la evolución en esta última década, las diferencias en las estructuras de la población según ascendencia se han mantenido relativamente estables.

En términos generales, la estructura demográfica de la población afrodescendiente revela que esta tiene una fecundidad más alta que la población de ascendencia estrictamente blanca. Aunque en 2006-2007 se observó un descenso del peso del grupo de niños más pequeños (0-4), lo cual estaría denotando una reducción de la fecundidad, la alta fecundidad sostenida durante varias décadas determina que la proporción de niños y adolescentes sea alta en el total de la población. Entre otras cosas, ello significa que, en comparación con la población blanca, la población negra cuenta con menos adultos para hacerse cargo y transferir recursos hacia los más pequeños.

Debe notarse que, a pesar de que la población negra mantiene la forma piramidal propia de una población joven, junto con el probable descenso de la fecundidad se observa un leve envejecimiento de la población, visible en el engrosamiento en los grupos de edades adultas y adultas mayores.⁷ En este sentido, puede decirse que, aunque en mucho menor medida que la población blanca, la población afrodescendiente participa también de los procesos de reducción de la fecundidad y envejecimiento demográfico que han tenido lugar en los últimos años (Varela, 2008).

La estructura demográfica de la población afrodescendiente es muy similar a la de la población que se encuentra por debajo de la línea de pobreza en Uruguay, la que responde a un patrón demográfico netamente diferente al observado en la población de mayores recursos. En esta última, los procesos propios de la transición demográfica están ya culminados (baja fecundidad, baja mortalidad), y se estaría frente al inicio de la segunda transición demográfica; mientras que en la población perteneciente a los estratos más desfavorecidos aún se están procesando los cambios demográficos propios de la primera transición demográfica.

Otro de los aspectos que interesa conocer, desde el punto de vista demográfico, es la composición racial de las familias de los niños y adolescentes. En el cuadro 3 se presenta la proporción de personas de 0 a 19 años cuyos padres declaran tener similar ascendencia, según la ascendencia racial de los niños y adolescentes. La información se

6 El *módulo de raza* analizó información de 128.722 personas y fue recogido durante dos años consecutivos: 1996 y 1997. Para una discusión detallada de las dificultades de comparación entre el módulo de raza de 1996-1997 y la ENHA de 2006, ver Cabella y Porzecanski (2007).

7 La muestra obtenida en 1996-1997 fue hecha con el marco muestral del censo de 1985 —es decir, está bastante alejada del año en que se determinó el marco—, mientras que las muestras de 2006 y 2007 están basadas en el marco muestral obtenido a partir del censo de 2004. Se hace la aclaración ya que parte de las características de las estructuras demográficas derivadas de las ECH 1996 y 1997 pueden estar más distorsionadas, por el alejamiento del marco, que las muestras de 2006-2007. En este sentido, es probable que las irregularidades observadas en la pirámide afrodescendiente de 1996-1997 respondan en parte a este hecho. También debe destacarse que la pirámide de la población total tiene diferencias importantes con la obtenida a partir del censo de 1996. De modo que, para 1996-1997, es recomendable quedarse con una visión general de las estructuras demográficas de ambas poblaciones y de sus diferencias a grandes rasgos.

presenta solamente para aquellos niños que conviven con ambos padres, dado que es en el único caso en que es posible conocer la ascendencia racial de ambos progenitores.

Cuadro 3. Composición de la pareja parental según ascendencia de las personas de 0 a 19 años. En porcentaje.

Ascendencia de los padres	Ascendencia		
	Afro	Blanca	Total
Misma ascendencia	33,9	92,5	84,8
Distinta ascendencia	66,1	7,5	15,2
Total	100,0	100,0	100,0

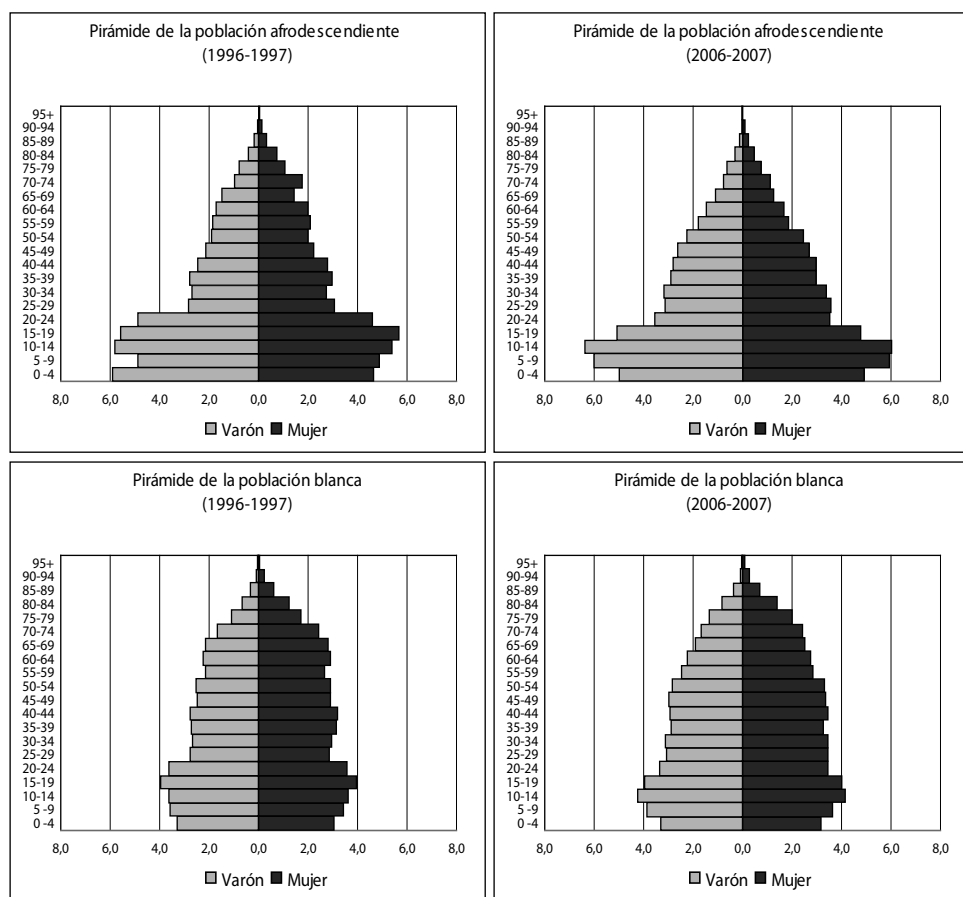
Fuente: ECH 2006 y 2007

Dada la fuerte primacía numérica de la población blanca, es esperable que la gran mayoría de niños y niñas de ascendencia blanca tengan padre y madre de igual ascendencia, mientras que, al tratarse de una minoría racial, existen mayores probabilidades de que una persona de ascendencia afrodescendiente se una con otra persona de distinta ascendencia y, en particular, perteneciente a la mayoría racial. En efecto, dos tercios de los afrodescendientes tienen padre y madre de distinta ascendencia, mientras que solo un 7,5% de los niños y adolescentes blancos tienen progenitores de distinto origen racial.

Fuera de que la correlación demográfica favorezca las uniones interraciales, particularmente entre las personas de ascendencia negra, Bucheli y Cabella (2007), usando también los datos de la ECH 2006, encontraron que las parejas uruguayas se forman siguiendo un criterio de selectividad racial. Esto significa que tanto entre personas blancas como entre personas negras existe preferencia por formar pareja con un integrante de la misma raza.

Desde el punto de vista de los niños y adolescentes, la composición racial de la pareja parental resulta de interés en la medida en que puede incidir sobre diversos aspectos de la socialización de los hijos, relacionados con la identidad racial. Desde esta perspectiva, sería importante conocer en qué medida las diferencias raciales entre los padres, claramente más importantes entre los niños afrouruguayos, implican ventajas o desventajas respecto a la predominante homogeneidad racial de las familias de los niños blancos.

Gráficas 1 a 4. Pirámides de población según ascendencia en 1996-1997 y 2006-2007



Fuente: ECH

El acceso al sistema de salud

En la medida que el acceso a la salud es un derecho de los niños y que el desarrollo físico en la infancia está en estrecha relación con el estado de salud, es de gran importancia contar con indicadores de salud que permitan establecer el bienestar en esta dimensión, y determinar si existe desigualdad racial en lo que atañe a la cobertura y a la calidad de atención en la salud. Lamentablemente, la información de la encuesta de hogares es poco adecuada para analizar el segundo de los aspectos. La ENHA 2006 incluyó un módulo específicamente orientado a recoger información más detallada sobre la atención y el estado de salud, pero como en este caso se trata de realizar comparaciones de una subpoblación (0-19 años) de una minoría racial, el número de casos no permite analizar este módulo.

Por otra parte, los registros administrativos de nacimientos y defunciones podrían ser un buen instrumento para analizar eventuales diferenciales de salud, sin

embargo, a pesar de que la variable *raza* está incorporada en los formularios de nacimientos y defunciones, en los microdatos no se incluye la información sobre la ascendencia racial.

Los trabajos que se han focalizado recientemente en el estado de salud de los niños uruguayos muestran que en los niños pertenecientes a hogares de bajos ingresos se registra un mayor retraso de talla; así como cuanto más bajo es el nivel educativo de la madre, mayores son los problemas de nutrición en los niños (Amarante et al., 2007; UNICEF, 2007). Estos trabajos no presentan datos discriminados según la ascendencia racial de los niños, pero, dado que una gran proporción de los niños y adolescentes afrouruguayos pertenece a los estratos más bajos de ingreso, es muy probable que una gran mayoría de ellos presente problemas de nutrición y desarrollo físico, en una medida similar a la encontrada en los niños uruguayos pertenecientes a los sectores pobres.

Cuadro 4. Tipo de cobertura entre personas de 0 a 19 años según ascendencia⁸

Tipo de cobertura	Ascendencia		
	Afro	Blanca	Total
Cobertura total	93,1	93,0	93,0
Cobertura parcial	3,3	3,7	3,6
Sin cobertura	3,6	3,4	3,4
Total	100,0	100,0	100,0

Fuente: ECH

Respecto a la cobertura de los servicios de salud, sí es posible obtener información a partir de las ECH. En el cuadro 4 puede observarse que no existen diferencias en los niveles de cobertura: independientemente de su ascendencia, más del 90% de los niños y adolescentes tienen cobertura total, y cerca de un 3% no están cubiertos ni de forma completa ni parcial. Si se considera únicamente este indicador, puede decirse que, al menos en lo que atañe al acceso a los servicios de salud y sin considerar su calidad, no se registran desigualdades raciales en la infancia y la adolescencia.

Las características familiares de los hogares

En esta sección se presenta información respecto a los arreglos familiares en los que pasan toda o parte de su infancia los niños y adolescentes, de acuerdo con su pertenencia racial. Diversos estudios han mostrado para otros países que la población negra presenta particularidades que son propias a sus tradiciones históricas y culturales, en lo que atañe a la formación y a las características de sus familias (Chaunu, 1960). Por ejemplo, un rasgo típico de las familias negras en Estados Unidos es la alta proporción de niños que viven solo con su madre, respecto a los niños blancos pertenecientes a los mismos estratos socioeconómicos (Lichter, 2006;

⁸ Este indicador replica el indicador presentado en Setaro y Colas, 2008.

McLanahan, 2004). Esta característica se relaciona tanto con rasgos culturales propios como con la posición social que ocupan los afrodescendientes en este país.

Para el análisis de la composición familiar se elaboró una variable que permite discernir si los padres (biológicos o adoptivos) de los niños y adolescentes conviven con sus padres, independientemente de la estructura del hogar en el que se encuentren. Esto quiere decir que si una niña vive con su madre y su padre, pero al interior de un hogar extendido cuya jefa es la abuela, se considera que la niña pertenece a un núcleo biparental.

En la categoría *biparental* se incluyen las personas que conviven con ambos padres, la categoría *monoparental* se conforma por aquellos núcleos integrados por un progenitor (cerca del 90% de los casos, con la mujer) y uno o más hijos. La categoría *reconstituido* representa aquellos núcleos en que existe un progenitor con sus hijos, que convive con una pareja que no es padre o madre de al menos uno de ellos.

Debe señalarse también que, a pesar de que existe una controversia aún no resuelta respecto a los efectos de la estructura familiar sobre los desempeños de los niños, hay consenso respecto a que en la mayoría de los casos la falta de uno de los progenitores en el hogar resiente el bienestar económico de los niños (Lichter et al., 2006; McLanahan, 2004; Kaztman y Filgueira, 2001).

Son varios los factores que contribuyen al deterioro económico de los hogares en que falta uno de los progenitores, entre ellos, la ausencia de quien aporta ingresos juega un rol fundamental, particularmente si el progenitor que falta (en el caso de las separaciones conyugales) no transfiere dinero al hogar donde viven sus hijos. En el caso de Uruguay, el incumplimiento con el pago de las pensiones alimenticias afecta a casi el 60% de los niños cuyos padres se separan (Bucheli, 2003).

Cuadro 5. Estructura del núcleo familiar según edad quinquenal y ascendencia.

Grupo de edad	Afrodescendiente				
	Biparental	Monoparental	Reconstituido	Otra	Total
0-4	68,1	26,1	4,1	1,7	100,0
5-9	59,9	26,2	9,7	4,2	100,0
10-14	55,5	26,3	12,3	5,9	100,0
15-19	50,5	30,4	10,4	8,7	100,0
Total	58,5	27,1	9,3	5,1	100,0
Grupo de edad	Blanca				
	Biparental	Monoparental	Reconstituido	Otra	Total
0-4	73,9	21,2	3,4	1,4	100,0
5-9	65,7	21,7	9,5	3,2	100,0
10-14	61,2	22,6	11,8	4,4	100,0
15-19	58,2	24,3	10,3	7,1	100,0
Total	64,3	22,5	9,1	4,1	100,0

Fuente: ECH 2006 y 2007

En el cuadro anterior puede observarse que, a todas las edades, los afrodescendientes tienen menores probabilidades de convivir con ambos padres. No se presentan, sin embargo, diferencias respecto a la proporción de niños que viven en hogares reconstituidos y tampoco respecto a la categoría *otra*. Cabe consignar que, en su mayoría, esta categoría involucra a niños y adolescentes que no conviven con su padre y/o madre. En la mayoría de los casos, se trata de niños pequeños que viven con sus abuelos o adolescentes y conviven con otros parientes.

No se registran diferencias de género y ascendencia en el análisis de los hogares. La participación de varones y niñas por tipo de hogar según su grupo de edad es muy similar, por lo que no se presentan los datos separados para varones y niñas.

El siguiente cuadro da cuenta del tipo de núcleo al que pertenecen las personas menores de 20 años, en función de su ascendencia y del quintil de ingreso en el que se ubican.

Cuadro 6. Distribución de la población de 0 a 19 años según quintil de ingreso, tipo de núcleo familiar y ascendencia. En porcentaje.

Quintil de ingreso	Afrodescendiente				
	Biparental	Monoparental	Reconstituido	Otra	Total
1	53,9	30,7	10,2	5,2	100,0
2	59,4	25,8	9,6	5,2	100,0
3	66,1	20,4	7,8	5,7	100,0
4	64,8	23,3	7,7	4,2	100,0
5	68,0	24,7	4,4*	2,9*	100,0
Total	58,5	27,1	9,3	5,1	100,0
Quintil de ingreso	Blanca				
	Biparental	Monoparental	Reconstituido	Otra	Total
1	56,2	28,4	11,0	4,4	100,0
2	63,0	22,3	9,8	4,9	100,0
3	66,4	19,9	9,0	4,7	100,0
4	69,6	19,8	6,9	3,7	100,0
5	75,1	16,8	6,1	2,1	100,0
Total	64,3	22,5	9,1	4,1	100,0
Quintil de ingreso	Total				
	Biparental	Monoparental	Reconstituido	Otra	Total
1	55,7	29,0	10,8	4,5	100,0
2	62,3	23,2	9,6	4,9	100,0
3	66,2	20,2	8,9	4,8	100,0
4	69,0	20,1	7,1	3,8	100,0
5	74,9	17,1	5,9	2,1	100,0
Total	63,4	23,3	9,1	4,3	100,0

Fuente: ECH 2006 y 2007

* n.º de casos en la muestra menor a 30

Tanto en el caso de los niños negros como en el de los niños blancos los arreglos familiares siguen la tendencia observada para toda la población: la población perteneciente a los quintiles más bajos de ingreso tiene mayores probabilidades de estar en un núcleo monoparental y, a la inversa, a medida que aumenta el estrato de ingreso es más probable que una persona conviva en su infancia con ambos progenitores.

Como ya se ha señalado, en el caso uruguayo estas diferencias por ingreso económico no se presentan cuando se analizan hogares, por ejemplo, los hogares monoparentales no son particularmente más pobres que los biparentales (Cabella, 2007; Vigorito, 2003). En este caso se están analizando núcleos y no hogares, ello permite determinar, para cada niño, si convive con uno, ambos o ningún progenitor, independientemente de la estructura del hogar.⁹

Respecto a las diferencias en los tipos de familia según la ascendencia, se observa que ambos grupos tienen un comportamiento similar al del total de población. En los primeros quintiles las diferencias no son relevantes, los arreglos familiares de ambos grupos de ascendencia son muy similares durante la infancia, sin embargo, en los quintiles más altos de ingreso se observa que los niños afrodescendientes tienen menos probabilidades de convivir con ambos progenitores y mayores probabilidades de estar en núcleos monoparentales, respecto a sus pares blancos en los quintiles 4 y 5.

En suma, en el análisis de las estructuras de los núcleos familiares se encuentra que los niños afrodescendientes tienen mayores probabilidades de pasar, al menos parte de su infancia, en un hogar monoparental. En contrapartida, están menos representados en los arreglos familiares en que están presentes ambos progenitores. Las diferencias, si bien significativas, no son de mayor magnitud. Puede decirse que, desde el punto de vista de las formas de convivencia familiar, los niños afrodescendientes no presentan grandes divergencias respecto a los niños de ascendencia blanca. No se registran, en Uruguay, formas familiares particulares de la minoría afrodescendiente, asociadas a prácticas y tradiciones culturales propias de esta población.

4. Indicadores de bienestar económico

Las diferencias de oportunidades para los niños dependen fundamentalmente de las condiciones de su hogar de origen y de los recursos que estos puedan poner a su disposición, para asegurar el bienestar en términos de nutrición, vivienda, educación, cuidados, etcétera. Los padres y madres que pertenecen a sectores con mayores recursos tienen, en teoría, los medios para dar mejores oportunidades (económicas, de ascenso social, etcétera) para sus hijos. En términos generales, esta disparidad inicial es, en gran parte, responsable por la transmisión intergeneracional de la desigualdad social y económica, la que se profundiza si los gobiernos no generan políticas de intervención para reducir las brechas (Sawhill y McLanahan, 2006).

9 La diferencia entre analizar el núcleo y no el hogar es que cuando se presenta información de arreglos familiares referida al hogar, la estructura familiar de cada persona se determina en función de los parentescos relevados en relación con el jefe o jefa de ese hogar. A partir de la ENHA 2006 es posible saber, para las personas que están en pareja y para los hijos o personas menores de 18 años, otras relaciones de parentesco (filiales y conyugales), además de las existentes con el o la jefa del hogar.

Cuadro 7. Indicadores de las madres de niños y adolescentes (0 a 19 años) según ascendencia

Indicadores	Ascendencia	
	Afrodescendiente	Blanca
Grupo de edad (%)		
<30	25,1	18,6
30-39	42,1	40,4
>=40	32,8	41,0
Indicador de educación		
Promedio de años de estudio	7,5	9,3
Indicadores de trabajo		
Trabaja tiempo completo (%)	61,0	55,0
Trabaja medio tiempo (%)	39,0	45,0
No trabaja (%)	52,7	44,6
Aporta (jubilación) (%)	45,8	62,6

Fuente: ECH 2006 y 2007

En el cuadro 7 se presentan algunos indicadores de las madres de los niños y adolescentes, según estos sean afrodescendientes o blancos. Estos indicadores (edad, participación en el mercado de trabajo y educación) han sido utilizados como *proxy* de la capacidad económica de las madres para solventar el cuidado de los niños y aportarles seguridad económica (Kamerman, 2003; McLanahan, 2004).¹⁰

En todos los casos los datos sugieren que los niños afrodescendientes tienen madres con menores recursos económicos para asegurar el bienestar económico del hogar y, en consecuencia, brindar mejores oportunidades para sus hijos. Los niños afrodescendientes tienen mayores chances de tener madres más jóvenes. En términos de recursos económicos eso significa que en general ganan menos, en la medida que el ingreso suele aumentar con la edad. Asimismo, las mujeres jóvenes tienen tasas más altas de desocupación (Amarante, 2007).

Si a ello se suma que sus madres acumulan casi dos años menos de educación que las madres de los niños y adolescentes de ascendencia blanca, es esperable que sus condiciones en el mercado laboral sean peores respecto a las madres de niños de ascendencia blanca. Las madres de niños afrodescendientes tienen menos probabilidad de estar ocupadas y, cuando lo están, es menor la proporción que trabaja a tiempo completo, respecto a las madres de niños blancos. Las primeras tienen mayores probabilidades de estar ocupadas en trabajos precarios, como puede observarse a partir de la mayor proporción de madres de niños afrodescendientes

¹⁰ Además de que existen otras razones por las cuales las características maternas son mejores que las paternas para predecir el bienestar de los niños (ver McLanahan, 2004), poco más del 30% de los niños y adolescentes entre 0 y 19 años no conviven con su padre, lo cual disminuye la información disponible sobre ellos.

que no aportan para su jubilación, lo que puede tomarse como un indicador de informalidad en el trabajo.

La pobreza de ingresos es uno de los indicadores básicos, que da cuenta de los recursos económicos existentes en un hogar para proveer los distintos insumos necesarios para su reproducción cotidiana. Si bien se busca cada vez más tomar en cuenta la multidimensionalidad de la pobreza, en el caso de la desigualdad racial, este único indicador revela las profundas diferencias que existen entre las condiciones de vida de los niños blancos y negros.

En el siguiente cuadro puede observarse no solo la gran diferencia en los niveles de pobreza de los niños y adolescentes según su pertenencia racial, sino, también, el agravamiento de la distancia entre la población blanca y negra en lo que refiere a la pobreza en el correr de la última década.

Cuadro 8. Población entre 0 y 19 años según ascendencia y pobreza.¹¹ En porcentaje. (Uruguay urbano, 1996-1997 y 2000)

Grupos de edad	1996-1997			2007		
	Afro	Blanca	Brecha	Afro	Blanca	Brecha
0-4	64,7	43,5	21,3	74,2	49,4	24,8
5-9	59,5	38,1	21,4	72,5	49,2	23,3
10-14	58,7	36,9	21,7	71,4	48,6	22,8
15-19	46,8	29,2	17,5	62,0	37,4	24,6
Total	42,8	22,2	20,6	56,67	28,5	28,2

Fuente: ECH de 1996-1997 y 2007

Como fue señalado al principio de este trabajo, Uruguay ha registrado un fuerte proceso de infantilización de la pobreza, a lo que se suma que la crisis económica que vivió el país entre fines de la década de 1990 e inicios del presente siglo, implicó un aumento muy importante de los niveles de pobreza.

De acuerdo con los datos que se muestran en el cuadro 8 las proporciones de menores de 19 años que estaban bajo la línea de pobreza eran considerablemente más bajas a mediados de la década de 1990. Otro aspecto que merece ser destacado, además de la diferencia abismal entre la proporción de niños pobres según su raza (los niños pobres de ascendencia negra son el doble que los de ascendencia blanca en ambos períodos), es que esa diferencia es mayor en 2007.

En principio, cabe suponer que el aumento de la pobreza y, en particular, el deterioro de la distribución del ingreso ocurridos en la última década (PNUD, 2008) dejó como secuela una polarización mayor entre los niveles de bienestar económico de blancos y negros en la población uruguaya. Si bien la brecha se amplía en todos los grupos de edades, su ensanchamiento parece particularmente relevante en los adolescentes (15-19).

11 En este único caso la estimación de pobreza de 2007 fue realizada a partir de la línea INE 1996, a efectos de hacer comparable la información con la línea de pobreza de 1996-1997. En ambos casos solo fue considerada la población residente en localidades de 5.000 y más habitantes.

Cuadro 9. Distribución de personas de 0 a 19 años según quintil de ingreso, grupo de edad quinquenal y ascendencia. En porcentaje.

Quintil de ingreso	Afrodescendiente				
	0-4	5-9	10-14	15-19	Total
1	50,5	48,3	48,0	40,2	47,0
2	25,8	27,6	28,3	27,0	27,2
3	14,0	13,5	13,7	17,3	14,5
4	6,7	7,5	7,3	10,7	7,9
5	3,2	3,2	2,6	4,7	3,4
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Quintil de ingreso	Blanca				
	0-4	5-9	10-14	15-19	Total
1	32,9	31,6	30,3	21,8	29,0
2	23,4	25,0	24,1	21,0	23,4
3	17,6	18,3	18,3	20,2	18,6
4	13,9	13,6	14,3	19,2	15,3
5	12,1	11,5	13,0	17,7	13,6
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: ECH 2006 y 2007

La información de la distribución de los niños y adolescentes blancos y afrodescendientes en los quintiles de ingreso simplemente corrobora la fuerte representación de estos últimos en los peores estratos de la distribución. A modo de ejemplo, el 50% de los niños afrodescendientes de 0 a 4 años pertenece al primer quintil de ingresos y solo un 3,2% se ubica en último quintil. En los niños de ascendencia blanca, a esas mismas edades, la probabilidad de estar en el estrato más bajo de ingresos es del 33% (17 puntos porcentuales menos que los niños afrodescendientes), mientras que el 12% (el triple que los niños negros) pertenece al estrato más rico de la población.

5. La participación y el desempeño en el sistema educativo

La educación es uno de los predictores más importantes de otros logros en distintas esferas de la vida: posición social y económica, salud, comportamiento demográfico, etcétera.

Existe un consenso generalizado respecto a que las desigualdades educativas comienzan a perfilarse en las familias de origen y que sus consecuencias se extienden a lo largo de toda la vida (Kamerman et al., 2003). En las sociedades contemporáneas, la educación es una de las herramientas más poderosas para acceder al bienestar general y, en particular, al bienestar económico. Así, en la medida que existe una fuerte asociación entre la posición laboral, el ingreso y la educación, la persistencia de las desigualdades educativas entre sectores es uno de los mecanismos más importantes de perpetuación de las desigualdades sociales.

Por otro lado, existe una vasta bibliografía que documenta que la brecha educativa persiste en las personas de origen afrodescendiente respecto a la población blanca, en la medida que la desigualdad racial constituye una de las principales fuentes de las disparidades sociales.

En el caso de Uruguay, Bucheli y Porzecanski (2008) concluyen que si bien la discriminación racial incide en la desigualdad salarial que se observa en el mercado laboral uruguayo entre afrodescendientes y blancos, las diferencias en la acumulación en capital humano juegan un papel decisivo en la conformación de la brecha salarial. Esta conclusión está en línea con los resultados obtenidos en diversos estudios sobre América Latina; en la gran mayoría se ha jerarquizado el papel preponderante que juega la educación en las sistemáticas brechas salariales entre grupos raciales de los mercados laborales de la región (Florez et al., 2001).

En este apartado se analizará la desigualdad racial en lo que refiere a la asistencia a centros educativos y al desempeño de los niños y adolescentes en función de su pertenencia racial, medido a través del rezago educativo y de los egresos de los distintos ciclos de la enseñanza. Las diferencias en los logros educativos entre personas negras y blancas es uno de los aspectos que ha sido señalado sistemáticamente en los escasos diagnósticos que tratan el tema (Mundo Afro, 1998; Beltrami, 1998; Bucheli y Cabella, 2007; Foster, 2001).

Todos estos estudios consignan que, a pesar de que las sucesivas generaciones de uruguayos logran acumular más años de estudio, las brechas entre blancos y negros permanecen estables o experimentan mejoras de muy escasa magnitud.

Recientemente, un estudio de Rafael Porzecanski (2008) analiza las determinantes de la brecha educativa entre escolares y liceales blancos y afrodescendientes. Sus resultados indican que las características de los hogares de origen juegan un rol preponderante en la generación de esta brecha, pero que otros aspectos, por ejemplo la calidad de la educación a la que accede uno y otro grupo y la discriminación racial, inciden también en la desigualdad educativa.

La evolución de la asistencia al sistema educativo según edad y ascendencia sigue el patrón ya conocido para Uruguay a partir de estudios anteriores:¹² las brechas son menores en el sistema inicial y en el ciclo básico, no existen en la fase de educación primaria y se amplían intensa y crecientemente a partir de los 15 años. Este último aspecto da cuenta de la fuerte deserción de los adolescentes negros del bachillerato y, en consecuencia, de su escasa participación en el sistema educativo después de los 18 años, la edad a partir de la cual, teóricamente, se produce el ingreso al ciclo de educación superior. Obsérvese que cerca del 50% de los jóvenes blancos entre 18 y 20 años asisten al sistema educativo, y que esta proporción se reduce a 30% en los jóvenes negros de ese mismo grupo etario.

12 Véase, por ejemplo: Cabella y Bucheli, 2007; Beltrami, 1998.

Cuadro 10. Porcentaje de asistentes al sistema educativo según ascendencia y grupo de edad (en %)

Grupo de edad	Afro	Blanca	Total
3 a 5	69,4	74,5	73,8
6 a 11	99,6	99,7	99,7
12 a 14	91,9	94,9	94,5
15 a 17	62,1	76,4	74,6
18 a 20	29,8	49,4	47,3

Fuente: ECH 2006 y 2007

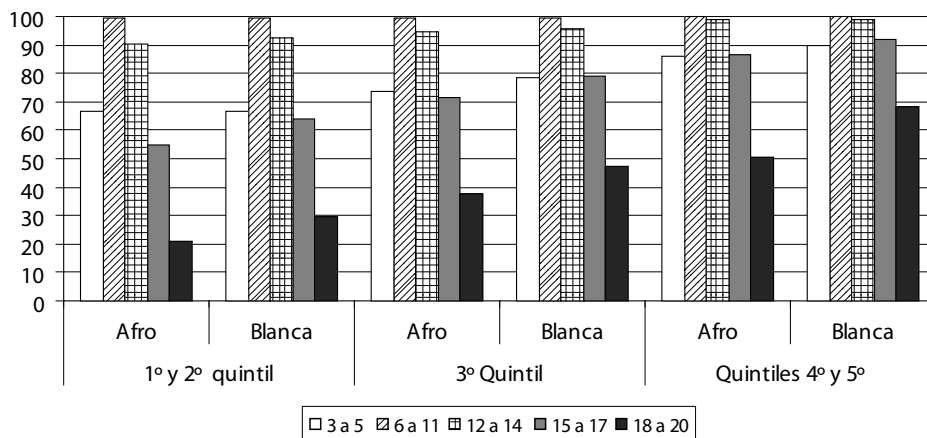
La amplia cobertura del ciclo primario es un logro social que Uruguay alcanzó hace ya varias décadas. Actualmente, se considera que la cobertura en este ciclo es universal y alcanza prácticamente al 100% de los niños en edad de asistir a la enseñanza primaria. Durante la última década, uno de los avances más importantes del sistema educativo ha sido la incorporación de los niños de 4 y 5 años a la educación formal (Cardozo, 2008; *Desarrollo Humano*, 2008). Otro aspecto a destacar a partir de estos estudios es que este aumento se ha registrado particularmente en los sectores de menores ingresos. No es posible analizar la evolución de la asistencia al ciclo inicial tomando en cuenta la identidad racial de los niños, pero es muy factible que este grupo se haya visto favorecido por este proceso, en la medida que tiene una participación muy alta en los estratos más pobres de la población.

La participación en la educación inicial o preescolar ha sido estudiada con el fin de evaluar si mejora las chances de los sectores con menores recursos para entrar en mejores condiciones al sistema escolar y, por ende, si reduce la desigualdad educativa en el inicio de la fase primaria (Rouse et al., 2005). Otros estudios evalúan este indicador en relación a las oportunidades de movilidad social en el futuro (Kearney, 2006).

Estos estudios concluyen que la asistencia al preescolar tiene efectos positivos significativos sobre el desempeño posterior de estos grupos y la reducción de las disparidades raciales, cuando se trata de programas intensivos y de muy alta calidad dirigidos a los niños de bajos y muy bajos recursos económicos. También destacan la importancia del inicio temprano del ciclo inicial, en especial a partir de los tres años (Rouse et al., 2005).

Las evaluaciones realizadas en Uruguay muestran que el fuerte crecimiento de la cobertura de niños de 4 y 5 años en el sistema público no tuvo mayores impactos sobre los logros en primaria, medidos a partir de la repetición. Entre los factores que probablemente inciden en la falta de resultados se señala la baja tasa de asistencia, que se registra en el ciclo inicial del sistema público (Cardozo, 2008).

Gráfico 5. Porcentaje de asistentes al sistema educativo por ascendencia, grupo de edad y quintil de ingreso agrupado



Fuente: ECH 2006 y 2007

En términos generales, la asistencia a la educación inicial sobrepasa el 60% de los niños entre 3 y 5 años en todos los quintiles, pero aumenta fuertemente en los quintiles más altos, en los que prácticamente alcanza al 90% de estas cohortes. La cobertura de este ciclo es bastante pareja para ambos grupos raciales e incluso se observa una asistencia similar en niños negros y blancos al interior de todos los quintiles, a pesar del leve ensanchamiento de la brecha de cobertura en los quintiles más altos.

Puede decirse que la *igualdad de acceso* parece garantizada en este ciclo, sin embargo, es muy factible que, dado los escasos efectos sobre los desempeños posteriores comentados en el párrafo anterior, la *igualdad de resultados* sea un objetivo aún no alcanzado. En la medida que una parte desproporcionada de los niños negros pertenecen a los estratos de más bajos recursos, los distintos problemas que enfrentan las instituciones educativas para asegurar la calidad de la educación y la asistencia al ciclo inicial (en este último caso también se añaden las dificultades de la familia) afectan, en concordancia, las posibilidades de reducir las brechas raciales educativas que se crean a lo largo de la infancia y la adolescencia.

En lo que refiere a la *igualdad de resultados*, diversos trabajos compilados en Winkler y Cueto (2004) presentan evidencia de brechas significativas en el rendimiento escolar de niños blancos respecto a indígenas y afrodescendientes, en varios países de América Latina. De acuerdo con estos informes, los niños pertenecientes a minorías étnicas y raciales obtienen peores puntajes sistemáticamente y presentan, además, mayores tasas de deserción.

Los datos de las encuestas de hogares no proporcionan información respecto a los rendimientos escolares. En el caso de Uruguay, en los últimos años se realizaron diversas evaluaciones que controlan los desempeños educativos por la posición so-

cial y el acceso a recursos de sus hogares. En el estudio PISA 2006, se encontró que los desempeños en áreas como lectura y matemática dependían, de forma estrecha, de la composición social, económica y cultural de la escuela a la que pertenecen los niños (PISA, 2007).

Este estudio muestra, por ejemplo que, en un entorno *muy desfavorable*, el 70% de los liceales no desarrollaron competencias científicas básicas, mientras que ese valor se reduce a 8% en las instituciones catalogadas como de entorno *muy favorable*, independientemente de si se tratan de instituciones públicas o privadas (ANEP, 2007). Si se considera que una parte desproporcionadamente importante de los niños afrodescendientes pertenece a sectores de muy escasos recursos, es bastante razonable suponer que sus rendimientos sean bajos o muy bajos. En los alumnos del ciclo de educación primaria los resultados son similares, y se encuentra una marcada brecha de aprendizajes en función del contexto social de origen de los alumnos (ANEP, 2005).

En suma, un aspecto que parece crucial es poder contar con información que dé cuenta de la calidad de la educación a la que acceden los niños uruguayos según su pertenencia racial, así como incluir la variable racial en los estudios que miden los rendimientos escolares.

Cabe detenerse en la brecha de asistencia que se registra en los dos últimos grupos etarios, es decir, en las edades teóricas en que los adolescentes cursan el segundo ciclo de secundaria e ingresan al sistema de educación superior. En estas edades se pierde la paridad observada en la asistencia a los ciclos inferiores y se observa que, incluso ubicados en el mismo quintil de ingreso, los adolescentes y jóvenes negros presentan tasas de asistencia significativamente menores que sus coetáneos de ascendencia blanca (cuadro 10 y gráfico 5).

Es posible que varios factores expliquen este fenómeno. La discriminación racial es uno de los factores que merece más atención, en la medida que diversos mecanismos asociados a la estigmatización pueden estar incidiendo en un abandono precoz del sistema educativo. Porzecanski (2008) señala, por ejemplo, que los peores desempeños educativos de los adolescentes afrodescendientes, no explicados por sus características socioeconómicas, podrían deberse a procesos de discriminación sutiles al interior del sistema educativo o a la percepción de que una mayor inversión en educación no les reportará las mismas ventajas económicas que a sus pares de ascendencia blanca.

Puede suceder también que muchos de esos hogares que incluyen adolescentes afrodescendientes mejoren su posición en la distribución, justamente porque dejan de estudiar para obtener un ingreso adicional para el hogar. Lo que estaría revelando un círculo vicioso que contribuye a perpetuar la desigualdad racial.

El siguiente cuadro evalúa la proporción de personas que culminaron cada uno de los ciclos educativos previos al ingreso a la educación superior. Más del 90% de los adolescentes finalizó la educación primaria antes de alcanzar los 18 años. Esta proporción es similar en adolescentes de ascendencia blanca y negra, a pesar de que

en estos últimos se registra una diferencia de 5 puntos porcentuales menos respecto a los adolescentes de ascendencia blanca.

Obsérvese incluso que los adolescentes pobres de ascendencia blanca tienen mayores probabilidades de haber culminado la enseñanza primaria que los adolescentes pobres considerados en su conjunto. Estos dos patrones se repiten y se agudizan en los ciclos educativos de secundaria. Si bien la probabilidad de haber terminado los ciclos de la enseñanza secundaria decrece de forma abrupta para toda la población, la brecha entre adolescentes afrodescendientes y blancos se ensancha notoriamente en ambos ciclos.

Menos de la mitad de los jóvenes negros entre 18 y 20 años terminaron el primer ciclo de secundaria, respecto al 70% de sus pares de ascendencia blanca. Asimismo, se encuentra que es significativamente menor la proporción de jóvenes negros pobres que terminaron el primer ciclo de secundaria, respecto a los jóvenes blancos también en situación de pobreza (33% y 46%).

Cuadro 11. Culminación de ciclos educativos según edad, ascendencia y pobreza. En porcentaje.

Ciclo educativo	Afro		Blanca		Total	
	Todos	Pobres	Todos	Pobres	Todos	Pobres
Primaria (15-17 años)	92,4	89,3	96,9	93,7	96,3	92,9
Primer ciclo de secundaria (18-20 años)	48,3	33,3	70,5	46,3	68,1	44,1
Segundo ciclo de secundaria (21-23 años)	16,0	6,8	37,5	9,1	35,3	9,0

Fuente: ECH 2006 y 2007

En definitiva, en la población pobre, los jóvenes negros tienen peores desempeños educativos que los jóvenes blancos. Como fuera señalado más arriba, ello significa que, además de la pobreza de ingresos actual, deben buscarse otros factores que expliquen la brecha observada en estos indicadores. Una situación similar se observa al analizar el indicador de rezago en los niños con edad de cursar el ciclo de educación primaria.¹³

Cuadro 12. Niños entre 7 y 12 años de edad con rezago educativo, según pobreza y ascendencia. En porcentaje.

Pobreza	Afro	Blanca	Total
Pobre	21,8	16,4	17,5
No pobre	11,7	5,2	5,8
Total	18,1	9,9	11,1

Fuente: ECH 2006 y 2007

13 El rezago se estimó restando la edad actual del estudiante menos seis años, menos los años aprobados. Para realizar esta estimación se consideraron solamente los niños entre 7 y 12 años. Cuando la diferencia obtenida fue igual o mayor a dos años, se consideró que había rezago o extraedad. (ANEP, 2005).

En el total, la proporción de niños afrodescendientes que presentan rezago escolar duplica a la de los niños blancos. Esta situación se replica comparando las proporciones de niños con rezago escolar que superan el umbral de pobreza. En los niños pobres, si bien se mantiene una diferencia importante, la brecha se atenúa.

6. Indicadores de actividad

Los resultados del informe de Bucheli y Cabella (2007) dan cuenta de las fuertes diferencias que se presentan entre los adolescentes blancos y negros, respecto al abandono de los estudios y la entrada al mercado de trabajo. Dicho informe deja claro que los jóvenes afrodescendientes abandonan más temprano el sistema educativo que sus pares blancos, y que comienzan a trabajar más jóvenes.

Cuadro 13. Distribución de personas entre 14 y 19 años según sexo, ascendencia y tipo de actividad. En porcentaje.

Actividad	Afrodescendiente			Blanca		
	Varón	Mujer	Total	Varón	Mujer	Total
Ocupados	32,4	14,2	23,8	24,7	12,0	18,4
Desocupados	14,5	12,3	13,5	11,2	9,3	10,2
Tareas del hogar	2,8	14,0	8,1	1,8	7,4	4,6
Estudiante	40,0	53,7	46,5	54,6	67,0	60,7
Otros inactivos	10,3	5,8	8,1	7,7	4,3	6,0
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Nota: la población total encuestada entre 14 y 19 años es de 36.750 personas, de las cuales 4.640 son afrodescendientes. Fuente: ECH 2006 y 2007

El cuadro 13 se concentra en el análisis de la actividad del grupo que tiene entre 14 y 19 años. Los resultados reafirman las aseveraciones realizadas en el párrafo anterior: el porcentaje de adolescentes afrodescendientes ocupados es mayor que el de adolescentes blancos en la misma actividad y, en contrapartida, existe una proporción sensiblemente menor que declara que su actividad principal es estudiar. Otro aspecto que llama la atención es el elevado porcentaje de adolescentes negras que se dedican exclusivamente al trabajo doméstico.

En cuadro siguiente se presenta la misma información, pero discriminada en función de los niños que pertenecen a hogares que están por encima o por debajo de la línea de pobreza.¹⁴

14 Se utilizó la línea de pobreza INE 2002. Solo fue considerada la población residente en localidades de 5.000 y más habitantes.

Cuadro 14. Distribución de las personas entre 14 y 19 años según ascendencia, pobreza y actividad principal. En porcentaje. (Uruguay)

Actividad principal	No pobres		
	Afro	Blanca	Total
Ocupados	25,1	16,8	17,5
Desocupados	10,8	8,7	8,9
Tareas del hogar	4,9	2,4	2,7
Estudiante	54,0	67,8	66,6
Otros inactivos	5,1	4,3	4,4
Total	100,0	100,0	100,0
Actividad principal	Pobres		
	Afro	Blanca	Total
Ocupados	22,0	19,1	19,7
Desocupados	16,5	14,7	15,1
Tareas del hogar	10,1	8,1	8,5
Estudiante	40,9	48,8	47,2
Otros inactivos	10,6	9,3	9,5
Total	100,0	100,0	100,0

Fuente: ECH 2006 y 2007

Cabe destacar que, si se analiza por pobreza, las proporciones de ocupados según ascendencia se acercan entre los grupos de ascendencia. Sin embargo, debe observarse que prácticamente no disminuye la brecha de ascendencia entre los que están estudiando en este grupo de edad, tomando en cuenta si son pobres o no. De los adolescentes afrodescendientes que no son pobres, el 54% está estudiando, mientras que en sus pares blancos este porcentaje asciende a 67,8%. Obsérvese que sigue siendo considerablemente más alta la participación de los afrodescendientes en el trabajo doméstico, comparada con la población de ascendencia blanca.

7. Conclusiones

El objetivo de este informe consistió en retratar empíricamente las condiciones de vida y las características de los niños y adolescentes afrouuguayos, en comparación con sus pares de ascendencia blanca. El trabajo, de corte descriptivo, pretende contribuir al diagnóstico de las desigualdades raciales experimentadas en la infancia y la adolescencia, y a la identificación de las áreas en que se manifiestan.

Los resultados son contundentes respecto a la fuerte desigualdad racial que se manifiesta en las condiciones de vida y en las oportunidades de los niños y adolescentes afrodescendientes. En todos los indicadores de bienestar analizados, se encontró que existen fuertes diferencias entre niños blancos y negros, y que estos últimos están en franca desventaja, si se consideran las fuertes diferencias en los niveles de varios indicadores.

Los niños y adolescentes negros experimentan niveles de pobreza significativamente más altos que los niños blancos; egresan del sistema educativo con mayor precocidad que sus pares de ascendencia blanca, por lo cual es considerablemente menor la proporción de jóvenes negros que logran completar el ciclo de educación secundaria.

Uno de los aspectos que debería tomarse en cuenta para actuar sobre la reducción de las desigualdades educativas se relaciona con la asistencia al sistema de educación inicial. En efecto, en este ciclo existe una cobertura que está llegando a la universalización y las diferencias de asistencia son pequeñas entre las distintas ascendencias.

Dada la importancia creciente que se le está prestando a la educación temprana como un posible mecanismo de reducción de las desigualdades educativas en los siguientes ciclos de la enseñanza, parece relevante redoblar los esfuerzos no solo para lograr una alta cobertura a partir de los tres años, sino para brindar servicios educativos de alta calidad. Como fuera señalado más arriba, esta estrategia ha tenido impactos en las desigualdades raciales y sociales en otros países.

No solo los niños y adolescentes afrodescendientes son los que experimentan actualmente condiciones de insuficiencia de recursos económicos y de exclusión social, y tienen, por ende, un serio recorte de sus oportunidades en el futuro. La importante proporción de niños pobres que tiene el país y aquellos que están en los peores lugares de la distribución del ingreso comparten esa misma situación.

Sin embargo, cabe señalar que los niños negros tienen probabilidades significativamente mayores que el resto de pertenecer a estos estratos. Ya sea por falta de movilidad en el pasado más remoto o más cercano, por los efectos de la discriminación racial o por la combinación de diversos factores, la información presentada indica que si un niño proviene de una familia integrada por uno o ambos padres negros, su bienestar en la infancia es menor que el de un niño blanco y, probablemente, sus oportunidades en el futuro estarán más comprometidas que las de un niño blanco.

Incluso en un mismo estrato de ingresos, los niños y adolescentes afrodescendientes presentan condiciones de vida y resultados educativos peores que sus pares de ascendencia blanca. Desde esta perspectiva, es necesario investigar cuáles son los factores que se suman a las dificultades provenientes de las familias de origen, para determinar que, aun en condiciones económicas similares a las de otros niños de su misma edad, los niños afrodescendientes tengan, durante la infancia y la adolescencia, un serio recorte de sus oportunidades futuras.

Bibliografía

- AMARANTE, V.; ARIM, R.; SEVERI, C.; VIGORITO, A.; ALDABE, I.: *El estado nutricional de los niños/as y las políticas alimentarias*, PNUD Uruguay, Montevideo, 2007.
- ANEP: *Panorama de la educación en el Uruguay. Una década de transformaciones 1994-2004*, ANEP, Montevideo, 2005.
- ANEP: *Uruguay en Pisa 2006. Primeros resultados de ciencias, matemática y lectura del Programa Internacional de Evaluación de Estudiantes, OECD-PISA*, Montevideo, ANEP, 2007.
- ARIM, R.; VIGORITO, A.: «Un análisis multidimensional de la pobreza en Uruguay. 1991-2005», *Serie Documentos de Trabajo*, Dt 10/06, Instituto de Economía, Montevideo, 2007.
- BARNETT, W.; BELFIELD, C.: «Early Childhood Development and Social Mobility», *The future of children*, 16 (2).
- BELTRAMI, M.: *Encuesta Continua de Hogares. Módulo de raza. Principales resultados*, Instituto Nacional de Estadística, Montevideo, 1998.
- BUCHELL, M.: «Transferencias y visitas entre padres e hijos no corresidentes», en *Nuevas formas de familia*, UNICEF - Udelar, Montevideo, 2003.
- BUCHELL, M.; CABELLA, W.: *El perfil demográfico y socioeconómico de la población uruguaya según su ascendencia racial*, Instituto Nacional de Estadística, Montevideo, 2007.
- BUCHELL, M.; PORZECANSKI, R.: *Racial Inequality in the Uruguayan Labor Market: An analysis of wage differentials between Afro-descendants and whites*, (mimeo?), 2008.
- CABELLA, W.; PORZECANSKI, R.: «The growth of ethnic minorities in Uruguay: Ethnic Renewal or Measurement Problems?», trabajo presentado en el seminario internacional *Statistiques Sociales et Diversité Ethnique. Doit-on compter, comment et a quels fins*, INED/ CIQSS, Montréal, 4-6 diciembre, 2007.
- CARDOZO, S.: «Políticas de educación», *Cuadernos de la ENIA*, Montevideo, 2008.
- DE ARMAS, G.: *La reducción de la pobreza infantil en Uruguay durante 2005. Logros alcanzados, posibles impactos de las políticas y asignaturas pendientes*, UNICEF, Montevideo, 2006.
- GARCÍA, S.: «Políticas de protección especial», *Cuadernos de la ENIA*, Montevideo, 2008.
- FLOREZ, C.E.; MEDINA, C.; URREA, F.: *Understanding the cost of social exclusion due to race or ethnic background in Latin America and Caribbean Countries*, CEDE, Universidad de los Andes, mimeo, 2001.
- FOSTER, J.: «El racismo y la reproducción de la pobreza entre los afro-uruguayos», en *Serie Investigaciones*, CLAEH, Montevideo, 2001.
- KAMERMAN, S.; NEUMAN, M.; WALDFOGEL, J.; BROOKS-GUNN, J.: «Social policies, family types and child outcomes in selected OECD countries», *OECD Social, Employment and Migration Working Papers*, n.º 6, 2003.
- KAZTMAN, R.; FILGUEIRA, F.: *Panorama de la infancia y la familia en Uruguay*, Montevideo, IPES-Universidad Católica del Uruguay, Montevideo, 2001.
- LICHTER, D.; ZHENCHAO, QIAN; CROWLEY, M.: «Race and Poverty: Divergent fortunes of America's Children?», *Focus*, 24(3), 2006.
- McLanahan, S.: «Diverging destinies: how children are faring under the Second Demographic Transition», *Demography*, 41(4), 2004.
- MUNDO AFRO: *Diagnóstico socioeconómico y cultural de la mujer afro-uruguaya*, Ediciones Mundo Afro, Montevideo, 1998.
- PNUD: *Desarrollo humano en Uruguay 2005*, Montevideo, PNUD, 2005.
- PNUD: *Desarrollo humano en Uruguay 2008*, Montevideo, PNUD, 2008.
- PORZECANSKI, R.: «Raza y desempeño educativo en el Uruguay contemporáneo: un análisis de la brecha entre afrodescendientes y blancos», trabajo presentado al III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, Córdoba, Argentina, 24-26 de setiembre 2008.
- ROUSE, C.; BROOKS-GUNN, J.; MCLANAHAN, S.: «Introducing the issue», *The Future of Children*, 15(1), 2005.
- SAWHILL, I.; MCLANAHAN, S.: «Introducing the issue», *The Future of Children*, 16(2), 2006.
- SETARO, M.; KOOLHAAS, M.: «Políticas de salud para la infancia y la adolescencia», *Cuadernos de la ENIA*, Montevideo, 2008.
- UNICEF: *Observatorio de los derechos de la infancia y la adolescencia en Uruguay 2006*, UNICEF, Montevideo, 2007.
- VARELA, C. (coord.): *Demografía de una sociedad en transición. La población uruguaya a inicios del siglo XXI*, Trilce, Montevideo, 2008.
- VIGORITO, A.: (2003)
- WINKLER y CUETO: *Etnicidad, raza, género y educación en América Latina*, PREAL, Washington, 2004.

Desigualdad salarial y discriminación por raza en el mercado de trabajo uruguayo *

Marisa Bucheli**
Rafael Porzecanski***

1. Introducción

El ámbito científico social uruguayo, al contrario de lo que sucede en la mayoría de los países vecinos latinoamericanos, históricamente ha prestado escasa atención a los estudios sobre la identidad étnico-racial de los uruguayos y su relación con procesos sociales clave, tales como la pobreza, el desempleo y la discriminación. Probablemente, esta tendencia se explique por varios factores. En primer lugar, desde hace casi dos siglos en Uruguay no existen comunidades indígenas sustantivas y geográficamente distinguibles. Desde la conquista de América, los grupos indígenas locales fueron desapareciendo gradualmente por efecto de guerras, campañas de exterminio, enfermedades y procesos de asimilación más o menos forzados (Bracco, 2004).

En segundo lugar, si bien Uruguay cuenta con una población afrodescendiente demográficamente significativa (que de acuerdo con estimaciones recientes se halla cercana al 10%¹), esta no tiene la magnitud de aquellas existentes en países como Brasil, Cuba o Colombia (Busso, Cicowicz y Gasparini, 2005). Al mismo tiempo, la inexistencia en el país de marcos legales y políticas explícitamente racistas (tales como las existentes en Estados Unidos o Sudáfrica en algunos pasajes históricos), así como los altos niveles de integración de los afrouruguayos al resto de la sociedad nacional, en una variedad de dimensiones (espacial, institucional, familiar), ayudaron a consolidar la imagen de que los afrouruguayos no constituyen una colectividad étnico-racial distinguible con problemas y dinámicas sociales propios.

En tercer lugar, la escasez de trabajos científicos sobre la etnicidad de los uruguayos probablemente también se explica por el predominio de un imaginario colectivo (forjado desde principios de siglo xx a influjos del Estado batllista) que visualiza al Uruguay como un país de inmigrantes, racialmente homogéneo y con

* Los resultados presentados en este trabajo han sido tomados de Bucheli y Porzecanski (2008): «Racial Inequality in the Labor Market: An analysis of wage differentials between Afro-descendants and whites», DT 15/08, DECON, FCS, UDELAR. El presente trabajo se enmarca en el proyecto Población Afrodescendiente y Desigualdades Étnico-Raciales en Uruguay, de PNUD-UNFPA-UNIFEM-AECID-INE-Parlamento del Uruguay.

** Departamento de Economía, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay.

*** Ph. D. Program, Department of Sociology, UCLA; investigador asociado, Facultad de Administración y Ciencias Sociales, Universidad ORT, Uruguay.

1 De acuerdo con la Encuesta Continua de Hogares de 2006, un 9,1% de los uruguayos declaró tener ascendencia afro o negra, mientras que en la de 2007 lo hizo un 10,5%.

bajos o nulos niveles de discriminación (Arocena y Aguiar, 2007; Rodríguez, 2006). Así, desde la abolición de la esclavitud, la idea de que en el país los factores étnico-raciales no constituyen un obstáculo para la movilidad y el desarrollo social fue crecientemente aceptada por la población nacional.

En cuarto lugar, el escaso desarrollo histórico de estudios científicos sobre temas étnico-raciales se vincula a la escasa o nula disponibilidad de datos cuantitativos sobre el tema. Hasta hace pocos años, y en consonancia con el predominio del mencionado imaginario del Uruguay como país *racialmente homogéneo e igualitario*, los censos o encuestas oficiales (probablemente la fuente de datos más utilizada para análisis estadísticos) no incluían preguntas sobre etnicidad o raza.

Desde la década del noventa, sin embargo, existe un creciente interés en los temas étnico-raciales, y es particularmente destacable el incremento sustantivo de los estudios sobre la población afrodescendiente (la principal minoría étnico-racial del país). Uno de los avances más significativos en la materia ocurrió en 1996-1997, cuando, tras la presión combinada de movimientos sociales afrodescendientes y organismos internacionales, el Estado uruguayo recolectó, por primera vez en su historia, datos sobre la composición racial de la población, a través de unas pocas preguntas incluidas en la Encuesta Continua de Hogares (ECH) del Instituto Nacional de Estadística (INE). La recolección de datos raciales en la ECH tuvo luego un paréntesis, para ser retomada a partir de 2006 en la Encuesta Nacional de Hogares Ampliada (ENHA). A partir de ese momento, las preguntas sobre ascendencia permanecen en la ECH.

De acuerdo con los análisis de Beltrami (1998), Foster (2001), Bucheli y Cabella (2007) y Cabella y Porzecanski (2007), el resultado más destacable de los datos recabados por el INE es la existencia de una brecha social significativa entre los afrodescendientes y el resto de la población nacional (que, en su gran mayoría, se autoidentifica como *blanca*), en una variedad de indicadores tales como la pobreza, el nivel educativo, la calidad de la vivienda y el ingreso laboral. Si bien los mencionados estudios cuantitativos marcan un avance significativo al detectar e ilustrar algunas de las desigualdades más importantes entre los afrodescendientes y los blancos, todos ellos son de carácter predominantemente descriptivo y no ahondan en las posibles explicaciones de esta significativa brecha.

El objetivo de este trabajo es procurar explicar la desigualdad racial en el país, en una de sus dimensiones más relevantes: la desigualdad salarial.² La focalización en la brecha salarial obedece a que, en las economías de mercado, el ingreso laboral constituye el principal medio de sustento de las familias y uno de los factores explicativos más importantes de otras dimensiones de la desigualdad, tales como el acceso a la salud, la educación y la vivienda.

2 Conviene precisar, antes de seguir adelante, que este trabajo rechaza de plano la hipótesis de que las razas constituyen grupos biológicamente distinguibles, en consonancia con la postura adoptada por la amplia mayoría de la academia científica (Jenkins, 1997). Por el contrario, este proyecto define a la raza como una construcción social (nacida en el curso de la expansión europea a otros continentes), a través de la cual las personas se identifican o son identificadas primordialmente (aunque no exclusivamente) según una multiplicidad de características físicas o fenotípicas, tales como el color de la piel o los rasgos faciales (Sanjek, 1996; Wade, 2004). Naturalmente, por ser construcciones sociales, el concepto de raza y los sistemas de clasificación racial suelen variar ampliamente según el contexto sociohistórico de referencia (Loveman, 2004; Washington, 2004).

De acuerdo con datos de 2006, la remuneración promedio de un hombre asalariado afrodescendiente es equivalente al 70% de la remuneración de un trabajador blanco. En el caso de las mujeres, la remuneración promedio de las afrodescendientes es equivalente al 72% de la remuneración de las trabajadoras blancas. Si bien la brecha salarial es menor que la existente en otros países latinoamericanos con proporciones significativas de población afrodescendiente, es relevante y merece, por tanto, ser explicada.

En especial, el interés de este trabajo es exhibir qué porción de la brecha salarial se explica por factores asociados a diferencias en los niveles de capital humano de las poblaciones blanca y afrodescendiente (en particular, la educación) o, alternativamente, por factores que pueden estar indicando la existencia de mecanismos de discriminación racial en el mercado laboral.

2. Datos

Para explicar la brecha salarial por raza en Uruguay, se utilizará la ENHA de 2006, una versión especial de la ECH que, año tras año, recolecta el INE. La ECH recoge datos a través de entrevistas personales con un miembro del hogar de 18 años o más, quien proporciona información sobre sí mismo y el resto de los miembros de su hogar. Entre sus particularidades, la ENHA ha incluido, por segunda vez en la historia del país, una serie de preguntas sobre raza, y ha utilizado la *ascendencia* como categoría analítica central. Concretamente, para cada miembro del hogar se aplicó la siguiente pregunta: «¿Cree usted tener ascendencia... (afro/negra, amarilla, blanca, indígena, otra)?», en cinco preguntas diferentes. Para cada pregunta, el entrevistado debía responder *sí* o *no*, lo que hacía posible declarar múltiples ascendencias.

Sobre la base de estos datos, en este trabajo se divide a la población de estudio en tres grupos étnico-raciales. La categoría *negro* se aplica a todos los entrevistados que declararon tener ascendencia negra exclusivamente. El grupo *mixto* corresponde a individuos que reportaron ascendencia negra y otros tipos de ascendencia (sin importar cuál). El grupo *blanco* corresponde a quienes respondieron tener ascendencia blanca exclusivamente. Nótese, pues, que el análisis excluye a un sector minoritario que no corresponde a ninguna de las combinaciones de ascendencia mencionadas.

Es necesario destacar que, en varios análisis, las poblaciones negra y mixta fueron tratadas como un único grupo, aquí denominado *afrodescendiente*. En estos análisis, pues, se estudian los diferenciales salariales entre las poblaciones blanca (blancos sin otras ascendencias) y afrodescendiente (combinación de las categorías *negro* y *mixto*).

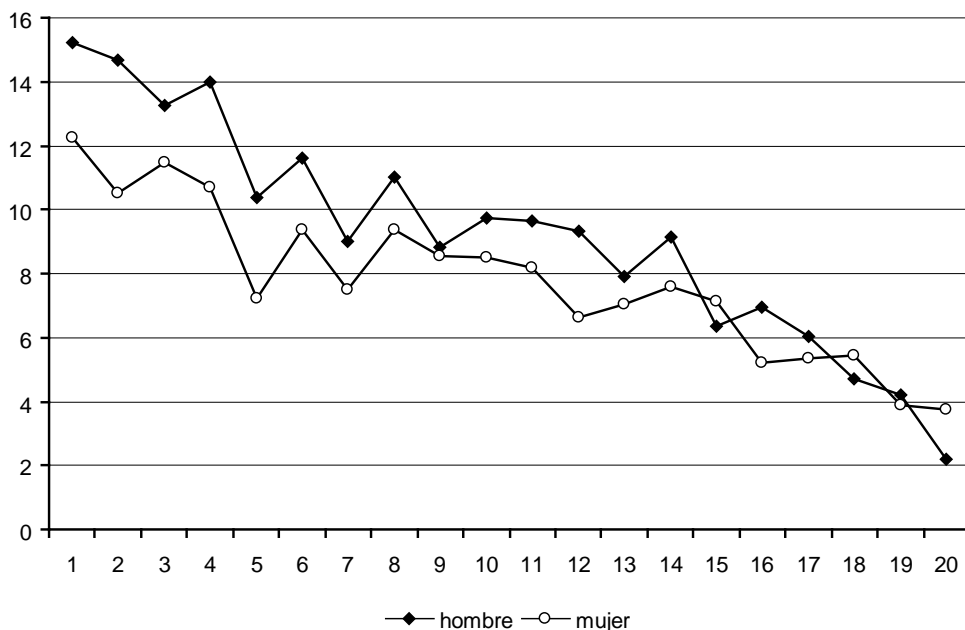
Se realiza el análisis de la brecha salarial para los trabajadores dependientes no agrícolas de entre 18 y 59 años que reportaron un ingreso laboral mayor de 0. La decisión de excluir a los llamados *trabajadores por cuenta propia* (que usualmente se adopta en los estudios econométricos sobre desigualdad salarial) se basa en algunos problemas metodológicos, tales como la dificultad de estimar un salario comparable al de los trabajadores dependientes, así como el hecho de que la discriminación laboral salarial, *stricto sensu*, solo se aplica a los trabajadores dependientes.

La decisión de no utilizar los datos de trabajadores agrícolas se fundamenta en la dificultad de estimar su salario, ya que muchos de estos trabajadores son retribuidos por su trabajo a través de medios y bienes alternativos al dinero (alimentos, animales, permiso para el uso de la tierra, etcétera). Para el análisis se utilizan datos sobre 28.198 hombres y 26.044 mujeres. Entre los hombres, 2.724 son afrodescendientes y 25.473 son blancos. Entre las mujeres, 2.187 son afrodescendientes y 23.847 son blancas.

Para todos estos trabajadores, se estima su salario por hora a partir de la información sobre ingresos laborales y horas trabajadas. Los trabajadores blancos ganan, en promedio, alrededor de un 40% más que los afrodescendientes, pero la brecha es algo mayor entre los hombres que entre las mujeres.

La gráfica 1 ayuda a visualizar las diferencias. En ella se observa una disminución creciente del porcentaje de trabajadores afrodescendientes a medida que se avanza en la escala salarial. Entre las mujeres, las afrodescendientes pasan de ser el 12% de los trabajadores en el nivel salarial más bajo a apenas el 2% en la cumbre de la pirámide salarial. Similar tendencia se observa para los hombres afrodescendientes, que son cerca del 15% dentro del grupo de trabajadores de salario más bajo y solo el 4% en el grupo con remuneración más elevada.

Gráfica 1. Proporción de trabajadores afrodescendientes a lo largo de la distribución salarial



Nota: El salario está expresado en logaritmos.

Una de las razones que pueden ayudar a explicar los menores salarios de la población afrodescendiente es que esta cuenta con menor nivel de capital humano. Existen tres indicadores básicos de capital humano, que se pueden medir con la información de la enha: los años de educación aprobados en el sistema educativo;

la experiencia laboral potencial, indicativa del tiempo transcurrido desde que la persona ingresó al mercado de trabajo; y la antigüedad en la empresa, indicativa de los aspectos más específicos de la experiencia.

Tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres, los trabajadores blancos tienen más años de educación aprobados y mayor experiencia en la empresa que sus pares afrodescendientes. Entre los hombres, la educación media y la experiencia en la empresa de los blancos es 1,5 y 1,4 años superior a las de sus pares afrodescendientes, respectivamente. Entre las mujeres, ambas brechas son algo más grandes: 1,8 años en educación y 1,6 en experiencia en la empresa. La experiencia potencial es similar para blancos y afrodescendientes, así como para hombres y mujeres.

En la tabla 1 se reporta el porcentaje de trabajadores que asistieron a la escuela privada en el nivel primario de enseñanza. Esta información brinda algún elemento diferenciador del entorno en que se vivió la niñez. Aunque la variable tiene limitaciones, es la única información disponible sobre aspectos de la vida en la niñez y brinda dos tipos de datos. Por un lado, la asistencia a la escuela privada es más probable entre los niños provenientes de hogares de mayor nivel socioeconómico. Por otro lado, los resultados educativos promedio de las escuelas privadas son más elevados, por lo que la asistencia a este tipo de escuelas podría estar indicando mejor calidad educativa. Tal como se presenta en la tabla 1, la proporción de asistentes a la escuela privada es dos veces mayor entre los trabajadores blancos que entre los afrodescendientes.

Tabla 1. Características individuales de los trabajadores por raza y sexo

	Hombres			Mujeres			Todos
	Blanco	Afro	Dif.	Blanco	Afro	Dif.	
Años de educación Completados	9,9	8,4	1,5***	11,0	9,2	1,8***	10,3
Experiencia potencial	21,8	21,6	0,2	21,5	22,1	0,6	21,5
Experiencia en la firma	8,9	7,5	1,4***	8,1	6,5	1,6***	8,4
Asistió a escuela privada	15,6	6,6	9,0***	19,2	8,3	10,9***	16,5
Región de residencia							
Montevideo	45,3	43,8		48,8	51,1		47,0
Sur	21,8	18,9		19,5	16,1		20,5
Suroeste	7,0	2,6		6,7	2,0		6,5
Litoral	9,4	13,4		9,1	8,7		9,4
Centro	7,8	6,1		7,6	5,3		7,5
Noreste	8,6	15,2		8,3	16,8		9,1
% en la población	46,9	4,8		44,6	3,8		100,0

Nota: los datos están ponderados;

*** p<0.001;

Fuente: ENHA 2006, INE.

La tabla 1 exhibe, además, la distribución geográfica por raza y sexo. El dato más destacable es la sobrerrepresentación de la población afrodescendiente en la llamada región noreste del país (explicada principalmente por su fuerte presencia en los departamentos de Cerro Largo y Rivera) y, a la inversa, el notable predominio de población blanca en los departamentos de la región suroeste. Estas distribuciones son destacables en la medida en que, de acuerdo con múltiples evidencias, la región sur del país presenta niveles de desarrollo socioeconómico bastante mayores que los de la región noreste (Veiga y Rivoir, 2003).

En la tabla 2 se puede observar la distribución por sexo y raza en una multiplicidad de características laborales, que también suelen estar fuertemente asociadas al salario. Como es habitual, aparecen varias diferencias entre hombres y mujeres, tales como la mayor predisposición de los hombres a trabajar en modalidad de tiempo completo, en firmas grandes y en algunos sectores específicos, como la construcción y el transporte. Las diferencias más notorias por raza existen en términos de las ocupaciones ejercidas.

En líneas generales, la tendencia más relevante es que los trabajadores afrodescendientes están sub- y sobrerrepresentados en las categorías ocupacionales de mayor y menor calificación, respectivamente. Tanto entre los hombres como entre las mujeres, hay porcentajes significativamente mayores de gerentes, profesionales, técnicos y oficinistas en la población blanca. A la inversa, en la población masculina, los afrodescendientes cuentan con proporciones claramente superiores de trabajadores de la construcción, soldados y trabajadores no calificados del sector servicios. En forma similar, en las mujeres se destaca que un 35% de las trabajadoras afrodescendientes son empleadas domésticas, frente a un 19% de sus pares blancas, y existe también una sobrerrepresentación de las mujeres afrodescendientes en otras ocupaciones no calificadas del sector servicios (13% contra 8%).

Tabla 2. Características laborales de los trabajadores dependientes según raza y sexo

	Hombres		Mujeres		Total
	Blancos	Afro	Blancos	Afro	
Tiempo completo (Yes=1; No=0)	85,8	86,9	60,0	57,2	73,3
Tipo de empresa					
Pública	24,2	25,0	24,8	16,2	24,2
Privada (1-9 ocupados)	30,1	31,8	40,0	54,2	35,5
Privada (10+ ocupados)	45,8	43,2	35,2	29,7	40,3
Ocupación					
Directivos, gerentes y afines	1,7	0,3	0,7	0,3	1,1
Profesionales	7,2	2,4	16,5	6,8	11,1
Técnicos	7,4	4,4	6,4	4,6	6,7

	Hombres		Mujeres		Total
Fuerzas Armadas (Oficiales)	0,4	0,5	0,0	0,0	0,2
Oficinistas	11,9	5,6	19,4	9,4	14,8
Empleados de atención al Pub.	2,6	1,4	5,6	4,6	4,0
Servicios personales y protección	7,8	9,8	8,1	10,5	8,1
Ventas	5,7	4,2	8,7	7,4	7,0
Obreros de la construcción	8,2	13,3	0,1	0,0	4,5
Obreros metalúrgicos	7,2	7,0	0,1	0,2	3,7
Artesanos	0,9	1,2	0,3	0,1	0,6
Otros obreros	5,1	5,8	2,3	2,9	3,8
Maquinistas	4,4	4,3	2,2	2,8	3,3
Transporte	11,0	9,4	0,1	0,1	5,6
Servicios no calificados	8,5	12,9	8,1	13	8,7
Manuales no calificados	8,1	12,9	1,6	1,7	5,2
Servicio doméstico	0,2	0,3	19,9	35,6	10,3
Fuerzas Armadas (Soldados)	1,8	4,3	0,1	0,1	1,1

Industria					
Agricultura	3,7	4,2	1,8	2,0	2,8
Manufactura	22,3	20,5	10,8	10,8	16,6
Construcción	8,5	13,0	0,3	0,2	4,7
Comercio	21,0	20,4	16,4	15,1	18,7
Transporte	9,9	8,2	3,1	2,3	6,5
Finanzas	6,6	3,4	6,9	3,4	6,4
Administración Pública	14,3	17,8	8,0	5,7	11,3
Salud y enseñanza	7,7	5,6	28,0	20,4	17,2
Servicios personales	6,0	7,0	24,7	40,2	15,7

Nota: los datos están ponderados;

*** $p < 0.001$;

Fuente: ENHA 2006, INE.

3. Método

Para analizar la diferencia salarial promedio entre la población blanca y la afrodescendiente se siguen dos estrategias, que consisten en la estimación de una ecuación salarial y en la descomposición de la diferencia salarial promedio. A continuación, se realizará primero una breve descripción de los aspectos generales del método y, en los dos apartados siguientes, se presentarán las dos estrategias seguidas.

3.1. Aspectos generales del método

En la sección anterior se señaló que existe una brecha salarial a favor de los blancos. Para determinar qué factores explican dicha brecha, es necesario recurrir

a un método que permita estudiar, en forma simultánea, los efectos de las distintas variables explicativas del nivel salarial. Esta estrategia se conoce usualmente como *análisis multivariado*.³

En efecto, el salario de cada individuo depende de múltiples factores. Algunos pueden ser medidos a través de la información proporcionada por la ENHA, como por ejemplo, los años de educación aprobados en el sistema educativo y la experiencia en la empresa. Otros, como la iniciativa, los hábitos de trabajo o los contactos, no pueden ser medidos (variables inobservables).

Este trabajo tiene particular interés en saber si ser blanco o afrodescendiente forma parte de las variables que explican el salario del individuo, una vez controlados los efectos de otras variables explicativas, tales como la educación, la experiencia, la región y las características del trabajo desarrollado.

En términos generales, puede expresarse el salario de cada individuo como una función de sus características y del impacto que estas tienen en los salarios. Esto puede expresarse a través de la siguiente ecuación:

$$w = a + b_1 \cdot x_1 + b_2 \cdot x_2 + \dots + b_n \cdot x_n + dA + u$$

En esta ecuación, x_1, x_2, \dots, x_n representan cada una las n variables observadas en la encuesta, y u , el conjunto de variables no observadas. Asimismo, se incluye un indicador A para los afrodescendientes, en forma de una variable que toma valor 1 en ese caso y 0 si el trabajador es blanco. La variable a explicar (w) es el salario, en logaritmos.

Así, el salario de cada individuo queda expresado como el valor que el individuo tiene en cada una de sus características (x_1, x_2, \dots, x_n, A), multiplicado por un coeficiente de impacto (β y δ), más la variable u , que representa el efecto de factores no observados que determinan el salario.

A través de métodos estadísticos que utilizan la información de todos los trabajadores, es posible obtener estimaciones de los parámetros α, β y δ . Para ello, se supone que la variable u se distribuye al azar entre la población y que su promedio es 0.4 El parámetro α es indicativo del salario básico esperado para una persona con valores nulos en las variables explicativas (sin educación formal, sin experiencia laboral, etcétera). Los parámetros β representan la estructura de pagos. Así, por ejemplo, el parámetro β correspondiente a la variable años de educación aprobados indica el pago de cada año educativo adicional, y muestra la rentabilidad de la educación. En general, el salario se verá afectado por el nivel (la dotación) de x que el individuo posee, y por la remuneración β que x tiene en el mercado de trabajo.

La diferencia salarial entre dos individuos exactamente iguales en las características medibles, y que difieren solamente en que uno es afrodescendiente y el otro

3 Una presentación de las herramientas empleadas en econometría, incluida la aquí presentada, puede leerse en Greene (1999). Explicaciones sobre su aplicación en los estudios de discriminación aparecen en Borjas (2007).

4 Se usó el *método de mínimos cuadrados ordinarios* (MCO), tanto sin controlar el sesgo de selección como controlándolo a través de métodos alternativos y diferentes especificaciones. Los resultados no mostraron diferencias sustantivas ante las distintas opciones. Los resultados aquí presentados son los que se obtienen cuando se controla el sesgo de selección por el método propuesto por Buchinsky (1998).

no, está medida por el impacto δ . Expresado de otra manera: el parámetro δ indica la diferencia salarial esperada entre un trabajador blanco y uno afrodescendiente, una vez que se han controlado las demás variables. Como en principio esta diferencia es atribuible exclusivamente a la ascendencia racial, es usual interpretar que un valor negativo de δ es indicativo de la existencia de discriminación en el mercado de trabajo (Blank, Dabady y Citro, 2004).

La elección de las variables x es importante. Por ejemplo, suponiendo que se omiten todas las características, excepto la ascendencia, y se estima:

$$w = a^* + d^* A + u$$

Ahora u recoge todas las variables que se han omitido, como por ejemplo, los años de educación aprobados. Es sabido, sin embargo, que la educación no se distribuye al azar, sino que es más elevada entre la población blanca que entre los afrodescendientes. Esto afectará la estimación del parámetro δ^* , que recogerá parte del efecto de las diferencias en los niveles educativos. Por tanto, será una medida deficiente de discriminación, ya que la sobreestimarás.

3.2. Primera estrategia: estimación de una ecuación salarial

Las estimaciones de las ecuaciones salariales se realizan para hombres y mujeres por separado, lo que permite analizar las brechas dentro del grupo de cada sexo.

En una primera etapa, para cada sexo se estima δ^* , esto es, se toma como única variable explicativa la condición de afrodescendiente o blanco. Esta estimación se identifica como *modelo 1*.

En una segunda etapa, se estima δ , esto es, se incluye un conjunto de factores x que reflejan las características individuales observables en la ENHA: años de educación aprobados, años de experiencia en el mercado de trabajo, departamento de residencia y asistencia a la escuela pública o privada.⁵ Si el valor estimado de δ es inferior a δ^* , estaría indicando que la dotación de características mencionadas favorece, en su conjunto, a la población blanca. Esta estimación se identifica como *modelo 2*.

El *modelo 3* incluye, entre las x , un conjunto de variables laborales: la antigüedad en el empleo, la ocupación, el sector de actividad, el tamaño de la empresa y si se trata de un trabajo a tiempo parcial. Si se encuentra que el valor estimado de δ disminuye, podrá concluirse que las características laborales no se distribuyen al azar. Más aún, su distribución estaría favoreciendo a la población blanca. En términos de interpretación, este resultado sugiere que parte de la discriminación laboral se canaliza a través de segregación laboral, esto es, de dificultades para acceder a los puestos de trabajo mejor remunerados.

En síntesis, se estiman tres modelos para hombres y mujeres, que se identifican con los números 1 a 3. A medida que se incluyen más variables, se obtiene un mayor poder explicativo del modelo. Expresado de otra manera: la inclusión de un mayor número de características hace que crezca la proporción de diferencias salariales entre trabajadores (la dispersión salarial) que pueden explicarse.

5 Los años de experiencia laboral se computaron como edad menos los años aprobados de educación menos 6.

3.3. Segunda estrategia: descomposición de la brecha salarial promedio

Las estimaciones anteriores suponen que la estructura de pagos de blancos y afrodescendientes es igual. Por ejemplo, con ellas se estima una única tasa de rentabilidad de la educación β para los dos grupos. El único impacto de la condición de afrodescendiente es un monto fijo que se resta al salario, pero los años de educación impactan de manera igual en los ingresos de todos los trabajadores.

En esta segunda estrategia se libera esa rigidez, lo que permite que las estructuras de pagos sean diferentes. Para ello, se estima una ecuación para blancos y otra para afrodescendientes. Se identifica a cada grupo con los superíndices b y a , y para cada individuo en cada grupo la ecuación salarial se escribe:

$$w^b = a^b + b_1^b x_1^b + b_2^b x_2^b + \dots + b_n^b x_n^b + u^b$$

$$w^a = a^a + b_1^a x_1^a + b_2^a x_2^a + \dots + b_n^a x_n^a + u^a$$

Recordando que se asume que el promedio de u es 0 (para cada grupo) e identificando con una barra los valores promedios, es posible escribir el promedio salarial de cada grupo como:

$$\bar{w}^b = a^b + b_1^b \bar{x}_1^b + b_2^b \bar{x}_2^b + \dots + b_n^b \bar{x}_n^b$$

$$\bar{w}^a = a^a + b_1^a \bar{x}_1^a + b_2^a \bar{x}_2^a + \dots + b_n^a \bar{x}_n^a$$

Si se realizan algunos cálculos, la diferencia del salario promedio de los grupos puede descomponerse de la siguiente manera:

$$\bar{w}^b - \bar{w}^a = [(\bar{x}_1^b - \bar{x}_1^a)b_1^b + (\bar{x}_2^b - \bar{x}_2^a)b_2^b + \dots + (\bar{x}_n^b - \bar{x}_n^a)b_n^b] +$$

$$[a^b - a^a + [(b_1^b - b_1^a)\bar{x}_1^a + (b_2^b - b_2^a)\bar{x}_2^a + \dots + (b_n^b - b_n^a)\bar{x}_n^a]]$$

El primer término entre paréntesis rectos del lado derecho de la igualdad es la suma (ponderada) de la diferencia de los promedios de las características. Así, este componente, denominado *término de características*, permite explicar la proporción de la brecha salarial atribuible a las diferencias entre las características de los blancos y los afrodescendientes.

El segundo término del lado derecho de la igualdad es la suma (ponderada) de la diferencia entre los coeficientes, o sea, de los «precios» de las características. Corresponde, entonces, a la diferencia entre las estructuras de pagos de los grupos. Informa cuánto aumentaría el salario de un trabajador de ascendencia afro (de características promedio) si fuera remunerado con la estructura de pagos de los blancos. Este componente, denominado *término de coeficientes*, se interpreta habitualmente como una medida de discriminación.

4. Resultados

4.1. Ecuación salarial

Tal como se mencionó en el apartado 3.1, la primera medida de discriminación se basa en estimaciones de ecuaciones salariales para hombres y mujeres por sepa-

rado. Como comentario global de las estimaciones, puede decirse que los resultados obtenidos son consistentes con los patrones habituales encontrados en diversos países y explicados por las teorías económicas. Así, en todas las estimaciones, el salario es mayor cuanto mayor es el número de años de educación aprobados en el sistema educativo y cuanto mayor es la experiencia laboral.

A su vez, los salarios son mayores para quienes asistieron a la escuela privada. Los efectos de las características del empleo también son los esperados. Por ejemplo, se observa que los salarios son más altos para los trabajadores de empresas privadas medianas y grandes que para los de empresas pequeñas, y que la actividad financiera y las ocupaciones relacionadas con tareas directivas y profesionales son las asociadas a mayores remuneraciones.

En este análisis, el coeficiente de interés es el de la variable *ascendencia* y, por lo tanto, es el único de los estimadores de la ecuación que se reporta (tabla 3). En las primeras filas (panel A) aparecen los resultados obtenidos al considerar tres grupos: negro, mixto y blanco. En el panel B, se reportan los coeficientes estimados al considerar dos grupos: afrodescendientes y blancos. En las columnas se exhiben las estimaciones obtenidas con los diferentes modelos. Así, en la columna *modelo 1* aparece el coeficiente de la variable *ascendencia* cuando se la utiliza como única variable explicativa. En las otras dos columnas, aparece el resultado obtenido al incluir, además, las variables explicativas especificadas en las filas del panel C.

Cabe comenzar observando los resultados obtenidos para los hombres. Los coeficientes del modelo 1 del panel A indican que el salario esperado es inferior para los negros que para los mixtos, y para los mixtos que para los blancos. Con el modelo 2 se obtiene el mismo ordenamiento. Esto permite interpretar que, aun cuando se trata de trabajadores que viven en la misma región geográfica, tienen el mismo nivel educativo y experiencia laboral, asistieron al mismo subsistema educativo (público o privado), existe una diferencia salarial originada en la pertenencia al grupo, lo que constituye una señal de presencia de discriminación en el mercado de trabajo.

Por otra parte, como los coeficientes obtenidos con el modelo 2 son menores que con el modelo 1, también puede concluirse que una parte de la diferencia salarial entre afrodescendientes y blancos se origina en discrepancias en las características señaladas, principalmente asociadas a la mayor educación de la población blanca.

En el modelo 3 se han incluido, además, las características del empleo. Así, mientras el modelo 2 incluye características que se adquieren con cierta independencia del mercado de trabajo (este tema se discutirá más adelante), el modelo 3 agrega variables altamente relacionadas con la demanda laboral. Por eso, el interés mayor de esta estimación es la comparación de los coeficientes de *ascendencia* con los obtenidos en el modelo 2. Los coeficientes son menores en el modelo 3, lo que indica que las características del empleo explican parte de la discriminación hallada en el modelo 2. Dicho de otra manera: parte de la diferencia salarial entre grupos de distinta *ascendencia* opera a través de la segregación laboral.

Para terminar el análisis del caso de los hombres, solo cabe mencionar que en el panel B, donde se ha agrupado a negros y mixtos en la categoría *afrodescendiente*, las conclusiones son similares a las mencionadas.

En común con los hombres, las estimaciones del panel B indican que el salario esperado de las mujeres afrodescendientes es menor que el de las blancas en los tres modelos. Sin embargo, hay dos aspectos que distinguen los resultados obtenidos para mujeres y hombres. Primero, en el caso de las mujeres no se encuentra el ordenamiento salarial de los hombres cuando se utilizan tres grupos de ascendencia (panel A). En particular, la dispersión del coeficiente de la categoría *negro* es muy elevada, lo que no permite decir que el salario esperado de estas trabajadoras sea inferior o superior al de las blancas. Para analizar mejor el ordenamiento de los tres grupos, sería aconsejable tener una muestra con mayor proporción de mujeres negras.

Segundo, la medida de discriminación es menor para las mujeres que para los hombres. Este tema se retoma en la siguiente sección, en la que la descomposición ayudará mejor a analizar las fuentes de la diferencia salarial.

Tabla 3. Coeficientes de la variable ascendencia en regresiones sobre el salario por hora

	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3
Panel A: Tres grupos de ascendencia			
Hombres (28.198 casos)			
Negro	-0,338***	-0,189***	-0,125***
	(0,028)	(0,027)	(0,025)
Mixto	-0,258***	-0,120***	-0,079***
	(0,018)	(0,017)	(0,015)
R ²	0,039	0,262	0,399
Mujeres (26.043 casos)			
Negro	-0,204***	-0,008	-0,010
	(0,032)	(0,031)	(0,028)
Mixto	-0,191***	-0,047*	-0,037*
	(0,020)	(0,019)	(0,017)
R ²	0,130	0,285	0,413
Panel B: Dos grupos de ascendencia			
Hombres (28.198 casos)			
Afrodescendientes	-0,279***	-0,138***	-0,091***
	(0,015)	(0,014)	(0,013)
R ²	0,039	0,262	0,399
Mujeres (26.043 casos)			
Afrodescendientes	-0,194***	-0,038*	-0,031*
	(0,017)	(0,016)	(0,015)
R ²	0,130	0,285	0,413

	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3
Panel C: Variables incluidas			
Región		x	x
Educación y experiencia general		x	x
Asistencia a escuela pública		x	x
Características del trabajo			x

*** $p < 0.001$,

** $p < 0.01$,

* $p < 0.05$;

Errores estándar entre parentésis

4.2. Descomposición de la diferencia salarial

En la tabla 4 se presentan los resultados al descomponer la diferencia salarial promedio entre blancos y afrodescendientes, para hombres y mujeres por separado.

Si se utiliza el modelo 2, las diferencias en las características explican algo más del 50% de la brecha salarial entre los hombres afrodescendientes y blancos, y algo más del 80% de la diferencia salarial entre las mujeres. La principal característica explicativa por detrás de las diferencias salariales es el nivel educativo. Así, alrededor del 43% de la diferencia salarial por ascendencia entre los hombres se debe a que los blancos alcanzan (en promedio) mayor número de años de educación que los afrodescendientes. A su vez, la diferencia educativa da cuenta del 88% de la brecha salarial por ascendencia entre las mujeres.

La estructura de los pagos (el componente de coeficientes) es importante para explicar las brechas salariales. Prácticamente la mitad de la diferencia salarial entre los hombres y cerca del 20% de la brecha entre mujeres se explican por este componente, lo que puede interpretarse como discriminación en el mercado de trabajo.

Un aspecto significativo en esta estructura de pagos es que la rentabilidad de la educación es mayor para los blancos que para los afrodescendientes. Este fenómeno se debe a que el mercado laboral está dando una señal que motiva más a la población blanca que a la afrodescendiente a invertir en educación. Así, no es tan claro que la diferencia en los niveles educativos alcanzados por estos dos grupos sea atribuible enteramente a una decisión a la cual el mercado laboral es ajeno. En efecto, si la discriminación laboral se refleja en una menor rentabilidad de la educación para los afrodescendientes, al menos parte de su menor nivel educativo puede deberse a la desmotivación que producen sus expectativas laborales.

Tabla 4. Descomposición de la brecha salarial por raza para hombres y mujeres

	Componente de características		Componente de coeficientes	
	En log	En porcentaje	En log	En porcentaje
Hombres				
Brecha salarial = ,280				
Modelo 2	,142	50,7	,136	48,6
Modelo 3	,189	67,5	,089	31,8
Mujeres				
Brecha salarial = ,222				
Modelo 2	,186	83,7	,043	19,4
Modelo 3	,188	84,7	,084	37,8

Nota: el cálculo de la descomposición contiene, además, un componente de selección no reportado en el cuadro. Por eso, la suma de los componentes de características y coeficientes no es idéntica a la brecha salarial.

Al usar el modelo 3 para los hombres, el poder explicativo de las características aumenta, lo que permite interpretar que uno de los mecanismos por los que opera la discriminación es la segregación laboral, o sea, que esta sitúa a los afrodescendientes en empleos de baja remuneración. A diferencia de lo que ocurre con los hombres, en el caso de las mujeres el peso del componente de características es parecido en los modelos 2 y 3, lo que significa que no se encuentra evidencia clara de segregación laboral. Así, entre las mujeres la discriminación opera a través de menores salarios, aun cuando blancas y afrodescendientes tienen empleos similares.

El análisis del modelo 3 permite conocer también el papel de la antigüedad en el empleo. Entre los hombres, su mayor valor promedio para los blancos explica el 10% de la diferencia salarial entre blancos y afrodescendientes, y entre las mujeres llega a explicar el 16% de la brecha salarial. Este resultado indica que una mayor rotación está afectando negativamente a la población afrodescendiente. Queda pendiente la pregunta sobre las causas de esta mayor rotación.

5. Conclusiones

Los resultados permiten extraer cuatro conclusiones:

1. La discriminación parece tener un papel importante en la explicación de la brecha salarial entre blancos y afrodescendientes. Esta conclusión se sostiene por dos patrones:
 - a. En las ecuaciones salariales para el conjunto de trabajadores, el salario esperado para los afrodescendientes es menor que el esperado para los blancos (es decir, el coeficiente de la variable ascendencia es negativo y significativo).
 - b. En la descomposición salarial, la diferencia en las estructuras de pago da cuenta de una importante proporción de la diferencia entre blancos y afrodescendientes, especialmente entre los hombres.

2. Que el coeficiente de ascendencia decrezca cuando se controlan las características del empleo, como la ocupación y la rama de actividad, condice con la hipótesis de que al menos parte de la discriminación en el mercado de trabajo opera a través de la segregación laboral. Esto significa que los afrodescendientes no tienen las mismas oportunidades de acceso a las ocupaciones mejor retribuidas que los trabajadores blancos de igual nivel educativo y experiencia laboral. El fenómeno es más notorio entre los hombres que entre las mujeres.
3. Hay indicios de que la discriminación laboral es más fuerte para los hombres que para las mujeres. Ello se deduce de que:
 - a. El coeficiente de ascendencia es menor para las mujeres que para los hombres en todas las estimaciones realizadas.
 - b. Las diferencias entre las características de blancos y afrodescendientes (particularmente en capital humano) son más importantes para explicar la brecha salarial por ascendencia entre las mujeres que entre los hombres (y, a la inversa, las diferencias en coeficientes son más importantes para los hombres).
4. La diferencia en los años aprobados en el sistema educativo tiene un peso importante en la explicación de la brecha salarial. Además, el retorno a la educación es menor para los afrodescendientes. Estos dos fenómenos merecen dos reflexiones.
 - a. El menor retorno de la educación para los afrodescendientes indica que no solo es necesario fomentar la igualación del nivel educativo de afrodescendientes y blancos, sino que también se debe promover y garantizar que el capital humano adquirido por ambos grupos sea remunerado de igual forma en el mercado laboral.
 - b. Si bien la evidencia de la diferencia en los años de educación da fundamentos a la idea de que se requieren políticas públicas que garanticen un tratamiento no discriminatorio a los estudiantes afrodescendientes, también una parte de dicha diferencia educativa puede deberse a la diferencia en los retornos; es decir, que la menor rentabilidad de la educación puede explicar el menor nivel educativo. En un caso extremo, si los afrodescendientes perciben que su educación no va a ser remunerada, no existe una motivación económica para estudiar. Por lo tanto, la promoción de la igualdad en los logros educativos requiere políticas en el mercado laboral a fin de que esos logros se reflejen en igual rentabilidad para blancos y afrodescendientes.

En general, los resultados aquí presentados están en línea con la mayoría de los análisis de desigualdad salarial entre blancos y no blancos en América Latina (Busso, Cicowiez y Gasparini, 2005; World Bank, 2003). En particular, estos análisis sugieren que la diferencia en las características (y fundamentalmente en la educación) explica la mayor parte de la brecha salarial entre razas o etnias, y que la discriminación laboral también desempeña un papel importante.

Cabe mencionar que la mayoría de esos trabajos comparan a blancos e indígenas, pero las causas y fuentes de la desigualdad entre blancos e indígenas no tienen

por qué ser las mismas que entre blancos y afrodescendientes. Por ejemplo, existen importantes diferencias en las tasas de urbanización de afrodescendientes e indígenas (Busso, Cicowiez y Gasparini, 2005; Bello y Rangel, 2000). Parece más apropiado comparar los resultados encontrados en Uruguay con los que se circunscriben al estudio de la desigualdad salarial entre la población blanca y afrodescendiente.

Los estudios para Brasil, que siguen una estrategia similar a la primera de este trabajo, encuentran que la población negra sufre discriminación en términos salariales, y la medida de la discriminación parece ser algo mayor que la de este estudio para Uruguay (Guimaraes, 2006; Busso, Cicowiez y Gasparini, 2005; Silva, 1999; Lovell, 1994). En las descomposiciones salariales realizadas para Brasil, los resultados son muy similares a los encontrados aquí. Por ejemplo, basándose en una especificación similar al modelo 3 aquí utilizado, Guimaraes encuentra que alrededor de un tercio de la brecha salarial se debe al término de coeficientes (discriminación), un resultado muy similar al de este trabajo.

Antes de finalizar, debe tomarse en cuenta que en este trabajo se infiere la existencia de discriminación laboral a partir de la magnitud y significación del coeficiente de impacto de la ascendencia en el salario, así como del grado en que las diferencias de las estructuras de pago contribuyen a explicar las diferencias salariales promedio.

Es necesario, pues, tener presente que factores no observados (y no necesariamente ligados a la discriminación laboral) pueden estar siendo capturados por los estimadores de discriminación aquí utilizados. Entre dichos factores, por ejemplo, podrían estar el capital humano de la familia de origen, la calidad de la educación recibida y las conexiones laborales. En otras palabras, existe la posibilidad de que las medidas aquí presentadas sobreestimen lo que sería estrictamente discriminación laboral.

A la inversa, también existe la posibilidad de que los resultados subestimen la magnitud de la discriminación laboral existente en el país, como consecuencia de utilizar categorías raciales basadas en la autopercepción (único método a través del cual la ENHA registra la ascendencia racial).

En este sentido, en Brasil, Telles y Lim (1998) encontraron una mayor brecha salarial al utilizar la clasificación racial hecha por el entrevistador, en lugar de la autoclasificación racial. Dado el carácter complejo de las identidades e identificaciones étnico-raciales en América Latina, la mejor estrategia metodológica consistiría en tener mediciones de raza basadas en diferentes procedimientos, y luego comparar los resultados obtenidos utilizando unas y otras clasificaciones. Lamentablemente, en Uruguay no hay encuestas que utilicen criterios divergentes de medición de la raza, por lo que esta es una tarea necesaria para el futuro.

Bibliografía

- AROCENA, Felipe; AGUIAR, Sebastián: *Multiculturalismo en Uruguay*, Montevideo: Trilce, 2007.
- BELLO, Álvaro; RANGEL, Marta: «Etnicidad, raza y equidad en América Latina y el Caribe», *Documento de trabajo*, CEPAL, Santiago de Chile, 2000.
- BELTRAMI, Mónica: *Encuesta Continua de Hogares. Módulo de raza. Principales resultados*, Montevideo: Instituto Nacional de Estadística, 1998.
- BLANK, Rebecca; DABADY, Marylin; CITRO, Constance: *Measuring Racial Discrimination*, Washington, DC: The National Academic Press, 2004.
- BORJAS, George: *Labor Economics*, 4th edition, McGraw-Hill, 2007.
- BRACCO, Diego: *Charrúas, guenoas y guaraníes. Interacción y destrucción: indígenas en el Río de la Plata*, Montevideo: Linardi y Risso, 2004.
- BUCHELI, Marisa; CABELLA, Wanda: *El perfil demográfico y socioeconómico de la población uruguaya según su ascendencia racial*, Montevideo: Instituto Nacional de Estadística (informe temático), 2007.
- BUCHINSKY, Moshe: «The dynamics of changes in the female wage distribution in the USA: A quantiles regression approach», *Journal of Applied Econometrics*, 13: 1-30, 1998.
- BUSSO, Matias; CICOWIEZ, Martin; GASPARINI, Leonardo: *Ethnicity and the Millennium Development Goals*, Bogotá: UNDP/CEPAL/IDB/World Bank, 2005.
- CABELLA, Wanda; PORZECANSKI, Rafael: «The Growth of Ethnic Minorities in Uruguay: Ethnic Renewal or Measurement Problems», ponencia presentada en el Congreso Social *Statistics and Ethnic Diversity*, Montreal, diciembre de 2007.
- FOSTER, Jill: «El racismo y la reproducción de la pobreza entre los afrouruguayos», *CLAEH: Serie investigaciones*, (69): 5-58, 2001.
- GREENE, William H.: *Análisis econométrico*, tercera edición, Madrid: Prentice Hall, 1999.
- GUIMARAES, Roberta: «Desigualdade salarial entre negros e brancos no Brasil: discriminação ou exclusão?», *Econômica*, (8): 227-251, 2006.
- JENKINS, Richard: *Rethinking Ethnicity: Arguments and Explorations*, London: Sage, pp. 74-87, 1997.
- LOVELL, Peggy: «Race, Gender, and Development in Brazil», *Latin American Research Review* 29(3): 7-35, 1994.
- LOVEMAN, Mara: «Making 'Race' and Nation in the United States, South Africa, and Brazil: Taking Making Seriously», *Theory and Society*, 28(6): 903-27, 1999.
- RODRIGUEZ, Romero: *Mbundo, Malungo a Mundele: Historia del movimiento afrouruguayo y sus alternativas de desarrollo*, Montevideo: Rosebud, 2006.
- SANJEK, Roger: «Introduction» to Gregory and Sanjek, eds. *Race*, New Brunswick: Rutgers University Press, 1996.
- SILVA, Nelson do Valle: «Racial Differences in Income: Brazil, 1988», in *Race in Contemporary Brazil: From Indifference to Inequality*, edited by R. Reichmann, University Park, PA: Penn State Press, pp. 67-82, 1999.
- TELLES, Edward; LIM, Nelson: «Does It Matter Who Answers the Race Question? Racial Classification and Income Inequality in Brazil», *Demography*, 35(4): 465-474, 1998.
- VEIGA, Danilo; RIVOIR, Ana Laura: *Desigualdades sociales en el Uruguay*, Montevideo: FCS, Udelar.
- WADE, P.: «Human nature and race», *Anthropological Theory*, 4(2): 157-172, 2004.
- WASHINGTON, Scott: «Principles of racial classification», manuscrito no publicado, 2004.
- WORLD BANK: *Inequality in Latin America and the Caribbean: Breaking With History?*, Washington DC: World Bank, 2003.

Las vivencias de la discriminación en la población afrodescendiente uruguaya

Susana Rudolf, Amanda Díaz, Javier Díaz, Carolina Ricarte, Oscar Rorra

1. Introducción

Este informe es producto de una investigación desarrollada en el marco del proyecto interinstitucional Población Afrodescendiente y Desigualdades Étnico-Raciales en Uruguay, y se llevó adelante por parte del equipo Etnia y Salud de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República, integrado por Susana Rudolf, Amanda Díaz, Javier Díaz, Carolina Ricarte y Óscar Rorra.

En el año 2000, un grupo de estudiantes universitarios afrodescendientes de diversas carreras se acercó a la Facultad de Psicología con una solicitud de apoyo para complementar su formación específica con una profundización en instrumentos de investigación. Esta se sustentaba en el propósito de fortalecer la capacidad de los estudiantes para investigar acerca de la situación de los afrodescendientes uruguayos. El decano consideró que la propuesta se enmarcaba dentro de algunos lineamientos que sostenía y sostiene el Área de Salud; derivó la solicitud hacia esta estructura y estableció que se enfocaría el trabajo en el tema de la salud.

Los lineamientos mencionados tienen en cuenta una concepción de la salud en sentido amplio, como una producción social integral y compleja, que implica trascender tanto el enfoque medicalizado (biologicista y ahistórico) como la sumatoria de componentes (lo bio-psico-social). Asimismo, ponen el énfasis en una propuesta metodológica de abordaje de las problemáticas de la salud que da prioridad a la voz de quienes tradicionalmente han sido «objeto» (de investigación, de intervención, de prácticas profesionales), para que ocupen un lugar activo de construcción en el campo.

Unos años después se consolidó la creación de un espacio formal dentro del área, concebido como un equipo de investigación, que fue denominado Etnia y Salud. Desde allí se continuaron las actividades de producción de conocimientos, pero se evaluaron la necesidad y conveniencia de articular la actividad de investigación con la de enseñanza, y se instrumentaron seminarios curriculares sobre el tema. Este espacio permitió desarrollar contactos con diversos grupos académicos y sociales dedicados a la temática, pero, hasta el momento, es el único equipo que sostiene la integración étnica como principio, más que como dato histórico.

En cuanto a la producción se pueden señalar algunos antecedentes: la publicación de Rudolf, S. y otros: *Incorporación de la variable etnia/raza en las estadísticas vitales en el Uruguay*, realizada conjuntamente con el Ministerio de Salud Pública, con el apoyo de la Organización Panamericana de la Salud, 2005; Rudolf, S., Maciel, N., Rorra, O., Ricarte, C., Díaz, Amanda: «Discriminación: la experiencia de los afrodescendientes uruguayos», publicado en la *Revista de AUDEPP*, octubre de 2004; Rudolf, S., Maciel, N., Rorra, O.: «Investigación científica y perspectiva política: algunos problemas conceptuales y metodológicos», ponencia presentada en el Seminario sobre Cultura Afro-Rioplatense, organizado por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2003.

A continuación se explicitarán algunas definiciones conceptuales que guiaron el trabajo, tanto en sus opciones metodológicas como en su análisis de los elementos recogidos. Estos elementos sustentan la labor de este equipo respecto de las condiciones de vida y de salud de los afrodescendientes uruguayos desde el año 2000.

2. Aspectos conceptuales. Aproximación al tema

Se partió de concebir a los afrodescendientes en el Uruguay según el concepto de *etnia* (Torres, 2001), como identificación o sentimiento de pertenencia a un colectivo con el que se comparten cuestiones históricas, culturales, cosmovisiones, lenguaje, etcétera.

Es sabido que los esclavos africanos que se trajeron a estas costas provenían de muy diversos orígenes, por lo que resultaban una mezcla de procedencias y costumbres. Tal es así que algunas de las formas organizativas del colectivo en el siglo XIX eran las «salas de nación», en las que se pretendía practicar rituales que dieran cuenta de la preservación de los lazos con el origen. Sin embargo, a mediados del siglo XIX empezaron a aparecer otro tipo de organizaciones, influidas por los modelos de la cultura hegemónica, por las que se llamó a abandonar el pasado ancestral para crear una nueva identidad social, criolla, que revelara las permanentes tensiones en la «nueva patria» por la que se había luchado, pero que excluía.

Estas tensiones se viven con sentimientos muy encontrados, hasta hoy, pero parecen haber contribuido a generar una identidad común, más marcada por las experiencias cercanas compartidas (la esclavitud, las luchas independentistas, la libertad, los problemas de la integración social como ciudadanos libres pero discriminados...) que por las referencias al origen africano. En la mayor parte de estas formas de agruparse jugó un papel importante la música y la danza (Montaño, 2008; Goldman, 1997; Goldman, 2008), y esto se recogió en trabajos anteriores como una de las señales de identidad étnica más fuerte y generalizada (Rudolf y otros, 2005, 2006).

Una dificultad de estos trabajos residió en el lugar y el uso que se le da a la expresión 'raza'. Su utilización en el campo de la ciencia, en parte de los siglos XIX y XX, estuvo siempre cargada de connotaciones peyorativas y discriminatorias. Una vez que se avanzó en la convicción científica de que las principales ideas que sustentaban estas tendencias eran erróneas y debían ser desterradas, se empezó a intentar

un cambio hacia una visión más antropológica de las diferencias entre los seres humanos, y se comenzó a trabajar con el concepto de *etnia*.

Sin embargo, el lenguaje popular en el Uruguay no incorporó esta expresión, y el término 'raza' sigue siendo el más utilizado, incluso, y con especiales acentos, por la población afrodescendiente. Con respecto a su uso en documentos científicos compartimos las precisiones que realizan Bucheli y Cabella (Bucheli y Cabella, 2007).

En anteriores intervenciones (y la actual lo confirma) se constató que cuando el afrodescendiente utiliza la palabra 'raza', le otorga un contenido de honda subjetividad, expresa un sentimiento de pertenencia a un colectivo, y contiene todas las notas de contenido correspondientes a la denominación 'etnia'. Muy escasa y excepcionalmente el afrodescendiente se define a sí mismo en función de sus rasgos fenotípicos, a pesar de ser consciente del efecto social que genera y el lugar en que lo ubican. Incluso, como se verá más adelante, porque a veces se los asocia directamente con la violencia y se los discrimina: «cuanto más oscuro es, más lo discriminan».

Por este motivo, en algunos textos se ha optado por usar la expresión 'etnia/raza', para aludir al concepto de *etnia*, expresado con la palabra 'raza'.

Otro concepto relevante para el estudio de estos fenómenos es el de *minoría*. Si se trasciende la obviedad respecto a que es un número en relación con la población total del país, deben considerarse otras acepciones propias de las ciencias sociales y la psicología:

[...] mayoría es la que detenta y ejerce el poder, con independencia de su número. Minoría es el grupo al cual se lo priva del ejercicio de determinados poderes, o se impide su acceso a las condiciones para adquirirlos (Montero, 2003).

En el caso de los afrouuguayos esta posición revela dos vertientes: una, como minoría en el sentido más amplio del término, es decir, una minoría basada en las deprivaciones sociales, culturales, sanitarias, etcétera. Otro sentido tiene que ver con el aislamiento, con el no sentirse parte de una comunidad, a pesar de que se sabe de la existencia de un colectivo social afrodescendiente. Esto agrava las situaciones de discriminación, ya que los conflictos son vividos como individuales o, en los mejores casos, como familiares, y no se busca activamente una resolución o se restringe únicamente a dichos ámbitos, lo que retroalimenta la sensación fatalista de imposibilidad de cambio.

El concepto de *discriminación* también debe ser explicitado, así como su relación con algunos otros que tienen alto grado de concordancia y, sin embargo, no son sinónimos; por ejemplo: racismo, xenofobia, exclusión.

Con respecto a la exclusión, Oakley manifiesta que se trata de «la ruptura progresiva de los lazos sociales y simbólicos —económicos, institucionales y significativos— que normalmente cada persona le adjunta a su sociedad»,¹ y constituye una condición tanto de orden subjetivo como objetivo, que puede ser dinámica, pero

1 OAKLEY, Peter: «La exclusión social y los afrolatinos», documento preparado para la Conferencia Hacia una Visión Compartida del Desarrollo: Diálogo de Alto Nivel sobre Raza, Etnicidad e Inclusión en América Latina y el Caribe, BID, Washington DC, 2001, p. 7.

que impide la participación activa a los individuos o colectivos. Cabe destacar que la exclusión puede abarcar múltiples dimensiones y, por lo tanto, ser autorreforzada.

La xenofobia y el racismo, generadores de conductas discriminatorias, parten de dos lógicas distintas:

La de la xenofobia tiene que ver con igual-distinto y la del racismo con superior-inferior. [...] Xenofobia: implica un sentimiento de espanto hacia el otro-extraño-diferente-extranjero que causa pánico, terror y, por lo tanto, genera la fuga, la agresión o el rechazo. [Por su parte, el racismo] se refiere a una calificación del otro, en general por sus características físicas, que conlleva a su completa desvalorización.²

Interesa destacar también el concepto de «blanqueamiento». La mayoría de los estudios acerca de las condiciones de vida de los afrodescendientes son realizados por académicos blancos. Estos están formados, piensan y trabajan en instituciones que están modeladas desde la hegemonía blanca. Es difícil pensar que esto constituye un obstáculo no percibido por el propio investigador. Desde hace años este equipo cultiva el trabajo de confrontación de visiones pluriétnicas propias de su composición, para tratar de detectar estos sesgos, y los toma como enriquecedores más que como obstáculos.

Desde un equipo de investigadores brasileños se plantea:

La blanquitud es un lugar de ventaja estructural y un “punto de vista”, un lugar a partir del cual nos vemos y vemos a los otros y a los órdenes nacionales y globales. La blanquitud es un *locus* de elaboración de una gama de prácticas e identidades culturales, muchas veces “no marcadas” o no denominadas, o denominadas como nacionales o “normativas”, en vez de específicamente raciales y, en muchos casos, dislocada dentro de las denominaciones étnicas y de clase. [...] la normatividad de la blanquitud es el parámetro para organizar el mundo.³

Estos investigadores agregan la existencia de un *racismo institucional*, que se revela en variados aspectos de las más diversas instituciones, desde la invisibilidad negra en cargos de dirección, a una organización y estructura de las instituciones de salud que desatienden las diferencias raciales, por ejemplo, en cuanto a religión y a enfermedades de propensión étnica.

Cruz y otros le atribuyen al racismo institucional:

El fracaso de las instituciones y organizaciones en proveer un servicio profesional y adecuado a las personas de su color, cultura, origen racial o étnico. Se manifiesta en normas, prácticas y comportamientos discriminatorios adoptados en el trabajo cotidiano, resultantes del preconceito racial, una actitud que combina estereotipos racistas, falta de atención e ignorancia. En cualquier caso, el racismo institucional siempre coloca a personas de grupos raciales o étnicos discriminados en situación de desventaja en el acceso a beneficios generados por el Estado o por otras instituciones y organizaciones.⁴

Para tratar de evitar este sesgo, una de las precauciones que se tuvo en cuenta fue que los contactos cara a cara, la etapa de reclutamiento, las entrevistas y la coordina-

2 ZYTNER, ROSA: «Discriminación, xenofobia y racismo en relación al pueblo judío», *Boletín de la CPU*, n.º 131, diciembre de 2001. Presentado en el XV Encuentro Nacional de Psicólogos: Muestra de Prácticas en Psicología, Panel: Aportes a la Comprensión de la Subjetividad de las Minorías, p. 3.

3 Cruz, Simone y otros: *Saúde da população negra como ação afirmativa: estratégias de enfrentamento ao HIV/AIDS na perspectiva de entidades do movimento negro na Região Sul do Brasil*, Porto Alegre: Metrópole, 2008, p. 117.

4 CRI, 2006, p. 22, citado en Cruz, Simone y otros: o. cit.

ción de los grupos focales fueran realizados por investigadores afrodescendientes. En el análisis participó todo el equipo. Otro fundamento de este procedimiento fue que la mayor proximidad entre entrevistadores y entrevistados, cuando se trataba de individuos o grupos que sufrieron algún tipo de discriminación, aumentaba la confianza del entrevistado, que se sentía mejor y, a su vez, mejoraba la calidad de la información brindada (Carballo Diéguez, 2002).

Breve reseña histórica de los aportes de los afrodescendientes en la frontera con Brasil

Este apartado es necesario para dar un marco histórico a algunos elementos que se encontraron en los grupos focales del interior, que se realizaron en departamentos fronterizos con Brasil. La información específica se extrajo de un material proporcionado por los propios integrantes del grupo de Rivera (Martins Machado, A. y otros, 2005).

La población afrodescendiente ha sido (y es hasta el presente) protagonista de las relaciones entre Uruguay y Brasil, en función de los regímenes esclavistas.

La presencia africana en Uruguay se comenzó a darse alrededor del año 1608, con la expedición de Hernandarias. En el caso de Río Grande del Sur, recién en el siglo xvii fue habitado por los jesuitas, quienes fueron atacados por bandeirantes paulistas, y en estas primeras incursiones hubo africanos. Según diferentes autores (Montaño, 2008; Martins Machado, 2005) los africanos contribuyeron a las luchas independentistas de ambos países. En el caso de los africanos brasileños, muchas veces huían a Uruguay o fundaban quilombos, cuando las batallas eran lo suficientemente cercanas a la frontera.

En 1848, los esclavos que huían de Brasil encontraban asilo al otro lado de la frontera y no podían ser entregados a sus amos; trabajaban como libres o se alistaban en la milicia. Existen relatos de africanos que ayudaban a otros esclavos a huir (familiares o amigos) de Santa Ana do Livramento hacia Uruguay, por medio de redes de resistencia organizada.

Posteriormente a la abolición de la esclavitud en Brasil, las relaciones e influencias entre ambos países se centraron en la religión. A comienzos del siglo xx, en Brasil comenzó a gestarse una nueva doctrina religiosa: la *umbanda*, que fue oficializada aproximadamente en 1930. A comienzos de la etapa posabolucionista, los africanos y afrodescendientes de la frontera no profesaban la religión africana directamente, sino con características de sincretismo. Pero a partir de la influencia de los terreiros ya formados en Brasil, los afrodescendientes comenzaron su práctica. El registro del primer centro umbandista pertenece a mediados del siglo xx.

Las características históricas y sociales de los afrodescendientes de la frontera no han sido estudiadas con suficiente profundidad, sin embargo, se puede suponer que se han visto muy influenciados por los afrodescendientes brasileños, y viceversa.

3. Comentarios sobre cuestiones derivadas de la ejecución del trabajo de campo⁵

Concurrieron a los grupos más mujeres que hombres, aunque habíamos partido de un acuerdo previo de convocar a un número equivalente. También resultó más fácil que accedieran a ser entrevistadas. En el funcionamiento de los grupos, en general, hablaron más espontáneamente, tocaron temas íntimos con mayor facilidad y expresaron sus sentimientos con menos reticencia que los varones. Lo mismo sucedió en las entrevistas.

Este comportamiento no difiere del encontrado en otros estudios, con relación a la población uruguaya en general.⁶ Sin embargo, concuerda con algunas características étnicas que surgen de estudios anteriores: la centralidad de la mujer en el colectivo afro, su imagen de fortaleza, su papel de sostén y conducción familiar. Aspecto paradójico, en apariencia, ya que las mujeres también suelen ser objeto de conductas de discriminación agravada o múltiple. Las cuestiones de género, pues, se ponen en evidencia desde la primera aproximación y marcan la necesidad de complementar el abordaje étnico.

En el funcionamiento de grupos y entrevistas también se evidenciaron actitudes diferentes entre aquellos sujetos portadores de un capital cultural y simbólico más rico y elaborado y quienes revelaron mayor pobreza en estos aspectos. Este desarrollo no necesariamente coincide con el nivel alcanzado en la educación formal, pero sí está relacionado con la pertenencia y participación en otros ámbitos que operan como espacios de educación no formal: militancia en organizaciones étnicas, participación sindical, en otras organizaciones de la sociedad civil. En estos casos se comprueba un mayor nivel de autoestima, reflexiones elaboradas sobre el tema (además de la vivencia o reacción emocional), información, opinión acerca de la ubicación del problema en la agenda política, propuestas, lo que lleva incluso, en algunas situaciones, a establecer actitudes de competencia (implícita o inconsciente) con los coordinadores de las técnicas de la investigación.

En los grupos focales el grado de deserción fue bastante alto, de acuerdo con la cantidad de personas citadas y la asistencia obtenida en experiencias anteriores. Es una conducta que no puede atribuirse a la diferencia Montevideo-interior. Parece estar ligada a las relaciones de los invitados respecto de las personas que fueron identificadas como «convocantes».

4. Análisis del material obtenido en las técnicas

El material obtenido se analizó con un esquema basado en las pautas-guía para las técnicas.⁷ A continuación, se plantearán por separado las reflexiones surgidas de cada técnica, para luego realizar una síntesis de la globalidad.

5 Ver Anexo I para una descripción de la población que intervino en ambas técnicas.

6 RUDOLF, S. y otros: «Participación ciudadana en salud en el Mercosur ampliado», 2008 (en prensa).

7 Para elaborarlas se tomaron elementos del marco de referencia, la bibliografía y las experiencias anteriores del equipo.

4.1. Grupos focales

En primer lugar cabe destacar un aspecto impactante que diferencia a los grupos de Artigas y Rivera de los de Montevideo: el alto número de participantes analfabetos. Si bien el ámbito educativo es reiteradamente señalado como discriminador, el analfabetismo no es mencionado por las personas, cuando es claro que constituye una consecuencia de la falta de capacidad de retención del sistema. Se sabe que en los departamentos estudiados el analfabetismo alcanza, en alto grado, a la población general, pero cuando el funcionamiento excluyente marca tanto a esta población como conjunto, debe ser señalado como una urgencia de la que dependen muchas otras estrategias posibles de inclusión o afirmación ciudadana.

Es muy fuerte la falta de información sobre aspectos «objetivos» de la realidad de los afrodescendientes, sustituida con lo que hemos denominado *mitología*. Esta mitología no deja de ser cierta, ya que, en la medida que forma parte de la subjetividad de las personas, determina conductas, genera efectos conductuales y sociales, por lo tanto «crea» realidad, produce reacciones que se estiman adecuadas a ella.

La mitología expresa un sentimiento, en general compartido, que forma parte de la autoimagen, a cuya construcción contribuye la mirada social externa, que tiene que ver con la exclusión generalizada de todos los ámbitos asociados con el poder o la capacidad de influencia social: la política, la academia, los medios de comunicación.

Esta descripción que parece corresponder a la definición de minoría adoptada para la investigación indica, también, que no se ha incorporado como información disponible el avance que el colectivo afrodescendiente ha tenido en los últimos años en algunos planos, por ejemplo, el político-institucional: Unidad Temática para los Afrodescendientes (UTA, IMM), Secretaría de la Mujer Afrodescendiente del Instituto Nacional de las Mujeres (MIDES), etcétera.

Tampoco hay información medianamente precisa acerca de número y distribución de la población afrodescendiente. No se conocen acontecimientos como la IIII Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia, que se llevó a cabo en Durban (Sudáfrica), entre agosto y setiembre de 2001; declaraciones internacionales que Uruguay ha suscrito (convenciones, tratados, Coalición de Ciudades Latinoamericanas y Caribeñas Contra el Racismo, la Discriminación y la Xenofobia, protocolos, entre otros) o disposiciones legales.

Existe, sí, una convicción generalizada de que las condiciones de vida de los afrodescendientes son inferiores a las de los blancos, pero a la hora de reflexionar sobre las causas se abren distintos caminos. Como se verá en el desarrollo de los ámbitos, también allí aparece con fuerza la transmisión oral de experiencias que corresponden a otras épocas, pero no han sido «corregidas». Esta carencia es notable tanto en los grupos de Montevideo como en los del interior.

Sentimientos, reacciones y defensas

En general, a través del discurso de los grupos se ponen en marcha diversos estereotipos que ligan a los afrodescendientes a determinadas tareas, oficios o condiciones sociales y económicas. Los estereotipos siguen dos grandes grupos: algunos naturalizan y asumen una identificación con el modelo de exclusión, que supone una autoimagen desvalorizada y carente por defecto propio. En estos casos, no se vislumbra posibilidad ni expectativa de cambio.

Otros consideran que el modelo de exclusión es una construcción social: consideran que hay escasa oferta de modelos alternativos a los tradicionales (o son muy poco conocidos). Los propios participantes le dan una gran importancia a los medios de comunicación como modeladores o constructores de modelos sociales. En cualquiera de las dos posiciones reaparece el peso antes mencionado de la transmisión intergeneracional de la experiencia de la esclavitud.

¿Qué es lo que los participantes perciben concretamente como actos de discriminación? Los comentarios burlones, los sobrenombres, las bromas, las indirectas, están en primer plano. Junto con ello: el ser siempre un «sujeto sospechoso», que debe ser vigilado, seguido, observado, o al que incluso se le puede negar el acceso («la casa se reserva el derecho de admisión»).

«La potencialidad está siempre en el negro»

Algunas experiencias discriminatorias comunes hacia los afrodescendientes tienen que ver con los usos del lenguaje cotidiano («trabajé como un negro chico», por ejemplo), recibir atención de mala calidad o que no se siente nadie a su lado en el ómnibus.

Frente a esto, ¿cuáles son las actitudes más comunes? Son muy pocos los afrodescendientes que asumen conductas reivindicativas por vías legales o personales. Las veces que se inician, no se continúan. La enorme mayoría opta por «dejar pasar», aun si se trata de militantes de organizaciones sociales del colectivo. Este dejar pasar, sin embargo, no anula los sentimientos de angustia y bronca que acompañan a estos actos de discriminación.

¿Cuánto pesará esta actitud en la salud de las personas? Es importante señalar que incluso los militantes suelen tener actitudes contenidas, ya que se percibe una disociación entre su información, formación y capacidad reflexiva, por un lado, y su actitud, por otro. Esta última revela que, finalmente, se sigue asumiendo un lugar de «subalternidad». Las reacciones no suelen ser iguales si la situación se enfrenta en soledad o en grupo, en cuyo caso se puede encontrar un poco más de tendencia a la acción y, cuando la hay, suele predominar una actitud reactiva. Hay gran desconocimiento de otros canales posibles para defender los derechos, o se confía poco en ellos.

En síntesis, entre las defensas más recurrentes se destacan la naturalización, la racionalización y brindar justificaciones a los problemas que, en general, colocan fuera del alcance del sujeto la posibilidad de promover modificaciones y conducen

a un «alivio» de responsabilidad. A la vez, permiten ubicar las causas de los males afuera, al contrario de aquellos que se identifican con las imágenes negativas y asumen una actitud de culpabilidad o responsabilidad.

Sobre los ámbitos

La institución educativa

Como en otros estudios que anteceden al presente, la escuela primaria es la más mencionada como ámbito discriminador. La mayoría de los participantes reconoce haber vivido episodios de discriminación. Esta puede asumir diversas formas: se la relaciona con la deserción precoz originada por problemas económicos de la familia, que hacen que no sea posible afrontar los gastos que la institución demanda, o con que el niño debe insertarse tempranamente en el campo laboral; además, se la vincula con problemas económicos que afectaron la educación de los padres, quienes, como consecuencia, no sostienen el proceso educativo formal de sus hijos.

En el interior cuenta también la segregación residencial y la consecuente limitación para el acceso. Corresponde anotar que la mayor parte de las personas asistieron a escuelas públicas, pero también se relatan anécdotas de colegios privados laicos y privados religiosos. Se mencionan algunas instituciones educativas religiosas fuertemente identificadas como racistas.

A medida que se avanza en el sistema educativo hay menos afrodescendientes. En este sentido, también hay más problemas señalados en el interior, ya que no todas las localidades cuentan con establecimientos secundarios y el transporte comienza a ser una limitación agregada; pero en Montevideo la situación no es muy diferente.

«En la UTU nunca tuve compañeros negros».

Quienes concretamos segundo ciclo sabemos que la aprobación de los exámenes nos exigía un poco más de estudio que al resto de los compañeros. Y si pudimos acceder al nivel universitario, las exigencias eran aún mayores. No se trataba solo de dar un examen, se trataba de la convivencia con los compañeros, cuando en un grupo de cuarenta o cincuenta alumnos había solo uno o dos negros. He llegado a experimentar que la única forma de aprender bien una materia es la que pudimos e incorporamos por nosotros mismos.

Otra forma de discriminación la constituyen acciones concretas de parte de los compañeros de escuela hacia los afrodescendientes (se describen tanto agresiones verbales como físicas).

Las respuestas que asumen los niños oscilan entre actitudes de carácter pasivo y la angustia que lleva a recurrir a los padres. Las actitudes de los padres revelan pequeños matices generacionales. En las generaciones mayores, los padres toman una actitud de pasividad (dejar pasar) o de sobrecompensación: su hijo debe esforzarse para no dar motivo a esas agresiones, ser el más inteligente, el más prolijo, el más educado. En las generaciones más jóvenes hay una actitud reivindicativa de derechos y de exigir a la institución que intervenga en la situación.

En todos los casos estas experiencias tienen un alto costo, afectan la autoestima de los niños y provocan sufrimiento psíquico. En los pocos casos que hay una respuesta activa, aparece enmarcada en un fortalecimiento de la identidad afrodescendiente, acompañada de cierto grado de reflexión sobre el tema. Muchas veces se fantasea con adoptar actitudes agresivas, pero no pasan a la acción. En algunos casos aparece la naturalización de la discriminación y se atribuye esta característica como inherente a la infancia: «Los niños son así».

A pesar de la actitud reivindicativa de los más jóvenes, sus padres siguen manteniéndose en el mismo lugar de pasividad y, en general, no los apoyan cuando manifiestan sus reclamos; además, identifican el problema como algo a ser solucionado por el individuo afrodescendiente y no como un factor que proviene de la interacción o de la organización institucional.

Las actitudes de los docentes constituyen otro capítulo. Si bien no se generaliza en cuanto a los maestros y profesores, tiende a manifestarse, en los hechos, que estos naturalizan a la discriminación y, como agentes transmisores de las normas sociales, adoptan una actitud que, lejos de contribuir al reconocimiento de la diferencia, conduce a profundizar la *invisibilización*. En general, las posturas son evasivas ante los actos de discriminación, se los minimiza y se llega, en ocasiones, a culpar a las víctimas. Muchas veces la reacción solo se desencadena si la familia la reclama. Se alega, además, la falta de instrumentos como para abordar el tema.

La institución escolar no tiene mecanismos permanentes para trabajar en estos problemas, sino que reacciona puntualmente. Se señala que esto no solo pasa con la discriminación racial, sino que, además, no hay una forma instituida de encarar la integración de la diferencia, y se agrega la reiteración de actos de discriminación hacia niños discapacitados, obesos, etcétera.

Existen otras formas de discriminación que no son personales ni directas ni entre niños, evidenciada, por ejemplo, en la estigmatización de los modelos ilustrados en la historia y sus distorsiones. Se refieren a la imposibilidad de trascender los oficios de los esclavos en la colonia como aporte a la construcción nacional y omiten otras referencias a la participación de afrodescendientes en eventos históricos destacados. En este renglón se ubica la tendencia a dar poca participación en las actividades escolares, como festivales, bailes, deportes, etcétera, y no otorgar lugares de protagonismo: «Siempre en el fondo», de «relleno». En cuanto a los contenidos educativos, inciden en la formación de una identidad menoscabada del individuo afrodescendiente, identificada exclusivamente con la herencia de la esclavitud.

El ámbito laboral

Este apartado también comienza con el señalamiento de aquello que impactó más fuertemente. Se relatan experiencias de relaciones laborales que hacen pensar en la supervivencia de trabajo esclavo, algunas de ellas desde la niñez y todas relativas al trabajo doméstico. Se caracterizan por no tener horarios, por la explotación económica, los abusos (incluso sexuales), la discriminación en el uso de los espa-

cios de la casa, etcétera. Más allá de que la sociedad uruguaya no sostuvo el tránsito de los esclavos a la condición de ciudadanos después de la abolición, parece que también operara una suerte de transmisión intergeneracional del lugar social. Esto aparece unido a la autoimagen desvalorizada, a la indefensión aprendida, al fatalismo. Por otra parte, y no solo en relación con el tema laboral, las referencias al pasado histórico, cuando aparecen, son menciones a la esclavitud. África es un referente muy lejano, no solo geográfica, sino afectivamente; no convoca a un sentimiento de unidad como sí lo hace que todos tuvieron antepasados esclavos.

En un solo caso se relata una experiencia de trabajo infantil catalogado como tal, mientras que se desprende de los grupos que la mayoría de los participantes, sobre todo mujeres, vivieron este tipo de experiencia, pero la naturalizan.

Por otra parte, las posibilidades de acceso laboral de la mayor parte de los afrodescendientes se vinculan a tareas que se desprenden de la esclavitud: los oficios manuales, el trabajo doméstico y el ejército (este último es destacado en el interior). Estas experiencias se relacionan con la ya analizada incapacidad del sistema educativo para retener a los afrodescendientes.

Muchos de los participantes relatan una vulnerabilidad incorporada, que los lleva a no exponerse a la aspiración de un trabajo para el cual están calificados, porque asumen de antemano que serán rechazados. Esta conducta revela tanto una forma pasiva de defenderse de potenciales agresiones como la adopción de una identidad desvalorizada respecto de las capacidades personales, construida desde la interacción social.

Las experiencias de discriminación en las relaciones laborales se dan en las formas de selección, en las remuneraciones, ascensos y promociones y en el reconocimiento de la calidad de trabajo. Como en otros planos, las respuestas reivindicativas son puntuales y aisladas y tiende a predominar la pasividad. Se citan ejemplos y se identifican claramente lugares e instituciones. En algunos casos, se trata de empresas que tuvieron una política de selección discriminatoria, pero no la practican en la actualidad. Sin embargo, estas experiencias permanecen como actuales en la memoria del colectivo, y determinan su conducta.

También aparecen problemas en las relaciones con los compañeros de trabajo, traídas con menor intensidad. En el ámbito laboral se acentúan las discriminaciones múltiples contra la mujer. Surge como recurrente el estereotipo de la mujer afrodescendiente como empleada doméstica. En este sentido, se califica a la mujer afro como más trabajadora que la mujer blanca, en general; razón por la cual permanece más tiempo fuera del entorno familiar y, según algún participante, eso no le permite incidir, por ejemplo, en aspectos tales como la permanencia de sus hijos en el sistema educativo.

No se identifica al trabajo como una herramienta de ascenso social ni de satisfacción o realización productiva y creativa, sino que más bien es utilizado para la supervivencia cotidiana y constituye un elemento más de paralelismo con el trabajo esclavo, que es exclusivamente para sobrevivir y no para apoyar un proyecto de vida.

Espacios de socialización

Se incluyen bajo esta denominación aquellos espacios de circulación pública destinados a actividades de recreación, esparcimiento o consumo de diversos servicios: comercios (supermercados, shoppings, tiendas, etcétera), bares y restaurantes, medios de transporte, bailes, alquileres de viviendas.

Casi todos los participantes vivieron experiencias personales en estos ámbitos; solo son negadas en un caso y, en otros, relatan haberlas presenciado o escuchado de parte de los protagonistas. Las vivencias van desde la persecución o vigilancia exagerada hasta la negativa a atenderlos. Se identifican espacios específicos, con nombres y direcciones.

También en este aspecto muchas conductas y actitudes están condicionadas a priori por la certeza de lo que ocurrirá, y llevan, en algunos casos, a la autoexclusión o a actitudes desafiantes.

Cabe destacar la ambivalencia con respecto al derecho de admisión, porque para algunos de ellos «no está dirigido hacia los negros» y lo comparten, mientras que otros si lo cuestionan, porque no hace alusión a cuáles son los elementos a excluir en determinados espacios.

Respecto al transporte se relatan experiencias referidas tanto al trato del personal como de los demás pasajeros. Es la más sutil, cotidiana y sistemática forma de discriminación, representada en que el asiento contiguo al de un afrodescendiente es el último en ocuparse.

En los demás espacios mencionados solo se refieren a los empleados que atienden o vigilan, pero nunca al público. La vigilancia en los comercios es percibida por los afrodescendientes como una persecución. Los supermercados, shoppings y free shops en el interior (lugares a los que acceden solo los ciudadanos de mayor poder adquisitivo) son los que se mencionan con más frecuencia, seguidos de los bares.

También se desprende del análisis que la sociedad uruguaya ha establecido un lugar para los afrodescendientes: el de «criminalización del negro», manifestada implícitamente cuando se asocia al afrodescendiente con un ladrón (estereotipo + prejuicio) y explícitamente cuando, al verlo, las personas toman su cartera y la ponen contra el cuerpo o cruzan hacia otra vereda (estigma).

Policía

Si bien no constituye un ámbito propiamente dicho, se incluye en este lugar por su relación con el punto anteriormente desarrollado. Los guardias de seguridad y los vigilantes privados aparecen mencionados espontáneamente, mucho más que los policías. Con respecto a estos últimos hay gran variedad de opiniones y actitudes. Todos parecen coincidir en que la policía juzga por las apariencias, pero no todos les atribuyen actitudes de discriminación racial. Un participante menciona que hay más afrodescendientes que blancos en la cárcel, pero sin mayor elaboración del dato.

Entorno barrial

En este caso, la experiencia es más heterogénea que en los casos anteriores. Algunos de los participantes pertenecen a la única familia negra del barrio en el que se criaron. Alguien se refiere incluso a que los únicos negros que conocía eran sus hermanos. Se menciona, en algunos casos, la exclusión de los vecinos, quienes aunque requerían algún servicio de la familia afro (como el uso de un teléfono), no los invitaban a fiestas o reuniones. En otros casos no se relatan experiencias de conflicto con vecinos adultos. Entre los recuerdos infantiles sí aparecen menciones a no ser invitados a los cumpleaños de amigos con los que se jugaba cotidianamente.

Aparece una línea interesante ligada al barrio de pertenencia y a su relación con la colectividad afrodescendiente. Para algunos de los participantes, hechos como concurrir por primera vez a las Llamadas como espectadores o mudarse al barrio Palermo, les significó descubrir que había muchos más pares; les generó excitación, sorpresa y curiosidad. En contrapartida, otros participantes viven como algo natural la presencia afrodescendiente, por haber nacido y haber sido criados en un barrio con mayor población de esta procedencia. Contrariamente, en el interior, el barrio no es visto como un entorno protector, sino que tiende a excluir a los afrodescendientes de las redes sociales y genera situaciones de discriminación que afectan la vida cotidiana de estos individuos.

En el barrio soy discriminada por los vecinos que viven al lado de mi casa. Hace unos años, me encerraba en mi casa y pasaba enferma, no salía por la discriminación. Encerraba a mis hijos, también.

Es importante preguntarse acerca de la influencia que tienen las políticas de vivienda en el fortalecimiento o debilitamiento de una identidad colectiva, a partir de la dispersión de núcleos ligados a la supervivencia de las tradiciones étnicas (conventillo Medio Mundo, barrio Reus Sur «Ansina»), o de la expulsión hacia la periferia de los vecinos más pobres, a medida que la cercanía del centro se hace difícil de sostener económicamente.

Otro elemento llamativo que surge son las restricciones u obstáculos que encuentran los afrodescendientes a la hora de alquilar viviendas en determinados barrios, por parte de las inmobiliarias, no de los vecinos.

Al igual que en otros estudios, la salud no aparece destacada como un ámbito en el que se padezcan actos de discriminación, y esto merece algunas reflexiones. En general, la representación de la mayoría sobre lo que es un acto discriminatorio involucra alguna acción violenta ejercida por una persona sobre otra,⁸ por lo que la falta de acceso a la atención y la inexistencia de planes y programas específicos para la población afrodescendiente no son atribuidos a la discriminación por parte del sistema. Las malas condiciones de salud, derivadas de las malas condiciones de vida, no son representadas por las personas como responsabilidad del sector salud,

8 FERREIRA, LUÍS: *El movimiento negro en Uruguay (1988-1998). Una versión posible*, Montevideo: Ediciones Étnicas-Mundo Afro, 2003.

lo que seguramente ocurre en general en la población uruguaya, y deriva tanto de la concepción de salud predominante como del modelo de atención hegemónico.

Es necesario señalar que, en general, cuando una persona recurre a una institución sanitaria es porque padece alguna forma de sufrimiento, para el que espera recibir ayuda, o sea, se encuentra en una situación de vulnerabilidad y dependencia. Son pocos los que, en esta situación, cuestionan a quienes, en su fantasía, van a resolver su problema.

En este punto vuelve a cobrar relevancia el concepto de racismo institucional: las instituciones de salud están diagramadas por la cultura hegemónica blanca, según sus propios principios, modelos y estereotipos. Si bien no hay actos racistas de discriminación expresa, hay una forma de organización de la atención que, de hecho, desconoce características, derechos y sentimientos de los grupos minoritarios. Como ejemplo de ello se puede mencionar la presencia de símbolos religiosos en los hospitales públicos.

Otros

No se indagó particularmente en el trato recibido en las oficinas públicas, pero hay una anécdota interesante con respecto a los bancos: en ellos, cuando un afrodescendiente ingresa para hacer alguna gestión, es identificado, automáticamente, como usuario del Ministerio de Desarrollo Social.

Modelos

En este caso se denominó *modelos* a personas mencionadas por los participantes porque tienen algún destaque, fundamentalmente a través de los medios de comunicación, lo que revela cierto grado de aceptación por parte de la cultura hegemónica. Parece interesante constatar cuáles son las referencias de lo que esta población considera socialmente aceptable, partiendo de la base de que son imágenes connotadas positivamente por los medios.

La mayoría de los participantes mencionan, en algún momento, a Ruben Rada; en ocasiones, a Edgardo Ortuño. En forma aislada aparece alguna mención a Andrés Sena, a Carolina Ricarte o a Alberto Spencer. En el caso de los dos primeros se los trae para ejemplificar la sospecha de alguna actitud discriminatoria que los apartó del lugar al que habían logrado acceder. Como se ve, el espectro es bastante limitado: se reduce a compatriotas (incluyendo las características particulares de Spencer y su familia) y no incluye a personas pertenecientes a otros ámbitos de la cultura.

Este déficit, para no culpabilizar a las víctimas una vez más, es probable que esté ligado a lo que efectivamente los medios muestran de la cultura afrodescendiente. Llama la atención que tampoco aparezcan menciones a personajes muy populares del carnaval, ya que en los últimos años este ha ocupado importantes espacios en los medios de comunicación.

Fuera de ellos se mencionan a algunos profesionales y dirigentes de organizaciones afro, pero basados en un conocimiento personal. Se los trae como modelos, pero no como figuras populares, lo que supone una misma exposición para los «espectadores blancos».

El diputado Ortuño es mencionado, en algunos casos, como una excepción en el sistema político, mientras que, en otros casos, se sigue afirmando que en el Parlamento «no hay ningún negro».

Otros afrodescendientes muy populares son algunos deportistas que, sin embargo, son descalificados por sus conductas fuera de los espacios deportivos (locales nocturnos, etcétera): muestran una conducta que se vive como contradictoria respecto a la esperada. Para la mayor parte de los participantes que los mencionan, constituyen una especie de «modelos negativos».

Así como se encuentran los modelos populares de diverso signo, existen también los estereotipos anónimos connotados negativamente: los «negros ladrones». En ocasiones hay una identificación con modelos negativos que hace que, en forma inconsciente, las personas se autoexcluyan por temor a ser rechazadas. Los afrodescendientes también son portadores de esquemas excluyentes y discriminatorios, depositados en otras características (desprolijidad, por ejemplo) y atribuidos a otros grupos de población (los planchas, por ejemplo). Este mecanismo es una contracara de la culpabilización de la víctima y consiste en identificarse con el agresor, de manera de sentir el mismo poder que se atribuye al otro.

Para todos los participantes, con mayor o menor grado de elaboración, se otorga un papel preponderante a los medios de comunicación y comunicadores como modeladores o creadores y difusores de estas imágenes sociales. A través del discurso de algunos comunicadores se fortalece la imagen estigmatizada que recae sobre los afrodescendientes. Relacionado con esto o no, muchas veces se repiten informaciones erróneas como certezas que, en algunos casos, distan de la realidad actual, pero tienen el efecto de confirmar los propios preconceptos acerca del tema.

El candombe

Para los participantes el candombe es la manifestación cultural esencial de raíz afro. La discriminación racial, en este ámbito, es percibida como una pérdida de espacios y de las raíces. Se refiere a la cada vez mayor incorporación de blancos en las comparsas y toques, así como a las modificaciones que sufren los planteos y el usual desconocimiento del significado de algunos personajes.

Sin embargo, esto no es lineal, ya que a veces se siente que la cultura blanca encara al candombe como una postal turística, y también se admite que hay blancos que no comparten dicha percepción, ya que cuando se acercan a esos ámbitos, lo hacen desde la aceptación y el respeto de que el candombe es originariamente una manifestación afro. Al mismo tiempo, para estos blancos, así como para muchos afrodescendientes, compartir el candombe es una contribución a la creación o consolidación de una identidad nacional rica y diversa.

La escasa presencia del candombe en los departamentos norteros, representada por cuerdas de tambores aisladas y con un número de componentes reducido, se ve opacada ampliamente por las *escolas de samba* que allí se desarrollan. La cultura de la frontera a la que pertenecen los asocia a lo brasileño, más que a lo afrouruguayo.

Las escuelas de candombe están signadas por un componente institucional y político, que se relaciona con la promoción de la cultura afrouruguaya originada en Montevideo, pero en ningún momento surge como una manifestación espontánea de los afrodescendientes autóctonos. Es importante destacar que, en el caso de Rivera, los afrodescendientes que no están institucionalizados (los que no participan en las actividades de las organizaciones, los ciudadanos de «a pie»), asocian al candombe con la religión y a ciertas versiones de ella. En otras palabras, candombe es igual a *macumba*.

Género

Las diferencias sociales, culturales, económicas, políticas y jurídicas atribuidas a los individuos de acuerdo con su sexo establecen contrastes de roles y definen la posición que asumen hombres y mujeres. En nuestra cultura se ha asignado un valor superior a las funciones y tareas consideradas propias del género masculino.

En esta investigación se vuelve a constatar lo hallado en investigaciones anteriores sobre la discriminación múltiple que sufre la mujer por su condición de mujer y afrodescendiente.

Si se observa desde el interior de los grupos, se encuentra una situación más naturalizada, ya que las participantes mujeres no manifestaron que haya diferencias de género. Espontáneamente se le restó importancia al tema, nadie lo manifestó como un asunto a problematizar. Que la pobreza, así como el racismo y discriminación estén naturalizados para este grupo, hace que cualquier otro tipo de diferenciación no se cuestione, sino que, por el contrario, se dan por sentadas las consecuencias negativas que trae aparejado el ser pobre, afrodescendiente y mujer.

Un aspecto nuevo que apareció en la investigación es el papel de los hombres afrodescendientes, que surge como un rol estático en sus funciones de proveedor de la familia, en algunos casos y, en otros, está muy ligado a los aspectos físicos y las exigencias que esto conlleva, como pueden ser laborales o sexuales. La discriminación racial los afecta de forma diferente que a las mujeres, la sobreexigencia del modelo machista provoca sentimientos de inseguridad y de inferioridad cuando no pueden cumplir con lo establecido, y limitan así sus oportunidades sociales, comunitarias y familiares.

Relaciones de pareja

Aparece una línea importante en lo relativo a las parejas biétnicas y a las familias con hijos con distintos rasgos fenotípicos. En algunos casos esto es valorado, pero en otros, se niega su importancia o es fuente de problemas. No es claro aún que

existan patrones comunes. Lo que es claro es que la familia es determinante a la hora de la elección de pareja.

Se constata que las familias cuyo bagaje cultural y tradicional afro es más arraigado tienden a ser más reacias a la incorporación de personas blancas. Esto no ocurre con aquellas que se desarrollaron más lejos del ámbito colectivo afrodescendiente, que son más permeables a la integración. Podemos aproximarnos a la conclusión de que a mayor fuerza de la herencia cultural, mayor segregación de los individuos, y a mayor desintegración de las redes afro, mayor búsqueda de una integración blanca.

Todavía es un desafío lograr la articulación entre las culturas. Aún hoy existe una relación de poder basada en la necesidad de asimilación a la hegemónica.

En la mayoría de los casos para continuar con su relación, una de las partes debe alejarse de su núcleo familiar de origen y aun así no logra la aceptación de la familia de su cónyuge. Esto puede ser un factor de riesgo para las generaciones posteriores, ya que a consecuencia de esto los integrantes más jóvenes de las familias protagonistas no llegan a vincularse fluidamente con los familiares directos, por ejemplo: nietos con abuelos.

El color

Se encuentra en esta investigación, por primera vez, una preocupación que no se había detectado antes: la diferencia de colores. Tal vez influya en ello que dos de los departamentos estudiados están en la frontera con Brasil, donde este tema se maneja de un modo diferente al Uruguay. Se revela una preocupación por el aspecto biológico, que hasta el momento no se había constatado que fuera relevante. Hasta ahora (y esto también aparece en la población analizada en esta oportunidad), la palabra 'raza' era asociada casi unánimemente a cuestiones de identidad cultural, y lo fenotípico siempre tuvo un lugar secundario.

Propuestas

Un mayor nivel educativo o de concientización política permite formular propuestas con mayor grado de elaboración, que apuntan a aspectos de ejercicio de ciudadanía. En otros casos, sin embargo, predominan las reacciones espontáneas, a veces como efecto de la propia participación en el grupo.

Con respecto a esto, se subraya el valor del grupo como ámbito para compartir, continental, elaborar y aprender, que lleva a fantasear con la necesidad de repetir la experiencia. La pregunta que se podría formular como contrapartida es por qué no se apela a los colectivos organizados ya existentes. No se hacen menciones muy extensas a esos colectivos, pero, en general, da la impresión de que las organizaciones no gozan de la confianza de los afrodescendientes que no tienen un perfil político. Cuando se propone la instrumentación de espacios de intercambio que no necesariamente son los grupos de la investigación, llama la atención el desconocimiento

de la existencia de algunas de las organizaciones comunitarias, y su descalificación porque no son vistas como representativas.

4.2. Entrevistas en profundidad

¿Existe la discriminación?

Ninguno de los entrevistados maneja la expresión *afrodescendiente* o habla de *enfoques étnicos*, aunque en algún caso se da una rápida apropiación y uso correcto del término. Suelen predominar las alusiones a la *raza* y se siguen definiendo como *negros*.

Dos mujeres entrevistadas niegan haber vivido experiencias de discriminación en forma personal, pero ambas relatan experiencias de este tipo, aunque las atribuyen a otras personas y las plantean como ajenas a su vida personal. Como se verá más adelante, se trata del uso de mecanismos de defensa, que hacen pensar en una emoción de carácter «insoportable» que debe ser alejada del registro cercano y vivencial.

Una de estas mujeres es joven, casada con un hombre blanco, y narra experiencias de discriminación sufridas por su marido, de parte de afrodescendientes ajenos a su familia. Independientemente de que estas experiencias sean reales, parece haber una necesidad de invertir la situación, como forma de sentirse en un lugar aceptado socialmente, con más poder. Esto se hace más evidente cuando aparecen relatos de actitudes discriminatorias hacia la propia mujer, por parte de la familia de su marido, en las primeras etapas de su relación.

Aparte de estas dos situaciones, los demás entrevistados coinciden en señalar la existencia de diversas formas de discriminación. Una de las más frecuentes se refiere a los usos del lenguaje, las expresiones verbales descalificadoras, los comentarios, los apodos, bromas y refranes. Algunos, los mayores, coinciden en señalar que hay una evolución social positiva y que, en la actualidad, estas experiencias son menos frecuentes o menos intensas. A veces da la impresión de que esta evolución está muy idealizada; se ubica todo lo negativo en el pasado lejano e incluso en otro lugar geográficamente alejado y se hace una valoración que también parece defensiva. En todas las entrevistas realizadas en los departamentos fronterizos se idealiza la situación de los afrodescendientes en Brasil.

Sentimientos, reacciones y mecanismos de defensa

No todos los entrevistados pueden manifestar los sentimientos generados por estas experiencias vitales. Quienes lo hacen se refieren tanto a la rabia como a la impotencia (lo que está relacionado con las defensas, como se verá). También aparece la angustia, el llanto, el «dolor en el corazón». En dos casos (uno en Montevideo y otro en el interior) se manifiesta «odio a los blancos», específicamente como consecuencia de la discriminación padecida.

Se entiende por *reacciones* a las actitudes manifiestas, las conductas que se adoptan frente a la experiencia concreta, personal o vivida por alguien allegado.

Predomina ampliamente la pasividad. En general, hay fantasías de respuesta: «Lo que haría», pero luego se opta por «dejar pasar» o, como dice una entrevistada: «Me hice la sorda». Las fantasías son frecuentemente agresivas. También se puede decir que hay ambivalencia. Por ejemplo, una entrevistada manifiesta que decidió no tener hijos para que no vivieran situaciones tan negativas, aunque luego igualmente los tuvo. La sobreadaptación es frecuente.

Son escasos los ejemplos de personas que adoptan una actitud de reivindicación formal a través de algún canal, como ir a hablar con la maestra de los hijos cuando estos cuentan agresiones vividas en la escuela. Prácticamente no hay utilización de los recursos legales ni de los dispositivos que manejan las organizaciones de afrodescendientes.

Cuando se habla de mecanismos de defensa, se alude, en sentido estricto, a procesos psíquicos de orden inconsciente, que tienen como finalidad controlar o prevenir la emergencia de la angustia que moviliza estos acontecimientos. Varían, como es obvio, de acuerdo con la personalidad y con el capital cultural e intelectual del entrevistado. Aquellos que disponen de más herramientas suelen recurrir a mecanismos de intelectualización y racionalización con mayor frecuencia. Cabe aclarar que esto no invalida las construcciones teóricas que algunos entrevistados realizan para explicar la discriminación y el racismo.

Creo que la discriminación del negro tiene un componente ideológico y económico fundamental. La xenofobia y el racismo se proyectan ideológicamente sobre bases económicas y materiales.

Lo que ocurre es que, en ocasiones, se hace más evidente que estos razonamientos son forzados y apuntan más a una función tranquilizadora que explicativa propiamente dicha. El riesgo de su utilización está en que hay una frontera muy sutil entre comprender y justificar. A veces sirven para aliviar: si se encuentra un fundamento histórico, social, político o antropológico, el propio sujeto queda eximido de la intervención en los hechos y ya no se lo puede acusar de haber sido el provocador. Pero, a la vez, quien ejerce esa violencia también puede ser exonerado de responsabilidad, ya que solo está siendo víctima de circunstancias, condicionantes históricas, etcétera.

Con respecto a la culpabilización de la víctima, se encuentran expresiones tan impactantes como «me reeducaron», para referirse a un mayor control de los impulsos agresivos con los que el entrevistado respondía en su juventud a las manifestaciones de discriminación. Hay quien plantea que la discriminación depende de cada uno, y lleva la culpabilidad al extremo de considerarla un problema individual, descontextualizado.

En algún caso aparece la naturalización, que siempre está unida al fatalismo, a que nada puede cambiar y que resulta igualmente peligrosa en dos sentidos. En primer lugar, porque deja a las víctimas indefensas (y si bien no es exactamente lo

mismo que culpabilizar a la víctima, es igualmente nocivo) y, en segundo lugar, porque no permite analizar los hechos desde una perspectiva de derechos, reclamar y promover cambios. La discriminación afecta a todos los diferentes: enanos, obesos, etcétera, y «no hay que bajonearse y hay que seguir adelante, porque la vida es así».

Estas defensas parten de la aceptación de que la discriminación existe. Hay otras personas que directamente deben recurrir a la negación.

Se han encontrado, además, fantasías evasivas que permiten soñar con lugares en los que los afrodescendientes viven mejor, integrados con los blancos, pero no discriminados (se trata de sociedades pluriétnicas): para todos los que proceden del interior es Montevideo, y frecuentemente Brasil; para algunos de Montevideo es el interior, para muchos es Estados Unidos. La mayor parte de estas menciones revela distorsiones y carencias en la información que confirman, que se trata de recursos defensivos, ya que no responden a realidades comprobadas.

Todos estos aspectos merecen una consideración especial a la hora de pensar estrategias de intervención y, sobre todo, al diseñar políticas.

Ámbitos en los que se ubican las experiencias de discriminación

La educación

Todos los entrevistados coinciden en señalar frustraciones relativas al nivel de estudios que hubieran deseado alcanzar. En todos los casos esta limitación es atribuida a las dificultades económicas de la familia. Incluso una persona que alcanza estudios universitarios casi completos aclara que no eligió la carrera que le hubiera gustado, porque sabía que implicaría costos que su familia (o él mismo, ya que trabajaba simultáneamente) no podría sostener. No todos relacionan la situación socioeconómica familiar con su condición de afrodescendiente.

Se encuentra entonces una *discriminación indirecta*, que no es representada como tal y que forma parte de una construcción del mundo con limitaciones, relacionada con la naturalización y el fatalismo ya analizados. Hay una resignación que se transmite incluso a las generaciones siguientes, ya que se manifiestan fantasías acerca de los estudios de los hijos, pero no se los estimula por la convicción, a priori, de que será imposible concretarlos. Aparecen consecuencias transgeneracionales cuando se plantea que los padres, por ser analfabetos, no pueden estimular o apoyar a los hijos.

En pocos casos la educación es un recurso de ascenso social: una de las entrevistadas la plantea como la única salida para evitar un destino de empleada doméstica. Esta llega al extremo de plantear, al aludir a la falta de educación formal: «La mayoría en mi familia no son nada».

Otras formas de discriminación indirecta aparecen en la institución educativa (primaria), como en el caso de no ser seleccionados para actuar en los festejos escolares. Aquí también cabe introducir el concepto de *racismo institucional* que ya se mencionó en otros pasajes de este trabajo.

No hay unanimidad con respecto a las actitudes de los maestros. En algunos casos, se relatan experiencias de discriminación activa, en otros casos, más indirectas, por no saber, querer o poder manejar las agresiones entre los niños. Otros recuerdan actitudes positivas de los maestros, pero referidas más bien a la relación personal mantenida con el entrevistado, reflejadas en alguna acción de protección o respaldo especial.

La discriminación por parte de los pares es el aspecto que más se repite, en el rechazo de los compañeros de escuela: no compartir juegos, no sentarse al lado, no invitar a los cumpleaños, agresiones verbales e incluso físicas. Pocas veces los padres asumen una actitud de protección activa y reivindicación ante los maestros o la institución escolar. Más bien se tiende a fomentar la sobreadaptación, lo que se relaciona con lo planteado en el capítulo acerca de los grupos focales: «dejar pasar», a pesar de las fantasías de otro tipo. Debe anotarse que los entrevistados no señalan el mismo tipo de agresiones por parte de vecinos y amigos del barrio, quienes son un recurso o apoyo, incluso dentro de la escuela.

El ámbito laboral

Excepto en un caso, los demás realizan actividades que están por debajo de su calificación o teñidas de características de desvalorización social. Por ejemplo, una de las entrevistadas se desempeñaba como peluquera a domicilio, pero no se le permitía entrar por la puerta principal. Se relatan también algunas agresiones verbales: «Los negros nacieron para ser esclavos», «son monos».

El hecho de que en algunas actividades laborales haya un franco predominio de afrodescendientes (trabajo doméstico o barrido callejero) es naturalizado por alguna entrevistada. Esta supervivencia de los oficios propios de los esclavos⁹ también está naturalizada, y ninguno de los entrevistados la cuestiona o la relaciona con determinantes de orden social o histórico. En un caso, una entrevistada del interior describe una relación, con características propias de la esclavitud, con la familia blanca que la criaba en sustitución de su familia biológica, que se prologó hasta sus 22 años.

En el interior todos los hombres pasaron por el ejército como alternativa laboral de la juventud. Ninguno llegó a él como opción vocacional. También lo describen como un ámbito discriminador, que no permite el crecimiento de los afrodescendientes. Esta limitación es vivida en la mayor parte de los trabajos («el que tiene el cargo más alto es el chofer»), a veces justificada con argumentos como: «El compañero afro está pensando en el pan de cada día, no piensa en crecer».

Al mismo tiempo, este crecimiento entraña el peligro del «emblanquecimiento», ya que se reiteran ejemplos de afrodescendientes que llegan a profesiones o cargos más valorizados, a cambio de apartarse de su comunidad de origen étnico.

9 Aparece una persistencia de la inserción laboral en tareas propias de los esclavos: el trabajo doméstico, la limpieza, los que implican un esfuerzo físico especial (carga y descarga en el puerto) o el ejército para los varones del interior.

Los espacios de socialización

Los espacios político-sindicales aparecen en pocas ocasiones. En una de las entrevistas se relata una historia de fuerte compromiso militante desde el liceo, sin experiencias significativas (positivas o negativas) ligadas a lo étnico. Quien cuenta la historia relaciona la comprensión ideológica de los mecanismos de dominación con los de la discriminación, pero no integra un enfoque étnico a su práctica militante sindical ni partidaria. Desde esta experiencia no se señala la existencia de discriminación en el movimiento sindical, pero este tampoco ha recogido el tema entre sus preocupaciones.

El barrio, que en la vida de los uruguayos constituye un espacio de familia ampliada, de contención, protección, intercambios afectivos y aprendizajes de todo tipo, no siempre es vivido de la misma manera por los afrodescendientes. En algún caso, la familia era catalogada por los vecinos como los «negros pretenciosos» por la insistencia en que los hijos estudiaran («se priorizaba un lápiz por sobre la comida»), lo que revela que el lugar asignado social y culturalmente era inferior o, en todo caso, igual al de sus vecinos, pero no se aceptaba una voluntad de superación, que era vivida como una especie de transgresión. Sin embargo, en esta misma entrevista, los amigos del barrio (de la misma edad) eran los que constituían el apoyo frente al rechazo de los compañeros de escuela y liceo. Cabe destacar que se relatan también episodios de solidaridad interétnica de personas que dejan de comprar en algún negocio o que se retiran cuando su amigo afrodescendiente sufre un trato discriminatorio.

En una localidad del interior se recuerda que los vecinos les decían a los niños que se cuidaran de los negros porque eran malos, o les tocaban el pelo para la suerte, asimilándolos a una categoría de objeto. La misma entrevistada relata que en su barrio actual, en Montevideo, existe solidaridad entre los vecinos, independientemente de la raza.

En el interior la plaza de la ciudad constituye un espacio valorado de encuentros e intercambios sociales, en el que muchos afrodescendientes se sienten incómodos, observados y rechazados.

Los bailes

Se menciona que en el interior existían lugares para blancos y para negros, debido a la discriminación que impedía que los afrodescendientes se mezclaran con el resto de la sociedad. Se sabe que en Montevideo también existió esta práctica, pero ninguno de los entrevistados la conoció personalmente (seguramente debido a la edad). Se mencionan algunos episodios confusos sufridos por familiares de algunas de estas personas en épocas recientes, a los que se les busca explicaciones que tratan de eludir el tema étnico y pasan más por las líneas defensivas ya analizadas.

Tiendas, bares, peluquerías

No se relatan experiencias personales vividas por los entrevistados en estos espacios en Montevideo, en cambio abundan los ejemplos en el interior. Uno de ellos

insiste en que, en estos casos, las actitudes de exclusión se focalizan más en factores de orden económico. Se rechaza el derecho de admisión por considerarlo discriminatorio, pero, sobre todo, en relación con los motivos antedichos.

Religión

Por primera vez aparece la información de un acto de discriminación ejercido por la iglesia católica en el Uruguay, por parte de una persona cuyo hermano quiso ser cura y no fue admitido por ser afrodescendiente.

La salud

Debe distinguirse, en relación con este punto, el acceso a condiciones de salud y calidad de vida por parte de la población, de la atención en los servicios destinados a ello. En este último aspecto no aparece ninguna experiencia de discriminación (las que son más bien negadas enfáticamente) por parte de funcionarios profesionales o no profesionales del sistema.

Las dificultades de acceso a los servicios, relacionadas con las limitaciones económicas que padece la mayoría de la población afrodescendiente, no son representadas por ellos como una discriminación o lesión a sus derechos ciudadanos. Tampoco se considera discriminación que sus condiciones de vida los expongan a sufrimientos evitables. Hay escasa o defectuosa información acerca de enfermedades de propensión étnica y su situación en el Uruguay (epidemiología, estudios, tratamientos, etcétera)

Modelos

No aparecen menciones espontáneas a figuras populares en el sentido que ya se ha explicitado. Incluso una de las entrevistadas dice que «solo conoce negros pobres», y trae una especie de *contramodelo* con respecto a lo planteado, que coincide más con los estereotipos dominantes. A pesar de ello, alguien introduce el tema de los medios de comunicación y plantea que «ahora se ven cosas lindas de los negros en la tele». Esta referencia se queda en una expresión genérica y parece más asociada a los lugares ideales que se describieron al comienzo: otros departamentos, otros países...

El candombe

En la mayoría de los entrevistados aparecen referencias fuertes al candombe como componente y símbolo de identidad. Se valoriza la experiencia de aprender a tocar el tambor, así como la persona con quién se aprende.¹⁰ En otros casos se da la paradoja de añorar «los bailes de la raza» que, aunque eran evidentes espacios de socialización y recreación de la identidad, también eran reflejo de una sociedad excluyente que no les permitía el acceso a los bailes «de blancos».

¹⁰ En un caso se da una curiosidad: la persona que le obsequia el primer tambor al afrodescendiente es un vecino blanco, pero el hecho está igualmente cargado de significación, ya que se trata de alguien que, simultáneamente, lo inicia en la adhesión a su cuadro de fútbol y está fuertemente ligado a la identidad barrial, en un movimiento muy uruguayo.

Algunos entrevistados muestran la esperable ambivalencia con respecto a la inclusión de los blancos en el *candombe*. Hay quien dice «el *candombe* es de los negros», pero también hay quien reivindica la apropiación del *candombe* por parte de la sociedad en su conjunto.

Las relaciones interpersonales

En la adolescencia sigue habiendo alguna experiencia de discriminación en las relaciones entre pares. A uno de los entrevistados no lo invitaron a un cumpleaños de quince por ser negro. Uno de sus amigos (blanco) tampoco asistió por ese motivo, y hoy es el padrino de su hijo. Esta anécdota revela cómo las vivencias de discriminación fortalecen otro tipo de vínculos, o incluso, en otros casos, contribuyen a la afirmación de la identidad afrodescendiente.

Varios entrevistados mencionan la generación de vínculos más fuertes con los blancos a partir de esta edad (amistades, vecinos, parejas), lo que parece natural en la medida que se va adquiriendo autonomía con respecto a la familia. En general, estas relaciones no son descritas como conflictivas, aunque a veces se relatan ejemplos que revelan lo contrario. En ocasiones, las relaciones con los blancos están cargadas de actitudes de sometimiento aprendidas en el ámbito familiar. Esto se da, sobre todo, cuando los blancos son clientes o patrones, lo que revela, una vez más, que la impronta de la esclavitud dejó huellas a través de las generaciones. Del mismo modo, la actitud reivindicativa también se aprende en la familia: «Tampoco se dejan pasar por encima; todo con altura, pero desde pequeños les hablamos».

Las relaciones de pareja

Solo uno de los entrevistados de Montevideo tuvo una pareja estable afrodescendiente *negra*. Se hace esta aclaración, porque, en otro caso, la pareja se identifica como afrodescendiente, pero es blanca. En los demás casos se encuentran parejas biétnicas. En el interior se entrevistaron individuos con pareja afrodescendiente negra o sin pareja.

Cuando se trata de comprender qué es lo que lleva a la frecuencia de las relaciones biétnicas, surge que ello es así porque la persona se relaciona en círculos integrados por blancos. Un análisis más cuidadoso revela que esto es por lo menos discutible, ya que, en algunos casos, pertenecen a ámbitos propios de la cultura afrodescendiente, como las *comparsas*; en otros, su inserción laboral es en un ambiente en el que predominan los afrodescendientes, como ya se dijo; y otros han vivido en barrios en los que se concentran núcleos de afrodescendientes. No hay suficiente información en este estudio para profundizar en estos mecanismos. Incluso la población estudiada es pequeña para establecer alguna tendencia, pero la frecuencia de las parejas biétnicas llamó la atención a los investigadores. Una entrevistada afirma que «el amor no tiene color», pero es la única que estuvo casada con un afrodescendiente hasta enviudar, y no constituyó otra pareja.

Si bien en ninguna entrevista se traen problemas íntimos propios de la pareja por su condición interétnica, sí se mencionan algunos conflictos con el entorno y los hijos. Al hablar de entorno se trata específicamente de las familias de origen, en las que se relatan actitudes de rechazo por parte de las familias blancas. En estos casos, el nacimiento de los nietos suele ser el movimiento que lleva a la recomposición familiar.

Con respecto a los hijos, en esta investigación ya se mencionó que aparece cierto interés o preocupación por las diferencias de color de la piel, y esto se da particularmente entre integrantes de una misma familia. Esta es una problemática que se hace más evidente en las familias descendientes de parejas biétnicas, siempre para reafirmar que aquel que es más oscuro está expuesto a más agresiones por parte del medio extrafamiliar.

La familia

Hay coincidencia en que la identidad afrodescendiente se construye en la familia, aunque existen diversidad de matices y posturas. Estos matices van desde «mi padre nos hizo orgullosos de nuestra negritud», hasta pedir niños para cuidar en el Consejo del Niño,¹¹ pero «sin motitas». La entrevistada que menciona esta situación manifiesta vergüenza al recordar el episodio, pero pone en evidencia los conflictos en torno a la identidad ligados a los rasgos fenotípicos, que son siempre los que facilitan la clasificación y consecuente segregación.

En esta anécdota se revela el mecanismo de identificación con el agresor, que se encuentra en reiteradas ocasiones y con diversas manifestaciones. En este caso se trata de una persona que puede conectarse críticamente con sus propias actitudes, pero en muchas oportunidades esto no sucede y lleva al sufrimiento propio o de los demás.

Otro de los mecanismos frecuentes en los vínculos familiares, que se ha mencionado varias veces, es el estímulo a la sobreadaptación y la sobreexigencia focalizada en los hijos. En algún caso esto está asociado a una expectativa de ascenso social, por ejemplo, cuando se dirige a los estudios. Pero en otros casos se remite a evitar actitudes que puedan provocar la discriminación y queda asociado a la sumisión. Las familias afrodescendientes tienen una resistencia más encubierta a aceptar que sus integrantes formen pareja con blancos: «Mi nuera es blanca, pero es muy buena».

Las figuras femeninas, en general, son idealizadas y están muy ligadas a la maternidad. Sin embargo, son objeto de discriminación agravada, ya que se suman las problemáticas de género a las de origen étnico. En el interior, los entrevistados destacan la discriminación agravada por la pobreza.

Propuestas

Se manifiesta mayor pobreza en las técnicas individuales que en los grupos. Se evidencia, una vez más, que los colectivos potencian y amplían las capacidades de los individuos.

11 Actual Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (INAU).

5. Conclusiones, propuestas y sugerencias

El material analizado es abundante. En algunos aspectos parece profundizar líneas que ya se identificaron en trabajos anteriores de este o de otros equipos de investigadores; pero también aparecen algunos puntos de vista novedosos.

La primera conclusión que debe subrayarse es que la sociedad uruguaya es discriminadora y que los afrodescendientes sufren esta discriminación en forma personal y directa, más allá de la segregación estructural que supone su condición de pobreza. Estas formas actuales de la discriminación se unen a la determinación siempre presente de un pasado de esclavitud que aún marca, en forma cualitativa y simbólica, la identidad y el lugar social de los descendientes de esclavos, tanto para ellos mismos como para la cultura hegemónica blanca. La integración social, vivida en términos más positivos, está relacionada con la música (en Montevideo, particularmente con el candombe), aunque, por momentos, esta integración adquiere connotaciones de expropiación.

Estas fuentes múltiples de discriminación colaboran en la construcción de una identidad autodesvalorizada, que se recorta a sí misma posibilidades de desarrollo y que impone niveles de sufrimiento evitables. Forma parte de este perfil una visión fatalista de la vida, que se refleja tanto en las actitudes individuales como en la debilidad de las iniciativas colectivas. A pesar de que predomina esta posición, hay una percepción de una evolución social positiva, ya que la mayoría coincide en que han mejorado las condiciones sociales con respecto a lo que vivieron anteriores generaciones.

Se empiezan a vislumbrar algunos cambios: una mayor autoafirmación que revela que las acciones de las organizaciones del colectivo afrodescendiente, así como las aún escasísimas políticas de acción afirmativa, están dando frutos, otorgan mayor visibilidad a esta población y a sus derechos. Por ejemplo, en este estudio aparecen algunas propuestas, con distintos grados de elaboración y dirigidas a distintos niveles de la sociedad, que surgen entre aquellos que se atreven a pensar que la realidad es modificable.

A continuación se presenta un resumen de esas propuestas: realización de campañas de sensibilización acerca del tema, dirigidas a la sociedad uruguaya en general; campañas de afirmación de la población afrodescendiente y de movilización del resto, que vayan más allá de la «postal turística». Por ejemplo, mientras no se trabaje sobre el tema de la esclavitud como único referente histórico que ofrece un modelo a los afrodescendientes uruguayos, no se valoricen otras actividades y contribuciones a la historia y la identidad nacional, no se profundice y difunda la información sobre los orígenes africanos, será un grupo humano que seguirá teniendo dificultades para trascender su lugar de minoría políticamente excluida.

Esto quiere decir adoptar políticas públicas de acción afirmativa que estén en las calles, en los medios de comunicación y en las instituciones educativas. Se plantea que los cambios pasarán por la educación en las instituciones formales y en el hogar. Este último caso se considera como un ámbito muy sensible al moldeamiento, tanto por parte de la educación formal como de los medios de comunicación.

Así como es considerado el ámbito más discriminador, la escuela es el espacio en el que se depositan mayores expectativas de promover cambios. Sin embargo, estas expectativas no se traducen en la formulación de ideas concretas para encomendarle. Una de las escasas sugerencias de este tipo consiste en proponer la creación de un museo sobre los aportes de los negros a la cultura uruguaya. Otra es darle visibilidad al problema de la discriminación en los planes de estudio de la escuela y el liceo.

En general, los afrodescendientes desconocen los mecanismos que podrían utilizar para defender sus derechos, y aquellos que los conocen no recurren a ellos por falta de confianza. Es comprensible que haya mucho sufrimiento acumulado que sustente esta desconfianza, pero hay quienes se hacen cargo de que el problema no esté realmente dimensionado para la sociedad en su conjunto («el Estado de esto no sabe nada»), y consideran que es también una responsabilidad del colectivo hacer saber, difundir y reclamar.

Hay algunas ideas para proponer en el ámbito legislativo, que se refieren tanto a leyes sancionatorias de las actitudes de discriminación como a políticas públicas de acción afirmativa. Estas ideas no tienen una formulación acabada, pero revelan una predisposición favorable, una oportunidad de introducir dispositivos a los que la sociedad uruguaya aún no está acostumbrada. Estos podrían ser generadores de polémica, pero constituirían un aporte a la «visibilización» del tema.

El instrumentar un seguimiento efectivo de la Conferencia de Durban, incluirla en la difusión pública y en la educación, forma parte de las más importantes ambiciones, ya que la mayoría de la población (sea o no afrodescendiente) desconoce de qué se trata, e implicaría trabajar contra diversas formas de discriminación en forma sinérgica.

Finalmente, es necesario destacar un par de apuntes a partir de las reflexiones del equipo de investigación. El *candombe* es un rasgo de identidad y de comunión del colectivo afrodescendiente, sumamente destacado y valorado, sobre todo en Montevideo, aunque en el interior está comenzando a serlo a partir de una política de promoción del propio colectivo. Se percibe, y esto es bastante novedoso, un deseo o necesidad de buscar un lugar social menos estereotipado. Es una responsabilidad de la sociedad uruguaya en su conjunto trabajar sobre la identidad cultural y sus distintas vertientes, y valorarlas a todas por sus contribuciones a la riqueza compartida.

La mayoría de los negros uruguayos aún no se sienten afrodescendientes, se sienten más marcados como descendientes de esclavos, y esto se debe fundamentalmente a que este fue el destino que el Uruguay les impuso. Es también una responsabilidad social encontrar el espacio de articulación que mantenga los rasgos particulares de una minoría y que integre lo particular a lo complejo. Al parecer, la caricatura del negro con el tambor o la pelota de fútbol se está agotando como referente. ¿Hay alternativa?

Bibliografía

- AROCENA, F.; AGUIAR, S. (ed.): *Multiculturalismo en Uruguay. Ensayo y entrevistas a once comunidades culturales*, Montevideo: Trilce, 2007.
- BENTANCUR, A. y APARICIO, F.: *Amos y esclavos en el Río de la Plata*, Montevideo: Planeta, 2006.
- BUCHELI, M.; CABELLA, W.: *Perfil demográfico y socioeconómico de la población uruguaya según su ascendencia racial. ENHA 2006*, Informe Temático, INE –UNDP, 2007.
- CARBALLO DIEGUEZ, Alex: «Investigación de la conducta en hombres latinos residentes en EE.UU que tienen relaciones con otros hombres: problemas metodológicos», en PIÑA LÓPEZ, J. y otros (ed): *Psicología y salud en Iberoamérica*. México: Unison, 2002.
- CRUZ, S. y otros: *Saúde da população negra como ação afirmativa: estratégias de enfrentamento ao HIV/AIDS na perspectiva de entidades do movimento negro na Região Sul do Brasil*, Porto Alegre: Metropole, 2008.
- FERREIRA, Luis: *El movimiento negro en Uruguay (1988-1998). Una versión posible*, Montevideo: Ediciones Étnicas-Mundo Afro, 2003.
- GOLDMAN, Gustavo: *Lucamba. Herencia africana en el tango 1870-1890*, Perro Andaluz: Montevideo, 2008.
- GUERIN, B.; GUERIN, P.: *Lessons learned from participatory discrimination research: Long-term observations and local interventions. The Australian Community Psychologist*, volume 19, n.º 1, may 2007.
- INAMU-MIDES: *Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer*, Montevideo: Cotidiano Mujer, 2007.
- MARTÍN BARÓ, I.: «El latino indolente», en MONTERO, M. (coord.): *Psicología política latinoamericana*. Caracas: Panapo, 1987.
- MARTINS MACHADO, A. y otros: *Memoria afrodescendente na fronteira Livramento-Rivera*, 2005.
- MONTAÑO, Óscar: *Umkhonto. Historia del aporte negro africano en la formación del Uruguay*, Montevideo: Rosebud ediciones, 1997.
- MONTAÑO, Óscar: *Yeniyanaya (Umkhonto II) Historia de los afrouruguayos*, Montevideo: Mundo Afro, 2001.
- MONTAÑO, Óscar: *Historia afrouruguaya*, tomo 1, Montevideo, 2008.
- MONTERO, M.: «A través del espejo. Una aproximación teórica al estudio de la conciencia social en América Latina», en MONTERO, M. (coordinadora): *Psicología política latinoamericana*, Caracas: Panapo, 1987.
- MONTERO, Maritza: *Teoría y práctica de la psicología comunitaria*, Buenos Aires: Paidós, 2003.
- MORENO FRAGINALS, Manuel: *Aportes culturales y deculturación en: África en América Latina*, México: Siglo veintiuno editores, 1977.
- MUNDO AFRO: *Diagnóstico socioeconómico y cultural de la mujer afrouruguaya*. Montevideo: ed. Mundo Afro, 1998.
- OAKLEY, Peter: «La exclusión social y los afrolatinos», documento preparado para la Conferencia Hacia una Visión Compartida del Desarrollo: Diálogo de Alto Nivel sobre Raza, Etnicidad e Inclusión en América Latina y el Caribe, BID, Washington DC, 2001.
- OLAZA, Mónica: *La cultura afrouruguaya. Una expresión de multiculturalismo emergente de la relación global-local*, Montevideo: Biblioteca Plural, 2008.
- PALACIO LEGISLATIVO: *Primer celebración del Día Nacional del Candombe, La cultura afrouruguaya y la equidad racial*, Montevideo: Ediciones Ideas, 2007.
- RODRIGUEZ, Romero J.: *Racismo y derechos humanos en Uruguay*, Montevideo: ed. Étnicas – OMA, 2003.
- RUDOLF, S. y otros: *Incorporación de la variable etnia/raza en las estadísticas vitales en el Uruguay*, Montevideo: OPS, 2005.
- RUDOLF, S.; MACIEL, N.; RORRA, O.; RICARTE, C.; DIAZ, Amanda: «Discriminación: la experiencia de los afrodescendientes uruguayos», presentado en Discriminación. Orígenes, evolución y consecuencias a través de la vida del individuo, jornada multidisciplinaria de AUDEPP, Montevideo, octubre de 2004.
- SAFORCADA, E.; CASTELLA SARRIERA, J.: *Enfoques conceptuales y técnicos en psicología comunitaria*, Buenos Aires: Paidós, 2008.
- SECRETARÍA DE LAS MUJERES AFRODESCENDIENTES-INAMU-MIDES: *Incorporación del enfoque étnico-racial. Elementos conceptuales*, Montevideo, 2007.
- SECRETARÍA DE LAS MUJERES AFRODESCENDIENTES: *Incorporación del enfoque étnico-racial. Elementos conceptuales*, INAMU-MIDES: Montevideo, 2007.
- TORRES, Cristina: *Equidad en salud. Una mirada desde la perspectiva de la etnicidad*, Washington: OPS, 2001.
- TORRES, Cristina: «Acceso a la salud con énfasis específico al problema de VIH/SIDA», documento presentado en el Taller Regional para la Adopción de Políticas de Acción Afirmativa para Afrodescendientes de América Latina y el Caribe, organizado por ACNUR, Montevideo, 2003.
- VAN DIJK, Teun A.: *Racismo y discurso en América Latina*, Barcelona: Gedisa, 2007.
- ZYTNER, Rosa: «Discriminación, xenofobia y racismo en relación al pueblo judío», *Boletín de la CPU*, n.º 131, diciembre de 2001, Montevideo.

Anexo

Tabla 1: Resumen de datos de participantes (Montevideo)

Edades			
	16-30	30-60	+ de 60
Hombres	4	10	6
Mujeres	2	7	

Nivel de instrucción				
	Hasta 6 años	Hasta 10 años	Más de 10 años	NS/NC
Mujeres	5	11	2	1
Hombres		4	5	

Situación laboral								
	Trabaja	No trabaja	Cuenta propia	Zafra	Sector público	Sector privado	Seguro de desempleo	Pasivo
Mujeres	13	2	2	1	3	7	1	4
Hombres	8		1		2	5		

Cobertura médica		
	Pública	Privada
Mujeres	9	11
Hombres	1	8

Situación habitacional				
	Propietario	Inquilino	Agregado	Ocupante
Mujeres	11	6	2	1
Hombres	4	3	2	

Grupo familiar		
	Vive solo	Vive con familia o otros
Mujeres	2	18
Hombres	2	7

Etnicidad			
	Organizaciones	Tambores	No participa
Mujeres	6	13	3
Hombres	2	4	3

Tabla 2: Resumen de datos de participantes del interior

Edades			
	16-30	30-60	+ de 60
Hombres	7	11	1
Mujeres	1	2	2

Nivel de instrucción				
	Hasta 6 años	Hasta 10 años	Más de 10 años	NS/NC
Mujeres	9	7	3	
Hombres	2	3	0	

Situación laboral				
	Trabaja	No trabaja	Sector público	Sector privado
Mujeres	11	8		8
Hombres	1	4	1	3

Cobertura médica			
	Pública	Privada	NS/NC
Mujeres	14	4	1
Hombres	3	2	

Situación habitacional				
	Propietario	Inquilino	Agregado	Ocupante
Mujeres	12	0	7	0
Hombres	4	0	1	

Grupo familiar		
	Vive solo	Vive con familia o otros
Mujeres	4	15
Hombres	1	4

Etnicidad				
	Organizaciones	Tambores	Escola de Samba	No participa
Mujeres	12	3	1	5
Hombres	1	1		4

Anexo: El perfil demográfico y socioeconómico de la población uruguaya según su ascendencia racial

ENCUESTA NACIONAL DE HOGARES AMPLIADA (ENHA) 2006
INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA - UNFPA - UNDP

Marisa Bucheli y Wanda Cabella

La ENHA 2006 recogió una mayor proporción de las minorías raciales en la población uruguaya respecto a la medición oficial anterior. Entre las 165.000 personas que se autoidentificaron como afrodescendientes en 1996 y las 280.000 que se contabilizaron en 2006, hay una distancia notable que no puede ser explicada por el crecimiento demográfico de este grupo. Aún más importante fue el aumento de la población de ascendencia indígena, que pasó de poco menos de 15.000 a 90.000 personas.

Si bien existe acuerdo en que las identidades raciales y étnicas no son atributos fijos, sino que se modifican en función de una variedad de factores, la magnitud del crecimiento es demasiado importante como para ser explicada por un cambio social en la autopercepción racial. En este documento se sostuvo que el factor principal que explica este aumento radica en los cambios introducidos en la formulación de la pregunta utilizada para relevar la pertenencia racial de la población. En 1996 se le pidió a la población que definiera a qué *raza* pertenecía, en 2006 se le solicitó que determinara cuántas y cuáles eran sus líneas de ascendencia racial. La referencia a conceptos y horizontes temporales diferentes se presenta como la principal explicación del aumento de las minorías raciales. No obstante, es posible que también haya incidido en el resultado una mayor conciencia étnica y racial, favorecida por los movimientos de autoafirmación de los afrodescendientes y por un contexto cultural que en los últimos años ha promovido la recuperación de las raíces indígenas y africanas.

En términos generales, se encontraron diferencias de magnitud considerable entre las características demográficas y los desempeños sociales y económicos de las minorías raciales frente a la población blanca. Este comentario vale en particular para la minoría de afrodescendientes, que se ubica en una posición claramente desfavorable frente a la mayoría blanca. La población indígena se sitúa en una posición intermedia en varios indicadores, mientras que en otros se asemeja mucho a la población de ascendencia blanca.

La minoría de ascendencia indígena tiene contornos más difíciles de definir que la población afro y, por su peculiaridad, parece necesario investigar con profundidad qué generaciones y sectores sociales tienen mayor propensión a declarar esta ascendencia. Dado que en Uruguay no existen grupos indígenas como categorías étnicas, es proba-

ble que la población que se autopercibe indígena reúna un conjunto heterogéneo de personas. Entre otras posibles: aquellas que reconocen que sus antepasados remotos eran indígenas, los que saben que hubo un ascendiente indígena en línea directa en una generación más o menos próxima la suya, y los que suponen que por su aspecto físico actual sus ascendientes fueron indígenas. Si ello fuera así, es factible suponer que la población indígena promedia los perfiles y los desempeños de individuos que reconocen tener ascendientes indígenas, pero su fenotipo es básicamente blanco, con los de personas que tienen trazas físicas definidas de ascendencia indígena.

En los párrafos siguientes se resumen los principales resultados.

En lo que refiere a la distribución territorial, se encontró que las mayores proporciones de población afrodescendiente se registran al norte del Río Negro y particularmente en los departamentos del noreste del país. En Artigas este grupo llega a representar el 25% de la población total del departamento, en el que también la población indígena registra su mayor guarismo (10%). En la comparación del conjunto del interior con Montevideo no se encontraron diferencias significativas: en ambas áreas la población de ascendencia blanca se sitúa en 88%, la afrodescendiente representa en torno a 9% y la indígena en torno a 3%.

En Montevideo, la concentración de población afrodescendiente sigue un patrón definido. Su participación es netamente marginal en los barrios costeros, escasa en las zonas céntricas y aumenta a medida que se acerca la periferia de la ciudad. Cabe destacar que las concentraciones más importantes de la población afrodescendiente y en menor medida indígena, tanto en el nivel nacional como en la capital, coinciden con las zonas de menor desarrollo económico y humano, de acuerdo con las estimaciones realizadas en 2005 (UNDP, 2005).

La población negra se destaca por tener una composición demográfica particularmente joven, en contraposición a la población blanca e indígena, cuya estructura refleja el envejecimiento demográfico de la población uruguaya. Asimismo, la fecundidad de las afrodescendientes es mayor que la de los otros grupos y el inicio de su vida reproductiva es más temprano. A ello se suma que también inician su vida conyugal más precozmente. En conjunto, esta categoría racial experimenta transiciones familiares más tempranas que la población blanca y la indígena. Esta última se ubica en una posición intermedia.

La estructura de hogares de los afrodescendientes está en consonancia con las especificidades de su composición demográfica: son hogares más jóvenes, de mayor tamaño y tienen mayor representación que la población blanca e indígena en los hogares nucleares con hijos.

Si bien no se relevaron indicadores de mortalidad en la ENHA y en este trabajo no se abordaron los aspectos referidos a la salud, algunos indicadores sugieren que la mortalidad es más alta entre los afrodescendientes. En particular, las tasas de viudez por edad son sistemáticamente mayores a partir de los 50 años entre las mujeres y los varones afro, respecto a los mismos grupos entre la población de ascendencia blanca. Dado que la población afrodescendiente tiene tasas de pobreza significativamente más altas que el promedio nacional, es necesario investigar en

qué medida este resultado responde a sus peores condiciones de vida, a su condición racial o —más probablemente— a una mezcla de ambas cosas.

La población afrodescendiente presenta una situación netamente desfavorable en todos los indicadores relativos al desempeño educativo y económico. Este grupo muestra un promedio de años de estudio menor al alcanzado por la población blanca, la diferencia alcanza a dos años entre las personas mayores de 35 años y a 1,6 años entre las de 25 a 29. Si bien la reducción de la brecha indica que las nuevas generaciones de afrodescendientes tienen más oportunidades educativas que sus predecesoras, las tasas de asistencia al sistema educativo a partir de los 14 años son sistemáticamente menores que las de los blancos. Esta diferencia alcanza un valor extremo entre los jóvenes de 18 a 24 años. En este grupo de edad, la proporción de jóvenes blancos que asiste a un centro de enseñanza duplica la proporción de asistentes de ascendencia negra (41% y 22% respectivamente). En suma, los adolescentes negros desertan más tempranamente del sistema educativo y enfrentan mayores dificultades para acceder a la educación terciaria.

En lo que refiere a los indicadores de mercado laboral, se registran mayores tasas de actividad y de empleo entre la población afro y la indígena respecto a la población blanca, pero también mayores tasas de desempleo. La mayor tasa de participación se explica por el efecto combinado de un ingreso más temprano de los jóvenes negros e indígenas al mercado laboral, respecto a sus pares de ascendencia blanca y la mayor permanencia de los grupos de edades extremos. En otras palabras, ambas minorías raciales entran antes al mercado de trabajo y salen más tarde.

Respecto al tipo de ocupación, la población afrodescendiente se concentra en los empleos de baja calificación y tiene una participación notoriamente menor en los puestos de directivos, profesionales y técnicos. Se destaca la importante participación de los varones negros en la construcción y de las mujeres en los servicios personales. Asimismo, los afrodescendientes tienen mayores probabilidades de ocupar puestos de trabajo informales que los trabajadores blancos, independientemente de la categoría ocupacional en la que se desempeñen. Entre los indígenas ocurre lo mismo, pero la brecha registrada es menor. Finalmente, se constata que las remuneraciones promedio son más bajas para los varones y mujeres afrodescendientes en comparación con las que perciben las personas de ascendencia blanca. Este fenómeno se repite en todos los grupos de edad. Cabe destacar que aun cuando una persona negra tiene la misma educación, la misma experiencia y reside en la misma ciudad que una persona blanca, los salarios que percibe esta última son mayores. Este resultado sugiere que existe discriminación racial en el mercado de trabajo y es otro de los aspectos que merecen un análisis más minucioso.

La situación de los afrodescendientes en términos de su ubicación en los estratos de ingreso y en sus niveles de pobreza está en concordancia con sus bajos desempeños educativos y laborales. En efecto, este subgrupo está sobrerrepresentado en los estratos más bajos de ingreso y tiene una muy baja participación en los más altos. Por otra parte, la tasa de pobreza de la población afrodescendiente duplica a la de la población blanca: el 50% de los afrodescendientes están bajo la línea de pobreza

y el 5% son indigentes, mientras que estos valores alcanzan respectivamente 24% y 1,6% entre las personas de ascendencia blanca. Los indígenas nuevamente vuelven a ocupar una posición intermedia, aunque más cercana a la población blanca, con un 32% de sus integrantes por debajo de la línea de pobreza.

Para finalizar, una de las conclusiones que surgen de este informe refiere a la necesidad de contar con información cualitativa respecto a los criterios de auto-identificación racial vigentes en el imaginario colectivo. Esta información resulta crucial para elaborar categorías estadísticas que estén sólidamente fundadas en los procesos sociales de construcción de las identidades raciales en Uruguay. Ello facilitaría la recolección de la información, por medio de preguntas y categorías que respondan a los criterios de percepción vigentes en la población, y aportaría mayor solidez al análisis de esta variable.

También parece necesaria una mayor reflexión y discusión respecto a cuál es la dimensión racial relevante a indagar en instrumento estadístico como la Encuesta Continua de Hogares (ECH). En la medida en que se trata de un instrumento fuertemente volcado al estudio del mercado de empleo, los ingresos y los canales de acceso a los recursos públicos y privados, constituye una fuente relevante para estudiar los mecanismos de discriminación racial. En contraposición, la ECH no es una buena fuente de información para analizar la identidad social y cultural de la población, a menos que fuese incluida una batería de preguntas volcadas específicamente a recabar información sobre estos aspectos.

En consecuencia, cabe promover una discusión respecto a qué información se pretende obtener a partir de este instrumento y cuál es la mejor forma de indagar la identidad racial de las personas en función del objetivo que se persigue. Si se pretende cuantificar y comprender los mecanismos de discriminación racial, la pregunta de ascendencia no es la forma más adecuada de definir la pertenencia racial. Las personas no son discriminadas por su ascendencia, sino por las huellas físicas que deja su ascendencia, es decir, por sus rasgos fenotípicos. En Uruguay son bastante comunes los apelativos peyorativos como «pardo», «medio negro», que denotan que existe una valoración negativa basada en el color de la piel. A partir de la información de ascendencia es imposible saber si las personas que son socialmente percibidas como pertenecientes a esas categorías valoran subjetivamente que tienen ascendencia negra o indígena. Sin embargo, es muy probable que sufran algún tipo de discriminación en función de sus rasgos físicos. Así, parece necesario indagar con detalle cuáles son los matices que se reconocen socialmente y cuáles son los criterios de identificación para establecer las fronteras entre los distintos grupos.

Si Uruguay decide sumarse al conjunto de países latinoamericanos que incluyeron preguntas de identificación racial o étnica en sus censos, parece imprescindible promover estudios preparatorios e instancias de debate que permitan dilucidar qué dimensión de la identidad racial es pertinente incluir y cuáles son las categorías adecuadas para recabar esta información en la población uruguaya.





Alcancías de la Cofradía de San Benito. Museo de San Bernardino. Actualmente en el CEFRAOHIS (Montevideo)



Carnaval. Comparsa Iubola. MyAHM.



"El Progresista". 1893.



Movimiento Negro Acsum.



Movimiento Negro. "Democracia".



Movimiento Negro. "La Regeneración"



Movimiento Negro. "Nuestra Raza".



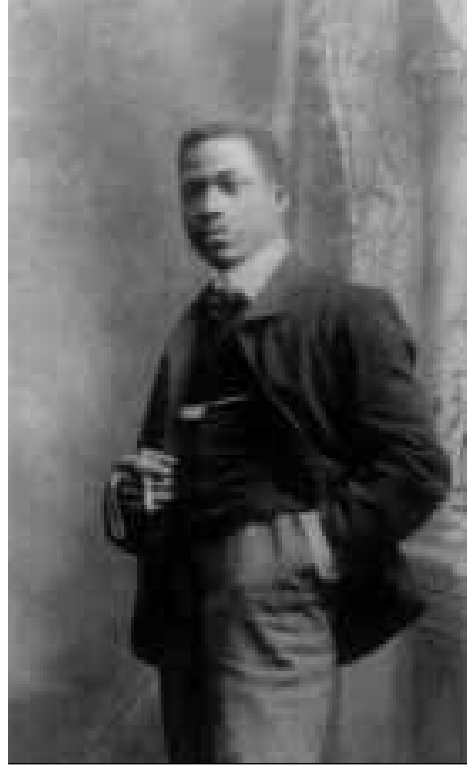
Movimiento Negro. "Rumbos".



A pesar de que los libros de escuela enseñaron que la población uruguaya era de origen europeo, la presencia de los afrodescendientes rondaba la vida cotidiana. La extensión de la ciudad, ligada al crecimiento demográfico creó nuevos empleos para los sectores pobres, tales como la construcción, los servicios de transporte y de limpieza de calles, siendo ocupados muchos de ellos por afrodescendientes. CMDY y MyAHM.



El Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal no aceptó la renuncia de la maestra y promovió una investigación. Semanas más tarde llegaba Adelia Silva de Sosa al Aeropuerto de Carrasco acompañada del edil Ernesto García Da Rosa para declarar en el sumario iniciado por el Consejo. Diario La Mañana, Montevideo, 29 de mayo de 1956.



Autorretrato del fotógrafo Víctor Modesto Ocampo Vilaza (1881-1960.) A principios del siglo XX comenzó a trabajar en Buenos Aires como aprendiz de laboratorio en la *Fotografía Bixio*. Más tarde lo hizo en la casa fotográfica *Chandler*, en donde tras conocer el oficio en toda su extensión (ampliación, reproducción y coloreado), alcanzó el cargo de jefe del taller. En la década del 20, regresó a Montevideo, en donde abrió su propio estudio fotográfico con el nombre *Foto Rembrandt* (1922-1927/8). En el campo de la fotografía se destacó en la creación de retratos iluminados utilizando la técnica del retoque y coloreado de fotos. VARESE, Juan A., op.cit., pp. 151-156.



Jacinto Galloso (1934-) hacia 1974 cuando fue detenido debido a su actividad sindical. Capataz de obra, formó parte junto a Agustín Pedroza de la Directiva del SUNCA, en los años previos a la dictadura. Estuvo al frente de la dirección del sindicato junto a Raúl Betarte durante los meses siguientes a la instauración del gobierno dictatorial (1973). Estuvo detenido durante los años 1974-1980. Diario *El País*, Montevideo, 22 de octubre de 1974, p. 6.



En las Olimpiadas de 1924, el mundo vio nacer al primer idolo internacional de fútbol, el afrouroguayo José Leandro Andrade. La prensa francesa lo bautizó "la maravilla negra". CMDF.



Una imagen frecuente, las lavanderas retornando de hacer sus tareas. El censo de 1908 fijó en 5.600 la cantidad de mujeres que se dedicaban al lavado de ropas, siendo buena parte de ellas criollas. Muchas de esas criollas fueron afrodescendientes. También debió ser relevante la cantidad de mujeres negras que trabajan en el servicio doméstico, ya que por esos años se estableció en 12.127 individuos empleados como cocinero y sirvientes. MyAHM.



Los vendedores deambulaban por las calles, pero también tenían sus “esquinas” en donde “paraban” para continuar trabajando. MyAHM.



Las piletas de lavar, que estaban en los patios, fue el lugar en donde las mujeres se encontraron y compartieron jornadas de trabajo y charla. FARQ-IHA.



Las publicaciones de la comunidad acostumbraban a difundir los logros obtenidos por sus miembros. Así aparecían retratados, hombres y principalmente las mujeres, al completar el aprendizaje de algún oficio. Imagen extraída de Revista *Nuestra Raza*, Montevideo, N° 73, 30 de setiembre de 1939.



Antonio Lucango Cabanga, también conocido como “el Corneta” Sayago (1801-1897) nació en el Reino de Congo. Fue ordenanza en la embarcación portuguesa “Promptidao”, hasta 1839 cuando instalado en Montevideo comenzó a servir en el saladero de *Sayago*. Durante la Guerra Grande fue tomado para el servicio de las armas en el Batallón 2o. de Guardias Nacionales, llegando a revestir el cargo de sargento. Terminado el conflicto, ingresó como corneta pistón en la banda del Regimiento de Artillería. A mediados de 1860 se dedicó a pregonar la venta de solares de Piria, distribuir anuncios de espectáculos de teatros y circos, y amenizar las corridas de toros. Solía ejecutar diariamente *La Marsellesa*, el himno de Riego o la marcha de Garibaldi, las cuales eran escuchadas desde un extremo a otro de la ciudad. Concluida la temporada Sayago de espectáculos retornaba a los cuarteles, pero en los días de santos o aniversarios patrios, organizaba murgas. SANSÓN CARRASCO (1884), *Colección de Artículos*, Montevideo, Barreiro y Ramos, pp. 325-336. Imagen SODRE-ANI.



El trabajo de los afrodescendientes no se limitó a las tareas de servicio. En el medio rural desempeñaron diversas labores. *El Libro del Centenario del Uruguay 1825-1925*, op. cit., p. 69.



Despedida de los habitantes del conventillo el día del desalojo. *El Día* 1978.



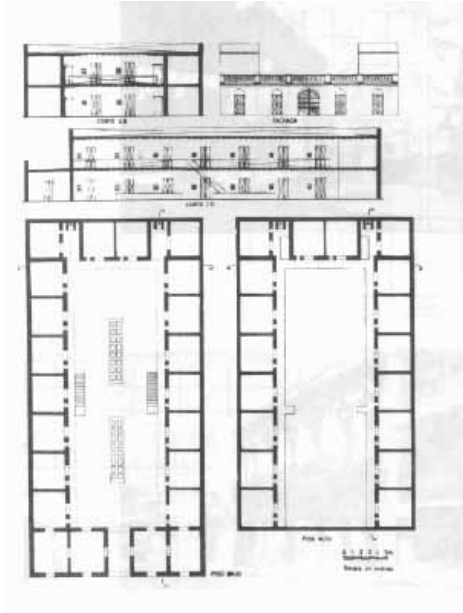
Los conventillos albergaron a las familias afrodescendientes junto a inmigrantes, y otras familias "criollas". Los espacios comunes eran fundamentales para el relacionamiento y las pautas de socialización establecidas por sus habitantes. Fotografía de Alvaro Sanjurjo Toucón. CD FARQ.



Hacia 1965 estudiantes de la Escuela de Bellas Artes, en el marco del "Taller de pintura mural" dieron color a la fachada del conventillo Medio Mundo. El proyecto procuraba conjugar el arte y los espacios cotidianos a través del color. *Diario El País* 1965.



Fachada del *Medio Mundo* previo a su demolición durante los años 70. La imagen muestra el pronto deterioro que sufriría su fachada. Fotografía de Mario Schettini. Extraída de ADINOLFI, Laura, ERCHINI, Carina, op. cit., p 133.



Plano del *Medio Mundo*. La organización espacial fue variada; piezas alineadas a lo largo de un corredor o habitaciones distribuidas en una o dos plantas alrededor de uno o más patios. En determinados sectores eran dispuestos los servicios, pero no todos contaban con ellos. FARQ-IHA.



El patio central fue el espacio bullicioso en el cual coincidieron todos los habitantes del recinto. FARQ-IHA.



La ilustración acompañó la Lección XLVIII del Libro 2do de Lectura de Vásquez Acevedo que comenzó a utilizarse durante el auge de la reforma valeriana, estableciéndose en 1892 su uso exclusivo en las escuelas del país. Entre otras decía:

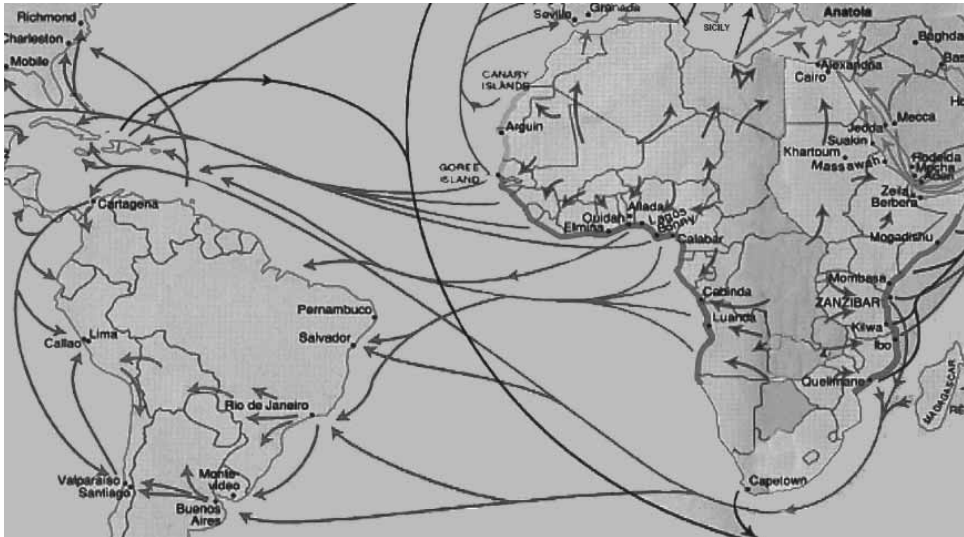
“Doña María ha ido a la cocina a enseñar a Josefa a hacer pasteles. ¿Sabes cual es doña María? [...] ¿De qué color es Josefa? ... ¿Cuál tiene la nariz más grande? ¿Doña María o Josefa? ¿Cuál tiene los labios más gruesos? Doña María tiene la nariz delgada y los labios finos? ¿Ves a la negrita? -Sí, tiene motas en la cabeza. Se llama Petrona. ¿Ves al negrito cabeza de melón? [...] ¿Qué tiene Josefa en la cabeza?, ¿son sus brazos tan blancos como los de doña María?, ¿tiene las manos negras? - Sí, pero están tan limpias como si fuesen blancas [...]”



Durante las primeras décadas del siglo XX, el Estado, a través de una decidida política de escolarización primaria, buscó la integración cultural de la “heterogénea” población uruguaya. Sin embargo, subsistían las dificultades para lograr continuidad en la asistencia y la culminación del ciclo educativo primario de los niños afrodescendientes. La merma en la asistencia a clase estuvo en buena medida relacionada a motivos económicos o familiares. Imagen extraída de: RODRIGUEZ VILLAMIL, Silvia (2006), Escenas de la vida cotidiana. La antesala el siglo XX (1890-1910), Montevideo, EBO, p.71.



Los índices de deserción y analfabetismo afectaban principalmente y especialmente a los “sectores populares”. Cabe preguntarse cuántos de ellos eran afrodescendientes. Una pista la brindan las fotografías sobre fiestas y diversos actos realizados en centros escolares por la década de 1940, en donde la presencia registrada de niños afrodescendientes es escasa. SODRE-ANI.



Rutas del tráfico de esclavos. Extraído de SILVA, Mario (2005), “Reseña de la esclavitud en la Región Sur” en UNESCO-Mvdeo, Memorias del simposio La ruta del Esclavo en el Río de la Plata: su historia y sus consecuencias, Montevideo, Mastergraf, p. 32.



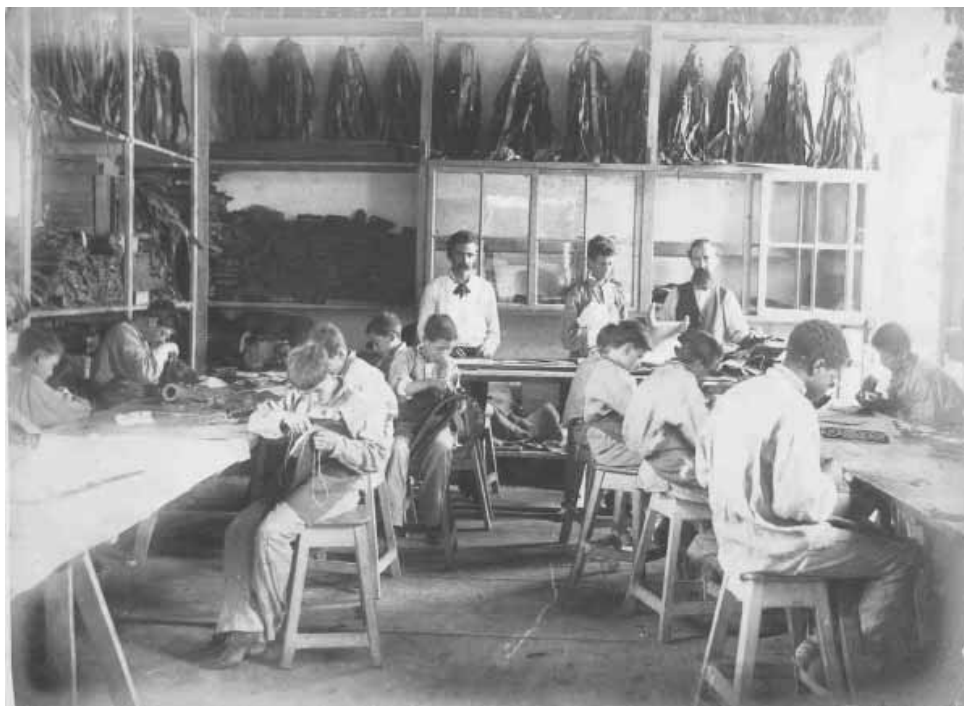
César Hipólito Bacle. (1835, aprox)



Fotografía tomada en 1869 a integrantes del Segundo Escuadrón de Artillería Ligera de las Fuerzas Orientales que participaron en la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, entre los que se encuentra Carlos Araújo (?-1888 parado junto al pabellón). Las levas de afrodescendientes continuaron durante las guerras civiles de la segunda mitad del siglo XIX y los conflictos internacionales, afectando la integridad demográfica de la comunidad negra. Imagen extraída de: DEL PINO MENCK, Alberto, (1998), "El 2o escuadrón ligero (1865-1869): Artilleros orientales en la Guerra del Paraguay" en Boletín Histórico del Ejército, Montevideo, Imprenta del Ejército, Año 69, N° 298-300, p. 65.



Luego de la abolición, el pupilaje pretendió asegurar la subsistencia y educación de los afrodescendientes huérfanos o de familias pobres, aunque en ocasiones degeneraba en la sujeción laboral de los menores bajo la denominación de "criados". MyAHM.



La Escuela de Artes y Oficios, creada en 1879 y reglamentada en 1887, fue concebida como una institución no sólo para ofrecer una capacitación técnica a los sectores populares, sino también como un ámbito correccional. A sus clases asistieron jóvenes mayores de 14 años, huérfanos o cuyos padres no contaban con recursos económicos o los consideraban "incurables". También eran enviados los "ladronzuelos" apresados por la Policía. Los "alumnos" debían permanecer de 4 a 6 años en la Escuela bajo la potestad del Director. BN-AI.